

ALINA NOT



Tú, por

pura



casualidad

Trilogía Azar I

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Prólogo

1. Las definiciones de «Destino»
2. El efecto mariposa
3. La chica de la sonrisa rota
4. El poder de la casualidad
5. Estrictamente profesional
6. Una estrella fugaz
7. El chico de la esperanza
8. Volverte a ver
9. El falso cumpleaños de Matteo
10. Tres chicas... y una gata
11. El incidente de la ropa interior
12. La chispa que cambió el destino
13. Un boceto por tus pensamientos
14. Adorables criaturas
15. Ojos hambrientos
16. Piel de gallina
17. Sigue cantando
18. Soplar deseos
19. La magia entre tú y yo
20. Absurdamente perfecto
21. Aire puro
22. Las reglas del juego
23. Secretos
24. Condiciones
25. Querer más
26. Improvisar

27. Hasta donde quieras llegar

28. Las formas del amor

29. La tormenta perfecta

30. Nadie más que ella

31. Cobarde

32. Las manos quietas

33. Estar contigo

34. El fin de las mentiras

35. El precio de la verdad

36. Mariposas

37. Un poco más

38. Destino o casualidad

Capítulo extra. La chica nueva

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿El amor está escrito en nuestro destino?

¿Crees que bastan treinta segundos para proyectar lo vivido y desvelar lo que está por venir?

Beth vio algo cuando se debatía entre la vida y la muerte y ahora está segura de que logrará su sueño, de que llegará a ser una anciana feliz y satisfecha, y de que hay alguien con un aspecto muy concreto con quien compartirá el resto de sus días. Sin embargo, el comienzo de la universidad trae nuevas oportunidades, desvíos que tomar y la presencia de Chris, que le hace sentir tantas cosas como nunca creyó posible... solo que no es el chico que marca el destino.

Chris cree en el amor, pero no en los «para siempre». Hasta que Beth se cruza en su camino y lo que empieza como un desafío para intentar demostrar que el futuro se escribe día a día se convierte en algo más. Está seguro de algo: no tiene la cara adecuada, pero es el chico adecuado.

¿Está escrito el destino? ¿O puede el amor jugar bajo sus propias reglas?

TÚ, POR PURA CASUALIDAD

Alina Not



Es fácil prometer lo imposible.

TIM BURTON,
Frankenweenie, 2012

Prólogo

Dicen que antes de morir ves pasar todo lo vivido en forma de película por delante de los ojos. Siento la decepción: eso no es exactamente así. Al menos, en mi caso no lo fue. No recuerdo las imágenes. Tampoco la banda sonora. No sé si el montaje era bueno o de bajo presupuesto, como todo lo demás en mi vida. Supongo que pudo ser un buen corto, si es que la gente tiene razón y todo se resume a treinta segundos, aunque creo que me acordaría si hubiera sido lo suficientemente brillante como para merecer una estatuilla. No se me quedó grabada la sucesión de escenas.

A mí, después de morir, solo me quedaron dentro las sensaciones.

El eco en el alma de la risa de mamá. El calor de acurrucarnos juntos frente a la vieja estufa de la sala de estar. El poso amargo del abandono. La paz que Dylan traía tarareando bajito. El cosquilleo del primer amor. El dolor de tripa por las carcajadas incontrolables que me arrancaban mis mejores amigas. La devastación de un corazón roto.

Hay más. Estoy segura de que las hubo. Pero esas son las que se me han agarrado muy fuerte y muy profundo y ya no me permiten desprenderme de ellas. Aunque a veces duelan demasiado.

Hasta ahí debería haber llegado el resumen de mi vida. Treinta segundos de sensaciones que me marcaron, buenas y malas, opuestas y complementarias. Todo aquello que me había construido. Dieciséis años concentrados en risas y lágrimas. Solo que he dicho que eso no es exactamente así, ¿verdad? Yo tuve más. Mucho más.

Yo recordé sensaciones que todavía no había vivido. Tuve una ovación subida a un gran escenario. Saboreé el éxito y olí las flores en el camerino. Me sentí en la cima del mundo enredada entre unas sábanas desordenadas. Experimenté un amor infinito e inexplicable cuando unos dedos diminutos se aferraron a uno de los míos. Y me sentí anciana y cansada, pero feliz y satisfecha, con la certeza de que todo lo que había deseado aún estaba allí a mi lado, anciano y cansado como yo. Juntos. En paz.

Y, cuando volví a la vida, me quedó una sola imagen entre todas esas emociones apegadas sin remedio a mi memoria. Solo una, a lo largo de innumerables secuencias. El rostro de un chico que sonríe con los ojos, inundados de amor, a pesar de esforzarse para que no se curven sus labios.

La cara de la persona con la que voy a pasar el resto de mi vida.

Las definiciones de «Destino»

Beth

—El destino es un encadenamiento de sucesos que te lleva a un lugar concreto. Todo está escrito. Esto forma parte de un plan mayor. Mejor. Superpositivo. Te lo digo de verdad, estoy convencidísima.

Sostengo abierta la puerta del cubículo del baño con la cadera, para poder tenderle la mano a mi amiga y animarla a salir. Samira cree que suena muy segura de sus palabras, lo puedo notar por la decisión anclada en su mirada, pero las manchas de rímel de sus mejillas y el hecho de que esté sentada en una taza de váter con la nariz roja y un trozo de papel higiénico pegado a la suela de la zapatilla no acompañan a esa exposición de firmes creencias.

—El lugar concreto al que me ha traído mi destino es el baño de una gasolinera, Sam. Eso contando con que el destino se comunique en forma de ese mensaje de socorro que me has enviado antes de apagar el teléfono para hacer más dramática tu situación. Ya se ha ido, ¿no?

Pone su mano sobre la mía y deja que tire de ella con suavidad para levantarla de este triste y sucio baño y llevarla de vuelta al exterior. Entorna los ojos cuando el sol le da en la cara. Le tiendo un pañuelo que consigo rescatar del bolso con la mano que tengo libre, pero no hace amago de cogerlo.

—Se ha ido —confirma, con la mirada clavada en la carretera que sale del pueblo.

—Lo siento.

Le suelto la mano para poder abrazarla por el cuello y estrecharla contra mí, pegando nuestras mejillas.

—Lo sé.

No dice que no tengo ni idea, o que nadie en el mundo puede entender cómo se siente. Tampoco me recuerda que yo nunca he estado tan enamorada como ella aún lo está. Sabe que, a pesar de eso, comprendo muy bien lo que es que alguien te deje atrás. Su ex acaba de largarse por la misma carretera por la que lo hizo mi padre hace once años.

—¿Qué tal si vamos a por un batido de chocolate con kilos de nata montada y me cuentas todos esos planes que te depara el destino ahora? —propongo.

—En algo tienes suerte, ¿sabes? Tú no tienes que exponerte a que te rompan el corazón una y

otra vez mientras piensas que es para siempre. Tú ya sabes que cuando encuentres al tío con esa cara será el definitivo.

Lanzo un suspiro y sacudo la cabeza. Con el tiempo, cada día tengo más dudas de lo que me sucedió. Y tampoco es que me guste pensar demasiado en ello. Volver atrás es desgarrarme por entero una y otra vez.

—No debería habértelo contado. Los chispazos y las malas conexiones de unas neuronas que agonizan no son como para ir alardeando por ahí.

Samira es una de las dos únicas personas con las que he hablado de verdad y sin censuras de lo que sucedió en el accidente. Cuando desperté en el hospital era ella quien estaba junto a mi cama. No dejó de venir ni un solo día en los meses que pasé allí. Tuvo que ser ella la que me sostuviera y me anclara a la vida cuando mi madre apenas podía sostenerse a sí misma. Tuvo que ser ella la que lloró conmigo cuando me dieron la noticia de que nunca volvería a ver a Dylan. Y fue ella la que comenzó toda una investigación sobre experiencias cercanas a la muerte, destino y visiones de futuro cuando le hablé de las sensaciones que me arañaban la mente.

—No digas eso —me regaña. Se pasa la punta de los dedos bajo los ojos y fuerza una sonrisa—. Tus agonizantes neuronas acertaron en todo lo demás, ¿no? Tú me das esperanza. Se te pasó toda tu vida por delante de los ojos. Literal. *Toda* tu vida. Incluso esa que aún no has vivido. Y si eso significa lo que parece que significa y el destino está escrito, ¿no te das cuenta? Da igual cuánto la cague, chica, no tengo que volverme loca con tomar las decisiones correctas. Haga lo que haga el resultado será el mismo. Y sé que para alguna gente eso es aterrador, pero a mí me tranquiliza mogollón. Si mis actos decidieran mi final, ¿cómo crees que iba a acabar?

Se me escapa una risita ante su tono dramático.

—Fatal —respondo con sorna.

—¡Fatal! —se muestra de acuerdo con un chillido.

Le ofrezco de nuevo un pañuelo de papel y esta vez lo coge y se limpia la cara con cuidado.

—Anda, vamos.

Le pongo una mano en la espalda para animarla a avanzar a mi lado. Empezamos a recorrer el camino de vuelta hacia el centro, siguiendo el borde de la carretera.

Durante todo el tiempo que nos cuesta llegar a nuestra cafetería favorita, me aseguro de que alguna parte de mi cuerpo siempre esté en contacto con ella. Durante el año que siguió al accidente es lo que ella hizo por mí, mantenerse a mi lado, cerca, en contacto, pero en silencio, dándome el espacio necesario para sanar. Y es lo que yo haré por ella siempre que lo necesite. Incluso cuando sobran las palabras, sabemos que la otra permanecerá firme como una roca para protegernos a ambas de los embistes de la tempestad.

A pesar de formar parte del mismo grupo de amigas desde que éramos pequeñas, Samira y yo no siempre tuvimos esta conexión que ahora nos ha vuelto inseparables. Éramos muy diferentes. Supongo que lo seguimos siendo, en realidad. Ella es impulsiva, irreflexiva, extrovertida y siempre actúa antes de pararse a preguntar. Yo soy todo lo contrario, incapaz de lanzarme sin

haber calibrado antes todos los riesgos y comprobado unas cuantas veces las medidas de seguridad. Pero sucedió. El accidente que mató a la chica que yo era y trajo de vuelta a la vida algo semejante pero no igual. Los amigos pronto dejaron de venir de visita al hospital. La familia, rota, nunca llegó a recuperarse lo suficiente como para sostener mi peso mientras aprendía de nuevo a caminar. Pasó un año de vida sin vivir. Un año de mera supervivencia. Y en cada uno de esos días oscuros, mi amiga se encargó de mantener el titileo de una vela al final del túnel y no me soltó la mano hasta que me abrí paso a la superficie.

Pongo la enorme copa de batido delante de ella, que ya está sentada a la mesa más discreta del local.

—Gracias —murmura, y empieza a dar vueltas a la pajita, haciendo dibujos en la nata—. Estoy un poco triste por mí, pero feliz por Andrea, ¿sabes? En este pueblo se estaba ahogando. Aquí nunca la iban a dejar ser ella del todo. Ser libre.

Le dedico una sonrisa de labios sellados cuando alza la vista hasta encontrar mis ojos. Admiro mucho esta parte de Sam. Ni siquiera cuando más duele es capaz de pensar solo en sí misma.

—Andrea te quiere del mismo modo. Lo sabes, ¿no? —le recuerdo—. No se ha ido porque no te quiera. Ha tenido que ponerse a sí misma primero esta vez.

Sam asiente e inspira hondo por la nariz antes de soltar el aire de golpe por la boca.

—Me alegro de que lo haya hecho.

Estiro la mano sobre la mesa para poder apretar la suya.

—Nosotras vamos a estar bien —prometo.

—Supongo que sí. Lo consultaré con las cartas, solo por asegurarnos —dice con una sonrisa torcida. Lo malo es que sé que no es para nada una broma.

—Consúltalo con quien quieras. Nadie sabe más del puñetero destino que yo —le sigo el juego, y acompaño mi afirmación de una mueca hastiada.

Está a punto de hablar, con un brillo divertido en las pupilas, cuando algo detrás de mí capta su atención y su expresión cambia de manera radical.

—Beth...

Giro el torso de forma brusca, antes de que tenga tiempo de decir nada más, para dirigir la mirada a la puerta del local.

Se me para el corazón al verlo, como lo hizo aquella noche cuando un choque brutal acabó con mi vida de un plumazo. Se me revuelve el estómago y siento que la cafetería da vueltas mientras el suelo se abre en dos y muestra un vacío infinito justo debajo de mis pies.

Ross.

Sus ojos se detienen en los míos y se le desencaja el gesto. La risa que venía soltando en respuesta al chiste de alguno de sus amigos se corta de golpe y deja un incómodo eco en el aire. Los labios se le tuercen en una expresión que mezcla la lástima y la culpa. Me mira del mismo modo en que me miró aquella única vez que vino a verme a la blanca y fría habitación de

hospital: como si supiera que fue una sola de sus malas decisiones la que me destrozó para siempre.

Los recuerdos me taladran en una espiral caótica de sentimientos encontrados. Hay emociones de las que llevo grabadas a fuego que siempre serán tuyas. El cosquilleo de las mariposas. La llama del primer amor. El descubrimiento mutuo entre sus sábanas. La decepción. Y un corazón roto que aún tenía reciente la herida cuando dejó de latir. Ross me hizo sentirlo todo y luego me partió en dos mientras se reía con sus colegas. Me hizo amarlo y odiarlo con la máxima intensidad en la misma maldita noche.

El abismo sobre el que pendo se ensancha cuando me recuerdo a mí misma saliendo de la fiesta con las lágrimas cubriéndome las mejillas. Cuando veo a Dylan abrirme la puerta del coche, siento su abrazo antes de dejarme subir y lo oigo prometer que me llevará a casa. Una casa que dejó de ser un hogar en el momento en que él se fue.

Vuelven de golpe todos los «y si» que llevo años acumulando. Si Ross no me hubiera dejado hecha pedazos, alardeando delante de sus amigos; si yo hubiera tenido a alguien en esa fiesta con quien llorar hasta sacarme la humillación de dentro; si no hubiera llamado a Dylan para que viniera a recogerme; si...

Me pongo en pie de golpe, mareada y con las piernas convertidas en mantequilla, mientras un temblor incontrolable me recorre todo el cuerpo.

—Tengo que irme —murmuro—. Yo... Tengo que... Mi madre quiere que vaya a casa de los Rivera.

Sam se levanta como un resorte.

—Voy contigo. Salgamos de aquí.

—No —la freno—. No, no. Necesito... Nos vemos esta noche.

No insiste. Se traga las ganas de protegerme en su burbuja, como ha tenido que hacer tantas veces ya.

Agarro el bolso y salgo del local a toda velocidad, con el corazón a mil por hora y unos pasos para nada firmes. Siento la mirada de Ross sobre mí todo el camino hasta que atravieso la puerta abierta y me lanzo a la calle. Como cada vez en los últimos tres años, ni siquiera se atreve a hablarme. Y tampoco pienso darle opción a hacerlo. Espero que su visita sea corta y vuelva a su prestigiosa universidad lo antes posible. Todo es más fácil así para los dos, estoy segura.

Tengo que sentarme en un banco a mitad de camino, esconder la cara entre las rodillas y respirar despacio mientras busco ese lugar dentro de mí que tanto he practicado con el psicólogo y que me protege de la ansiedad. Me veo a mí misma en el escenario, con el auditorio vacío, con la música sonando fuerte, canalizando todo lo que llevo dentro en forma de canción. La favorita de Dylan. Y, cuando soy capaz de recuperar el control, me recompongo también en aspecto y me preparo para hacer creer a mi madre que soy lo suficientemente feliz como para que no tenga que preocuparse.

El jardín de los Rivera siempre está lleno de flores. Incluso cuando la estación del año no es

propicia. Rafael, el jardinero, es el hombre más trabajador y dedicado que he conocido jamás, así que merece que todo lo que planta acabe convertido en algo hermoso. Subo la imponente escalinata de la entrada y llamo al timbre, que resuena en el interior de la casona de modo solemne.

—Llegas tarde.

Asiento, complaciente, ante la crítica de mi madre. Hace tres años que ando con pies de plomo a su alrededor y que me esfuerzo por no contrariarla. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que le he arrebatado.

—Lo siento. Samira tenía un problema.

Me callo que, en realidad, he estado a punto de no venir.

Ella suaviza el gesto, se hace a un lado y me invita a pasar con un solo movimiento de mano. Es fácil aplacarla si mi amiga está involucrada en cualquiera de mis meteduras de pata. Supongo que, si ahora le tiene tanto cariño, es porque Sam la liberó de tener que ocuparse de mí cuando ella no tenía ni fuerzas ni ganas para ello.

—Lauren y yo queremos hablar contigo. Pasa, está en el salón.

Conozco la casa de los Rivera como si fuera la mía. De hecho, se podría decir que casi lo fue durante muchos años. Mi madre trabaja como asistente personal de Lauren desde antes de que yo naciera, aunque nunca se tratan como jefa y empleada, sino como amigas. De pequeña pasé mucho tiempo entre estas cuatro paredes, los niños crecimos como hermanos, y siempre los consideré familia, sobre todo a *ella*. Antes, claro.

Lauren va elegante e impecable, como siempre. Su piel tostada, esos ojos felinos y su actitud decidida la hacen magnética. Nadie que se cruce con ella se resiste a seguirla con la mirada. Y su hija Lydia es su viva imagen. Será por eso que en el instituto todo el mundo la admiraba de lejos, la odiaba en voz alta y la envidiaba en silencio. Yo, por el contrario, la quería, aunque, como tantas cosas, eso también pasó a conjugarse en pasado después del accidente.

—Me alegro mucho de verte, Beth —dice la anfitriona, frente a mí, al otro lado de la mesa de café—. Gracias por venir. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien.

Mi madre se sienta a mi lado, y yo miro a una y a otra en espera de una explicación.

—¿Qué pasa? —pregunto, inquieta.

—Estás a punto de acabar el instituto, y con una buena media de notas —comenta la dueña de la casa—. Hemos hablado de tu futuro. De los sueños que tienes. De salir de aquí. De estudiar lo que te gusta. Te has esforzado mucho con el grupo de teatro, incluso estos últimos años.

Siento un nudo en la garganta. Quise odiar el teatro cuando él se fue. Lo deseé de verdad. Pero no pude. Samira me sostuvo; el teatro me salvó. Como ha hecho siempre. Y sé que Dylan no querría que yo dejara de actuar. Así que sigo. Dejo que me llene y que me lama las heridas. Aunque siempre haya sabido que es un sueño inalcanzable para mí.

—En la universidad de Lydia hay una buena escuela de Arte Dramático, ¿lo sabías? —sigue

hablando mientras yo me enredo en mis pensamientos.

Suena como todo un eufemismo, sinceramente. Esa Escuela de Arte Dramático, a cinco horas de distancia de casa, es una de las mejores del país. La universidad lo es. Pero también una de las más exclusivas. No cualquiera entra, no sin una recomendación o un expediente impecable. De hecho, Samira ha pasado el último año repitiendo asignaturas solo para poder pasar la nota de corte que exige la Facultad de Odontología. Miro a mi madre con el pulso acelerado, para buscar respuestas en sus ojos.

—No puedo prometerte gran cosa, hija —admite con un deje de amargura en su tono—. He estado ahorrando, ya lo sabes, y con eso y la indemnización por el accidente podemos cubrir la matrícula del primer año. No es mucho, pero es un curso entero para que vayas a la universidad, para que salgas de aquí y vivas y hagas lo que siempre has querido hacer. Así puedes ver si es lo que deseas y tomar decisiones. Y, si quieres seguir con ello, quizá podrías obtener una beca o nos las arreglaremos para conseguir el dinero de alguna manera.

—No tenéis que preocuparos en absoluto por eso. —Lauren cierra la boca y aprieta los labios con resignación cuando mi madre le lanza una mirada de advertencia.

Mamá siempre ha sido demasiado orgullosa para aceptar algo que no sienta que se ha ganado trabajando.

La idea se ancla muy rápido a mi mente y veo todo el mundo de posibilidades que se abre ante mí. Es tentador. Es un subidón. Es el mejor plan que he oído en toda mi vida. Y, entonces, caigo en la cuenta de que me han convocado aquí para contármelo las dos. Lo que implica que hay alguna condición antes de que los Rivera manden una carta al rector para conseguirme un pase directo a su prestigioso campus.

—Sé lo que estás pensando. —Lauren me devuelve a la realidad y vuelvo la cara hacia ella. Me está estudiando detenidamente, como si solo con eso pudiera leerme la mente—. Eres igualita a tu madre. No sois capaces de aceptar que sois parte de la familia y que quiero que cumplas tus sueños y poder hacerlo más fácil si está en mi mano que lo logres. Así que he pensado que puedes hacer algo por mí a cambio y así estaríamos en paz.

—Ah, ¿sí? —titubeo.

Sonríe de nuevo. Una sonrisa dulce que promete esperanza.

—Lydia no está bien, Beth. No habla conmigo, por mucho que lo intento, se aleja cada vez más si intento acercarme. Estoy preocupada por ella.

Me echo hacia atrás y me recuesto contra el respaldo del sofá. Intento disimular el nudo que se me ancla en el pecho cuando oigo eso. No he vuelto a hablar con Lydia desde que se fue a la universidad y, antes, tampoco lo habíamos hecho mucho desde aquel día. Ya no es mi amiga, quizá se acerca más a lo contrario, si he de ser sincera, pero una parte de mí aún no se ha olvidado de todo ese tiempo en que fue como una hermana.

—El piso de la ciudad es grande, demasiado para una sola persona. Sam y tú podríais instalaros allí con ella. Los gastos corren de nuestra cuenta. No sé muy bien lo que pasó, pero lo

que sí sé es que, si alguien es capaz de llegar a ella, esa eres tú.

Abro la boca para decir que no, pero la palabra se me queda atascada en la garganta. Lydia no estuvo para mí cuando más la necesitaba. De golpe, sin avisar, se volvió una persona hostil que me miraba por encima del hombro y se codeaba con esa gente que nunca nos había gustado. Puede que el accidente la liberara por fin de nosotras. Puede que mi ausencia en el instituto le diera alas para ir más allá de la chica que su madre quería como mejor amiga para ella. Puede que yo la anclara a un espacio reducido del que estaba deseando escapar. Sam se quedó a mi lado cuando me hundí; Lydia se liberó de las cadenas y echó a volar. Y supongo que tampoco la puedo culpar del todo por eso. Al fin y al cabo, ella nació para brillar y Sam y yo, para soñar con hacerlo. Ahora tengo que decidir si yo también voy a darle la espalda cuando me necesita, o si debo intentar reconectar con ella por todos esos años en que nos juramos no fallarnos jamás.

La voz de Lauren rompe el espeso silencio:

—A veces quien sufre es quien hace más daño alrededor. Sé que Lydia no ha estado a la altura, pero también sé quiénes sois la una para la otra. Alguna de las dos tiene que ser la primera en ceder. Y ella ya ha aceptado que viváis allí. Es una gran oportunidad, Beth. El destino no se escribe solo, se alcanza eligiendo bien en cada encrucijada.

Destino.

—Tu destino es el teatro, cariño —aporta mi madre, al tiempo que me coge la mano y la aprieta entre las suyas. Hacía mucho tiempo que no me llamaba así y me encoge el corazón la ternura en el tono de su voz—. Haz todo lo que haya que hacer para llegar a él.

Observo sus ojos y veo todo lo que esconden detrás. El dolor. La preocupación. Todo el amor. Y esa esperanza que aún consigue latirle dentro cuando me mira a mí.

Asiento.

Solo espero que Sam esté dispuesta a seguir a mi lado cuando se lo cuente. Lydia Rivera nos rompió el corazón a las dos hace tiempo.

El efecto mariposa

Beth

Miro la entrada del edificio y a la gente que se mueve por los alrededores, con el estómago encogido. Apuesto a que muchas de estas personas se sienten exactamente igual que yo. Colapsando por los nervios, bullendo en anticipación.

Me vuelvo hacia Samira cuando ella tira del freno de mano del viejo coche de su padre, que protesta con un ruido metálico, y apaga el motor.

—Ya estamos aquí —anuncia.

Sus ojos me estudian como si esperara que fuera a explotar de un momento a otro. Supongo que estar ante uno de los momentos más decisivos de tu vida puede convertirte en una bomba de relojería. Pero ella parece más que dispuesta a lidiar con mis desastres y empujarme hacia el buen camino.

—No sé si puedo hacerlo.

—Beth Walls —dice mi nombre en tono de advertencia—, acabamos de hacer cinco horas de carretera para venir. Llevas semanas preparándote para esto. Cada día de tu vida desde que te conozco has querido llegar hasta aquí. Ahora lo estás. Vas a entrar. Vas a hacerlo. Vas a dejarlos flipados. Y luego vamos a irnos de fiesta para celebrar que mi amiga ha entrado en el mejor programa de Teatro que hay a este lado del mundo, ¿queda claro?

Me muerdo el labio. Luego asiento lentamente.

—Voy a hacerlo.

—¡Claro que vas a hacerlo!

Cojo el bolso de debajo del asiento y respiro hondo antes de tirar de la manilla de la puerta y apearme del coche con decisión. Solo tengo que entrar ahí y, cuando digan mi nombre, atravesar la sala, subir al escenario y hacer lo que mejor se me da. Esto es lo que llevo soñando toda la vida. He nacido para esto.

Sam se coloca a mi lado y se levanta las gafas de sol para observar a mis competidores. Me coge de la mano y tira de mí hacia el edificio cuando ha pasado solo un segundo.

—Son unos aficionados. Vamos.

Dejo que me guíe con seguridad hasta la puerta y entramos en un vestíbulo abarrotado de

gente. Demasiada gente. Estoy tan nerviosa que sus caras son tan solo manchas borrosas para mí.

—Ahí están las listas. Iré a mirar cuál es tu sala.

Me deja sola entre todos estos aspirantes que comparten mi mismo sueño. Somos muchos y las plazas son limitadas. No todos podemos ser admitidos en el programa este año. El problema es que es probable que yo solo tenga una oportunidad. Un año de matrícula, no más. Podré pasarme el curso aprendiendo otras muchas cosas en asignaturas sobre los aspectos más técnicos de la producción teatral, pero no es para eso para lo que he venido hasta aquí.

Las pruebas de acceso son dos veces al año. Pero si no paso este primer corte no tendré tiempo para realizar el programa completo. No podré aspirar a las becas. Tocaré mi sueño tan solo con las puntas de los dedos para luego tener que dejarlo escapar. No soy una persona a la que se le dé bien eso de soltar.

—Todo controlado —dice Sam cuando vuelve a aparecer a mi lado como por arte de magia—. Es en el piso de arriba. Antes de ti van una chica llamada Lisa Vernon y un chico llamado Benjamin Vines. Después de ti, un tal Jonathan Williams. Ninguno tiene nombre de estrella, no tienes que preocuparte por nada. Los vas a hacer morder el polvo. Vamos, es por esa escalera del fondo.

Se adelanta unos pasos y enseguida vuelve atrás al darse cuenta de que no la sigo.

—Necesito un segundo —pido al sentir que los músculos no me responden.

—Beth. —Levanto la mirada para encontrar los ojos de Sam. Me sonrío y pone las manos en mis mejillas—. Rómpete una pierna, chica.

Un *déjà vu*. Ya he sentido antes la emoción que me invade cuando me transmite mucho más con los ojos que con las palabras, y la sensación me trae de vuelta una imagen que ya he visto y no recordaba. La de mi amiga transmitiéndome calma, la de la promesa de que todo va a ir bien, el pleno convencimiento de que las dos estaremos juntas pase lo que pase. Nos veo a ambas en este pasillo, rodeadas de gente, pero completamente solas, respirando al unísono y dándome el empuje que necesito para enfrentarme a mi destino. Puedo escuchar su voz, aunque ahora ella no mueva los labios: «¿No sientes el cosquilleo?».

Suelto un jadeo. Si vi esto antes de morir, eso solo puede significar que es uno de los momentos trascendentes de mi vida, ¿no es así? Algo marcado a fuego en el libro que contiene las letras de mi destino. El paso correcto. El camino a seguir. Tiene que ser así. Está escrito. Cada día, desde que tengo uso de razón, he querido subirme a un escenario, interpretar un papel que provoque emociones en los demás, entonar esas canciones que hacen al público ponerse en pie. Pero, si cada pequeño paso de mi vida, si cada acontecimiento y cada giro del destino buscaban traerme aquí... Yo no estaría aquí de pie, esperando mi turno, sin la indemnización por el accidente. No habríamos podido pagar la matrícula. No estaría aquí si un conductor borracho no se hubiera cruzado en nuestro camino y cambiado todo para siempre. Yo no tendría esta oportunidad si mi hermano no hubiera muerto.

Se me vacían los pulmones de golpe y siento que me ahogo. No puedo respirar. No es justo.

No está bien. No lo quiero. Quiero a Dylan de vuelta. Sus miradas de advertencia. Sus gestos condescendientes de hermano mayor. Su voz diciendo que él siempre estará ahí para mí. Quiero renunciar al teatro si eso significa tenerlo de vuelta. No quiero tener esta oportunidad cuando solo existe porque él ya no lo hace.

—Venga —me anima Sam, ajena al torbellino que se ha desatado en mi interior—, ¿no sientes el cosquilleo?

Se me huela la sangre cuando dice justo esas palabras. Las que, de algún modo, ya la había oído decir antes de que la vida se me apagara.

Y recuerdo cuando Dylan me agarró la mano antes de mi primera actuación con el grupo de teatro, cuando éramos unos niños, y dijo: «¿Sientes las mariposas, Beth?».

Necesito respirar.

Mariposas, mariposas, mariposas.

¿Las sientes, Beth?

«No te preocupes, volverás a sentir las mariposas».

Me abalanzo hacia una puerta a la derecha cuyo cartel indica que es el baño de mujeres. Samira se da mucha prisa en seguirme.

—¿Qué pasa?

—Necesito un momento —le pido con un hilo de voz.

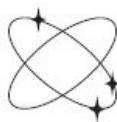
—¿Vas a vomitar?

—Dame un momento.

Me lanzo al interior del aseo y le cierro la puerta en las narices. Luego entro en uno de los cubículos y respiro muy profundo mientras intento sin éxito serenarme.

No debería estar aquí. No, cuando solo lo estoy porque él no puede estarlo.

Subo los pies al retrete y me encaramo hasta alcanzar la pequeña ventana de cristal opaco que hay en la parte de arriba. Y, en cuanto consigo abrirla, me impulso para pasar a través de ella y me descuelgo hasta la calle que me espera al otro lado. Empiezo a correr cuando mis pies tocan el suelo. Y no me detengo hasta que estoy tan lejos que no reconozco nada de lo que hay a mi alrededor.



El estudio de tatuajes huele a desinfectante y a tinta. Me sobresalto cuando la puerta se cierra detrás de mí con un ruido sordo. Un timbre con el sonido de unas campanillas se hace oír con un par de segundos de retraso. Me acerco insegura al mostrador, donde hay un montón de fotografías que muestran el trabajo que se hace aquí. Bastante impresionante.

No sé por qué he sentido el impulso de entrar cuando he pasado por delante y he visto el

cartel. Yo no soy así. Nunca lo he sido. No he sido jamás la chica espontánea que hace las cosas por impulso. Esto suena más a Sam que a mí y, si mi madre se entera, seguro que pensará que la idea ha sido de mi amiga. Pero Sam está lejos de aquí, preocupada por mí, en el hostel que habíamos reservado para pasar la noche, y teniendo que contentarse con un mensaje bastante críptico en el que le he dicho que estoy bien, pero necesito un par de horas para procesar todo antes de volver.

A lo mejor la idea de hacerme un tatuaje no es tan descabellada, ¿verdad que no? La gente los usa para grabarse para siempre las cosas importantes. Los momentos más destacables de su existencia.

Hoy puede ser el mío.

El día que Beth Walls desafió a su destino.

El día que Beth Walls prendió la mecha para hacer explotar todos sus sueños en minúsculos pedacitos y tirarlos a la basura.

El día que Beth Walls la cagó.

Doy un respingo cuando un hombre grande, de espaldas anchas y una barba frondosa y bien cuidada, sale por la puerta que da a la trastienda y se me planta delante. Detrás de él aparece un chico joven, más o menos de mi edad, con el pelo rubio oscuro revuelto y el ceño muy fruncido.

—Venga ya, DiMarco, va a ser solo un segundo —va suplicando al grandullón.

—Claro que sí. Por eso no voy a malgastar mi material. Es tirar unas agujas nuevas a la basura.

—Te voy a pagar por esas agujas. Así que yo decido si las tiramos a la basura o no, ¿no te parece?

El hombre suelta un gruñido. Luego centra su atención en mí.

—Buenas tardes, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

Me fijo en sus brazos, cubiertos por completo de tinta desde las muñecas hasta las mangas de la camiseta negra que viste.

—Eh, sí. Sí, claro. Quiero hacerme un tatuaje —consigo decir, titubeante.

Él alza una ceja y sus pupilas muestran un destello de diversión.

—¿Estás segura?

Carraspeo y me yergo, para dar a mi aspecto exterior toda esa firmeza que ahora mismo me falta por dentro.

«Volverás a sentir las mariposas».

—Estoy segura —respondo mientras le sostengo la mirada.

El chico, que aún sigue detrás del que parece ser el dueño del local, da un par de pasos adelante y se impulsa con las manos para sentarse sobre el mostrador, dándome la espalda, para poder mirar al hombre de frente y captar toda su atención.

—Yo también estoy seguro de que quiero hacerme un tatuaje, DiMarco, y he llegado primero. —Vuelve la cabeza para mirarme y hace una mueca de disculpa—. No es nada personal, te

aseguro que será rápido.

—Todo lo rápido que vas a salir de mi tienda y vas a buscar a otro gilipollas que te dibuje dos líneas, Harnett —le contesta el otro.

Harnett suelta un gemido frustrado y se pasa las manos por la cara exagerando una expresión divertida de exasperación.

—A ella no le importa esperar dos minutos a que termines conmigo, ¿verdad...?

Vuelve a mirarme y mueve la mano ante mí con apremio, como si me estuviera pidiendo que complete la pregunta con mi nombre.

—Beth —murmuro, sin darme tiempo a pensar si es una buena idea dar mi nombre a un completo desconocido en un estudio de tatuajes.

—A Beth no le importa esperar —insiste Harnett, con media sonrisa cargada de satisfacción—. ¿Y es que acaso mi dinero vale menos que el suyo?

El hombre lo ignora, como si ni siquiera hubiera llegado a oírlo hablar.

—¿Sabes ya lo que quieres hacerte? —me pregunta a mí.

Lo miro a él y luego al chico, que ahora está observándome sin disimular en absoluto su curiosidad.

—Yo... De verdad, no me importa esperar. Él estaba primero.

Harnett da una palmada y suelta una carcajada triunfal.

—¿Lo ves?

El tatuador suelta un taco en voz baja y se estira hacia un lado del mostrador para ofrecermelo un álbum con anillas lleno de diseños de tatuajes.

—Le haré sus dos líneas a esta mosca cojonera, no sufras, pero primero dime lo que quieres tú para ver si puedo ayudarte y no tenerte esperando en vano.

El que acaba de recibir el insulto se ríe entre dientes, sin ofenderse en absoluto. Se inclina hacia un lado, acercando la cabeza a la mía, para observar los diseños de la hoja que tengo justo delante.

—Un consejo —me dice, en tono confidencial—. No te tatúes el nombre de alguien, eso nunca acaba bien.

Lo miro y alzo una ceja.

—¿Lo dices por experiencia?

Sonríe de medio lado y sus ojos recorren mis facciones con descaro.

—Ah, no. Claro que no. Yo hice algo peor. Me marqué el amor entero. —Vuelve a ponerse recto y estira el brazo izquierdo hacia mí para que pueda ver el tatuaje que tiene en la parte interna, justo bajo el borde de la manga de la camiseta—. Déjame decirte que eso tampoco acabó bien.

Tiene una palabra dibujada con una letra bonita e irregular: *love*. Las líneas son curvas y delicadas. Me pregunto si eso se lo hizo por alguien en concreto. Aunque supongo que es así, a juzgar por sus palabras.

Me vuelvo hacia el tatuador y aparto el álbum con cuidado, para dejar clara la idea de que no necesito inspiración. Sé muy bien lo que quiero.

—Quiero unas mariposas. Aquí, en el muslo. —Señalo el lugar sobre la tela de la pernera derecha del vaquero ancho que visto.

El hombre hace un asentimiento algo tosco. Abre su colección de diseños por una hoja concreta y vuelve a empujarlo hacia mí.

—Elige las que más te gusten. O, si ninguna te convence, podemos diseñarlas como quieras.

No dudo antes de poner el dedo sobre una de las imágenes. Tres mariposas pequeñas, solo con tinta negra, cada una con las alas en una posición de vuelo diferente.

—Este está bien.

—Te imprimiré la plantilla.

Dicho esto, vuelve a desaparecer camino de la trastienda.

Me encuentro los ojos de Harnett fijos en mí cuando vuelvo la cabeza en su dirección.

—¿Es tu primera vez?

—Qué pregunta tan íntima —reprocho, tras chasquear la lengua.

Se le forma una sonrisa que le sube rápido hasta los ojos castaños.

Se baja del mostrador de un salto y lo rodea para ponerse de pie a mi lado. Es algo más alto que yo y huele a cítricos cuando se mueve más cerca.

—Soy Chris. Debería haberme presentado antes de empezar con las preguntas indiscretas.

—Eso me parecía a mí.

—¿Es tu primer tatuaje? —insiste.

Asiento.

—Sí, primera vez. ¿He elegido un buen sitio para hacerlo? —pregunto, en voz más baja para que no me oiga el dueño del local.

Chris se encoge de hombros, con actitud despreocupada.

—Ni idea, es la primera vez que vengo. Es el tatuador de un amigo mío y lo conozco un poco, por eso estoy aquí. Supongo que irá bien. Al menos el sitio está limpio. Y mi amigo no se ha muerto todavía y le queda poca piel por tatuar, así que vamos a darle un voto de confianza.

Sonrío levemente ante su tono y la mirada cómplice que me dedica.

—Muy bien, pero pasas tú primero, solo por si acaso —bromeo.

Suelta una sola carcajada.

—Por supuesto. He llegado antes, no te cueles.

Hago una inclinación de cabeza como forma de darle la razón y me trago la sonrisa. De todas formas, prefiero no ser la primera. Empiezo a ponerme nerviosa con la idea de tener una aguja inyectándose tinta en la piel. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Es que me he vuelto loca, hoy?

—Vale. Tengo las plantillas. Vamos allá.

Los dos nos volvemos a mirar al hombre cuando aparece de nuevo en la recepción. Hace una seña a Chris para que lo siga a través de unas cortinas hacia el fondo del local.

—Oye, Chris —lo llamo antes de que desaparezcan—, ¿te importa si paso para ver cómo... cómo es?

Me sonrío de una forma tranquilizadora cuando nuestros ojos se encuentran. Hace un gesto con la cabeza para invitarme a seguirlo.

—¿La dejamos mirar, DiMarco? Es su primera vez —le cuenta, burlón.

—Pasa —me da permiso el tatuador—. Pero no te espantes si lo ves llorar, este chico tiene el umbral de dolor ridículamente bajo.

Chris me mira de nuevo y hace una mueca.

—Eso es verdad.

Suelto una risita suave mientras paso tras ellos. Hay un par de camillas reclinables y un montón de estantes y cajones de acero inoxidable colocados contra las paredes.

Es verdad que lo que quería hacerse el chico era rápido. Tan rápido que, para cuando me doy cuenta, en su brazo ya no pone *love* sino *hope*, y DiMarco le está limpiando la zona con una gasa antes de ponerle crema.

Chris ha cambiado el amor por esperanza y pienso que a mí tampoco me vendría mal un poco de eso ahora mismo.

—Cubro a este tipo y estoy contigo enseguida.

Me sobresalto al oír eso. Y es una tontería y totalmente irracional, pero no quiero hacer esto sola. Normalmente me escondo del mundo y me cierro en banda cuando se trata de ciertas zonas de mi cuerpo y procuro que nadie vea más de lo que quiero enseñar. Pero seguramente no volveré a ver a este chico en mi vida y, en este momento, me da tranquilidad que esté aquí.

—¿Tienes prisa? —le pregunto directamente a él, cuando me dedica una sonrisa y levanta la mano a modo de despedida.

Niega con la cabeza una sola vez.

—¿Te importaría quedarte?

Sé que suena raro y me siento ridícula cuando termino de decirlo en voz alta. Pero Chris vuelve sobre sus pasos hasta plantarse a mi lado.

—No, claro. No me importa. Me quedo.

Nos miramos y sonreímos de forma tímida. Creo que se me suben los colores a las mejillas.

DiMarco suelta un suspiro exagerado, como si necesitara una paciencia infinita para lidiar con nosotros.

—Vamos a probar con esto, a ver cómo lo prefieres —indica, con la plantilla en la mano—. ¿Puedes...? ¿Quieres descubrir la zona?

Me palpa con fuerza el corazón cuando soy plenamente consciente de que, si de verdad quiero hacer esto, tengo que quitarme los pantalones. Me trago los complejos y lo hago rápido, tras librarme de las zapatillas. Dejo a la vista mis bragas granates con puntos blancos, la piel pálida de las piernas... y la enorme cicatriz que me recorre el muslo derecho desde la cadera hasta la parte posterior de la rodilla.

Oigo a Chris carraspear bajito, como si nunca en su vida hubiera visto a una chica en ropa interior, pero me abstengo de mirarlo porque no quiero captar una mueca de espanto en su cara cuando vea la horrible marca de mi piel.

—Quiero que parezca que salen de la cicatriz y vuelan lejos —me obligo a decir, centrando toda mi atención en el tatuador, que ya prueba ángulos con la plantilla—. ¿Podemos hacer eso?

Eleva la mirada hasta mis ojos y me dedica una sonrisa afable que brilla entre el pelo oscuro de su barba.

—Claro que podemos.

Mi sesión dura bastante más de lo que ha durado la de Chris. Él no se queja. Se sienta a mi lado mientras el tatuador trabaja y se dedica a contarme chistes y hacer bromas todo el tiempo. Me hace las cosas más fáciles. No me permite darle vueltas a todos esos pensamientos enredados que forman nudos en mi mente. Y reduce a tan solo un susurro esa frase que no paraba de repetirse a gritos dentro de mi cabeza: «Volverás a sentir las mariposas».

Lo veo mirar mi reflejo cuando estoy contemplando el resultado final en el espejo. Ha quedado perfecto. El chico me sonríe con aire tímido cuando se da cuenta de que lo he pillado mirando.

—Ten cuidado —me advierte, con una sonrisa ladeada—, si se ponen a batir las alas pueden provocar un tsunami en las antípodas.

Alzo las cejas, con los ojos cargados de interrogantes.

—¿Perdona?

Encoge un solo hombro.

—Ya sabes, el efecto mariposa. Cualquier pequeño cambio en cualquier pequeña cosa puede alterar el universo entero.

—¿Cómo de pequeño? —pido más información.

—Bastaría algo tan aparentemente insignificante como el vuelo de una mariposa.

Dejo que DiMarco me tape el tatuaje con cuidado y luego recupero los pantalones. Me los pongo rápido mientras conecto la mirada con la de Chris, antes de responderle:

—Entonces, creo que es mejor que las dejemos quietas de momento.

La chica de la sonrisa rota

Chris

Salgo a la calle justo detrás de ella. Su pelo rubio se agita con el viento en cuanto empieza a andar en dirección contraria a la que debería seguir yo. No pasa nada por alejarme un poco, creo, así que me apresuro a dar dos zancadas largas siguiendo sus pasos.

—¿Estás satisfecha con el resultado? El tío es un borde a veces, pero parece que sabe usar las agujas —comento como forma de sacar conversación.

Me dedica una mirada de reojo y no deja de caminar.

—Supongo —se limita a decir.

Hace un rato me ha pedido que me quedara con ella y se ha quitado los pantalones en mi presencia, pero ahora parece haberse vuelto tímida de repente. Me pregunto qué le habrá pasado. Por qué habrá ido sola a hacerse un tatuaje que parece tan cargado de significado y ha tenido que pedirle a un desconocido que se quede a su lado mientras le marcan la piel. También me pregunto qué le pasaría para dejar una cicatriz como esa. Pero no soy tan indiscreto como para plantearme interrogarla acerca de todo ello.

Tampoco quiero dejarla marchar como si nada. A lo mejor necesita alguien con quien hablar. A lo mejor necesita que escuche su historia. No parece estar teniendo el mejor día de su vida, eso seguro, y no se me ha pasado por alto que en ninguna de las ocasiones en las que la he visto sonreír le ha llegado esa sonrisa a los ojos.

—¿Tienes que ir a alguna parte ahora mismo? ¿Te apetece que tomemos algo? Ahora somos colegas de tatuajes, eso es algo que celebrar.

Ralentiza el ritmo hasta parar la marcha y se gira para poder mirarme de frente. Sus ojos azules escrutan los míos como si estuviera intentado adivinar dobles intenciones detrás de mi propuesta.

Qué desconfiada.

No sé qué es lo que lee en mi expresión, pero pronto relaja el gesto y deja caer los hombros. Asiente de una manera tan leve que es casi imperceptible.

—Sí. Estaría bien. Claro, tomemos algo. ¿Conoces algún sitio?

—Los conozco todos —alardeo, en tono engreído.

Le guiño un ojo y ella sacude la cabeza con desaprobación. Sonríe satisfecho cuando detecto la diversión que esconde su gesto.

—¿Estudias en la universidad? —pregunta mientras me sigue por la calle que cruza hasta la avenida principal.

—Sí. Estoy acabando mi primer año. ¿Tú?

—Empezaré el curso que viene, después del verano.

Giro la cara para poder mirarla. Mantiene la vista al frente y parece pensativa. Señalo el cartel que hay sobre la puerta de un bar.

—¿Qué te parece allí?

No responde, pero se adelanta para entrar antes que yo.

Apenas hay gente, de modo que un camarero se acerca enseguida en cuanto nos acomodamos en la barra. Pedimos la misma marca de cerveza, hablando a la vez.

—Parece que somos almas gemelas, Beth —bromeo.

Sonríe de medio lado, pero parece más triste que otra cosa cuando me mira a los ojos y habla:

—Me temo que no.

Me llevo la mano al corazón y hago una mueca de dolor. Se ríe bajito, pero no sé si es una risa de verdad.

—¿Y cómo es que estás aquí, si no empiezas el curso hasta después de verano?

—Tenía la prueba de acceso para el programa de Teatro de la Escuela de Arte Dramático —responde, y lanza un suspiro.

Eso suena a fracaso, creo.

—¿Y cómo ha ido? —me intereso, aun así.

—No ha ido. Me ha entrado el pánico, le he dado esquinazo a mi mejor amiga y me he escapado por la ventana del baño para irme corriendo al centro de la ciudad y hacerme un tatuaje.

Suelto un silbido impresionado y ella levanta la mirada para clavarla en mis ojos con firmeza. No parece molesta por mi reacción, solo sorprendida.

—Eso es lo que llamo entrar por la puerta grande. ¿Miedo escénico?

Niega con la cabeza un par de veces.

—No. No es eso. Es complicado. ¿Alguna vez has sentido que has conseguido lo que más querías de la peor manera posible? Como si no te lo merecieras.

Lo pienso por un momento. No quiero darle una respuesta estúpida, y mis amigos no paran de decir que soy un payaso, así que tengo que pensarlo bien para estar a la altura.

—Una vez, en el instituto, saqué un diez en Física porque el profesor repitió el mismo examen que había puesto al curso de mi hermana cinco años atrás, y yo había estudiado en casa con sus apuntes y sus viejos ejercicios y exámenes. No copié, en realidad no hice trampas, pero me sentí mal por ello durante semanas. No me pareció que me lo hubiera ganado. ¿Te refieres a algo como eso?

Esboza una sonrisa triste. Una que deja claro que estoy muy lejos de poder entenderla.

—No exactamente.

Nos interrumpe el camarero, que aparece con nuestras bebidas. Beth saca la cartera del bolso y le tiende un billete. Me frena con un gesto cuando ve que yo me llevo la mano al bolsillo.

—Deja que te invite, Chris. Has estado un montón de rato viéndome en bragas solo para no dejarme sola mientras me hacía un tatuaje, creo que es lo menos que puedo hacer.

Enarca una ceja cuando me oye reír entre dientes.

—Créeme, Beth, ha sido un auténtico placer verte en bragas todo ese tiempo.

Acompaño mi tono pícaro de una mirada sugerente y me río cuando arruga una servilleta de papel para lanzármela a la cara. He intentado decir su nombre de la misma forma que ella ha dicho el mío, porque me ha parecido increíblemente íntima. Si lo ha notado, más allá de mi broma, no lo demuestra.

Da un trago a la cerveza y luego me mira con renovada curiosidad.

—¿Por qué has modificado tu tatuaje? ¿Qué tiene de malo el amor?

Me llevo la mano a esa zona de forma inconsciente. Paseo los dedos por el borde del plástico que DiMarco ha puesto para cubrirlo y pienso cuánto quiero contarle a una desconocida, por muy bien que hayamos conectado.

Me acuerdo de cuando me lo hice, hace cerca de tres años. El primer amor, ese que te deja huella para toda la vida, me había pegado fuerte y quería demostrarle a esa chica que lo que sentía era eterno. Qué inocente es uno a los dieciséis años. En esta vida no hay nada eterno. Nada constante. Y menos, un amor de verano.

—El amor no tiene nada de malo. Pero ¿sabes qué?: para poder amar después de que te rompan el corazón una vez hay que tener esperanza. La esperanza de que la próxima vez será distinto. La esperanza de que no te hará pedazos. O la esperanza de que será para siempre. Siento destriparte el final, nunca es eterno. Por eso hay que mantener la esperanza, para volver con la misma ilusión la vez siguiente. Para no volverte cínico y todo eso.

—No suenas nada cínico, qué va —ironiza, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Tú crees en el amor, Beth?

Se ríe quedamente.

—Lo dices como si preguntaras por Santa Claus.

—Yo creo en Santa Claus.

Se ríe de nuevo.

—El amor no es algo en lo que creer o no creer. Es y punto —expone mientras pasea la yema del dedo por el borde de su botellín de una forma hipnótica—. Pero, si tú te lo has borrado, imagino que tendrás tus razones.

—La vida te empuja a hacer cosas impensables a veces —dramatizo—. Además, si yo no hubiera sentido la necesidad de modificar mi tatuaje, no nos habríamos conocido. Yo veo en ello una jugada maestra de...

—Ha sido una casualidad —me corta.

—Una casualidad interesante.

Me mira con atención, como si intentara descifrarme. No creo que necesite indagar mucho para verme, suelo mostrarme como soy, sin trampa ni cartón. Y si ahora no está viendo que encontrarla en ese estudio de tatuajes ha sido una casualidad preciosa, es solo porque no quiere darse por enterada.

El pelo rubio ondulado le enmarca la cara, sus ojos azules son grandes e inquietos, moviéndose de un lado a otro todo el tiempo como si necesitara registrar cada cosa a su alrededor. Tiene los rasgos suaves, dulces, y los labios húmedos y rosados. Viste pantalones anchos, zapatillas y un top, muy informal, y el conjunto le sienta tan bien que parece que esté ideado expresamente para ella. Su risa es bonita, musical, contagiosa. Pero suena baja y no del todo sincera. Y su voz... Me gusta su voz. Y aún me gustaría más si me hablara al oído. Más cerca. Solo un poco más cerca.

—¿Crees en el destino?

Su pregunta me trae de golpe a la realidad, y solo espero que no se haya dado cuenta de que la estaba observando sin ningún disimulo mientras fantaseaba con tenerla sentada en el regazo.

—Si dices que lo nuestro solo ha sido una casualidad, me veo obligado a decantarme por el «no».

—Entonces, ¿no crees que lo que tiene que pasarnos ya esté escrito?

Alzo las cejas, sorprendido por la forma en que hace esa pregunta, como si necesitara desesperadamente una buena respuesta.

—Claro que no. Eso significaría que no podemos elegir. Que no tenemos el control sobre nuestras propias vidas ni sobre nuestras decisiones. Yo creo que todo el mundo tiene elección. De no ser así, tampoco existiría la responsabilidad por nuestros actos, ¿no? Y, vaya, sería aburridísimo saber que no hay riesgo en nada de lo que hagas, porque el final será exactamente el mismo. Aburridísimo. Y a mí me gusta divertirme, Beth.

—¿Sabes? Creo que yo hoy le he pegado una patada en el culo a mi destino.

Estoy a medio trago y tengo que hacer un enorme esfuerzo para no atragantarme antes de echarme a reír a carcajadas. Levanto el botellín para invitarla a brindar.

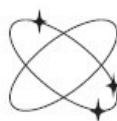
Su sonrisa es un poco más auténtica esta vez.

—Por patear en el culo al destino.

Choca la cerveza con la mía.

—Por patear en el culo al destino.

Y, entonces, en vez de beber, da un paso decidido hacia delante y me besa.



Debería preguntarle por qué tiene rota la sonrisa. No está bien. Es como si solo funcionara a medio gas y no tuviera fuerza para llegar más arriba de sus pómulos. Claro que he preferido callarme eso y tartamudear un «po-po-por supuesto» cuando ella me ha mordido el labio inferior y me ha preguntado si me apetecía ir a un sitio más tranquilo.

Rezo para que no haya nadie en casa cuando empujo la puerta del apartamento y me aparto para dejarla pasar primero. Avanza solo un par de pasos y yo aprovecho las escasas décimas de segundo en que me da la espalda para escanear todo el espacio a la vista y asegurarme de que no hay unos calzoncillos colgando de la lámpara ni nada parecido.

Hay una bolsa de deporte al lado de la mesa, lo que significa que Matteo dormirá esta noche de nuevo en nuestro sofá. La parte buena de eso es que, si Oscar y él han salido de fiesta por ahí, tenemos horas por delante sin que nadie aparezca.

Beth se vuelve hacia mí y me mira con los ojos hambrientos y picardía en las comisuras de los labios. Mi nuevo sabor favorito. Se pone de puntillas y se estrella contra mi boca y yo empujo la puerta sin importarme que el ruido moleste a los vecinos y pongo una mano en su nuca para profundizar el beso y saborearla con ansia. Poso la otra mano en su cintura y la atraigo aún más hacia mi cuerpo, hasta que estamos tan pegados que no sé dónde acaba ella y dónde empiezo yo. Da igual. Quiero difuminar del todo esos malditos límites.

Creo que ella desea exactamente lo mismo y por eso cuela las manos bajo mi camiseta y pasea los dedos por mi abdomen antes de tirar de la tela hacia arriba y ayudarme a quitármela.

No quiero dar la impresión equivocada, cuando la he invitado a tomar algo no era mi intención que la cosa acabara así, y menos tan rápido. Pero tampoco soy idiota y ella es muy sexi y yo he dejado de pensar del todo con la cabeza cuando me ha besado sin previo aviso.

—Yo no... No suelo hacer esto —confieso, cuando la camiseta está en algún lugar del suelo del salón y tengo sus ojos azules recorriendo mi torso sin perder detalle.

No soy un chico de rollos de una noche. Normalmente necesito algo más que ver a una chica en bragas y que decida que besarme es una buena forma de mandar a la mierda al destino antes de llegar a este punto. Prefiero saber con quién me acuesto.

Sus pupilas se clavan en las mías.

En realidad, *nunca* he hecho esto antes, pero no voy a admitirlo ni loco. No quiero parecer un pringado.

Esboza una sonrisa de medio lado que no tiene nada en absoluto de inocente.

—Yo tampoco.

Lo dice en un susurro travieso mientras pone cara de buena. Y, vale, eso probablemente significa que es experta en rollos de una noche y siento un poco de presión por estar a la altura, pero creo que no había estado tan cachondo en toda mi vida como después de ver el brillo de lujuria que se abría paso entre toda esa fingida inocencia, así que ni las expectativas consiguen cortarme el rollo.

Esta vez la beso yo. Con todas las ganas y poca delicadeza. No protesta. Al contrario, suelta

un gemido en mi boca y me tira del pelo, pegada a mí.

Trastabillamos mientras la guío hacia la puerta que separa el espacio abierto que abarca el salón comedor y la cocina de las habitaciones y enseguida estamos en la mía. Nos desabrochamos los pantalones mutuamente sin dejar de besarnos y luego ella se aparta y se libra del top para tirarlo sobre mi cama. Cuela dos dedos en la goma de mis calzoncillos y camina hacia atrás llevándose con su cuerpo hasta la mesa de estudio. Aparta todos mis útiles de dibujo sin molestarse en mirar si hay algo frágil, y yo la levanto, con las manos en su cintura, y la siento sobre la superficie para después meterme entre sus piernas. Nos rozamos en todos los puntos posibles mientras los dos soltamos gemidos y jadeos entrecortados con los que nos comunicamos cuando sobran las palabras.

Tiro de sus pantalones y ella levanta las caderas para permitirme bajarlos despacio, con las miradas conectadas. Creo que voy a correrme si no deja de mirarme así, en serio.

—Cuidado.

Me alarmo cuando dice eso, y freno de golpe y la observo detenidamente, para intentar descubrir qué he hecho mal.

La sonrisa no le llega a los ojos, pero le queda de maravilla en los labios.

—El tatuaje —me recuerda, en respuesta a todas esas preguntas que no he llegado a hacer en voz alta.

—Ay, mierda, perdona, sí.

La verdad es que no sé si me está pidiendo que evite esa zona por el tatuaje recién hecho o si es por la cicatriz, pero sé que es mejor que me calle y no meta la pata. Se quita ella misma los pantalones y, cuando está frente a mí en ropa interior, me hace un gesto con el dedo para que vuelva a acercarme.

Esto es supererótico. Va a matarme.

Me desnudo rápido antes de pegarme de nuevo a ella y besarla con intensidad. Suelta una risita en mi boca, como si le hiciera gracia que no pudiera soportar ni un segundo más con los pantalones puestos, y cuela la mano entre nosotros para acariciar mi erección.

Madre. Mía.

Tengo que hacer algo que no me haga parecer un adolescente inexperto. Algo que le provoque a ella lo mismo que ella está consiguiendo despertar en mí. Sé que puedo hacerlo. Ninguna chica se ha quejado antes y no quiero que ella tenga que ser la primera. Tomo las riendas de la situación y la recuesto despacio sobre mi bloc de dibujo, le desabrocho el sujetador con destreza y me deshago de él. Vale, ahora empieza lo bueno. Me muero por oírla gemir.

La toco primero, estudiando sus reacciones para descubrir cómo le gusta más. Luego me inclino y cubro su pezón con la boca, mientras deslizo la mano hasta colarme en la única prenda que le queda y acariciarla despacio.

Y, sí, la oigo gemir, increíblemente sexi, excitante y perfecta. Pero luego empuja mis hombros, enreda las manos en mi pelo, me besa de una forma tan caliente que vuelvo a temer por

la duración de este encuentro, y habla pegada a mis labios.

—¿Tienes un preservativo?

Ah..., vale.

—Eh..., ah..., sí. Sí, espera.

Me estiro para coger la caja del cajón de la mesilla y, cuando la tengo en la mano, ella me la quita y se hace con uno, rompe el envoltorio con los dientes —que nos perdone la sexóloga que vino a darnos aquella charla al instituto—, y me lo pone con destreza.

—¿No quieres...?

No me deja terminar la pregunta. Se quita las braguitas granates de lunares, enreda las piernas en mi cintura y me empuja hacia ella hasta que estoy a un solo milímetro de abrirme paso en su interior.

—Vamos.

Obedezco, por supuesto. No se me puede pedir más a estas alturas. Si ahora mismo me pidiera que diera tres vueltas e hiciera el pino, también obedecería. Estoy dispuesto a darle todo lo que quiera.

Intento ir despacio, por eso de no acabar antes de tiempo, y pienso que debería preguntarle qué es lo que quiere y cómo le gusta, pero ella no me da opción. Está claro que está al mando y su cuerpo exige con claridad en todo momento. Para ser justos, podría decirse que me folla como ella quiere y que yo estoy encantado de dejarme hacer y responder con la misma pasión.

Me dejo ir en cuanto vocaliza su orgasmo y se aferra a mi espalda, porque es imposible aguantar tras ver su cara en el clímax. Es preciosa. Es...

Me empuja y se baja de la mesa. Recoge su ropa antes de que me dé tiempo a volver a la realidad y se viste a toda velocidad.

—Tengo que irme.

¿En serio? No quiero sonar ofendido, pero un poco sí que lo estoy, así que hablo entre dientes al mirarla:

—¿La medianoche te convertirá en calabaza?

Sonríe y sacude la cabeza.

—Ha sido una interesante casualidad, Chris.

Eso me ablanda. Tiene los ojos azules llenos de «quizás», pero sé que no los va a dejar salir.

—Lo ha sido. A lo mejor podría darse otra bonita causalidad cuando vuelvas por aquí.

Niega con la cabeza, y esboza una especie de mueca a modo de disculpa.

—No está escrito en el destino que tengamos que volver a encontrarnos.

A pesar de su tono burlón, creo que no es del todo una broma. Me pongo los pantalones a toda prisa para no sentirme tan patético.

—Creía que nosotros pateábamos al destino en el culo.

—Si no encontrara formas de volver a encauzarse, entonces ya no lo llamarían destino.

Y no sé por qué tiene la sonrisa rota, pero sé que ella no me lo quiere contar. Ni ahora, ni

nunca. Me encojo de hombros.

—Si es así, espero que de alguna forma consigas entrar en ese programa de Teatro.

Dibuja media sonrisa indiferente.

—Si no, lo haré de otra manera. Recorreré todos los teatros, me llenarán de flores el camerino, y mi cara estará en Broadway, en Londres y en Madrid.

—No me perderé tu espectáculo, si paso por allí.

Da un paso atrás y esconde la mirada.

—Buenas noches, Chris.

La sigo. Me quedo parado viéndola marchar hasta que abre la puerta principal y pone un pie en el rellano.

—Oye, Beth.

Se gira para mirarme y yo sonrío, confiado, antes de decirle las últimas palabras a una chica que probablemente no volveré a ver en la vida:

—Si tus mariposas baten las alas, a lo mejor sí que nos volvemos a encontrar.

El poder de la casualidad

Beth

Me he tropezado cuatro veces con las maletas en el trayecto desde la estación de tren hasta la parada de taxis. Me temo que no puedo llamar a esto empezar con buen pie.

Sam y yo nos miramos cuando estamos en la acera, con todas nuestras cosas amontonadas alrededor, y el vehículo que nos ha traído ya es solo un punto distante al final de la carretera de doble sentido. El nivel de ansiedad disminuye tras salir ilesa del trayecto en coche, pero no desaparece del todo. Lo hemos hecho. Estamos aquí. Y, oficialmente, ya somos dos universitarias, aunque aún no nos hayamos enfrentado a nuestro primer día de clase.

La calle en la que está situado nuestro nuevo hogar es una avenida ancha y bonita, con árboles al borde de la acera y farolas altas. Hemos cruzado el río hace solo un par de manzanas, así que creo que se podrá llegar andando enseguida hasta el paseo que lo bordea. Alzo la vista para estudiar el edificio, que es de un pulcro tono gris claro y cuenta con tres plantas de altura.

—¿De verdad vamos a vivir aquí?

Sam aún no parece muy convencida de que esto sea una buena idea. Yo tampoco lo estoy. He pasado todo el verano intentando imaginarnos compartiendo el espacio con Lydia otra vez, como si el tiempo no hubiera pasado, y todos los posibles escenarios acababan en tragedia.

—Eso parece —me limito a decir.

La dos sabemos a lo que hemos venido. Y, aunque no fuera por Lydia, Lauren ha hecho mucho por mí y le debo, al menos, la tranquilidad de saber que su hija no está sola si eso es lo que le preocupa.

Me cuesta menos de un segundo localizar el nombre de la familia Rivera en los timbres que hay a un lado de la entrada. Sam habla cuando ya se oye un pitido que indica que está sonando arriba.

—El edificio es genial. Y estoy superagradecida, en serio, pero ¿Lydia Rivera? ¿Estás segura de dónde nos vamos a meter?

Giro la cara hacia ella y le chisto para que sea discreta.

—Haz el favor de portarte bien, Sam.

Todavía tiene el descaro de hacer una mueca de total indignación ante mi advertencia.

—Subid. —Lydia nos abre la puerta al reconocernos por la cámara del videoportero. Su tono no es en absoluto de cálida bienvenida.

Por suerte, hay un ascensor. No estoy muy segura de que vaya a soportar el peso cuando encajonamos las maletas dentro y prácticamente subimos sentadas sobre ellas, pero llegamos en perfectas condiciones hasta la tercera planta.

Lydia nos espera con la puerta abierta, los brazos cruzados y el gesto serio. Lleva una falda de tubo, una blusa suelta y zapatos de tacón. Lo más incómodo que a alguien se le puede ocurrir como atuendo para estar en casa. Tiene el pelo castaño, brillante, más largo que la última vez que la vi. Sus ojos almendrados y la piel tostada terminan de embellecer el conjunto. Es alta, de piernas largas y figura ideal. Y su familia está forrada. A algunas les toca la lotería ya antes de nacer.

—Aquí tenéis vuestras copias de las llaves. —Nos lanza dos juegos sin llegar a saludar, y ambas tenemos que hacer malabares para poder atraparlos sin desparramar todo el equipaje. La seguimos atravesando la entrada hasta el distribuidor—. Aquí está la primera de las habitaciones, y la siguiente puerta es la otra. Ese es vuestro baño. Mi habitación está aquí, al otro lado, y tiene baño en *suite*, así que no nos molestaremos. Hay tres reglas en esta casa: no toquéis mi comida, no me habléis y bajo ninguna circunstancia se os ocurra entrar en mi habitación. ¿Está todo claro?

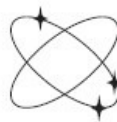
Me enfrento a su mirada cuando gira la cara, ya al fondo del pasillo y con la mano en el picaporte de su puerta. No sé qué esperaba de este encuentro, pero si era algo distinto a esto es solo porque soy estúpidamente ingenua.

—Tranquila —mascullo—. No tenemos ningún interés en meternos en tu vida.

Su mirada es más fría de lo que nunca la había visto mientras me recorre de arriba abajo.

—Me alegro de veros.

Aunque todo en ella grita justo lo contrario a sus palabras. Luego entra en su cuarto y pega un portazo que resuena en los techos altos.



Es la tercera vez esta semana que me arrepiento de haberme matriculado en esta asignatura. Y eso que la clase aún ni siquiera ha comenzado. Sé que me arrepiento, aunque el profesor no haya dicho ni una palabra, porque también me arrepentí tres veces la semana pasada. Y la anterior.

La chica menuda y con gafas que se sienta a mi lado me pasa una de las hojas que se están repartiendo y me dedica una sonrisa de ánimo. Se la devuelvo algo menos brillante. Se llama Ruth y es como un polvorín. No sé de dónde saca tanta energía, pero a veces me agoto solo de verla. Compartimos bastantes clases y creo que puedo afirmar que nos estamos haciendo amigos.

No es que tengamos mucho en común: ella ama esta clase. En realidad, eso nos convierte en el equipo perfecto. Ruth quiere ser quien escribe las obras y yo la que sale al escenario y les da vida.

Leo lo que hay escrito en la hoja sin muchas ganas.

La importancia de la escenografía en la dramaturgia.

TRABAJO COOPERATIVO.

Me asustan las mayúsculas. Cooperar nunca ha sido mi punto fuerte académicamente hablando. Todo el mundo sabe que, cuando se trabaja en equipo, siempre hay algún vago que se cuelga de lo que hacen los demás. Y siempre me ha ido mucho mejor encargarme de las cosas y no tener que arrastrar a aprovechados.

Esta situación parece mucho más injusta porque yo, si todo hubiera ido según los planes, no debería estar cursando esta asignatura. Tuve que matricularme cuando perdí mi oportunidad de entrar en el programa de Teatro. Y también está eso, claro: el programa de Teatro era la principal razón para venir a esta universidad. Sam me repite cada día que no pasa nada, que el resto de las asignaturas merecerá la pena, y me recuerda que tengo otro intento para hacer la audición en enero. Como si eso me fuera a ayudar a olvidar mi fracaso. Como si no tuviera un recordatorio en el muslo del día que me volví completamente loca y dejé que los sueños por los que Dylan siempre luchó para mí dejaran de tener valor.

Me pregunto cómo lo llevará mi madre ahora que yo no estoy en casa cuando vuelve de trabajar. Si eso le hará sentir más la ausencia de los que ya no están, o si, por el contrario, durante este tiempo no he sido más que un doloroso recordatorio de todo lo que le arrebaté.

Bloqueo los pensamientos negativos y los recuerdos del pasado y me centro en proyectar un futuro brillante en mi mente. Tengo las técnicas de evasión bastante dominadas, y hace meses que no me dejo arrastrar por un ataque de pánico, como tan a menudo me sucedía antes. A lo mejor es por eso que el psicólogo me ha dado por fin el alta después de tres años, a pesar de que en una de nuestras últimas sesiones tuve que ponerlo al día del incidente de la prueba de acceso y mi nuevo tatuaje. Lo siguiente que pienso es que debería buscar un trabajo, ahora que he dinamitado yo solita la opción de disfrutar de una beca completa para el siguiente curso, pero, si lo hago, no tendré el tiempo suficiente para preparar la audición de enero como a mí me gustaría. Y estoy aquí para eso, no tiene sentido seguir curso tras curso si no es dentro del programa de Teatro. Vale, preparar la prueba de acceso será mi principal prioridad hasta que la pase y, después, si no hay ninguna posibilidad de optar a la beca para seguir un curso más, buscaré un salario con el que aliviar el peso de los hombros de mi madre por darme las oportunidades que siempre hemos soñado.

Ruth se inclina hacia mí para hacer un chiste en voz baja sobre el chaleco del profesor y me devuelve a la realidad. No es que todo esté siendo malo en el inicio de la vida universitaria. Hace

tres semanas que Sam y yo nos mudamos a la ciudad y estoy bastante contenta de cómo están yendo las cosas, a pesar de todo. Apenas coincidimos con Lydia y, cuando está en casa, pasa la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación. Se comunica con nosotras a través de notas pasivo-agresivas en la puerta de la nevera, para que nos enteremos de que nos toca limpiar la cocina (hasta ahora a ella no le ha tocado nunca, pero estoy retrasando todo lo que puedo el momento de discutir por ello), o de que falta detergente y alguien tiene que hacer la compra. Sé que en algún momento tengo que intentar hablar con ella porque, básicamente, estoy viviendo en casa de los Rivera a cambio de asegurarme de que esté bien. Pero creo que puedo dejar eso para un poco más adelante. Cuando nos adaptemos. Cuando no tenga tantas novedades que digerir de golpe. O quizá cuando acabe el curso y las tres hayamos sobrevivido. Ya veremos. A veces simplemente hay que esperar al momento perfecto para hacer ciertas cosas.

La que está disfrutando de lo lindo con la nueva etapa universitaria es Samira. Se pasea por el campus como si hubiera vivido siempre aquí, ya conoce a mucha más gente de la que soy capaz de contar, y cada día tiene un evento nuevo al que arrastrarme. No me quejo. Me prometí a mí misma que este año iba a salir de mi zona de confort y que no me perdería ningún plan. Al fin y al cabo, como yo bien sé, cualquier día puede ser el último y solo te arrepientes de aquello que no has llegado a hacer, o algo así, ¿no?

—Está dando demasiadas explicaciones innecesarias. Me temo que eso es que no nos va a gustar la conclusión final —me susurra Ruth.

Tiene razón. Ya llevamos como veinte minutos de discurso vacío acerca de la importancia del escenario perfecto para transmitir lo que buscamos. Y todavía ni una mención a eso de trabajar en equipo. En cuanto lo insinúe me aferraré a mi compañera y no pienso soltarla.

—Es siempre lo mismo. Podría resumir la clase en las dos frases finales y así nadie se quedaría dormido. —Señalo a uno de nuestros compañeros dos filas por delante que da cabezadas mal disimuladas.

Ruth suelta una risita baja. Los ojos le brillan divertidos detrás de esas enormes gafas que esconden la mayor parte de su rostro. Y, a pesar de todo, le quedan genial. Yo nunca he salido a la calle con las gafas puestas desde que me detectaron la miopía a los quince. Es una muy mala edad para eso. Las lentillas se volvieron mis mejores amigas muy rápido, en cuanto las dioptrías empezaron a subir. Pero ver lo bien que le sientan a Ruth y lo segura que parece con ellas me hace preguntarme si debería darles una oportunidad.

—¿Qué pasa? —pregunta, desconfiada y mirándome solo de reojo, al percatarse de que no dejo de observarla.

—¿Crees que parecería más lista con gafas?

Se le escapa una carcajada floja y se tapa la boca con la mano para intentar retenerla tarde al tiempo que enrojece, pero, por suerte, el profesor no nos presta atención.

—Ya pareces lista —asegura en un susurro.

Sonrío de medio lado.

—La gente no me toma en serio porque soy rubia.

—Un prejuicio absurdo, igual que presuponer que alguien es más listo por ser miope.

—Mi amiga Sam es superlista y tiene la vista perfecta.

—Mi novio es rubio y está en tercero de Ingeniería Aeroespacial y tiene el mejor expediente de su clase. Yo me lo tomo muy en serio.

Alzo una ceja con expresión pícaro.

—Vale, solo lo tomo en serio a veces —admite, burlona.

Nos reímos las dos, todo lo bajito que podemos.

—¡Prestadme atención, allí, al fondo!

Nos quedamos repentinamente serias y nos enderezamos en la silla cuando el profesor nos llama la atención.

—Para aprobar esta asignatura no les pediré un examen, sino una serie de trabajos —prosigue—. Este es el más importante de ellos. Después de Navidad tendrán que entregarme un proyecto: deben escribir cuatro escenas de diferentes géneros: comedia, drama, monólogo y musical. — Los murmullos empiezan a aumentar entre nuestros compañeros, pero él eleva la voz para seguir hablando—: Pero, como digo, una buena escena va más allá de un guion y es necesario cooperar para lograrla. Por eso hemos planteado esto como un proyecto conjunto con los compañeros de la asignatura de Escenografía. Trabajarán por parejas, a cada uno de ustedes le hemos asignado al azar un compañero. Ah, bien, ya están aquí.

Me vuelvo para mirar. Una mujer mayor, con un vestido de aire bohemio lleno de manchas de pintura, entra con unos cuantos alumnos detrás. Me encojo en mi asiento y suelto el aire, con la mirada al frente de nuevo. Lo que menos me apetece es tener que hacer un trabajo del que depende mi aprobado con algún perfecto desconocido.

—Vengan al frente de la clase cuando los vaya llamando. Diré el nombre de un alumno de cada clase y así se conformarán las parejas, ¿entendido?

Ruth y yo intercambiamos una mirada angustiada cuando empieza a leer la lista que tiene en la mano. En qué maldita hora me matriculé en Dramaturgia.

Me quedo sola cuando a ella la llaman y la emparejan con una chica alta de melena rizada. Espero que sea simpática. Aunque, puestos a elegir, preferiría quedarme yo a la agradable.

—Beth Walls...

Me levanto y me acerco hacia el profesor mientras él consulta la lista que tiene en la otra mano. El corazón me golpea las costillas, angustiado, y me sudan las palmas de las manos. ¿He dicho ya que odio los trabajos en grupo? El profesor me señala el lugar donde debo colocarme. Estoy caminando hacia allí cuando lo oigo llamar a quien será mi pareja.

—... y Christian Harnett.

Encima es un tío. A ver, no es que odie a los hombres ni nada parecido. Ya sabemos que «no todos los tíos» y todo eso, pero, a la hora de tener que trabajar en equipo para una asignatura estúpida, elegiría a una chica si pudiera. Prejuicios, sexismo, malas experiencias, puedo llamarlo

de la forma que sea. Da igual. Hace tiempo que intento que los chicos no sean mucho más que un rollo pasajero mientras espero conocer al que, según el destino, es el amor de mi vida. Al fin y al cabo, si la película de mi vida no se equivoca, con ningún otro tendré un final bonito, y soy una firme defensora de evitar el sufrimiento. El mío, seguro, pero también el de ellos. Los chicos también tienen corazón y se enamoran y esas cosas, ¿no?

Espera un momento. Mis neuronas establecen las conexiones cuando ya he perdido unos valiosos segundos para escapar. Ese nombre me suena. Me suena mucho. Me suena a...

Siento su presencia justo a mi espalda, y ni siquiera me da tiempo a volverme antes de oír su voz:

—Hola, chica de la casualidad. ¿Han echado a volar tus mariposas?

Estrictamente profesional

Beth

Esto no puede estar pasando. No. Me niego. Voy a cerrar los ojos, contaré hacia atrás desde diez y desaparecerá. Por desgracia, aún no tengo poderes mágicos ni domino el truco de evaporar a la gente. Tampoco tengo paciencia. Por eso ni he llegado al siete en mi cuenta regresiva cuando me giro para enfrentarlo.

Me encuentro sus ojos castaños observándome de forma descarada y sin disimular en absoluto su interés, y una sonrisa absurdamente bonita en sus labios. Ese gesto de reconocimiento y genuino entusiasmo se va derritiendo poco a poco en sus facciones cuando ve que yo no cambio para nada la expresión. Y seguro que no parezco contenta de volver a verlo.

No es que tenga nada en contra de este chico, de verdad, no es eso. Me hizo compañía mientras me hacía el tatuaje y yo estaba cagada de miedo, lo que fue sin duda un detalle. De alguna extraña manera, conectamos muy bien en las breves conversaciones que mantuvimos. Y el sexo fue... bueno. ¿He dicho bueno? El sexo fue *muy bueno*. Pero precisamente por eso no esperaba tener que volver a encontrármelo. Hace tres años que mis relaciones con el sexo opuesto funcionan así. De hecho, intento que los chicos con los que me acuesto ni siquiera me caigan bien para que esto no pase. Porque no quiero que me dé un vuelco el estómago cuando me los vuelvo a encontrar. Prefiero no tener que volver a verlos. Y con Chris rompí mis propias reglas: cuando lo besé ya estaba segura de que, si permanecía mucho tiempo con él, iba a acabar gustándome más de lo que puedo permitirme.

—¿Te acuerdas de mí?

¿Debería ofenderme la pregunta? Hace menos de tres meses que lo tuve desnudo entre las piernas, ¿cómo te olvidas de algo así?

Tiene el ceño levemente fruncido, ha hablado con un eco de triste incredulidad, y parece incómodo cuando se mete las manos en los bolsillos y hunde la cabeza entre los hombros, aportando un poco más de vulnerabilidad al conjunto.

Mi ceja enarcada consigue hacerlo reaccionar.

—Eh, no ha sonado como... Perdona, no quería que sonara como si yo pensara que lo haces tanto que no recuerdas... —Se le empiezan a colorear las mejillas y parece a punto de entrar en

pánico cuando se da cuenta de que aún está metiendo más la pata—. Aunque sería perfecto si lo hicieras. Quiero decir, que no está mal que te acuestes con alguien diferente cada día si es lo que quieres. Tampoco quiero decir que yo tenga que ser una experiencia memorable, solo que... ¿Debería callarme? Lo siento. Me callaré. A ser posible para siempre.

Se me escapa una sonrisa ante su apuro. Sus ojos caen hasta mis labios y se le eleva la comisura de la boca despacio al captar mi gesto.

Es mejor que le eche una mano.

—Me acuerdo de ti, Chris.

Suelta de golpe el aire que parecía estar conteniendo, en plan dramático, y yo emito una risita que él corresponde con una parecida.

—¿Crees en las casualidades, Beth?

Abro la boca para decir algo. Me interrumpen unas palmadas de la profesora de la clase de Escenografía que buscan llamar nuestra atención. Ya han terminado de hacer las parejas para los trabajos. Los dos nos volvemos hacia ella en espera de lo que tenga que decir.

—Muy bien, alumnos. Ahora podéis dedicar el resto del tiempo a conocer a vuestros compañeros y planear cómo queréis enfocar vuestro proyecto. En la próxima clase volveremos a nuestra programación habitual.

Chris se gira hacia mí y hace un gesto para invitarme a acompañarlo y sentarnos en la primera fila. Observo su espalda cuando se adelanta caminando hacia allí. No tiene los hombros especialmente fuertes, pero tampoco es desgarrado. Se mueve con soltura y elegancia, como si estuviera muy cómodo en su propia piel. Y me sorprende que lleve camisa porque no va para nada conjuntado con el resto de los alumnos de Escenografía.

No debería estar preguntándome cosas sobre él. Para nada. En absoluto. Cuando nos sentamos y deja el cuerpo ladeado hacia mí, su lenguaje corporal me hace ser consciente de que es mejor que aclare lo que es esto y lo que nunca será.

—Oye, Chris, antes de que empecemos con esto, quiero dejar las cosas claras. Lo que pasó no fue... Lo que pasó fue cosa de una vez. No va a volver a repetirse.

Echa el torso hacia atrás, como si acabara de tirarle un vaso de agua a la cara sin previo aviso. Soy muy consciente de que el que debería ofenderse ahora es él, pero mantengo mi pose firme y el gesto decidido.

Sus pupilas recorren mis facciones con tanta atención que empieza a ponerme nerviosa. Luego esboza una sonrisa de medio lado cargada de superioridad moral y acerca su cara a la mía para hablarme en voz baja:

—Estás muy subidita, ¿no, Beth? ¿Quién ha dicho que yo quiera repetir?

Aprieto los labios y trago saliva con dificultad. Está muy cerca y huele muy bien y yo recuerdo perfectamente la firmeza de esos labios sobre los míos. Me aparto de él lentamente, como si lo hiciera por casualidad y no para evitarme la tensión que se empieza a formar en la parte baja de mi abdomen.

—Perfecto. Entonces esto será estrictamente profesional.

Le tiendo la mano y le sostengo la mirada mientras espero a que se decida a sellar el trato. Tengo el corazón latiendo a toda velocidad y, en realidad, creo que preferiría no tocarlo, por si acaso, pero es tarde para retirarme.

Me contengo para no dar un respingo cuando la envuelve con la suya de golpe y me da un apretón firme.

—Estrictamente profesional —repite—, si puedes resistirte.

Eso último lo dice en voz más baja y con un cierto toque burlón que yo me esfuerzo por ignorar. No voy a seguirle el juego. No me lo puedo permitir.

—Vamos a pensar en cómo plantearemos el trabajo —propongo, tras un carraspeo.

Asiente una sola vez con la cabeza. Saca de su mochila una hoja idéntica a la que el profesor nos ha repartido en clase y se pone a leerla en silencio.

—Yo dibujo el escenario con detalle, tú escribes la escena, ¿no? ¿Tienes alguna idea sobre lo que quieres escribir?

Ni siquiera me mira. Y yo no puedo evitar lanzar continuos vistazos de reojo para estudiar sus rasgos.

—¿Por qué no me dijiste que estudiabas Arte Dramático?

Me dedica solo una mirada desinteresada y luego devuelve la vista al papel mientras da vueltas a un lapicero entre los dedos.

—Te dije que había ido a la prueba para el programa de Teatro, ¿por qué no me dijiste que tú también estudiabas aquí? —tengo que insistir ante su silencio.

—No estudio Arte Dramático —desmiente.

—¿Y qué haces aquí?

Deja la hoja y vuelve la cara para mirarme como si le supusiera un esfuerzo prestarme atención.

—Solo curso Escenografía como optativa para completar créditos. Me viene bien, me parece interesante para mi futuro y me gusta dibujar.

—¿Qué estudias?

Entorna los ojos como si tratara de descifrarme solo a través de lo que dicen mis pupilas.

—Dirección de Empresas y Marketing. ¿Lo de las preguntas personales también es estrictamente profesional?

Aparto la mirada enseguida. Saco un cuaderno de la mochila y decido centrarme solo y exclusivamente en el trabajo que tenemos por delante.

Fingir que estoy leyendo la hoja en la que se exponen los principales puntos de los que se compondrá el proyecto es fácil; procesar que esas frases están escritas en mi idioma y enterarme de algo, por el contrario, es una tarea imposible. Cada vez que Chris toma más aire de la cuenta al respirar, su brazo está a punto de rozar el mío, y ya no puedo moverme hacia el borde de la silla sin caerme de culo al suelo y quedar en evidencia. Parece mucho más tranquilo que yo.

Centrado. Sacude la cabeza para apartar un mechón de pelo rubio del borde del ojo y me pilla mirándolo. Intento disimular, pero sé que tengo las mejillas rojas porque siento cómo la piel me abrasa.

Me gustaría poder justificar haber vuelto de esta manera al pavo de la adolescencia escudándome en que es demasiado guapo para ser de este mundo, pero, siendo sincera, encaja perfectamente en el mundo en el que vivimos. Lleva el pelo demasiado desordenado y eso no casa con los pantalones chinos y la camisa que se remanga hasta los codos. Es como si fuera disfrazado de niño pijo cuando es caótico por dentro. Ni siquiera sé si eso es cierto porque no nos conocemos en absoluto por muy desnudos que nos viéramos durante una media hora larga que exprimimos a conciencia. Simplemente lo parece. Tiene los ojos demasiado grandes, quizá. La nariz es pequeña en comparación y la tiene un poco torcida. Y los labios... Vale, no puedo decir nada malo de esos labios y será mejor que ni piense en que tienen el grosor perfecto, en que el tono rosa es vivo y provocador, y en que sé, porque los he probado, que son tersos, cálidos y que aprendieron en cuestión de segundos cómo debían moverse pegados a los míos. La simetría no es suficiente en su rostro, aunque acabo de fijarme en el pequeño lunar que tiene en el borde de la mandíbula, cerca de la oreja, y creo que la simetría solo le robaría encanto. No es para nada mi tipo y, si no fuera porque la casualidad nos juntó en un estudio de tatuajes en un momento en que yo necesitaba romper con todo, no creo que me hubiera fijado en él.

—¿Has pensado en lo que quieres hacer, o tendremos que quedarnos horas extras después de clase?

Me sobresalto cuando habla, sin ni siquiera mirarme, y espero que ese mínimo bote que acaba de dar mi cuerpo en el asiento no haya sido suficiente para que se dé cuenta. Venga, tengo que centrarme. El único problema para poder hacer eso es que no recordaba que él oliera tan bien.

Ya está bien. Olerlo es demasiado. Además, la sorpresa de volver a verlo cuando no contaba con tenerlo enfrente nunca más es lo único que me está haciendo comportarme de esta forma tan absurda y obsesiva. Aquella noche estuvo bien, sí, pero no fue para tanto. Yo estaba algo descentrada, se me había cruzado el cable del todo y liarme con un desconocido fue el broche perfecto para culminar el día en que mandé todos mis sueños a la mierda de una sola patada. Al día siguiente volví a la realidad. Y no había vuelto a pensar en él ni una sola vez hasta que hace diez minutos ha aparecido para recordarme nuestra casualidad.

Ya son dos casualidades, pero estoy segura de que no habrá más.

—Lo que quiero hacer es lo siguiente: te contaré de qué van las escenas en cuanto lo tenga claro y tú idearás un escenario acorde. Asumo que vas muy liado con tus clases, igual que yo con las mías, y odio eso de intentar cuadrar horarios, así que podemos hacer lo nuestro por separado. Yo te enviaré las escenas y tú me puedes mandar los dibujos o lo que quiera que hagas para la presentación del escenario. Así cada uno puede trabajar en su casa y a su ritmo y solo necesitaremos ajustar algunas cosas para que termine de encajar.

Chris se queda un par de segundos en silencio. Me da la impresión de que está esperando un

tiempo prudencial para asegurarse de que yo ya he terminado de hablar. Alza las cejas, con aire travieso, antes de abrir la boca:

—Eso significa que tendremos que intercambiar números de teléfono, ¿no, Beth? Yo no suelo dar mi número de teléfono a las chicas con las que tengo un rollo de una noche..., solo a las especiales. —Me guiña un ojo.

Suelto un gruñido de desaprobación y los ojos le brillan con una sonrisa que se esfuerza por que no dibujen sus labios.

—Lo haremos por email.

—Muy de la pasada década, me gusta.

—¿Se te ocurre alguna forma mejor?

Me mira fijamente a los ojos, y me deja que piense en mi propia pregunta durante un momento. Luego hace una mueca, como si le resultara increíble que vaya en serio con esto.

—Se me ocurre que podemos ser dos personas normales, quedar a tomar un café y discutir las ideas, hacer un borrador, unos cuantos bocetos y luego trabajar cada uno nuestra parte. Podríamos tener una reunión final para pulir los detalles, o cuantas sean necesarias por el camino para aclarar el rumbo del proyecto y asegurarnos de que no perdemos el tiempo ni trabajamos en balde en algo que luego no haya manera de cohesionar. No lo sé, es lo que suelo hacer cuando tengo que trabajar en grupo, pero quizá las cosas son distintas en ese mundo virtual de donde tú vienes en el que las personas solo se relacionan por email.

Sé que tiene razón. Pero ahora no puedo echarme atrás, y no sé si me apetece enfrentarme a uno o varios cafés con él.

—Lo intentaremos primero a mi manera —insisto.

Creo que se está conteniendo para no poner los ojos en blanco.

—No quieres ni tenerme al lado diez minutos, vaya, ¿tan mal nos fue aquella noche?

Le sostengo la mirada por una décima de segundo, pero enseguida me veo obligada a apartarla. Me estoy comportando como una idiota, pero a veces hay que ser cruel para ser amable, como dice una vieja canción que le encanta a mi madre. Y sé que él no lo entenderá y que le voy a parecer altiva y borde, pero me alejo de los chicos que despiertan mi interés por una muy buena razón.

Aun así, suspiro, porque una cosa es evitarlo y otra mentir de forma descarada.

—Sabes que no. Estuvo muy bien —admito. Me observa con mucho interés y yo me muerdo el labio y bajo la mirada a sus manos, que siguen jugueteando con el lápiz—. Me gustó mucho conocerte, te agradezco que te quedaras conmigo mientras me tatuaba y, de verdad, me trataste muy bien y fue genial y me encantó ese tiempo contigo.

—¿Pero?

Vuelvo a conectar con sus pupilas y sonrío con tristeza.

—Ni puedo ni quiero tener nada más allá de eso. Y no es en absoluto por ti, y tampoco estoy insinuando que tú sí quieras más conmigo. Es, simplemente, que prefiero que se quede así y no

nos forcemos a vernos y hagamos esto incómodo.

—¿Tan feo soy? —pregunta, burlón.

Sacudo la cabeza.

No eres muy simétrico, pero no estás mal.

—¿Es porque huelo mal? Agradecería que alguien me lo dijera si es así.

Se me escapa una sonrisa.

Hueles demasiado bien.

—No, aunque puede que te hayas pasado un poco con la colonia —bromeo.

Me sonrío de vuelta y asiento despacio, como si estuviera aceptando por fin la situación.

—De acuerdo, Beth. Será como tú quieras. Voy a dejarte mi email para que puedas escribirme cuando tengas las primeras ideas sobre lo que necesitas para ambientar tus escenas, ¿vale?

Se inclina hacia mí y me aparto como acto reflejo. Por supuesto, no quería acercarse a mí, sino a mi cuaderno. Escribe una dirección de correo electrónico en la esquina superior de la página. Y, cuando termina, el profesor de Dramaturgia da por finalizada la clase.

Él sale del aula antes de que yo haya terminado de recoger mis cosas. Se ha despedido con un «Hasta luego» bastante indiferente, y yo he hecho lo mismo.

Ruth camina a mi lado cuando salgo del edificio. No para de preguntar por mi compañero y contarme la suerte que ha tenido con la suya, y yo hablo más bien poco.

Dejo de escucharla cuando salimos al exterior y me acostumbro a la intensa luz del sol. Entonces veo a Chris alejándose y lo sigo con la mirada. Solo tarda unos cuantos metros en desviar el rumbo y se acerca a una chica impecablemente vestida que hay cerca de la entrada de la cafetería. Le rodea los hombros con un brazo y, por su actitud, parece estar bromeando. Ella le da un codazo suave en las costillas, se vuelve y lo abraza por el cuello.

Me quedo helada cuando veo quién es.

Lydia Rivera.

Por si no tenía bastantes problemas en casa.

Una estrella fugaz

Chris

Lo primero que he pensado al despertar ha sido que esta vez sí que debería haberle preguntado por qué tiene rota la sonrisa. Probablemente me habría mandado a la mierda, pero tampoco perdía nada por intentarlo.

En cierto modo, una parte de mí no puede evitar estar de acuerdo con ella: habría sido mucho mejor no volver a encontrarnos. Así podría haber mantenido el recuerdo y no empañarlo con su actual soberbia y esa forzada indiferencia. Conocí a una chica preciosa, conectamos bien, hablamos como solo pueden hacerlo un par de desconocidos que se atreven a divagar sobre la vida y el amor, y nos reímos juntos de unas bromas que, en otras circunstancias, podrían haber llegado a convertirse en nuestro propio lenguaje.

No habríamos vuelto a vernos, y eso, en cierta manera, hubiera sido poético.

Besarla y todo lo demás fue la culminación perfecta para aquella noche. Y, si lo hubiéramos dejado ahí, habría sido un momento fugaz que vive para siempre, de esos que solo se crean cuando se dan las más perfectas casualidades.

Y si, como ella dijo, el destino dicta que no teníamos que llegar a nada más, ¿quién soy yo para patearle el culo?

Me paso una mano por la cara y me obligo a dejar de pensar en lo que ocurrió hace tres meses. Si no, se me hará aún más complicado ignorar esta incómoda erección mañanera.

Tengo que recordarme su actitud de ayer y lo mucho que el rechazo me dolió en el orgullo.

Es mejor que deje de pensar en ella cuanto antes. Y también es mejor que me espabile de una vez y me prepare para no llegar tarde a clase.

Oigo el ruido de la cafetera cuando me levanto y paso por el baño. Salgo al espacio abierto de cocina y salón revolviéndome el pelo con una mano y ahogando un bostezo.

Matteo está durmiendo en nuestro sofá. Otra vez.

—¿Qué hace este tío aquí? —le pregunto a mi compañero de piso cuando me apoyo junto a él en la encimera de la barra americana.

Oscar pone los ojos en blanco.

—¿Tú qué crees? ¿Quieres un café?

—Por favor.

Me pasa mi taza del estante alto que hay pegado a la pared y luego coge la cafetera para servirme hasta que le digo que es suficiente.

—Hay que decirle que, si quiere seguir apalancándose en nuestro apartamento, va a tener que empezar a pagar un alquiler —adviento.

—Ya lo hice.

Los dos observamos a nuestro amigo, con el brazo colgando por el borde del sofá, un cojín bajo la cabeza y otro entre las piernas. Lo peor de todo es que duerme en calzoncillos y nada más, como si este apartamento que no es suyo fuera lo suficientemente grande para que los demás pudiéramos evitarnos esa visión a primera hora de la mañana.

—¿Y qué dijo?

—Que me invitaba a cubatas toda la noche. Se me pasó el cabreo enseguida —bromea Oscar.

—Tienes que dejar de salir de fiesta los jueves con el señor engreído Vitale —le regaña—. Sabes que nunca acaba bien. Y que él siempre termina medio desnudo en nuestro sofá.

—La visión tampoco es como para tener pesadillas —dice él, pícaro—. Y formamos un buen equipo. Yo le echo una mano con las chicas y él atrae a todos los chicos hacia nosotros. Nos funciona para ligar.

Suelto una risa entre dientes.

—Entonces ya me explicarás algún día por qué tú siempre desayunas conmigo y él acaba roncando en este salón y no en la cama de alguna de esas *belle ragazze* —exagero el acento italiano de Matteo.

—Somos exigentes con nuestras conquistas. No nos vamos a la cama con cualquiera.

Hago una mueca en respuesta a sus excusas.

—¿Me perdí una buena juerga?

—Ya lo creo que sí. ¿Dónde te metiste ayer? Cuando salimos de casa ya era de noche y tú aún no habías vuelto.

Doy un sorbo largo a mi café. Tan solo y amargo como yo me fui a la cama anoche.

—Cené con Lydia.

—¿Otra vez? Si esto sigue así, voy a dejar de tragarme ese cuento de que es solo una amiga y empezar a pensar de manera mucho menos inocente, Christian.

Chasqueo la lengua con desaprobación ante sus insinuaciones.

Es cierto que Lydia y yo hemos hecho buenas migas en los últimos meses, concretamente desde que llegué tarde a clase la mañana después de conocer a Beth por estar con la maldita cabeza en otra parte, y no quedaba nadie más con quien hacer pareja para resolver los problemas de Economía. Resultó ser toda una suerte, porque ella es una máquina en Economía y todo lo que tenga que ver con números, y yo soy razonablemente bueno en la parte de las asignaturas de Marketing y Publicidad, así que descubrimos que nos compenetramos muy bien y empezamos a sentarnos juntos en el aula cada vez más a menudo. Mantuvimos el contacto durante las

vacaciones de verano y ahora, con el inicio de curso, se puede decir que somos buenos amigos. Amigos, sí, pero solo eso y nada más. Creo que seríamos incompatibles como cualquier otra cosa. Yo no siento esa clase de interés por ella, y ella, además, tiene algo complicado con algún tipo del que nunca me ha querido dar detalles. Las malas lenguas dicen que se ganó su matrícula de honor en Economía a base de mamadas y, si bien yo no pondría la mano en el fuego porque el amante misterioso no sea nuestro profesor, sé que la matrícula no tuvo nada que ver con eso. Y no quiero preguntar. Es mejor si mantenemos ciertas cosas como tema tabú. Prefiero que nuestra amistad se mantenga tal y como está, y supongo que, al final, la casualidad de que Beth apareciera en mi vida mereció del todo la pena por haber influido en que empezara a hablar con Lydia Rivera.

—Es solo una amiga —insisto—. Y últimamente pasamos tiempo juntos y cenamos fuera a menudo porque su madre le ha metido en casa a dos compañeras de piso a las que no soporta, así que intenta pasar el menor tiempo posible por allí. Justo lo que yo debería hacer cada vez que ese se queda a dormir en el sofá. —Señalo a Matteo.

—En el fondo, lo quieres un poco, admítelo. Es como ese perro apaleado y lleno de pulgas que refugias un día en tu casa porque está diluviando y luego no hay manera de echar. Al final, le acabas cogiendo cariño.

—Si tú lo dices —murmuro distraídamente, y me llevo la taza a los labios con la vista perdida a través de la ventana.

—¿Qué te pasa?

Oscar me conoce demasiado bien y a veces odio que pueda leerme con esa facilidad.

—He vuelto a verla. A la chica de las mariposas.

Mi amigo me mira mucho más interesado entonces. Doy otro sorbo a mi taza, haciéndome el indiferente.

—Vas a contármelo de todas maneras. No me hagas suplicar.

Me trago el café y suelto una carcajada, sin importarme si molesto a ese sin techo tatuado que pasa demasiadas noches aquí.

—Sabes que me gusta oírte rogar.

—Me encantaría que me dijeras eso en otras circunstancias.

Le pego una patadita en el tobillo y esta vez es él quien se ríe.

Por supuesto, los dos sabemos que se lo voy a contar. Oscar es mi mejor amigo desde que éramos unos críos. Él siempre dice que no sabe cómo podría haber sobrevivido al instituto sin mí, especialmente desde que salió del armario a lo grande besando a su hasta entonces secreto novio, el delegado de clase, cuando este acabó un discurso en la cafetería. Pero yo siempre he pensado que la cosa es más bien al revés: no sé qué habría sido de mi vida sin él. Por eso largarnos juntos a la universidad y compartir piso fue, simplemente, el paso más natural que podíamos dar.

Claro que yo no contaba con Matteo.

El chico de ascendencia italiana era uno de los más populares en el instituto. No estudiaba. No hacía ningún deporte. Solo era rico. Muy rico. Y salía con una chica diferente cada fin de semana. Y se paseaba por ahí con unas gafas de sol, una chaqueta de cuero, una sonrisa seductora y un acento italiano que exageraba solo para impresionar.

Oscar y yo éramos unos perdedores. Nos autodenominábamos así y nos daba absolutamente igual. Estaba orgulloso de no ser un borrego. Y, sobre todo, estaba muy feliz de no tener que mezclarme con ese idiota de Matteo Vitale.

Entonces, en último curso, al padre de Matteo lo metieron en la cárcel. No me extenderé con los detalles de la condena, pero digamos que todo ese dinero del que alardeaba quedó congelado muy rápido. Y, de repente, Matt estaba solo y sus supuestos mejores amigos dejaron de preguntar cómo le iba en cuanto se acabaron las fiestas en la piscina. Y ¿he dicho ya que Oscar es la mejor persona que conozco? Y que yo soy un perdedor, estoy seguro de haber admitido eso. El resultado fue que invitamos a Matteo a sentarse con nosotros cuando en las otras mesas cruzaban las bandejas para no dejarle espacio.

Y ahora lo tenemos una de cada tres noches en el sofá. Afortunados, ¿no?

—¿Qué pasó con la chica?

Me encojo de hombros. La imagen de Beth con media sonrisa en los labios vuelve a cruzarse en mi mente y me hace sonreír a mí de la misma manera. Y es poético, sí, lo del encuentro sin más expectativas, pero me gustaría que esta vez hubiera sido distinto.

Le cuento lo de la clase de Escenografía, el dichoso trabajo por parejas, y la segunda casualidad que me llevó a encontrarme con ella. Mi mejor amigo me observa con la taza de su desayuno olvidada entre las manos. Solo con esas migajas de historia lo tengo tan enganchado como si estuviera viendo alguna de nuestras películas favoritas de Tim Burton.

—Chris, eres un pringado.

Eso es todo lo que se le ocurre decir cuando termino.

Asiento lentamente, con la vista clavada en lo que se ve más allá de la ventana estrecha de la cocina.

—Sí, ya lo sé. Está bien así, supongo. No hace falta empeñarse en llevar las cosas siempre un paso más allá. Aunque la verdad es que me gustaría haber podido conocerla mejor.

Me encojo de hombros.

—Eres un romántico, tío.

Suspiro.

Sí, puede que sí. A lo mejor lo soy. Porque alguien tiene que serlo de entre nosotros tres. Y ni Matt ni él tienen pinta de ir a sentar la cabeza en... nunca.

—Vaya, Harnett, ¿ya te has enamorado otra vez?

El que faltaba.

Me giro para mirar a nuestro querido okupa, que ahora se pasea en calzoncillos y estirando los brazos por encima de la cabeza. No lleva camiseta, pero la tinta de los tatuajes le cubre todo el

torso. Ha multiplicado su colección en el último año. Creo que ni Oscar ni yo queremos preguntar cómo el abogado de su familia consiguió recuperar parte de la fortuna de los Vitale, pero, la verdad, estaba más centrado cuando no tenía lo suficiente para salir de fiesta durante días enteros. Según él, se iba a tomar un año sabático para pensar bien si quería «hacer todo este rollo de la universidad». Pero este año no se ha matriculado, tampoco.

—Claro que no, conocí a una chica hace tres meses, tuvimos una noche increíble y ahora he vuelto a verla y ha dejado claro que pasa de mí. Ya sé que tú lo llamarías «amor», pero hace falta algo más que eso para hacer justicia a la palabra.

Oscar me señala con el pulgar al tiempo que le dedica a nuestro amigo una mirada divertida.

—Es un romántico.

—Y que lo digas. —Matt mueve una banqueta para sentarse frente a nosotros, al otro lado de la barra—. Aunque yo a eso lo llamo «una estrella fugaz».

No quiero preguntar.

—¿Una estrella fugaz? —Oscar no comparte mis miedos.

—Ya sabéis, una chica que pasa rápido y solo deja la estela de un polvo detrás de sí.

Gruño y me muevo hacia el fregadero, para dejar allí mi taza vacía. Oscar suelta una protesta vaga, pero estoy bastante seguro de que piensa apropiarse del término en algún momento.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo por aquí, Matt?

Alza una ceja, divertido, cuando me vuelvo a mirarlo.

—Creo que deberíamos salir de fiesta esta noche. Una estrella fugaz solo se olvida cuando ves pasar otra, colega.

No sé por qué me sigo codeando con esta gente.

Los dos se ríen. No me apetece seguirles el juego. Anuncio que me voy a clase y los dejo atrás cotilleando sobre mi vida, criticando mis elecciones y decidiendo sobre mi futuro. Si Beth tenía razón y el destino ya está escrito, solo espero que mis amigos no hayan tenido nada que ver en la redacción del mío.

Una estrella fugaz pasa y desaparece. No vuelves a verla nunca. Habrá otras parecidas, pero nunca la misma. Y si es eso lo que la chica de la sonrisa rota ha sido en mi vida, entonces está claro que no deberíamos habernos vuelto a encontrar. Ni aunque mil mariposas hubieran movido las alas al mismo tiempo.

El chico de la esperanza

Beth

—Si no supiera lo de tu destino, diría que es más que una casualidad, amiga mía.

Pongo los ojos en blanco y me recuesto en el respaldo de la cómoda butaca que forma parte de la decoración del local en el que Sam y yo hemos decidido tomar un cóctel después de cenar. Es viernes y Lydia nos ha dejado claro a través de sus notas de la nevera que quería tener la casa para ella sola. Por supuesto, no hemos hecho preguntas. Ya habíamos acordado salir a cenar e ir a bailar un rato esta noche, así que no hemos necesitado discutir con nuestra amiga.

El único problema que tengo con eso de que necesitara un poco de intimidad es que no paro de preguntarme si será Chris quien está disfrutando de esa intimidad con ella.

—Es solo mala suerte. En serio, ¿cuál era la probabilidad de que, entre todos los tíos de la universidad, fuera a tocarme hacer un trabajo precisamente con el que me enrollé antes de verano? Es muy irritante.

—Él no tiene la culpa.

Clavo los ojos en Sam. Se lleva la pajita a los labios sosteniéndome la mirada y aspira un buen trago de su copa.

—No, ya lo sé. Me refería a la situación. Él es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Deja su bebida sobre la mesa y se inclina hacia mí para estudiarme con la mirada. Alzo una ceja, esperando la conclusión del escrutinio.

—No te entiendo, tía —suspira al final. Abro la boca, pero sigue hablando—: O sea, sí que te entiendo, y muy bien, además. Te admiro por tener la fuerza de voluntad para no liarte con nadie a quien vayas a machacar el corazón en mil pedazos. Ojalá mi ex hubiera tenido la misma delicadeza que tú. Pero la cuestión es que, en la vida, no se quiere solo una vez. A lo mejor no hay medias naranjas sino solo personas adecuadas al tiempo concreto. Entiéndeme, es obvio que no he tenido un «felices para siempre» con Andrea, pero mientras duró fue perfecto. Y con cada relación aprendes algo y te construyes. ¿Qué pasa si necesitas una decena de relaciones fracasadas hasta poder encontrar la definitiva? De eso va la vida.

—He tenido más de una decena de relaciones fracasadas en los últimos tres años.

Suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—Has tenido más de una decena de rollos de una noche con tíos a los que no querías ni mirar a la cara a la mañana siguiente, Beth. Estamos hablando de cosas diferentes.

—No es tan sencillo.

Tengo mis razones para construirme un escondite y refugiarme entre sus muros. Sé lo que estoy esperando y, por eso, no seré capaz de entregarme a otra relación como se merecería, aunque no vaya a durar para siempre. Cuando te enredas con alguien para algo más que sexo esporádico tienes que ser justa y poner algo de tu parte. Y no me parece ser justa estar con una persona mientras busco entre el resto de las caras para ver si encuentro a alguien más.

—Tampoco es tan complicado —dice mi amiga, despreocupada—. La gente lo llama «dejarse llevar y vivir el momento». Te fliparía si lo probaras.

—Sería muy egoísta ir dejando una estela de corazones rotos por ahí, sabiendo lo que sé.

Samira se ríe. Eso me descoloca porque yo estaba hablando totalmente en serio y no sé qué es lo que he dicho para que esté a punto de atragantarse con su *Tequila sunrise*.

—Suenas como una *femme fatale* —se burla—. ¿Por qué supones que ese chico en concreto se enamorará de ti? A lo mejor lo pasáis bien y ya está. Y, además, no tienes ni idea de la cantidad de corazones que se rompen alrededor del mundo a cada minuto. Ahora, mientras hablamos, buf, imposible contarlos, Beth. A todo el mundo le rompen el corazón alguna vez, y está bien. Son cosas que pasan. Recoges los pedazos, sigues con tu vida, y aprendes a querer de nuevo. A lo mejor hay chicos por ahí que necesitan que les rompas el corazón para dar un paso más y saber lo que quieren y lo que no cuando conozcan a la persona definitiva. Deberías pensarte otra buena excusa. A no ser...

Espero que siga con su exposición, pero no lo hace. Me observa con atención mientras a mí se me va agotando poco a poco la paciencia.

—A no ser, ¿qué?

Dibuja una sonrisa triste.

—A no ser que tengas miedo por tu corazón y no por el de ellos.

Se me forma un nudo en el pecho y tengo que respirar hondo para aliviar la tensión. La voz de Dylan se abre paso desde ese rincón profundo de mi mente que es el único lugar en el que vive ya: «Volverás a sentir las mariposas». Pero ¿qué pasa si no puedo? ¿Qué pasa si esa parte de mí murió con él? ¿Y si no puedo soportarlo? Hay muchas clases de corazones rotos, y el mío es de esa que no solo alberga cicatrices, sino vacíos imposibles de llenar.

La única posibilidad que existe para cargar las últimas palabras de Dylan de verdad es que encuentre a esa persona que está destinada a permanecer a mi lado para siempre.

No me veo capaz de intentarlo con nadie más.

He perdido demasiado.

—¿Es por Ross? —Sam se toma mi silencio como una confirmación de su teoría.

Frunzo el ceño y me alejo más de ella, de forma inconsciente, cuando lo menciona. Ross ya solo es un recuerdo doloroso del principio del fin de mi vida. Nada más que eso.

—Claro que no es por Ross. Ross era gilipollas.

Suelta una risita entre dientes y asiente.

—Y lo sigue siendo. —Eso consigue arrancarme una sonrisa—. Pero la próxima vez puedes elegir mejor, ¿sabes?

Eso es lo que Sam no termina de entender del todo, aunque lo intente. Yo no tengo elección. Y tampoco quiero tenerla. Quiero que las cosas sigan el curso que deben hacia todo aquello que vi en la película de mi vida. Es lo único que consigue hacerme mirar hacia el futuro cuando el pasado aún duele tanto y alberga todo lo que me gustaría tener.

—No quiero hacer nada que lo estropee —admito por fin, en voz tan baja que no estoy muy segura de que Sam haya podido oírme.

Mueve su butaca con esfuerzo para acercarla a la mía. Me da un empujón suave con el hombro y deja nuestras pieles pegadas por unos segundos.

—Es el maldito destino, tía, no se puede estropear. —La miro a los ojos. Me sonrío con la mirada—. Te prometo que todo eso llegará. Y, mientras lo esperamos juntas, vamos a pasarlo bien. ¡Estamos en la universidad!

Suelto una risita ante su entusiasmo y asiento. Tiene razón. Hemos pasado mucho tiempo soñando con estar aquí, juntas, y ahora lo estamos. No soy capaz de contar las veces que hablamos de mudarnos a esta ciudad, de las fiestas a las que iríamos, de lo bien que lo pasaríamos y todas las personas con la que íbamos a salir. Cuando hablábamos de vivir las tres juntas. Luego, Lydia se descolgó del sueño. Sam tuvo que tirar de las ilusiones de las dos cuando yo las había perdido. Y luego empezamos a imaginar de nuevo las maravillas de la vida universitaria, pero siendo solo dos esta vez.

A pesar de todo el tiempo que pasé pensando que nunca volvería a reír, a soñar o a vivir, aquí estoy. Puede que muriera en ese accidente, pero el caso es que estoy viva. Y sé que tengo que vivir. Dylan lo querría así.

—Estamos en la universidad —repito—. Y vamos a ir por ahí a bailar, Samira.

Apura su bebida de un solo trago, apartando a un lado la pajita, y se pone en pie de un salto.

—Vamos a bailar. El destino hay que encontrarlo, y la cara de ese desconocido podría estar en cualquier parte, tía. Vamos a buscar al amor de tu vida.

Acepto su mano cuando me la ofrece y me pone en pie con un tirón entusiasta. Y, por un segundo fugaz, pienso que ojalá Lydia también esté disfrutando la noche..., aunque sea con Christian Harnett.

Acabamos en un bar que le han recomendado a mi amiga unos compañeros de clase. No me siento del todo cómoda aquí porque la música está muy alta, hay demasiada gente y todo el mundo va vestido de forma mucho más formal que nosotras. No es que nos hayamos metido en una fiesta de gala, pero la mayoría de las chicas van con vestido y los chicos llevan camisa. Yo hace años que no me pongo un vestido tan corto como esos. No he vuelto a hacerlo desde que luzco una enorme cicatriz en el muslo, claro. Pero, aunque no fuera así, mi estilo está muy lejos

de poder compararse con la sofisticación que veo a mi alrededor. Yo, como siempre, voy con unos pantalones anchos que hoy he combinado con un top negro. Sam, a mi lado, no pasa desapercibida en este ambiente con su rollo desenfadado y esa camiseta multicolor. El sitio es mucho más del estilo de Lydia que del de ninguna de nosotras dos.

—¡Son todos unos pijos! —grito para que Samira me oiga por encima de la música. Un chico que baila cerca del lugar por donde pasamos me dedica una mirada ofendida, así que me pego más a mi amiga para poder hablarle al oído—: No pintamos nada aquí.

—Hay cerveza, Beth, pintamos *todo* aquí.

Me sujeta por la muñeca y yo dejo que me arrastre hasta la barra sin oponer resistencia. Pedimos algo para beber y me dedico a observar a la gente a nuestro alrededor mientras esperamos a que nos sirvan.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —me llama la atención mi amiga. Me vuelvo a mirarla y me acerco para poder oírla mejor—. Deberíamos colarnos algún día en los ensayos del grupo de teatro para evaluar el nivel de tu competencia. Así podrás prepararte mejor para la prueba de enero.

Le dedico una mirada espantada y sacudo enérgicamente la cabeza.

—Ni loca. Solo conseguiría ponerme histérica. Ya sabes que yo prefiero competir conmigo misma y no con los demás. Si voy pensando en lo que hacen ellos y en lo que quieren ver, voy a cagarla por los nervios.

Sam me observa por unos segundos como si fuera la persona más rara que jamás ha conocido. Luego hace una mueca despreocupada y coge nuestras bebidas cuando una camarera las deja ante nosotras en la barra. Me da uno de los vasos y me invita a brindar.

—Por nosotras aquí y ahora. —Sonrío y choco los recipientes despacio—. ¡Por *Sameth*!

Aprieto los labios en gesto de disgusto cuando grita eso a todo volumen. Ella se ríe a carcajadas.

—Es un *ship* horrible —le digo, una vez más.

—Es un *ship* precioso —se defiende entre risas—. Qué rancia, tía. Menos mal que no estoy enamorada de ti.

La abrazo por los hombros y la achucho contra mi costado. Ha soltado la broma de forma despreocupada, pero creo que a las dos nos ha traído algo a la cabeza.

—Oye, ¿cómo estás con...?

Ni siquiera me deja terminar la pregunta. Me lanza una mirada de advertencia y yo me aparto despacio y la miro en silencio. No esperaba que volviera a hablar después de asesinarme con ese vistazo, pero lo hace:

—Eso está del todo en el pasado, y sabes que hace tiempo que lo está.

Asiento.

—Sí. No, ya lo sé. Pero vivir juntas es una movida.

—Beth —me corta—. Hace tres años. Y entonces ya sabía que no había nada que hacer. Es

más heterosexual que nadie en este bar. —Echa un vistazo alrededor—. Hasta yo soy más heterosexual que mucha de la gente de este bar, en realidad, olvídalo, ha sido un mal ejemplo. No debería haberle dicho nada. Me lo cargué todo.

Me acerco más a ella y le cojo la cara con una mano para que me mire a los ojos. Se aparta con una sacudida y el ceño fruncido cuando le hago poner cara de pez.

—No se alejó por tu culpa, Sam. Es a mí a la que dejó de hablar y a la que no se atrevía a mirar ni de reajo cuando volví al instituto.

—Supongo que ya da igual. Sentía algo por ella entonces, pero ya no, ¿vale? No me afecta que se pasee por ahí con ese porte altivo y sus miradas de desprecio cuando nos cruzamos en la cocina. La odio por haberte dejado tirada.

Esbozo una sonrisa triste de medio lado.

—No tienes que odiarla. Yo no lo hago. En parte, la entiendo. Teníamos dieciséis años y la situación nos superaba a todas. Pero con lo que no pudo fue conmigo, no con lo que le dijiste tú.

—Ya. Pero es que son tantas cosas, Beth. Perder a Lydia. Ser tan estúpida de no ir a esa fiesta por miedo a que ella no quisiera tenerme allí, sin saber que ella iba a hacer lo mismo y no aparecer. Si hubiera estado para darle un buen puñetazo al imbécil de Ross...

Le pongo una mano en la boca para callarla. Yo pensaba cosas como esa cada día. Pero hace tiempo que acepté que plantearse las posibilidades que nunca fueron no sirve de nada.

—No quiero que pienses así. Nada fue culpa tuya y no podrías haber hecho nada.

Asiente despacio.

—Estamos de fiesta, no quiero hablar de esto —continúo—. Lydia se lo pierde, ¿sabes? Formamos un buen equipo.

Sonríe.

—Eso es verdad.

—Vale, entonces vamos a ver qué hay por esta fiesta que valga la pena —bromeo, solo para animarla.

Me pongo de puntillas para mirar entre la gente. Oigo a Sam reír a mi lado, y se apoya en mi hombro para estirarse conmigo y mirar también.

Entonces lo veo y los latidos se me disparan sin sentido y sin control.

Chris está en el otro extremo de la barra. Recoge dos vasos cuando se los sirven y se vuelve para darle uno a alguien. La chica lo acepta con una sonrisa, se acerca para hablarle al oído y lo hace reír. Y yo odio el incómodo retorcijón en las tripas que me provoca la intimidad con la que se tratan.

—Mierda, es él.

Me encojo y me escondo tras la espalda de Sam, a pesar de que él no ha mirado hacia aquí ni por un momento.

—¿Él? ¿Quién? ¿El destino? —Sam parece muy confusa cuando se vuelve hacia mí y tiene que bajar la mirada para encontrar mi cara—. ¿Por qué te escondes?

—El destino, no. Es Chris.

—¡El chico de la esperanza! —chilla ilusionada, en referencia a lo que le conté sobre el tatuaje que modificó—. ¿Dónde está?

Tiro de su brazo para que se agache conmigo.

—¡No quiero que me vea!

Se echa a reír sin ninguna consideración.

—Venga ya. Quiero conocerlo.

—¡Ni de broma!

—¿Quién es? —Se incorpora y empieza a mirar sin disimulo a cada uno de los chicos que hay alrededor.

Si no la conociera bien, podría controlar este miedo que me sube por la garganta a que se ponga a gritar su nombre como una loca por todo el bar para ver quién vuelve la cabeza.

Es mejor que seamos discretas.

—Es el rubio que lleva la camisa negra, el que está con la chica de rojo.

—Vaya, ¡menudo bombón!

—Baja la voz.

Asumo que se refiere a ella, porque la última vez que Samira piroteó a un chico teníamos catorce años (y retiró todo lo dicho después de liarse con él). Desde entonces no ha vuelto a salir con ninguno, aunque sé a ciencia cierta que le han atraído al menos dos en los últimos cinco años.

—¿Cómo va a oírme a esta distancia? Podría gritar a pleno pulmón y no se enteraría —se burla—. Mira: ¡Chris! ¡Eh, Chris, hola, estamos aquí!

—Para de una vez.

—No nos oye, relájate.

Él no nos oye, pero la chica que está a su lado ve a Samira haciendo aspavientos y con la vista clavada en su acompañante y le da un toque en el hombro antes de señalarnos.

Nunca había tenido tantísimas ganas de que la tierra me tragase como las siento cuando se da la vuelta y clava los ojos directamente en mí. Sam está con el brazo en alto, congelada a medio saludo exagerado de los que le estaba dedicando a su espalda.

Me arde la cara de la vergüenza, tanto que puede que las mejillas se me prendan en llamas en cualquier momento.

—¿Has visto lo que has hecho? —reprendo a mi amiga.

—Oh. Vale, pero está claro que no me ha oído.

—¿Quién puede juzgarte entonces? —ironizo—. Ya está bien, yo me largo.

Doy media vuelta, dispuesta a abrirme paso lo más rápido posible hasta la puerta del local. Sam me sujeta por el codo.

—Beth, no hiperventiles, pero está viniendo hacia aquí.

¿Que no hiperventile? Esta noche no está yendo para nada como yo esperaba. Deberíamos

estar bebiendo y bailando y pasándolo bien sin tener que preocuparnos por antiguos amantes. Ese era el escenario ideal para hoy.

—¡Suéltame!

—¡No seas ridícula! Es mucho peor que ahora salgas corriendo. Tú haz como si no lo hubieras visto.

—¿Qué clase de consejo es ese?

—¡Yo qué sé! ¡Es mejor que huir!

Voy a responder algo airado y probablemente no muy bonito, pero, al dar un paso hacia ella para que la amenaza surta mayor efecto, levanto la vista y me lo encuentro ya a nuestra altura.

Chris me dedica una sonrisa, como si no hubiera sido ayer mismo cuando salió de clase con el firme convencimiento de que lo mejor era limitarnos a la comunicación vía correo electrónico.

—Eh, hola, Beth —saluda, relajado y agradable—. ¿Lleváis mucho por aquí? No te había visto.

Abro la boca para contestar, pero no me salen las palabras, y rezo para que piense que la música le impide oírme y no que me he quedado muda por el bochorno. Por suerte, Samira acude en mi rescate.

—Oh, hola, ¿qué tal? Yo soy Sam, la mejor amiga de Beth, encantada. ¿Y tú eres...?

Él la mira como si acabara de darse cuenta de que ella está aquí a mi lado. Es bastante improbable que no la haya visto gesticular como una loca cuando se ha dado la vuelta para mirarnos, pero agradezco que se haga el despistado con esto para ahorrarme unas explicaciones que me iba a costar encontrar.

Y, sinceramente, Samira es una malísima actriz, así que aún es más loable que él se porte como un caballero y finja que se cree que no tiene ni idea de quién es.

—Soy Chris, Beth y yo hemos coincidido un par de veces y... ahora tenemos que hacer juntos un trabajo para clase. —Me mira a mí al decir lo último, con una pequeña sonrisa traviesa.

—¡Vaya! ¡Pues qué casualidad encontraros aquí! —Sam sigue con su pésima actuación, y yo contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

Chris, por el contrario, enarca una ceja y ensancha la sonrisa con sus ojos clavados en los míos al oír la palabra «casualidad».

—Sí, qué bien —suelto, y creo que sueno más irónica de lo que en realidad pretendía—. Gracias por acercarte a saludar, Chris, pero no queremos interrumpir tu cita, o lo que sea.

Frunce un poco el ceño, echa un vistazo rápido hacia el lugar de donde viene, como si tratara de atar cabos, y luego suelta una carcajada.

—Ah, no, tranquilas, no estaba en ninguna *cita* —dice la palabra con un tono burlón y una mueca divertida—. Me he encontrado con una antigua compañera del instituto, pero ella está con sus amigas, así que ya debía de estar deseando librarse de mí.

Un chico algo más bajito que Chris, de piel bronceada y cabello oscuro y rizado, se planta a su lado y le da una palmada suave en el hombro.

—Eh, ¿esa chica con la que estabas hablando era Sandra?

Él gira la cara para mirarlo como si no se esperara la interrupción.

—Ah, sí, sí era Sandra. Oye, Oscar, esta es Beth.

No se me pasa por alto el cambio de expresión de Oscar y la mirada que intercambian entre ellos.

—¿Beth?

—Beth —repite Chris en un tono que parece de advertencia—. Beth, este es Oscar, es mi compañero de piso.

Oscar me tiende la mano con una sonrisa que no sé muy bien cómo interpretar, y sus ojos oscuros me observan con una curiosidad desmedida.

—Compañero de piso y mejor amigo —añade lo que cree que falta a la presentación—. Encantado, Beth.

Le estrecho la mano algo intimidada. ¿Qué le habrá contado Chris a su amigo sobre mí? Imagino que algo parecido a lo que yo le he contado a Sam, claro.

Ella interrumpe para presentarse también a Oscar.

—Yo soy Sam, mejor amiga y compañera de piso, también.

Oscar sonríe mientras la saluda.

—Entonces, tenemos mucho en común.

—Tenemos el mismo rol en toda esta historia —bromea ella.

—Eh, chicos, ¿quiénes son vuestras amigas? —Un chico alto, de pelo negro, rasgos angulosos, y los brazos llenos de tatuajes aparece ante nosotras y nos estudia sin ningún disimulo.

Veo que Chris pone los ojos en blanco ante su interrupción. Este chico debe de ser ese amigo suyo al que el tatuador había marcado casi todo el cuerpo.

—Y este es Matteo, un chico sin techo al que, por alguna misteriosa razón, acogemos a veces —suspira de forma dramática. Matteo se limita a reírse, sin ofenderse—. Matt, estas son Sam y Beth.

El chico gira la cara de golpe para mirarlo con las cejas alzadas.

—¿Beth?

—Beth *Beth* —le aclara Oscar entre dientes, aunque lo oigo igual y capto perfectamente el tono.

—Oh, Beth —saluda, hace una reverencia exagerada y me coge la mano para llevársela a los labios—. Las palabras no te hacen justicia. Eres tan *bellissima* como una *stella* fugaz.

Suelta palabras en lo que parece un italiano forzado y sin ningún sentido, y yo finjo una sonrisa tensa cuando recupero mi mano. No esperaba que Chris no hubiera contado nada sobre nuestro encuentro, pero el hecho de que sus amigos parezcan saber sin ninguna duda quién soy me está poniendo bastante nerviosa.

—¡Matteo Vitale! —Una chica rubia y despampanante se acerca hasta nosotros gritando. No

parece muy contenta—. ¡Qué sorpresa volver a verte! Después de todas esas llamadas sin responder, imaginaba que estarías muerto.

Seguro que no pensaba que había muerto, pero lo que sí tiene es cara de querer matarlo ella misma.

—¡Oh, *bella ragazza*! ¡Te estaba buscando! Todo esto tiene una explicación. ¿Qué tal si te la cuento con una copa?

Le pone una mano en la cintura y le sonríe de forma encantadora. Luego la guía lejos de nosotros y, antes de desaparecer, se vuelve para guiñarles un ojo a sus amigos.

—Perdona a Matteo —me pide Chris con una leve sonrisa avergonzada—. Es, en fin, es algo peculiar.

—Peculiar —repito, y no puedo evitar que se me escape una risita.

—Bueno, sí, ya lo has visto.

—¡Vaya, Oscar, me encanta tu camisa! —exclama Sam, y pone una mano en su pecho, encima de una de las piñas que la prenda tiene estampadas—. ¿Te importa acompañarme ahí, que hay más luz, para que pueda verla mejor?

Maldita traidora. Se alejan enseguida, cuchicheando entre ellos y riendo juntos. Y yo lanzo un suspiro antes de levantar la mirada y enfrentarme a los ojos de Chris.

—Bueno... —empiezo.

—Bueno... —me imita él, en un tono bastante más burlón—. Ya van tres casualidades, Beth.

—Esta universidad no es tan grande como parece.

—La próxima vez deberías venir tú a saludar. No puedo hacer siempre todo el trabajo sucio para mantener esta relación.

Aparto la mirada al captar su tono pícaro.

—No hay ninguna relación —aclaro, firme—. Y, además, no te había visto.

Se echa a reír y yo lo miro sorprendida.

—Considero que tengo relación con alguien cuando sé cosas de ellos que la mayoría de los presentes no saben. Y, en este bar, probablemente solo hay otra persona que sepa más que yo acerca de ti.

Levanto la barbilla en gesto desafiante.

—¿Qué crees que sabes?

—Veamos: sé que eres actriz y quieres entrar en el programa de Teatro, sé dónde tienes un tatuaje, y ahora también sé que eres una mentirosa —suelta despreocupadamente.

—¿Perdona?

—Mi compañera del instituto me ha dicho que llevabas un buen rato mirándome.

Carraspeo y doy un paso atrás.

—A lo mejor la mentirosa es ella y no yo.

Parece muy relajado y muy seguro de sí mismo cuando sonríe divertido ante mi respuesta. Yo, por el contrario, cada vez estoy más nerviosa. No es por él, en realidad, recuerdo perfectamente

lo que sucedió aquella noche y sé que este chico es un encanto, respetuoso y delicado. Estoy bastante segura de que, si le digo que me incomoda y quiero que pare el tonto, lo hará. Lo que me pone nerviosa es que no quiero que pare.

—¿Cómo podría creerte? Ya me has mentido antes. Y estoy bastante decepcionado por no haber recibido aún un email.

Me está pinchando. Y yo no logro decidir si quiero cortar esto o pincharlo a él también.

Me encojo de hombros.

—Aún no he decidido lo que quiero para la primera escena.

—¿Podríamos pensarlo mientras nos tomamos algo? —Levanta la mano en la que lleva su vaso y a continuación señala el mío—. Estrictamente profesional, mientras tú lo quieras así.

Estudio sus ojos y tomo aire mientras trato de convencerme de que no pasará nada por seguirle un poco el juego.

—¿Qué quieres tú? —provoco.

Se queda serio. Abandona toda esa pose engreída con la que estaba tonteando y vuelve a ser el chico de aquella noche cuando me da su respuesta:

—Quiero invitarte a cenar.

Escondo la mirada antes de hablar:

—Empecemos por la copa.

Volverte a ver

Beth

Chris sigue exactamente igual que aquel día que compartimos antes de verano. Con esa sonrisa tan fácil. Con esa risa contagiosa. Con un brillo travieso en los ojos que los ilumina cada vez que está a punto de decir una tontería.

Hablar con él es sencillo y natural. Tanto que, para cuando me doy cuenta de lo que hay a nuestro alrededor, ha pasado el apogeo de la fiesta y estamos prácticamente solos en el local. Ha empezado preguntando cómo me van las clases y la nueva vida en la ciudad, y hemos terminado discutiendo entre risas sobre si la escultura que hay en el vestíbulo del edificio principal de administración del campus es arte o solo un montoncito de basura apilada. Los temas de conversación se suceden sin descanso y a mí me parece que han pasado apenas unos minutos cuando, en realidad, han debido de ser al menos un par de horas.

Hace un rato que Chris nos ha conseguido unos taburetes, y estamos sentados junto a la barra, con nuestros vasos vacíos excepto por los restos de agua que han quedado en la parte más baja cuando los hielos han terminado de derretirse.

—Tú eres la chica que cree en el destino y todo eso. Deberías saber con seguridad si nuestro trabajo conjunto va a salir bien o será un desastre.

Sacudo la cabeza mientras hago esfuerzos por tragarme la sonrisa.

—Mi amiga Sam sí es una verdadera creyente. En todo. No hay mundo espiritual que ella no haya explorado. —Lo señalo con el dedo a modo de advertencia y él alza las cejas—. No digas ninguna tontería.

Suelta una carcajada alta.

—¿Tan predecible soy?

Dejo escapar una risita y me inclino levemente hacia él para poner una mano en su antebrazo. El contacto con su piel es muy agradable y creo que a él también se lo parece porque baja la mirada hasta ese punto, y luego vuelve a mis ojos, con una nueva intensidad detrás de ellos.

¿Y si me besa?

Ay, ¿y si...? ¿Y si lo beso yo?

Me retiro hacia atrás con disimulo, para ganar la distancia que ahora mismo me pide a gritos

mi parte racional.

—Te brillan los ojos cuando estás a punto de bromear.

Me muerdo la lengua, pero ya lo he soltado. La comisura de su boca se estira divertida hacia un lado y yo clavo la mirada en sus labios sin querer. Tiene una sonrisa preciosa, incluso cuando solo la esboza a medias.

No debería estar pensando esto.

—Mi hermana Lily siempre dice que me falta picardía —admite, sin dejar de acariciarme los rasgos con la mirada, despacio y con cuidado—. Que mis bromas se ven venir de lejos.

Sonríó y sus ojos bajan a mi boca a la misma velocidad que antes lo han hecho los míos.

—¿Cuántos hermanos tienes? —me intereso, al tiempo que retrocedo un poco más de forma sutil.

Relaja la postura, como si hubiera captado perfectamente las señales de mi cuerpo, y se acomoda en el taburete para darnos algo más de espacio. Aunque no me siento para nada mejor cuando más cantidad de aire ocupa la distancia que existe entre su cuerpo y el mío, sino todo lo contrario.

—Dos hermanas. Lily es cinco años mayor que yo. Y Nina, la pequeña, acaba de cumplir trece. —Sus ojos reflejan claramente el cariño que siente por ellas, y pienso que Lily tiene razón y que su hermano tiene poca picardía, es tan sencillo ver sus emociones solo en su rostro, sus ojos y los cambios en su tono de voz que casi siento que estoy invadiendo una parte demasiado íntima de él—. ¿Tú tienes hermanos?

Abro la boca para responder y un latigazo de dolor sordo me recorre de lado a lado atravesándome el corazón cuando el «sí» que estaba a punto de pronunciar de forma inconsciente se me atasca en la garganta.

«No —me grita una voz desgarrada al fondo de mi mente—, ya no tengo ningún hermano».

Matteo aparece detrás de él y lo sobresalta con una fuerte palmada en el hombro antes de rodearle el cuello con un brazo y poner la cabeza junto a la suya para mirarme con una sonrisa peligrosamente encantadora. Chris protesta hasta que el otro afloja su agarre, pero no llega a soltarlo del todo.

Espero que la interrupción haya impedido que note lo que ha provocado en mí la pregunta. Y también me ayuda a volver a la realidad y me obliga a forzar una sonrisa para el recién llegado.

—Tío, me voy, solo quería avisarte de que hoy no duermo en vuestro sofá. Me pasaré mañana a recoger mis cosas. Buenas noches, Beth, pasadlo bien.

Se ha ido antes de que podamos decir nada. Su tono burlón y todo lo que obviamente lleva implícito ese «pasadlo bien» a modo de despedida, me recuerdan dónde estoy y con quién y lo que estoy haciendo y no debería hacer.

Me pongo en pie de un salto y busco a Sam con la mirada. Está al otro lado del local, bailando con Oscar y riendo a carcajadas.

—Se ha hecho tarde. Deberíamos irnos ya.

Chris dice algo a mi espalda, pero no me detengo a escuchar. Me acerco hasta nuestros dos amigos. Esta vez Samira reacciona rápido y justo como debe al ver la forma en que la miro.

Los cuatro salimos a la calle. Creo que hasta que estamos allí y Oscar y Sam avanzan por la acera sujetándose el uno a la otra no soy consciente de lo borrachos que están. El chico dice algo de parar un taxi para nosotras y los dos empiezan a hacer aspavientos asomados a la carretera.

—Bueno. —La voz de Chris suena justo a mi espalda y me giro para poder mirarlo—. Me ha gustado charlar contigo esta noche.

Me muerdo el labio para reprimir las ganas de ponerme de puntillas y besarlo.

—Sí, a mí también —tengo que admitir.

Sonríe y eso es todavía peor.

—¡Christian! —lo llama Oscar, cuando un taxi para junto a ellos.

—¡Beth! —dice Sam casi a la vez.

—Parece que nos toca hacer de niños —bromea Chris.

Lo miro por última vez.

—Buenas noches, Christian.

Tengo que irme.

Tengo que alejarme ya. Antes de que alguno de los dos diga algo más. Antes de que me puedan las ganas o a él le falle ese autocontrol del que soy muy consciente que lleva haciendo uso toda la noche.

Quiero y sé que no debo. Quiero y no puedo.

Porque cuando sabes de verdad lo que duele un corazón roto no puedes enredarte en algo que acabará con uno en pedazos. Sobre todo, cuando no será el tuyo.

Me doy media vuelta y camino hasta el taxi en el que Sam acaba de entrar. Siento el familiar nudo de ansiedad en la boca del estómago, pero me obligo a ignorarlo porque necesito alejarme ya y un coche es la forma más rápida.

—¡Beth! —me llama, y yo me vuelvo a mirarlo a solo dos pasos de la salida que me ofrece el vehículo—. Quiero volverte a ver.

Me muerdo la sonrisa. Me encojo de hombros. Sacudo la cabeza una sola vez.

—Te mandaré un email.

Samira va diciendo tonterías sobre nosotros siendo adorables y que ella y Oscar quieren que nos casemos, o algo así, pero no le hago demasiado caso. Entro en la aplicación del correo en el móvil y escribo la dirección que Chris apuntó ayer en mi libreta. Luego redacto el texto.

ESCENA DE MUSICAL

Un chico y una chica, ella está a punto de marcharse y él, antes de dejarla ir, pregunta qué tiene que hacer para volver a verla. Música y: *HOLDING OUT FOR A HERO* (porque POR SUPUESTO nuestro musical será con canciones de Bonnie Tyler).

Dame un escenario perfecto para eso.

P.D.: Es mejor que esto siga siendo solo estrictamente profesional, de verdad.

Su respuesta espera en la bandeja de entrada cuando despierto por la mañana.

Estimada compañera:

Admiro su creatividad y también su interesante (y anticuado) gusto musical. Admito que he tenido que buscar a Bonnie Tyler (porque, en fin, ¿los ochenta?), habría sido más fácil si me hubiera dicho que es la banda sonora de *Shrek 2*. Aclarado este punto, imagino que querer un héroe, en los tiempos actuales, implica un chico duro, temerario, y con un aspecto imponente. Por eso propongo como escenario un estudio de tatuajes, lleno de hombres grandes y cachas (nuestros bailarines) y elementos de «chico malo» por doquier.

Le enviaré, a la mayor brevedad, un boceto.

Usted trabaje en la escena, aún la veo muy pobre.

Atentamente y siempre suyo,

Chris

P.D.: ¿Qué llevas puesto?

Vale. A lo mejor lo de los emails tampoco ha sido muy buena idea.

El falso cumpleaños de Matteo

Chris

Es bastante tarde para volver de la universidad un viernes. Suelo huir del campus lo antes que puedo cuando llega el fin de semana, pero hoy me he quedado en la biblioteca, inclinado sobre mi bloc de dibujo, puliendo los últimos detalles del nuevo boceto que quería enviarle a Beth.

Llevamos ya dos semanas avanzando con el trabajo y comunicándonos por email para ello. La he visto alguna vez, de lejos, pero me he contenido para no ir a saludarla. Sobre todo, porque estoy bastante seguro de que ella también me ha visto a mí y ha fingido no verme. Por eso, lo que no entiendo es que tontee conmigo a través de correos electrónicos igual que hago yo. Me he vuelto adicto a esos mensajes con posdatas burlonas, insinuantes, e incluso, a veces, cariñosas. Quizá por eso no paro de mandarlos para preguntar por cada pequeño e irrelevante detalle (qué quiere que se lea en el letrero del estudio de tatuajes, cómo de tatuados deberían estar los bailarines, si le parece bien que añadamos una columna para dar más posibilidades al número de baile). Ella me contesta a cada uno y también me escribe para consultar cosas como qué le diría a una chica si quisiera que me diera una oportunidad a pesar de saber que no soy para nada su tipo, o si creo que el protagonista masculino debería hacer suya una parte de la canción. Además, ha empezado a pensar en las demás escenas: la de comedia va a ser el momento en que el protagonista intenta convertirse en un «héroe» con ayuda de sus mejores amigos; el monólogo, una escena que iría al principio de la obra en la que la protagonista habla de cómo se siente tras el final de la relación. La idea es que la línea principal sea ella sobre el escenario hablando de cómo comenzó y evolucionó el romance, y el resto de las escenas sean algunos de esos momentos pasados. Todavía no ha decidido el drama, pero creo que los dos tenemos claro que tiene que ser el momento de la ruptura. Me gusta el hecho de que haya unido todos los géneros en una sola obra ficticia.

Estoy esperando el ascensor cuando me llega su respuesta a la foto que le he enviado hace un rato con los últimos aportes al dibujo. Abro el correo y lo leo mientras subo.

Querido compañero:

Eres más rápido que la velocidad de la noche (referencia a Bonnie, busca la canción *Faster Than The Speed Of*

Night para seguir educando tu oído musical).

Me ENCANTA el detalle de los carritos para el instrumental con forma de moto. Está genial.

Eres absurdamente bueno en esto, un artista, Christian Harnett.

He pensado que nuestro protagonista podría cantar con ella el último estribillo, pero en primera persona, ¿qué te parece?

P.D.: Hay MUCHO cuero, ¿algún fetiche que confesar?

Aún estoy sonriendo cuando entro en casa.

Se me borra la sonrisa al instante cuando veo a Oscar y a Matteo colgando una banda de «Feliz cumpleaños» de lado a lado sobre la barra americana. Hay globos por todas partes y yo no entiendo nada, aunque deduzco, por lo que veo, que esto es una fiesta de cumpleaños. No es que sea experto en fiestas, pero sí en decoración. Para eso llevo toda la vida aprendiendo los pormenores de la empresa de mi madre. Lo único que no encaja es que, que yo sepa, no es el cumpleaños de nadie.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

Los dos se vuelven a mirarme como si los hubiera pillado robándome calzoncillos del cajón de mi cómoda.

—Estamos preparando una fiesta de cumpleaños —responde Oscar.

Cierro la puerta del piso despacio. Los observo por un momento, pero no parecen dispuestos a dar más explicaciones.

—¿Para quién?

—En realidad, es mi fiesta de cumpleaños —dice Matteo, con una sonrisa inocente.

Dejo la mochila sobre el sofá y el bloc de dibujo encima de la mesa. Me cruzo de brazos antes de hablar:

—Tu cumpleaños fue en julio.

—Claro, el día treinta, es un detalle que te lo sepas, pero de eso nuestras invitadas no tienen ni idea.

Sonríe pícaramente. Paso la mirada de él a Oscar, con la esperanza de que mi mejor amigo sea el sensato de los dos.

—No te enfades, Chris.

—Oh, oh.

—Lo hacemos por ti, porque vas por ahí sonriendo a la bandeja de entrada de tu correo electrónico y nos preocupa un poco que te quedes anclado en ese mundo virtual —sigue Oscar, subido a la encimera—. Así que necesitábamos una excusa para que volvieras a ver a esa chica en persona. Tranquilo, no he sido nada obvio. Le dije a Sam que es el cumpleaños de Matt y que íbamos a hacer una pequeña fiestecita. Ha dicho que se intentarían pasar.

Se me encoge el estómago y me pongo repentinamente nervioso cuando oigo eso.

—Espera, ¿qué? ¿Beth va a venir aquí?

—Bueno, no lo han confirmado —insiste él—. Sam también quiere que os volváis a ver, así

que creo que hará todo lo posible.

Me guiña un ojo. Sacudo la cabeza, confuso y molesto. ¿Por qué se meten así en cosas que no les conciernen en absoluto?

Sé que Oscar y la amiga de Beth han quedado para tomar algo en el campus unas cuantas veces desde aquella noche en que se emborracharon juntos. Matt dice que es solo porque siente que conecta con ella por la pertenencia al colectivo, y que yo, desde mi posición privilegiada de heterosexual en una sociedad eminentemente hecha para heterosexuales, no lo puedo comprender igual. A lo mejor tiene razón, aunque Oscar sabe desde hace muchos años que no hay nadie con quien pueda contar más que conmigo, y una amistad de dos semanas no me va a relegar a un segundo plano.

—Esto es una locura —adviento—. No podéis montar una fiesta falsa y hacerla venir a base de mentiras.

—Qué puritano —se burla Matteo—. Tú déjame a mí. Le contaré maravillas de ti, a ver si entre los dos conseguimos engañarla para que te la lleves a la cama.

—No quiero engañarla, ni llevármela a la cama —les recuerdo a estos dos pervertidos—. Solo quiero conocerla.

—Sí, y casarse con ella —añade Oscar, que baja la voz como si se creyera que así no voy a enterarme cuando se dirige a Matteo.

—Me caéis fatal.

Me alejo de ellos mientras dejo el eco de sus risas a la espalda.

—¡Pues qué pena que no tengas más amigos! —me grita Oscar con sorna.

Me encierro en mi habitación y me siento al borde de la cama para darme un momento y pensar. Beth no me ha dicho nada acerca de esto, así que es muy probable que no venga. ¿Por qué iba a hacerlo? Si quisiera verme habría podido solo con proponerme que tomáramos un café para hablar del proyecto. O podría haberse acercado a mí cualquier día cuando nos hemos cruzado por el campus.

Me siento algo más tranquilo (aunque un poco decepcionado) cuando me convengo de que no vendrá.

El problema es que sigue habiendo una fiesta en mi salón esta noche, y ni siquiera sé a quién han invitado los tarados de mis amigos.

Cuando empiezo a oír que llegan los primeros asistentes, decido que necesito refuerzos si quiero sobrevivir a esto. Mando un mensaje a Lydia para decirle que hay una fiesta en mi casa y preguntarle si le apetece pasarse. Luego me cambio de ropa y salgo a celebrar el falso cumpleaños de Matt.

Tengo que reconocer que empiezo a cogerle el punto a la fiesta pasado un rato. No sé si es por la bebida o por el concurso de baile que Oscar ha montado frente a un videojuego.

Lydia llega en el momento preciso para ser mi pareja cuando me toca el turno. No hay rastro de Beth ni de Sam, aunque no he parado de vigilar la puerta en la última hora. Está claro que al

final no van a venir.

Matteo se acerca en cuanto salimos de la improvisada pista de baile y llevo a mi amiga a la cocina para ofrecerle una cerveza. A la pobre no le ha dado tiempo a dar el primer trago cuando el italiano se le planta delante con una sonrisa seductora.

Acabo de acordarme de por qué llevaba casi cuatro meses manteniendo a Matt lejos de mi amiga.

—*Buona sera*, ¿cómo estás? ¿Amiga de Chris? Soy el chico del cumpleaños. *Piacere di conoscerti*.

Lydia me dirige una mirada divertida, con la ceja derecha levemente alzada, y yo hago una mueca de disculpa.

—Este es Matteo, mi egocéntrico amigo que cumple años —se lo presento—. Ella es Lydia, compañera de clase.

Ella le sonríe de una forma con la que apuesto a que a él acaba de ponérsele dura.

—Encantada, Matteo. Y feliz cumpleaños.

—Lydia. Qué nombre más *bello*. ¿Puedo invitarte a una copa?

Si está tirando tanto de idiomas es que va a por todas. Y no sé si es mejor retirarme o salvarla de todo el ritual de cortejo que le espera. Además, así cualquiera invita a una copa, saqueando el alcohol de casa de los demás.

—Estoy servida —responde divertida, y le muestra su cerveza—. Tal vez más tarde.

Él sonríe con toda esa seguridad en sí mismo que muchas veces me pregunto si va más allá de una mera careta.

—Por supuesto —acepta la derrota.

Lydia me lanza una mirada rápida.

—Voy a dejar mis cosas en tu habitación, ¿vale? Me has arrastrado a bailar y no sé ni dónde he dejado el bolso.

Me río.

—Sí. Perdona, no quería hacer el ridículo solo. —Eso no cuela, porque ya me conoce y el sentido del ridículo no es un problema para mí—. Pero ve, como si estuvieras en tu casa.

Asiente. Pasa al lado de Matteo para alejarse, y él se da la vuelta y la sigue con la mirada hasta que desaparece.

—Eres el peor amigo del mundo —me recrimina en cuanto es capaz de volver a prestarme atención—. Conocías a esa diosa, y no me la has presentado. *Mamma mia!* Christian, es preciosa, es perfecta. ¡Es una diosa!

—Eso ya lo has dicho.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

Le doy una palmada en el hombro, y estoy a punto de soltarle un par de advertencias para que no se crea que puede hacer con mi amiga lo que él intenta hacer con todas las chicas. Pero

entonces veo que Oscar abre la puerta y, cuando entran, se me olvida cualquier cosa que estuviera pensando antes de verla.

—Sigue intentándolo, Matt. Tengo que irme.

Beth lleva el pelo recogido en una trenza a un lado, una camiseta que deja un hombro al aire y unos pantalones negros, holgados. Sam, que viste como si estuviera en pleno festival de música indie, abraza a Oscar antes de avanzar junto a ella.

Estoy pasando tras el sofá, que sigue bastante en medio aunque Oscar haya intentado apartarlo a un lado, y ella está a punto de posar en mí esos ojos azules que barren la estancia, cuando Lydia aparece a mi lado. Los ojos de Beth se clavan en ella y no en mí y, por la cara que pone, parece que acabe de ver a un fantasma.

—¿Qué hacen ellas aquí? —pregunta mi amiga en voz lo suficientemente alta para que hayan podido oírla.

Sam da un paso al frente y se sitúa delante de Beth, como si tuviera intención de protegerla.

—¿Qué haces tú aquí? —le devuelve la pregunta a Lydia—. Habías dicho que hoy no salías.

Mi amiga suelta una risa irónica y sacude la cabeza.

—Yo no tengo que daros explicaciones de si voy o si vengo. Me han invitado y me apetecía venir. ¿De dónde salís vosotras?

Sam parece estar a punto de echar chispas por los ojos.

—También nos han invitado. —Se gira para mirar a Beth, que está muy callada y parece incómoda ante el intercambio de dardos de las otras dos—. Lo siento, Beth, te juro que me he asegurado de que ella no iba a venir.

Lydia las mira a ellas y luego me mira a mí.

—Ay, Dios —suspira—. No, Chris. Por favor, dime que Beth no es la chica con la que estuviste antes de verano y ahora ha vuelto a aparecer.

Emite una especie de gruñido de desaprobación cuando el gesto de mi cara lo dice todo por mí.

—No pasa nada —dice Beth por fin—. Es mejor que me vaya y ya está.

—¡No! —exclamamos Sam, Oscar y yo a la vez.

Matteo aparece entonces a nuestro lado.

—¿Qué pasa?

Lydia me está mirando a mí. Me pone una mano en el brazo y me interroga solo con los ojos cuando encuentran los míos.

—Es ella —repite, en voz más baja, como si creyera que así solo voy a oírla yo. Toma aire como si le costara mucho trabajo pronunciar las palabras que dice a continuación—: Está bien. Podemos quedarnos todas. Esto es una fiesta. Vosotras por vuestro lado y yo por el mío.

Decide eso y luego se aleja hacia el otro lado de la estancia. No es que el espacio en el que estamos sea lo bastante grande para poder evitarse toda la noche, y se nota lo incómoda que está

con la presencia de las otras dos, así que agradezco mucho que aparque lo que sea que le sucede con Beth solo por mí.

Doy un paso adelante para acercarme a la rubia y, en cuanto lo hago, nuestros amigos desaparecen como por arte de magia y nos quedamos solos, frente a frente.

—Eh —saludo.

Me ofrece una sonrisa que no le sale del todo natural.

—Hola, Chris. —Mira alrededor y hace una mueca—. Ni siquiera he felicitado a Matteo.

Si ella supiera...

—Ni falta que hace —la tranquilizo—. ¿Quieres beber algo? Eso ha sido un poco tenso.

Suelta una risita triste.

—Supongo que me iría bien una cerveza.

Le guiño un ojo.

—Sígueme. —Lo hace cuando echo a andar de vuelta a la zona de la cocina—. Así que, si no me equivoco, Sam y tú sois las compañeras de piso de Lydia.

—¡Qué casualidad! —exclama, burlona.

Me vuelvo para mirarla con una sonrisa y esta vez la suya parece algo más sincera.

—Se nos acumulan las coincidencias.

—En realidad, yo ya lo sabía —admite. Se apoya en la encimera mientras yo abro la nevera para conseguirle una cerveza—. Te vi con ella aquel día, cuando salimos de clase. Pensaba que a lo mejor había algo entre vosotros.

Tiene las mejillas sonrosadas cuando la miro, y aparta la mirada en cuanto busco sus ojos.

—Somos amigos. Vamos juntos a clase —dejo claro, al tiempo que le tiendo la bebida.

—Gracias —dice bajito cuando la coge. Da un sorbo corto antes de volver a hablar—. Tu dibujo es increíble.

—Deja de piropearme, que se me va a subir a la cabeza.

Me gusta el modo en que consigo hacerla sonreír. ¿Por qué está tan empeñada en mantenerse alejada cuando nos entendemos tan bien y es bastante obvio que sobra atracción entre los dos?

Mira alrededor de forma distraída.

—Ha venido bastante gente, ¿no?

—No conozco ni a la mitad —admito, y ella ríe—. Oscar se encargó de invitar a la gente, por eso he tenido que pedir refuerzos y llamar a Lydia. No sabía que, ya sabes, esto. Siento que haya sido incómodo.

Frunce un poco el ceño y niega con la cabeza.

—No, no, qué va. No es culpa tuya. Tenemos una historia algo complicada, pero no pasa nada. Vivimos en el mismo piso, creo que sobreviviremos a una fiesta bajo el mismo techo sin matarnos.

—Eso espero. —Sonríe cuando hace una mueca, y señalo la zona del televisor, donde Sam ya está bailando con Oscar intentando batir el récord de puntos—. ¿Te apetece jugar?

—¿Contigo o contra ti? Porque te advierto que soy muy buena bailarina.

Le dedico una sonrisa que derrocha seguridad y suficiencia.

—Acepto el reto.

Lo de celebrar un cumpleaños falso cada vez empieza a parecerme menos una mala idea. La noche avanza y yo lo estoy pasando genial con Beth. No estamos todo el rato juntos, claro, tengo que alejarme de vez en cuando para asegurarme de que Matteo no está agotando la paciencia de Lydia. Pero lo cierto es que ella parece encantada con las atenciones y son mucho más parecidos de lo que pensaba. Bueno, por supuesto, los dos son ricos, guapos, vanidosos, y les encanta tontear.

Oscar y Sam parecen amigos de toda la vida. Y yo no puedo evitar pensar en que es perfecto que hayan conectado tan bien, porque eso aumenta las posibilidades de que Beth y yo coincidamos más veces en el futuro.

Ella está muy guapa, más relajada de lo que la he visto desde aquel momento que tuvimos juntos, y un par de cervezas la han ayudado a desinhibirse lo suficiente para bromear conmigo en persona del mismo modo que lo hacemos por email. Esto me gusta. Ella me gusta. Y, además, estamos aquí y no puedo evitar acordarme de cuando me besó en la entrada, de cuando me quitó la camiseta solo un poco más allá, y de todo lo que hicimos en mi cuarto después. No sé si a ella también le pasa.

Beth y yo estamos hablando, muy cerca el uno del otro y sin poder desconectar las miradas ni ocultar las sonrisas, cuando algún idiota de los pocos amigos de Oscar que quedan ya por aquí propone jugar a «Yo nunca». Odio ese juego, sobre todo si mis dos amigos están en él y tienen la posibilidad de humillarme delante de la chica que me gusta, pero mi compañero de piso es un entusiasta, así que nos obliga a todos a acercarnos y sentarnos en círculo en la alfombra.

Beth se sienta a mi lado. Lydia, enfrente, nos mira con curiosidad y luego se acerca al oído de Matteo para decirle algo que lo hace reír.

Las primeras preguntas son inocentes, lo típico para romper el hielo. Luego, a medida que la gente bebe, empieza a subir el tono.

—Yo nunca he follado con alguien que acabo de conocer —dice Oscar.

Los tres bebemos. Beth también. Sam y Lydia se libran en esta ronda.

—Yo nunca he fingido odiar a alguien a quien quería —habla Sam.

No sé muy bien de qué va esto, pero las tres beben mientras se lanzan miradas envenenadas.

—Yo nunca me he corrido en los pantalones cuando estaba a punto de perder la virginidad —suelta Matteo.

Voy a matarlo. Mis dos amigos se ríen a carcajadas y yo tengo que beber. Noto la mirada divertida de Beth recorriendo mi perfil y siento que debo justificarme.

—Tenía dieciséis, ¿vale? —mascullo entre dientes, pero eso solo consigue que esos dos tontos se rían todavía más.

La siguiente en hablar es Lydia.

—Yo nunca he buscado la cara de un tío que vi en una alucinación porque creo que estamos destinados.

Clava los ojos en Beth y levanta la barbilla, en un gesto de soberbia.

—¡Venga ya! ¿Quién ha visto tantas pelis de Disney? —dice Matteo, tan poco delicado como siempre.

Sam empieza a protestar en voz muy alta, pero apenas me entero de lo que dice porque entonces Beth se levanta de mi lado y sale corriendo del piso.

Su amiga se apresura a seguirla.

—Eres una mala víbora, Lydia —escupe antes de salir.

Lydia también abandona el círculo y se aleja camino de mi habitación.

Cierro la puerta cuando entro allí detrás de ella y me apoyo en la superficie para observarla, prudente.

—¿Qué ha sido eso?

Se está secando las lágrimas con poco disimulo.

—Lo siento.

—Creo que no es conmigo con quien tienes que disculparte.

Levanta la mirada hacia mí y puedo ver el arrepentimiento en sus ojos. Parece muy triste y perdida.

—Es que no soporto tenerla aquí. Y tú... —Un sollozo corta lo que fuera a decir.

Me acerco despacio y me siento a su lado sobre el colchón de mi cama.

—¿Por qué la odias tanto?

Me mira con el ceño fruncido, como si me hubiera vuelto loco.

—No la odio. Qué va. No es eso para nada. Era mi mejor amiga. Las dos lo eran. Pero pasó algo y yo no sé hacerlo. Es que no sé cómo se hace.

—¿El qué?

—Seguir adelante. Mirarlas a la cara y fingir que nada ha cambiado y que todo sigue como antes. Porque no es así.

—¿Qué os pasó? —pregunto, suave, y le paso la mano por la espalda.

Sacude la cabeza. No quiere contestar a eso.

—Es que ella... ¡Joder, está chalada, Chris! —exclama, pero no lo hace como un insulto, sino que suena extrañamente cariñoso—. Está dispuesta a perder un montón de cosas solo por algo que cree que será. Y es una locura. ¿Qué pasa si no hay nada de lo que espera? No puedo estar cerca de ella y ver todo lo que...

Se pone a llorar de nuevo, tras esconder la cara entre las manos. La abrazo con delicadeza.

—A lo mejor deberías hablar con ella, ¿no?

Se aparta y se pone en pie.

—Es mejor que me vaya a casa.

Recoge sus cosas y tengo que seguirla de forma apresurada cuando sale corriendo. Voy tras

ella hasta el rellano.

—Oye, estoy aquí si necesitas hablar, ¿vale?

Sam está entrando por la pequeña ventana que da a la escalera de incendios y los dos nos volvemos a mirarla. Ella solo clava en Lydia una mirada llena de rencor.

—Beth quiere estar sola —me dice a mí, y luego vuelve a entrar en el piso.

Lydia me mira por última vez y se va por las escaleras para no tener que esperar el ascensor.

Dudo un momento, solo un segundo, y salgo por la ventana.

Beth está de espaldas, apoyada en la barandilla que rodea la pasarela.

—Hola —saludo, suave y bajito, para no asustarla.

Se vuelve sobresaltada, aun así. Aparta la mirada enseguida y se seca los ojos rápido y sin disimulo, porque para los dos resulta obvio que ya he podido ver sus lágrimas.

—No es un buen momento, Chris.

Lo oigo perfectamente. Sé que tiene razón. Lo entiendo. Yo soy poco más que un desconocido y ella no parece querer compartir su llanto con cualquiera.

A pesar de todo me acerco, me apoyo en la barandilla a su lado, sin mirarla, y hablo:

—Perdona a Matteo, tiene poco...

—¿Tacto? —prueba al notar que dudo.

—Cerebro —corrijo al instante.

La oigo soltar una risita baja y me permito girar la cara levemente para poder mirarla con el rabillo del ojo. Sacude la cabeza despacio, desaprobando mi chiste. Pero luego se queda seria de nuevo y se abraza el torso para protegerse de la brisa fresca de la noche. Ojalá tuviera una chaqueta para ofrecerle. Descarto enseguida la idea de tocarla para transmitirle algo de mi calor. Eso estaría muy fuera de lugar.

—Debes de estar pensando que estoy loca de remate.

Me giro para poder mirarla más cómodamente. Ella hace lo mismo y se enfrenta a mí con expresión desafiante.

—Yo no pienso nada de eso. Ni siquiera sé de qué va esta historia.

—Tú no crees en el destino.

No sé si es un recordatorio o más bien una acusación. Me encojo de hombros y no digo nada para confirmarlo.

—Tuve un accidente de coche cuando tenía dieciséis años —empieza a contarme mientras pierde la vista más allá de la luz de la única farola que ilumina el callejón—. Estuve técnicamente muerta durante algo más de un minuto. Y sí, sentí algo, vi algo. Puede que no tenga ningún sentido. O puede que sí, no lo sé.

Vuelve a mirarme y yo no tengo ni idea de lo que debería decir, así que suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Tienes buen aspecto para haber vuelto a la vida después de la muerte en plan *The walking dead*.

Suelta una especie de bufido que esconde una risa triste.

—Tranquilo, no siento especial atracción por tu cerebro ahora mismo.

Intento contener la carcajada y, aun así, resuena en la quietud de la noche.

—Ni lo intentes con Matt, no hay nada debajo de ese pelazo.

Se mueve hacia mí y me empuja el pecho con el hombro suavemente.

—Matteo no tiene la culpa —suspira—. Lydia y yo hace tiempo que ya no nos entendemos.

—Siento lo que te pasó —corto, en voz baja.

Me mira con renovado interés.

—El accidente —aclaro—. ¿La cicatriz?

—Sí —interrumpe ella esta vez—. No quiero hablar de eso. Eso es pasado. Y el futuro... No sé muy bien qué pensar del futuro.

Doy un paso hacia ella y, aunque me mira con un leve destello de alarma en los ojos, no retrocede ni intenta alejarse de mí.

—No sé muy bien cómo funciona eso de las cosas que se ven antes de morir, o qué hay de verdad en las visiones, la adivinación y todos esos rollos que te cuentan algo sobre tu destino. Pero yo creo que no está escrito, Beth, que tenemos la oportunidad de tomar decisiones y de cambiar las cosas. Y también creo que no puedes estar esperando a que algo pase y dejar que las oportunidades se te escapen mientras tanto por el camino.

Niega con la cabeza lentamente, sin apartar los ojos de los míos.

—Puede que no sea verdad, o puede que sí. Yo solo sé lo que vi y sé que tiene que significar algo. Vi a un chico. Y ese chico no eras tú, Chris.

Es como si acabara de arrojarme un vaso de agua helada a la cara. Ni siquiera hemos llegado a hablar claro de *nosotros*. Pero es que no hace falta decirlo en voz alta. Y ella ha sido valiente al poner las cartas sobre la mesa de esta manera.

—Ese chico podría no existir. Yo sí existo y estoy aquí. —Inspiro como si el aire fuera todo el valor que me falta—. Déjame demostrarte que el destino se escribe día a día. No todo está decidido de antemano.

Esta vez es ella la que se acerca. Un paso más y nuestros cuerpos se rozarán. La tensión empieza a ser asfixiante y tengo tantas ganas de besarla que siento que los labios me van a estallar en llamas en cualquier segundo.

—¿Puedes demostrármelo siendo amigos? —susurra, prácticamente sobre mi boca.

Estoy seguro de que puede notar el temblor de mi cuerpo, la necesidad que nos corroe a los dos, las ganas que no paran de crecer.

Asiento con la cabeza una sola vez.

—Puedo demostrártelo siendo amigos —acepto.

Se lame los labios y se estira hacia mí, hasta que estamos a tan poca distancia que nuestras respiraciones se confunden.

—¿Podrías demostrármelo si fuéramos amigos que follan de vez en cuando?

Un latigazo tan fuerte que duele se sacude dentro de la bragueta de mi pantalón.

Nuestros labios están a punto de rozarse mientras contesto:

—Podría demostrártelo mucho mejor si folláramos.

Su nariz roza la mía y se aparta unos dolorosos milímetros sin permitirme probar sus labios antes de volver a hablar:

—¿Podrías hacerlo sin enamorarte de mí?

Estoy dispuesto a aceptar cualquier maldita condición que se le ocurra imponerme esta noche. No es el momento de pensar. Voy a besarla ya.

La besaré de una vez y acabaremos con todo esto.

Pero ella me dedica una última mirada ante mi silencio que parece decirme que el destino tiene sus propios planes y lo que estaba a punto de pasar no entraba en ellos.

Me sonrío tristemente antes de caminar hacia la ventana y dejarme atrás, con la estela de su susurro haciendo eco tras su partida.

—Tú y yo nunca seremos nada más que una bonita casualidad, Christian.

Tres chicas... y una gata

Beth

Hay mucha gente en el parque de la ribera del río el domingo por la mañana. No sé si es algo habitual o es solo porque hace buen tiempo, pero los deportistas corren por el circuito marcado para ello, las bicicletas circulan por el carril que hay un poco más arriba y las familias con niños han desplegado sus mantas y sacado sus cestas con comida para pasar el día aquí. Es agradable. Bonito y tranquilo.

Bajo unos metros más de desnivel, paseando hasta la orilla. Me he despertado pronto y ya no podía dormir. He decidido que, tal y como están las cosas en casa, era mejor pasar el día fuera. Necesitaba estar sola para poder pensar.

Ayer me pasé el día en la cama. Simplemente, no tuve fuerzas para levantarme y eso ya hacía mucho tiempo que no me pasaba. Mi mente era una maraña de pensamientos inconexos y no conseguía centrarme en ninguno, pero todos dolían. El accidente, el destino, Dylan, Lydia, Chris. Oí a Sam y a Lydia discutir durante todo el día. Eso es toda una novedad teniendo en cuenta que hasta ahora nuestra casa estaba sumida en un voto de silencio espeso por ambas partes. Ayer el silencio se acabó. Fue sustituido por siseos furiosos, tonos acusadores y algunos gritos. Luego llegaron los llantos. Yo, hundida en mi autocompasión, no derramé ni una lágrima, pero, por lo que pude oír, ellas dos las lloraron todas por mí. En algún momento, Sam entró en mi habitación con una botella de agua y algo de comer. Se quedó conmigo un rato, tendidas en la cama y en silencio. Cuando desperté a mitad de la noche ya no estaba. Su voz y la de Lydia sonaban desde el cuarto de al lado en un tono mucho más suave. No entendí nada. Solo cerré los ojos y me volví a dormir.

Las puertas de las habitaciones de las dos aún estaban cerradas cuando he salido de casa esta mañana.

Sam me llama cuando estoy esperando mi turno en un puesto de comida para hacer un pícnic improvisado en el parque. Le digo que estoy bien, que he ido a pasear, voy a comer algo y volveré más tarde. Parece preocupada, pero no me pide que regrese ni se ofrece a venir a hacerme compañía. Me conoce lo suficiente para saber que, a veces, necesito un tiempo a solas para seguir lamiéndome algunas viejas heridas.

Cuando vuelvo a casa es más de media tarde. Me quito las gafas de sol al entrar en el portal. Los primeros días de octubre están siendo inusualmente cálidos y eso me gusta. Sé que en esta ciudad los inviernos son más crudos de lo que yo estoy acostumbrada, así que agradezco que el buen tiempo dure un poco más.

Me sorprende oír voces cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura. Y ¿eso son risas? ¿Sam y Lydia se están riendo... juntas? Empujo la puerta y entro lo más sigilosa posible. No hacía falta que fuera tan discreta, es imposible que me oigan con el jaleo que tienen montado en el salón. Me acerco despacio hasta la puerta y me asomo. Están las dos de espaldas a mí, sentadas sobre la alfombra y hablando animadamente mientras miran algo que tienen ante ellas. Doy dos pasos inseguros en su dirección.

—¿Hola?

Se vuelven a mirarme, las dos al mismo tiempo. Y, entonces, en el hueco que queda entre sus cuerpos, veo lo que tienen enfrente. La cesta donde Lauren Rivera acumulaba revistas de decoración está ahí, han puesto dentro un cojín y una manta y, sobre todo ello, hay un gato gris atigrado que me mira con dos enormes ojos verdes.

Pero ¿qué...?

—¿Eso es un gato?

Lydia se muerde el labio con fuerza. Sam sonríe como si mi incredulidad fuera de lo más graciosa.

—Por favor, no podéis contarle nada de todo esto a mi madre —pide Lydia.

Debo de estar alucinando si Lydia Rivera acaba de hablarme directamente y, por si fuera poco, ha dicho «por favor».

No respondemos. Me acerco hasta donde están para poder ver al animal de cerca.

—¡Es adorable! —Samira lo acaricia con total confianza—. Y es buenísima, Beth. Siéntate aquí con nosotras y preséntate como es debido porque estás conociendo a nuestra nueva compañera de piso.

Debería pellizcarme para asegurarme de que todo esto no es un extraño sueño.

Me siento en el suelo despacio, al otro lado de Sam para poner la máxima distancia entre Lydia y yo, y estiro el brazo para que la gata pueda olerme la mano. Lo hace por unos segundos y luego se restriega contra mi palma en busca de mimos.

—¡Le gustas! —exclama Samira.

—¿De dónde ha salido?

Lydia se acomoda y acaricia a la gata también, asegurándose de que su mano y la mía nunca estén demasiado cerca.

—Vivía en el solar que hay en la calle de atrás, hay una pequeña colonia felina. El año pasado empecé a llevarles comida. Era la única que se dejaba tocar. Es muy cariñosa. Hace un par de meses desapareció. Pensaba que le habría pasado algo, porque siempre se iba detrás de la gente. Esta mañana cuando hemos salido la hemos encontrado vagando por la calle, muy sucia, y no

paraba de seguirnos. No podíamos dejarla ahí para que la atropellaran, así que la hemos llevado al veterinario y nos la hemos traído a casa.

Parpadeo un par de veces, mientras intento procesar que mi amiga me haya dedicado *a mí* tantas palabras seguidas.

—Ah, el notición es importante y para caerse de culo, Beth. En el veterinario nos han dicho que está a punto de tener gatitos... ¡Sorpresa! —exclama Sam, con una sonrisa enorme en la cara—. Quiero quererlos y cuidarlos y mimarlos y quedárnoslos todos para siempre. Tenemos que ir pensando nombres.

Abro la boca para intentar hablar, pero tengo que cerrarla de nuevo cuando no me sale ningún sonido. ¿Se han vuelto locas? Vale, la gata es adorable, y me encantan los animales, pero ¿gatitos? ¿Quedárnoslos todos y para siempre? ¿Cuántos cachorros pueden salir de ahí dentro?

—No podemos sacarlos de aquí hasta que los gatitos sean mayores —dice Lydia, inquieta, mientras me observa con cuidado—. Te prometo que no molestarán y que no tendrás que encargarte de nada.

Sonríó levemente, y sacudo la cabeza para callarla. No me esperaba esto, pero me ataca la repentina seguridad de que Lydia y yo, de alguna manera, vamos a llevarnos bien.

—No quise ponerle nombre cuando estaba en la calle, para no encariñarme. Aunque la verdad es que ya me he encariñado, y me gustaría que se quedara en casa. Podemos buscarles hogar a los gatitos cuando los destete, pero ella puede quedarse aquí, si os parece bien —vuelve a hablar, algo más firme.

—Es su casa igual que la nuestra —opina Sam.

La gata sin nombre se mueve para frotar la cabeza contra la palma de Lydia cuando ella la acaricia.

—¿Queréis que pensemos un nombre juntas?

Me da ternura la manera en que nos mira cuando pregunta eso, ilusionada.

—¡Esperad! —nos pide Sam—. Le preguntaremos a ella cuál le gusta más. Tengo un libro sobre comunicación animal.

Sale corriendo y yo me encojo de hombros a modo de disculpa por las rarezas de mi mejor amiga cuando Lydia me mira con los ojos cargados de interrogantes. Las dos estamos incómodas en cuanto nos quedamos solas y frente a frente, así que hablo para romper el hielo:

—Samira no sabe bien en qué creer. El destino, las cartas del tarot, el horóscopo, la energía cósmica. No entiende que tiene que elegir una cosa concreta en la que tener fe —me burlo.

—¡De eso nada! —responde ella en un grito desde la distancia—. La espiritualidad no es tan cerrada como tú, Beth, nos permite expandirnos y ver más allá de lo tangible. Se nota el ascendente Tauro en tu Sagitario, chica.

Cuando vuelve a sentarse con nosotras tiene un libro en una mano y una cadena con un péndulo en la otra. Deja que penda sobre la gata y cierra los ojos.

—Lo primero que me viene es *Runa*, pero no sé si es porque me lo está transmitiendo o si es

porque siempre he querido tener una mascota que se llame así —medio bromea.

—¿Sabes qué? ¡*Runa* me encanta! —se emociona Lydia—. *Runa*. ¿Te gusta? ¿Quieres llamarte así?

Se me escapa la sonrisa cuando la gata responde con un maullido bajo. Contemplo la escena y me invade una paz inesperada.

Las tres aquí sentadas, mirando con cariño a la gata. Somos muy diferentes, siempre lo hemos sido. Nuestros tonos de piel. Nuestro pelo. La forma de vestir. Lydia va impecable y elegante, Sam con sus pantalones bombachos de un verde intenso, una camiseta descolorida y unos pendientes de plumas enormes en las orejas, y yo con mi peto vaquero suelto y el pelo trenzado a un lado. Y en cuanto a personalidad, no nos parecemos en absolutamente nada y creo que es por eso por lo que siempre habíamos encajado tan bien.

Sam me sigue hasta mi habitación un rato después. Lydia no ha vuelto a hablarme directamente y, aunque bromea con Samira e intenta hacer ver que está relajada, la tensión entre las dos resulta tan obvia que ya empezaba a asfixiar.

—Oye —dice mi amiga cuando entra, y cierra la puerta tras de sí para hablar conmigo a solas—, tienes que hablar con Lydia. Sé que tres años no se solucionan en una tarde, pero ella... No me corresponde a mí contártelo. Solo intenta suavizar las cosas, ¿vale?

La miro y enarco una ceja. Hace poco más de dos semanas decía que la odiaba y ahora está intercediendo por ella. Después de que, hace solo dos noches, soltara aquello en el juego de «Yo nunca» exclusivamente para hacerme daño. Sacudo la cabeza.

—No te preocupes, habrá una convivencia pacífica.

Ella frunce el ceño. Se acerca hasta mi cama y se sienta en el centro, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo.

—Tiene una explicación, Beth. Pero vais a tener que hablar para que pueda dártela.

Me muerdo el labio. Enseguida endurezco la expresión.

—Hoy no. No después de lo que pasó el viernes.

Ella asiente, pero parece muy triste cuando vuelve a hablar:

—Te entiendo. Pero tienes que intentarlo, ¿vale?

Me dejo caer sentada a su lado.

—¿Qué ha pasado con vosotras dos?

Ella encoge un solo hombro.

—Empecé echándole la bronca por lo de la fiesta de Matteo. Hemos pasado la noche hablando. Y llorando. Sé que las cosas no se solucionan de un día para otro, pero todas nos equivocamos de alguna manera entonces, y ahora es el momento de empezar a cerrar esas heridas.

Nos sostenemos la mirada. Hay esperanza en sus ojos oscuros. Ojalá todo fuera tan fácil para mí como parece haber sido para ellas. Pero Lydia se ha pasado mucho tiempo evitándome y no es sencillo dejar atrás tres años de espinas clavadas en el corazón.

—Además —vuelve a hablar mi amiga en un tono mucho más desenfadado—, me he dado cuenta de que prefería no tenerla como enemiga. No podría prometerte que no vaya a matarnos mientras dormimos. ¿Oíste los rumores de lo que le hizo a Cynthia en último curso? Dicen que le prendió fuego en el pelo por sonreírle dos veces a Nicholas Dornan.

Sonrío de medio lado. Nunca me creí ninguno de los rumores que corrían por el instituto sobre la que fuera mi mejor amiga. Pero, al final, tampoco habría puesto la mano en el fuego por ella.

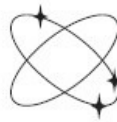
—Te pierde un buen cotilleo, por eso te los crees todos.

Sam suelta una risita.

—No tiene que ser hoy, ¿vale?, pero habla con ella.

Hago un asentimiento algo tosco mientras lucho contra mis dudas.

—Lo intentaré —prometo por fin.



Ruth sigue parlotando mientras caminamos de una clase a otra, pero apenas la escucho y me limito a hacer sonidos de vez en cuando para que crea que sí estoy siguiendo la conversación.

Me para antes de entrar en el aula donde tenemos la siguiente asignatura en la que coincidimos, y me pone la mano en el brazo.

—Beth, ¿estás bien? Estás un poco pálida.

Asiento.

—Sí. Estoy bien. Me ha bajado la regla esta mañana, algunos meses son peores que otros, pero se me pasará.

Me observa muy atentamente, y no parece en absoluto convencida tras mis palabras. Se me planta delante, para que no pueda evitar sus ojos y me sonrío con cariño.

—Anda, vete a casa. Métete en la cama y descansa. Luego te paso los apuntes de la clase. Hoy por ti y mañana por mí, ¿no?

Me tienta mucho su propuesta. La verdad es que no hay nada que me apetezca más que marcharme a casa y hacerme un ovillo en el sofá para dormir con *Runa* acurrucada junto a mí.

—Vale —cedo, con un suspiro aliviado—. Gracias.

Me guiña un ojo.

—De nada, tonta. Y dime si quieres quedar algún día con mi amiga para que te cuente los pormenores de ese grupo del programa de teatro. Hay mucho salseo ahí.

Sacudo la cabeza, confundida.

—¿Qué?

—Sabía que no me estabas escuchando —me acusa, pero no parece para nada molesta—. Mi

amiga conoce a Rizzo, a la chica a la que le han dado el papel de Rizzo en la obra, me refiero. Le dije que tú querías entrar en el programa en enero, y dice que puede informarse de los puntos débiles. Al parecer la protagonista es superintensa y ya ha faltado un par de veces a los ensayos porque tenía que reunirse con su grupo de meditación con vela, lo cual suena muy guay, si te digo la verdad. Y Danny Zuko es un tío altivo que no se relaciona con nadie porque solo vive para actuar. Las malas lenguas dicen que es un vampiro —añade, con una risita—. Oh, y, no te lo pierdas, Kenickie es un todo un caramelito, le va genial el papel, dicen que tiene pinta de *empotrador* y que se pasa el día tonteando con todas, aunque aún ninguna lo ha catado. ¿Qué te parece?

Suelto un largo suspiro ante tanta información de golpe.

—Que no sé si quiero meterme en ese grupo de teatro.

Suelta un par de carcajadas, aunque yo no estaba hablando del todo en broma. Entonces vemos pasar a la profesora y se despide de mí de forma apresurada y echa a correr para entrar en clase.

Me duelen los pies cuando por fin llego a mi edificio, me recuesto contra la pared del ascensor y suelto un gemido lastimero.

He tenido una semana muy larga. Y solo estamos a martes.

Me muero por llegar a casa de una vez, darme una ducha relajante y acurrucarme en el sofá con una gata gorda que ronronee sobre mí.

Salgo del ascensor y arrastro la mochila por el asa, sin importarme que barra todo el polvo que pueda acumular el suelo del descansillo.

La puerta se abre justo cuando acabo de encajar la llave en la cerradura. Doy un paso atrás y alzo las cejas con sorpresa cuando me encuentro de frente con un hombre de espaldas anchas, barba cuidadosamente descuidada y americana azul marino. Echo un vistazo rápido al número del piso, en la pared sobre el ascensor, y a la letra de la puerta. Y no, no me he equivocado.

—Buenas tardes —dice él, tras soltar un carraspeo algo incómodo.

—Buenas tardes —respondo de forma automática.

Me aparto a un lado cuando da un paso adelante. Lo dejo pasar sin que ninguno de los dos pronuncie ni una sola palabra más. Va directo a las escaleras y empieza a bajarlas trotando, a buen ritmo. Me asomo con disimulo para echarle un último vistazo.

Entro en casa despacio, sin hacer mucho ruido, y del mismo modo cierro la puerta detrás de mí.

—¿Lydia?

La veo asomarse al fondo del pasillo, desde su habitación. Su pelo no está tan pulcramente peinado como siempre, tiene cara de haber sido pillada en una situación muy comprometida y, de cintura para abajo, solo viste unas braguitas rojas de encaje.

Y me temo que mi ducha relajante y la paz que ansiaba van a tener que esperar. A lo mejor ese momento que llevo retrasando desde principio de curso ha llegado y debería intentar hablar

con ella.

Pero, como siempre, me deja las cosas bastante claras cuando da media vuelta, vuelve a su cuarto, y cierra de un portazo que nos asusta a mí y a la gata.

Creo que será más prudente dejar la charla para mañana.

El incidente de la ropa interior

Beth

El nerviosismo que flota en el ambiente se me contagia al instante en cuanto entro en casa al volver de clase el jueves por la tarde. Puedo oír los siseos furiosos de Lydia desde su cuarto, al fondo del pasillo, y la voz de Sam, tirando de los matices más aterciopelados, que intenta calmarla.

No sé lo que ha pasado, pero sé que hay un drama que resolver y que Sam necesita ayuda para hacerlo.

Recojo a *Runa* en mitad del pasillo, donde aparece para frotarse entre mis piernas, y llego con ella en brazos hasta donde mis dos compañeras de piso siguen intercambiando opiniones acaloradamente.

—¿Qué pasa?

Sam me mira y sonrío ampliamente, como si acabara de entrar por la puerta la solución a todos sus problemas.

—Beth y yo iremos a recuperarlo —promete por mí, sin informarme primero de cuál es nuestra misión—. No pasa nada, Lydia, ya lo verás. Entramos, lo cogemos y nos largamos. Nadie nos verá.

¿He dicho ya que Samira es demasiado impulsiva, que no piensa en las consecuencias de sus actos, y que suele tener unas ideas locas y terribles?

—No tenéis que hacer esto por mí. He sido yo la que ha sido estúpida y si alguien va a meterse en un lío, debería ser yo —lloriquea Lydia.

—Si no solucionamos esto, os van a expulsar a los dos —le recuerda mi mejor amiga, y Lydia pone cara de absoluto terror—. Lo haremos. Si alguien nos ve allí, diremos que nos hemos perdido. Pero es que no nos van a pillar, en serio. Así que vamos a ir ya mismo, ¿verdad, Beth?

Abro la boca para pedir alguna explicación más. Algo que me diga que no me estoy comprometiendo a cometer ningún delito que pueda acabar con las dos arrestadas o algo peor. Pero Lydia me mira con sus ojos oscuros muy abiertos, húmedos y suplicantes. Sea lo que sea, esto es una cuestión de vida o muerte para ella. Así que, finalmente, lo que sale de mi boca es:

—Claro. Claro, sí, nosotras iremos. ¿Adónde vamos?

Para cuando termino la frase, Sam ya me está arrastrando de vuelta a la calle.

Esquiva mis preguntas con maestría durante un par de manzanas. A pesar de estar convencida de que esto, se trate de lo que se trate, es una idea pésima, la sigo y me dejo guiar de vuelta hacia el campus del que he salido hace apenas media hora.

Estamos ya cruzando el río para cuando Sam parece dispuesta a hablar.

—¿Me puedes explicar qué es lo que se supone que tenemos que hacer? —exijo respuesta una vez más.

—Tú ya lo sabías, ¿no? —Me mira con fingido reproche sin dejar de caminar. Tengo que acelerar el paso para mantenerme a su ritmo—. No me puedo creer que supieras que Lydia está liada con su profesor y no me dijeras nada. ¿No somos mejores amigas? ¿En lo bueno y en lo malo? ¿En los secretos y el cotilleo?

Qué dramática se pone a veces.

—Lo pillé saliendo de casa el martes. Y ella estaba medio desnuda —confieso—. Pero no sabía que era su profesor. ¿En serio? Prácticamente me dio un portazo en las narices. No quiere hablar conmigo, ni de esto ni de nada.

Sam pone los ojos en blanco y tira de mi mano para hacerme avanzar más deprisa.

—Tenemos que hacer algo, tía. Tiene que acabar con esto ya mismo. ¿Conoces las normas de la universidad? Porque te aseguro que las relaciones entre alumnos y profesores no están bien vistas. Podrían expulsarlos a los dos. No creo que a ese profesor le haga mucha gracia quedarse sin trabajo. Y ella... En fin, no me puedo creer esto, ¿cuántos años tendrá ese tío? ¿Qué? ¿Crees que le sacaré más de veinte?

—Estoy casi segura de que sí —respondo en un suspiro.

—Vale. Hablaremos seriamente con ella. Ha de tener cuidado. Sí, vale, ya es mayor de edad y todo lo que tú quieras, pero él le saca veinte años y es su profesor. Puedo contarte algo sobre abuso de poder en las relaciones, Beth, ¿quieres que te lo cuente?

Sacudo la cabeza inmediatamente.

—No, no me lo cuentes. Prefiero que me expliques adónde vamos con tanta prisa y de qué va esta locura en la que me has metido sin preguntar primero mi opinión.

Frena la marcha para enfrentarse a mí. Hace una mueca divertida ante mis acusaciones y no parece que se arrepienta para nada de arrastrarme en sus impulsivos planes descabellados una vez más.

—Lydia estaba histérica cuando he llegado de clase. Al parecer, ayer pasó algo en un despacho, de lo que no he querido obtener los detalles guarros, y ella le dejó un tanga de encaje rojo en el cajón de su mesa. ¿El problema? Él no ha vuelto al despacho hoy y mañana tampoco va a estar allí porque está enfermo, pero la otra profesora con la que comparte despacho, sí. Es el cajón donde guardan la llave del armario de material, así que es bastante probable que lo abra.

Oh, oh. Esto no me gusta nada. Y, desde luego, no me gusta el rumbo que está tomando toda esta explicación. No hace falta que me diga en voz alta que estamos llevando a cabo una misión

para recuperar un tanga rojo de encaje. No, de eso ya me he dado cuenta yo solita. Lo que me gustaría saber es si tiene un plan, o si piensa dejárselo todo al azar.

—¿No has pensado que ese despacho estará cerrado con llave?

Sonríe de medio lado, como si me creyera muy ingenua. Saca algo de su bolsillo y alza una sola llave entre el dedo pulgar y el índice para mostrármela.

—Lydia tiene una copia de la llave.

—¿Por qué Lydia tiene...?

—Imagínatelo.

Sacudo la cabeza al tiempo que suelto un ruidito asqueado.

—No quiero imaginármelo.

—Bien. Entonces, entramos en el despacho sin que nos vean, recuperamos el tanga y volvemos a salir. Rápido, fácil y limpio. Sin víctimas y sin huellas. No hay delito. Si nos pillan curioseando por los pasillos diremos que nos hemos perdido. Si nos pillan entrando al despacho, diremos que nos hemos equivocado de edificio y la puerta estaba abierta. Nos hacemos las tontas. Y listo. Lydia estaba demasiado nerviosa como para ir ella y ser discreta.

—Esto no me gusta.

Samira suelta una carcajada despreocupada.

—A ti nunca te gusta nada. Es emocionante, Beth. Es una aventura. Tú ya conoces tu destino... Dime: ¿te viste pasando un par de años entre rejas? —Le dedico una elocuente mirada y ella amplía su sonrisa traviesa—. ¿Lo ves? No nos van a pillar. Vamos.

La peor idea de las que ha tenido desde que es mi mejor amiga. Eso seguro.

De todas formas, la sigo. Sí, supongo que podría valorar mis opciones y tomar una mejor decisión que unirme a ese plan que está lleno de agujeros, pero no me permito pensarlo más y voy tras ella. Es lo que siempre suelo hacer.

Ojalá pudiera decir que el campus está vacío, pero no es así. Hay mucha gente en los jardines y quienes acuden a clase por las tardes llenan los pasillos de las facultades. Supongo que pasamos más desapercibidas entre la multitud, así que puede que sea bueno, en cierto modo.

El móvil empieza a sonarle cuando entramos en el vestíbulo del edificio de Economía. Le cambia la cara y se apresura a descolgar.

—Mierda, me había olvidado.

Veo venir el desastre. Cuando me mira, tiene escrita en la cara la disculpa que sé que no va a expresar en voz alta.

—Tengo que irme. —Hace realidad mis peores temores—. Se me había olvidado que tenía una tutoría. Ya llego tarde. Coge la llave, es por la escalera del fondo, primer piso, quinta puerta a la izquierda, ¿lo tienes?

Observo atónita cómo me coge la mano y me planta en la palma la llave del despacho que teníamos que allanar juntas. Se me desboca el corazón y se me hace un nudo en la garganta. ¿Cómo he acabado *sola* en este enorme lío?

Sam ni siquiera se queda a escuchar mis protestas. Ha desaparecido corriendo a toda velocidad cuando soy capaz de abrir la boca para emitir algún sonido.

Cierro el puño con fuerza alrededor de la llave. Miro la escalera del fondo. Yo no hago estas cosas. No sirvo para esto. Las chicas lo entenderán. Entenderán que no he sido capaz de jugarme que me expulsen de la universidad, ¿no es cierto? Solo tengo que dar la vuelta, volver a casa y decirle a Lydia que confíe en que todo saldrá bien y que nadie va a abrir el dichoso cajón donde está su ropa interior. ¿Cómo se le ocurre hacer algo como eso? La única parte buena es que a lo mejor este susto la hace recapacitar sobre lo que está haciendo con ese profesor.

Entonces me acuerdo de su mirada inundada en lágrimas que suplicaba sin palabras. Pienso que, probablemente, el lío en el que puede meterse ella es incluso mayor que en el que puedo meterme yo. ¿Para qué están las examigas?

Respiro hondo y echo a andar decidida hacia la escalera del fondo del pasillo. Hay unos cuantos alumnos caminando por aquí, así que no llamo la atención. Y eso es bueno.

El pasillo de arriba, sin embargo, está despejado. Se oye el traqueteo de un carro de limpieza, al fondo, donde tuerce a la derecha. No importa, porque yo no tengo que llegar tan lejos. Seré rápida. Entrar y salir. Nadie me verá. Nunca se enterarán de que he pasado por aquí.

Echo un vistazo nervioso al fondo, desde donde se oye movimiento y el tintineo de unas llaves. Seguro que aún tiene unos cuantos despachos que limpiar, y yo no voy a entretenerme tanto rato. Compruebo los nombres de la placa junto a la puerta antes de encajar la llave en la cerradura. «Profesor E. Becket». El hombre que peor me cae ahora mismo en el mundo entero. La puerta cede con facilidad. Acabo de empujarla para colarme dentro cuando una mano se cierra firme en torno a mi brazo y el movimiento de un cuerpo a mi espalda me obliga a dar dos pasos en el interior del despacho. Suelto una exclamación ahogada y oigo el sonido de la puerta al cerrarse antes de que pueda darme la vuelta para enfrentarme a quien me ha descubierto.

Es Chris.

Tiene el ceño muy fruncido y una expresión de auténtica confusión.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —sisea.

—¡Me has dado un susto de muerte! —lo acuso en el mismo tono—. ¿Qué haces tú aquí?

No me ha soltado el brazo y el contacto de su mano caliente con la piel me resulta extremadamente agradable, incluso en estas circunstancias.

—Acabo de salir de una tutoría y te he visto subir las escaleras. He pensado que estabas perdida y que... ¿Por qué te estoy dando explicaciones yo a ti? Eres tú la que no estudia Economía.

—A lo mejor la he cogido como optativa —invento, y levanto la barbilla hacia él, desafiándolo a dudar de mi palabra.

—A lo mejor es mentira.

—A lo mejor no tienes ni idea de mi itinerario académico y no deberías hacer suposiciones sobre mí.

—A lo mejor vas a meterte en un lío como alguien te encuentre aquí.

—A lo mejor vas a meterte en un lío conmigo, porque tú también estás aquí.

—A lo mejor... ¡Ya vale, Beth! —exclama tan bajo como puede, exasperado. Casi se me escapa la sonrisa—. ¿Por qué tienes la llave del despacho de Becket y Lawrence? ¿Te la han dado con la matrícula de Economía avanzada? Debieron de olvidarse de la mía cuando me apunté.

—Es una larga historia. Y creo que no tenemos tanto tiempo.

—Muy bien. Pues vámonos de aquí y me lo cuentas en la calle.

Muevo el brazo, para librarme de su agarre, y él abre la mano de golpe, como si no se hubiera dado cuenta hasta ahora de que sus dedos seguían clavándose suavemente en mi carne. Aparta la mirada y estoy segura de que está a punto de murmurar una disculpa, pero no tengo tiempo para eso, así que me muevo rápido y voy hacia uno de los dos escritorios que hay en la habitación.

No encuentro lo que busco en el primer cajón que abro.

—¿Qué es lo que estás buscando?

Lo ignoro y rodeo la mesa para poder acercarme a la otra. Tiene que estar ahí. Casi lo tengo. El tirador está ya al alcance de mi mano.

De repente, sin saber ni qué ha pasado, me encuentro entre los brazos de Chris, que me levanta en el aire y me arrastra con él hacia un lado de la estancia. Y, en un segundo, estamos a oscuras, en un espacio demasiado estrecho para los dos. Creo que es la manga de una chaqueta lo que me hace cosquillas en la mano. El pecho del chico está pegado al mío y siento los latidos de su corazón al galope, palpitando fuerte, a un ritmo bastante parecido al que siguen los míos.

Abro la boca y cojo aire para pedirle una muy buena explicación para lo que está pasando. Y entonces noto su dedo justo delante de la boca, pidiendo silencio. No llega a tocarme, pero los labios me cosquillean solo con la cercanía.

—Ssh —susurra, tan bajo que incluso a mí, que estoy a cuatro malditos centímetros, me cuesta oírlo.

Oigo el ruido fuera. La puerta que se abre y las ruedas de un carrito arrastrándose por el suelo. Alguien va murmurando algo con extrañeza.

Me quedo paralizada. Más quieta de lo que he conseguido estar nunca en toda mi vida, incluso cuando mi padre se cansaba de nuestros juegos por la casa cuando yo era muy pequeña y gritaba tanto que solo quería esconderme y desaparecer. Si nos pillan aquí, estaremos metidos en un lío muy gordo.

Empiezo a acostumbrarme poco a poco a la penumbra del armario en el que Chris nos ha metido. Un pequeño rayo de luz se cuela por la rendija que queda entre las dos puertas y me permite atisbar sus rasgos. Sus ojos están sobre los míos, tan cerca que tengo que moverlos de un lado a otro para pasear la vista entre sus pupilas. Sus labios están entreabiertos y respira despacio por la boca. Intento alejarme un poco cuando me asalta el impulso de lamerlos. Se mueve de manera casi imperceptible cuando nota que trato de ganar espacio y solo entonces soy consciente

de que una de sus manos sigue apoyada en mi cadera de forma suave y ligera. Empieza a arderme la piel bajo los pantalones en el punto donde siento su calor. Creo que ha intentado darme la distancia que yo quería ganar, pero lo único que consigue es que me desequilibre, y tengo que apoyar las manos en su pecho para no tropezar y hacer ruido. Su corazón retumba con furia contra mi palma. Mi cuerpo gravita hacia el suyo y tengo que ahogar un suave respingo cuando me pego a sus caderas. Aún tiene el dedo con el que me ha pedido silencio suspendido sobre mis labios y los acaricia en un roce suave cuando baja la mano, despacio, y la apoya con delicadeza en mi brazo. Me cosquillea la piel y empiezo a arder por dentro, lentamente, desde todos los puntos donde nos rozamos hasta el centro mismo de mi ser. Su aliento, cálido y dulce, me acaricia los labios. Me tienta. Me atrae. Todo en él me atrae tanto que, si esto dura un solo segundo más, podría acabar cometiendo una auténtica locura.

Me sobresalta el sonido de la puerta cerrándose de golpe. Luego, el tintineo de unas llaves cuando dan la vuelta en la cerradura. El silencio se mantiene durante el tiempo que los dos aguardamos en tensión, asegurándonos de que el peligro haya pasado.

—Creo que se ha ido —digo, tan bajo como soy capaz.

Chris se lame los labios antes de hablar en un susurro que me pone la piel de gallina:

—Deberíamos quedarnos aquí un rato más, por si acaso.

La mano sobre mí aumenta su firmeza y me atrae hacia él, suave pero seguro, y pega nuestras caderas aún un poco más. Se me escapa un jadeo entrecortado. Espero que haya sonado más como una exclamación de sorpresa, y quizá, con suerte, incluso a reproche.

Empujo suavemente su pecho con las dos manos.

—No me gustan mucho los espacios pequeños y cerrados.

—Los malos recuerdos se borran con recuerdos buenos —insinúa, tan pícaro que un escalofrío demasiado agradable me recorre la columna vertebral.

Me obligo a soltar un bufido indignado y empujo la puerta del armario antes de apartarme bruscamente de él y salir de nuevo al más amplio espacio del despacho. Puedo notar cómo viene detrás, cerca, pero no me vuelvo a mirar porque siento las mejillas ardiendo y no quiero que vea lo que ha conseguido provocar en mí.

Voy directa al cajón de esa otra mesa que me quedaba por explorar. Ahí está. El dichoso tanga rojo por el que me he visto envuelta en todo este despropósito de misión. Lo cojo, tan rápido como puedo, y me lo meto en el bolsillo. Espero que Chris no haya visto...

—Pero ¿qué...? —gruñe, detrás de mí, demasiado alto para el volumen al que se estaban produciendo todas nuestras interacciones anteriores—. No. Mira, no quiero saber nada.

—Mejor para ti —murmuro, de mala gana.

Estoy a punto de volverme a mirarlo cuando me llama la atención una foto sobre el escritorio. El hombre que vi saliendo de casa la otra tarde, una mujer sonriente... y un niño pequeño. Ay, no. Esto es malo. Muy malo. Esto es aún mucho peor. Tengo que hablar con Lydia, y no sé ni qué es lo que puedo decirle.

—Deberíamos salir de aquí.

La advertencia de Chris me devuelve a la realidad y asiento. Me pongo en marcha rápido. Recupero la llave para poder abrir la puerta desde dentro. Pone un brazo ante mí, con la palma de la mano apoyada en la pared, para frenar mi avance cuando me acerco a abrir.

—¿Qué haces?

—He estado pensando en lo que hablamos la otra noche.

Levanto la mirada para clavarla en sus ojos. Soy consciente de cómo sonríen.

—¿Lo que hablamos?

—Quiero intentar demostrarte que el destino no está escrito, o que, al menos, se reescribe continuamente cuando tomamos decisiones.

—Y ¿cómo piensas hacer eso?

—De la forma que tú quieras.

Se me suben los colores a las mejillas porque recuerdo perfectamente lo que le dije. Eso de si podría demostrármelo si follábamos. Y, tal y como me mira en este momento, creo que él lo recuerda también.

—No puedo hacerlo. Es complicado.

—Es fácil —me lleva la contraria—. Dame una oportunidad para plantear mis teorías y, si no te convencen, no volveré a insistir.

Lo observo, suspicaz. Debería decir que no. O, tal vez, debería decir que sí y ser yo quien le demuestre que esto no va a ninguna parte.

—¿Qué ganas tú con todo esto?

Se lleva la mano al pecho, sobre el corazón, como si le ofendiera que lo acuse de buscar su propio beneficio. Se acerca un poco más, despacio, dándome tiempo para apartarme si es lo que quiero hacer. Me quedo plantada en el lugar en el que estoy. Tengo que alzar la barbilla para mirarlo a los ojos cuando se detiene demasiado cerca de mi cuerpo.

—Si te convenzo, aunque sea solo un poquito, tendremos una cita.

Esboza una sonrisa de medio lado que derrocha seguridad. No sé si de verdad está tan convencido de sus posibilidades, o si se está tirando un buen farol. Sea como sea, mi organismo reacciona a ese gesto con un cosquilleo impaciente, y tengo que poner a funcionar la parte racional y retenerme antes de que mis caderas se adelanten para buscar el contacto con su cuerpo.

—¿Y si acabo por convencerte yo?

Alza una ceja ante mi mirada desafiante. Se inclina lentamente y yo siento el corazón latiéndome en la garganta cuando sus ojos quedan a la altura de los míos y su aliento cálido me templó los labios.

—Entonces tendrás de mí todo lo que tú quieras.

Separo los labios para poder tomar aire y sus pupilas los recorren a conciencia, abrasándome con la expectativa.

Me obligo a dar un paso atrás y ganar distancia.

—Quizá podríamos... *debatir* sobre el tema del destino —empiezo a ceder.

Las comisuras de sus labios desbordan picardía cuando se elevan. Es una sonrisa traviesa, tentadora y terriblemente sexi.

Choco contra la pared cuando intento retroceder otro paso más. Chris no duda. Se mueve hacia delante como un lobo merodeando, despacio pero decidido, imponente, peligroso.

Está tan cerca que siento la electricidad explotando en chispas entre nosotros. Las ganas me desbordan e invaden todo el espacio entre los dos. Se me tensa el abdomen y me flaquean las rodillas. Pone las manos en la pared, a los lados de mi cabeza, y me atrapa entre los brazos.

Y entonces siento un estallido de pánico.

—Como amigos —suelto, de golpe y en voz demasiado alta.

Chris echa el torso hacia atrás bruscamente, para darme más espacio. Y yo aprovecho para agacharme en un movimiento rápido y escabullirme por debajo de su brazo. Camino hasta la puerta con las piernas hechas mantequilla y me doy prisa en abrir para poder salir de aquí.

Es él quien se asoma al pasillo para asegurarse de que está despejado. Me hace señas para que lo siga en cuanto lo comprueba.

Caminamos a toda prisa hasta las escaleras. No me detengo hasta que estamos fuera, en los escalones de la entrada, y el sol me acaricia las mejillas. Me siento en el último peldaño y escondo la cara entre las manos. Aún siento la adrenalina corriendo por mis venas y me tiemblan las rodillas.

—¿Estás bien?

Chris se mantiene de pie a mi lado, sin atreverse a sentarse conmigo. Sacudo la cabeza sin quitarme las manos de la cara.

—Me va a dar un infarto.

Lo oigo soltar una risita suave.

—Haya sido lo que haya sido eso e, insisto, no lo quiero saber, ya ha pasado. Has cometido un pequeño delito y has salido impune. Enhorabuena. Al Capone también empezó así.

Esta vez soy yo la que ríe de forma breve.

—Supongo que he tenido suerte de que el servicio de limpieza no sea muy eficiente y se limite a vaciar las papeleras y poco más —bromeo.

—Fíjate, esa es la parte que menos afortunada me ha parecido a mí.

Levanto la vista para poder mirarlo a los ojos tras el comentario burlón. No quiero decir en voz alta que no me hubiera importado en absoluto pasar unos cuantos minutos más pegada a él en ese armario, así que me muerdo la lengua.

—Si vas a volver a delinquir, Beth, y necesitas un cómplice, ya sabes dónde encontrarme. Es lo que hacen los amigos.

Me dedica una sonrisa cálida y amable cuando nuestros ojos se encuentran. Y yo respiro y me obligo a serenarme.

Se sienta a mi lado y pasamos unos minutos en silencio, simplemente respirando el mismo

aire. Resulta algo incómodo al principio, pero puedo notar cómo poco a poco los dos nos vamos relajando.

Y me creo, por un momento efímero, que podemos ser amigos.

La chispa que cambió el destino

Beth

—¿Adónde vamos?

—Tendrás que confiar un poco en mí.

Se vuelve a mirarme, con una sonrisa inocente, y hago una mueca. A pesar de todo, no protesto cuando me indica que lo siga con una seña y cruzamos la calle hasta un viejo edificio.

Me quedo parada al ver la puerta y los recuerdos llegan en oleada. El impacto es tan fuerte que tengo que dar un paso hacia atrás para mantenerme en equilibrio.

—Eh, ¿estás bien? —pregunta Chris, que se acerca y parece dispuesto a intervenir si necesito un par de brazos que me sostengan.

Sacudo la cabeza y fuerzo una sonrisa.

—Estoy bien.

Doy unos cuantos pasos hasta la enorme puerta cerrada del teatro para demostrarlo.

Hace cinco años que estuve ahí dentro, por primera y única vez en mi vida. Aún no me he olvidado de la ilusión, de la impaciencia antes del comienzo de la función, de lo mágico que me resultó el ambiente.

Hace tres años que el teatro cerró. Así que no tengo muy claro qué hacemos aquí.

—Ven. Por aquí no se puede, hay que entrar por el otro lado.

Me giro de golpe para mirar a Chris. ¿Entrar? No se puede entrar. Eso sí que lo tengo claro. Por lo que sé, el edificio lleva clausurado todo este tiempo por seguridad.

—Sabes que van a derruirlo cualquier día de estos, ¿verdad?

Él sonrío levemente y echa a andar hacia el lateral.

—Entonces más vale que nos demos prisa.

Corro para ponerme a su altura. No me mira y sigue su camino, decidido, hasta una puerta pequeña bajo los andamios que se apoyan en la fachada. Tiene que levantarla y empujar para lograr que ceda. Me echa un vistazo rápido, como si quisiera asegurarse de que aún no me he largado corriendo.

—¿Viste esto en tu destino?

Aprieto los labios.

—¿Un allanamiento? Por supuesto que no.

Un brillo travieso le ilumina las pupilas.

—Genial. La mariposa ya está volando en Madagascar.

Me coge de la mano y tira suavemente de mí para que atraviese la puerta tras él. Mi reticencia a hacerlo se evapora en un segundo con el contacto de su piel. Chris cierra la puerta en cuanto estamos dentro, y nos envuelve la penumbra.

—Este edificio podría derrumbarse en cualquier momento —protesto débilmente.

Se vuelve para mirarme y se me corta el aliento cuando lo oigo soltar una risita baja.

—Tu destino no dice que vayas a morir aquí, ni nada parecido, ¿no? ¿O me estás dando la razón y tienes miedo?

Avanzo, pasando por su lado, y lo dejo atrás mientras camino hacia la zona donde se atisba la silueta de las butacas. Sorprendentemente, hay más luz en la platea que en la entrada por la que hemos accedido. Cuando avanzo entre dos filas de asientos, con la tela llena de agujeros y ennegrecida, entiendo por qué. Alzo la mirada y veo el cielo. Está empezando a atardecer y los colores rojizos luchan por ganar protagonismo contra algunos puntos blancos de algodonosas nubes. Una parte importante del tejado se derrumbó aquel día, supongo.

—¿Conoces la historia de este sitio?

La voz de Chris, justo a mi espalda, me saca de mis pensamientos. Me giro como un resorte.

—Estuve aquí una vez —digo a media voz—, cuando estrenaron *El fantasma de la Ópera*.

Alza las cejas para mostrar sorpresa.

—¿Te gustan los musicales?

—Adoro los musicales. Y ese siempre fue mi favorito.

—¿Ya no lo es?

Aparto la mirada y avanzo entre lo que queda de las butacas hasta alcanzar el pasillo central. El escenario está lleno de puntales que sostienen parte de la estructura. Y, pese a todo, estar aquí, frente a escena, me impresiona como lo hizo entonces. Apenas quedan restos de las cortinas, quemadas. Faltan varios tramos de escalera. Y en mi cabeza tengo la imagen exacta de cómo era entonces, que se superpone y se funde con la actual. ¡Cuántas noches me hizo soñar este lugar!

—¿Hace cuánto que viniste? El teatro lleva cerrado desde...

—Hace cinco años. Mi hermano estuvo todo el verano ahorrando la miseria que le daban en propinas para traerme como regalo cuando cumplí los catorce.

Chris se coloca a mi lado y lo miro de reojo por un momento. Está con las manos en los bolsillos, observa todo a su alrededor como lo hacía yo, y me mira cuando nota que yo lo hago.

—Así que tienes un hermano —dice, como si estuviera anotando cada pequeño retazo de información que obtiene de mí.

Aparto la mirada rápidamente y me fuerzo a dar dos pasos adelante para ocultar mi expresión cuando un latigazo me sacude y me hace apretar los dientes.

—Ya no —murmuro.

Dudo que me haya oído.

Llego hasta el escenario. No es seguro usar la escalera, así que pongo las palmas en el borde y me impulso hacia arriba. Enseguida noto las manos de Chris empujando mis piernas para ayudarme a encaramarme al tablado.

Sube detrás de mí y se sienta a mi lado, en el borde, con las piernas colgando y mirando hacia la zona de butacas.

—Lo siento.

Vuelvo la cara para poder mirarlo. Sus ojos me acarician los rasgos antes de posarse sobre los míos.

—¿Qué?

—Lo de tu hermano. ¿Fue en...?

No termina la frase. Trago saliva y asiento. «El accidente». No sé si llamarlo así hace justicia a todo lo que supuso para mí. Deja al azar el hecho de que mi vida se rompiera en pedazos y ya no pueda volver a recomponerla. Es como quitarle importancia. *Cosas que pasan*. Hace tres años se derrumbó todo. Igual que este teatro.

—Lo siento —repite.

—Gracias —respondo de forma automática—. ¿Por qué me has traído aquí?

Chris se mueve rápido para sacar el móvil del bolsillo, como si mi pregunta acabara de recordarle dónde estamos y que se supone que quería demostrarme algo.

—Mira esto.

Cojo el aparato de entre sus manos para ver la pantalla. Muestra el artículo de un periódico, del año en que se inauguró el teatro. Deslizo el dedo para avanzar por la noticia. Chris ha subrayado algunas frases con la edición de documentos.

«El nuevo teatro de la ciudad se inaugura destinado a ser el referente de las artes escénicas en la comunidad».

«Los expertos vaticinan que es solo el primer peldaño para la construcción del Broadway de la ciudad».

«“Nace con vistas a ser el teatro más exitoso que ha conocido la región”, asegura el alcalde».

Levanto la vista para mirarlo cuando termino de leer. Se acerca un poco más y pulsa sobre la pantalla para pasar a la siguiente imagen. El titular reza: «Predicciones locales», y es el consultorio de una supuesta pitonisa que se hace llamar La Bruja Alicia. Y, sí, ella también afirmó que este teatro iba a convertirse en el más grande en kilómetros a la redonda y que sus luces brillarían por mucho tiempo.

—¿Sabes lo que pasó? —pregunta Chris, tras devolver el móvil al bolsillo.

Miro alrededor. A los esqueletos de las butacas delanteras, el tapizado agujereado de las del fondo, las vigas ennegrecidas y el enorme hueco en el tejado.

—Hubo un incendio —recuerdo.

Fue noticia durante días. Lo más sonado que sucedió en la región aquella semana de fin de curso. La última de mi vida anterior.

Chris asiente, y su movimiento atrae de nuevo mi atención. Me mira a los ojos, serio, antes de hablar en apenas un susurro:

—Una chispa, Beth. Fue tan solo eso. Algo tan pequeño como una chispa en un camerino lo cambió todo.

No respondo. Reclino la espalda hacia atrás y termino tumbada sobre los tablones que colocaron encima de las tablas quemadas del escenario original, sin importarme si se me llena la ropa de polvo y el pelo acaba enredado y hecho un desastre.

Chris se tumba a mi lado y, por un segundo, sufro por su camisa azul claro. Viste muy formal cuando va a la facultad. No sé si la carrera lo exige, porque Lydia siempre va de punta en blanco, también. No tenemos nada que ver él y yo. Un chico pijo que estudia Dirección de Empresas y Marketing y una chica desastre que desea más que nada poder estudiar Teatro. Somos un cliché de comedia romántica de la época de mi madre. He visto unas cuantas de esas. Y siempre es la chica la que ayuda al estirado a soltarse y disfrutar de la vida. En nuestro caso, sin embargo, Chris entona el *carpe diem* mientras yo me contengo y amordazo la parte de mí que busca gritar tan alto que nadie pueda dejar de escucharla.

—Un momento te puede cambiar la vida —murmura él, tras un par de minutos en completo silencio—. ¿De verdad crees que cada giro está decidido de antemano?

Vuelvo la cara, para poder mirarlo. Sé que lleva un rato mirándome, también. Me encuentro con sus ojos, y siento que hace años que nadie me observa con tanto interés.

—¿Por qué estás tan empeñado en convencerme de esto?

No desvío la vista a su boca, pero no tengo dudas de que sonrío. Es probable que la sonrisa le llegue a los ojos antes que a los labios de forma habitual.

—Porque quiero conocerte. No a quien piensas que tienes que ser o que serás, sino a quien eres de verdad. Ahora. ¿Quién eres, Beth?

La pregunta se me clava en el pecho. No sé si tengo la respuesta. Hace mucho tiempo que no me planteo algo como eso. Existe una tensión continua que busca arrastrarme en dos direcciones opuestas: la Beth del pasado y la Beth que vi en el futuro. Y es agotador dar tumbos de un extremo al otro.

—Solo soy una chica que quiere subir a un escenario como este y hacer sentir a los demás —digo por fin.

—¿Y a ti? ¿Quién te hará sentir?

Vuelvo a mirar el techo y me pongo los brazos bajo la cabeza para incorporarme levemente y poder ver la oscuridad ganando poco a poco terreno en el cielo.

—Si quieres conocerme, solo tienes que preguntar —desvío el tema—. Podemos hablar, es lo que hacen los amigos.

Si le molesta que marque los límites tan claramente no lo dice. Se mueve a mi lado para acomodar la postura, y termina apoyado sobre un codo, observándome.

—Cuéntame algo que no le hayas contado nunca a nadie, algo que pienses y nunca te hayas

atrevido a decir en voz alta. De esas cosas que solo marcan tu destino si les permites que lo hagan.

Fue culpa mía que mi hermano muriera.

Lo pienso. Una y otra vez. La frase se repite en mi mente y amenaza con volverme loca. Pero no la suelto. Porque no puedo dejarla ir.

Abro la boca y dejo salir otra verdad cubierta de espinas:

—Hice que mi padre se hartara y se largara de casa.

Tengo que mirar a Chris cuando el silencio se alarga. Sus pupilas me estudian con detenimiento, como si intentara leer más allá de mis palabras.

—¿Cuántos años tenías?

—Siete. No lo he vuelto a ver. Lo busqué cuando... después del accidente. Tiene otra familia, un par de críos. Solo hablé con él por teléfono. Me dijo que lo sentía en el mismo tono que lo hacía todo el resto del mundo, como si el dolor no fuera también suyo.

—No fue tu culpa. Es imposible que lo fuera. Eras solo una niña. Que los demás tomen decisiones de mierda es solo culpa suya.

Me incorporo y me siento de forma que pueda mirarlo de frente.

—¿Cuál es tu verdad inconfesable? —pregunto con un hilo de voz.

Sacude la cabeza. Veo la vulnerabilidad a través de sus ojos mientras intenta decidir si quiere decirlo en voz alta o no. Termina por mirarme y hablar:

—Siento que solo valdré la pena si soy lo que la gente espera de mí.

Dejo transcurrir unos segundos de silencio mientras le sostengo la mirada. Apenas queda luz en el cielo y dentro de poco la penumbra terminará por engullirnos, pero me siento más a gusto así de lo que lo he hecho en mucho tiempo con ninguna otra persona, así que no digo que deberíamos salir de aquí antes de que oscurezca del todo.

—¿Qué es lo que esperan de ti?

Se encoge de hombros.

—Ya sabes, estudiar una carrera, trabajar con mi madre, heredar el negocio. Lily se largó detrás de un sueño y un montañero, a vivir a Canadá. Ahora todas las esperanzas están puestas en mí y, si le dijera a mi madre que no quiero la empresa, le rompería el corazón.

—¿No quieres la empresa?

Se lo tiene que pensar por un espacio de tiempo en el que yo me dedico a admirar los juegos de sombras que acarician su rostro.

—No, sí que la quiero. Me gusta bastante, es un mundo que entiendo y sé que se me dará bien y que podría ser feliz con esa vida. Es el hecho de pensar que no lo he escogido yo, ¿me entiendes? Nadie me ha preguntado qué es lo que quiero o cuáles son mis sueños. Simplemente han dado por hecho que seguiré ese camino y ya está.

—El destino —murmuro, burlona.

Suelta un suspiro exasperado y se me escapa la sonrisa.

—No utilices esto contra mí, no me convences en absoluto —me advierte.

Me río suave, y me acerco un poco más a él.

—¿Cuáles son tus sueños, Chris?

Se queda muy serio y se inclina hacia delante hasta que nuestras caras quedan a unos escasos centímetros de distancia. No me aparto.

—Dibujar, no a nivel profesional, simplemente para mí, porque me hace feliz. Tener a alguien a mi lado a quien pueda mirar como se miran mis padres cuando llevemos juntos tantos años como ellos. Una vida tranquila. Una casa a la que volver cada día. Ser feliz. —Sonríe muy levemente y no deja de observarme—. ¿Cuáles son los tuyos, Beth?

No dudo ni por un solo segundo antes de responder:

—El teatro. Quiero estar en el escenario, quiero ser quien cante las canciones. Quiero que las niñas me vean inclinándome ante la ovación y piensen que algún día podrían ser ellas, como me pasaba a mí.

—¿Y cómo encaja eso en los planes del destino?

—Viene incluido —confieso—. Lo que vi... Bueno, es una vida casi perfecta.

Una vida a la que quiero aferrarme. Da igual lo que pase por el camino porque, al final, recibiré los aplausos en el escenario, me llenaré de un amor tan profundo e inmenso que no cabe en un solo cuerpo y caminaré de la mano hasta el final con el amor de mi vida. Si eso es lo que está escrito, no quiero cambiar ni una palabra.

Chris deja pasar un par de pulsos acompañando nuestras respiraciones y luego habla en voz bajita:

—Lo último que quieres, entonces, es que una chispa lo cambie todo.

Me muerdo el labio inferior. Muevo la cabeza hacia los lados muy lentamente y bajo la mirada al responder:

—Una chispa es lo último que necesito.

Un boceto por tus pensamientos

Chris

—¿Va a venir a casa?

Respondo con un gruñido. Me molesta un poco que Oscar parezca tan sorprendido por el hecho de que Beth esté a punto de llegar para trabajar un rato en nuestro proyecto. No sé qué parte de que hemos decidido ser amigos no ha entendido mi compañero de piso.

—¿Quieres que me vaya o...?

—No tienes que irte, Oscar. Viene a hacer un trabajo y nada más. Somos compañeros. Solo amigos.

—Si tú lo dices.

Acompaña su insinuación de una sonrisa pícara y un guiño de ojo por si no me había quedado claro con su tono de voz.

No me da tiempo a contestar porque el estridente sonido del portero automático nos sobresalta a los dos y yo me estiro para poder cogerlo y contestar.

—Soy Beth —se identifica en tono cantarín.

Sonrío mientras pulso el botón que le permitirá abrir la puerta del portal.

Se me borra la sonrisa de golpe cuando veo cómo me está mirando mi amigo. Me pasa la mano por debajo de la barbilla, como si quisiera limpiarme la baba, y yo lo aparto de un manotazo. Se ríe a carcajadas, sin arrepentirse de ser tan tonto.

—Ay, Chris —suspira—. Matt y yo estábamos de broma cuando decíamos que querías casarte con ella, pero, en serio, deberías tener cuidado. Creo que esto está empezando a pasar los límites del deseo un poquito.

Me aparto de él y me acerco a la puerta, para poder abrir en cuanto Beth toque el timbre.

—No digas tonterías.

A ver, tampoco estoy tan perdido. Sé lo que hay. Lo que no quiere Beth y lo que deseo yo. Los límites están muy claros y, aunque corro el riesgo de frustrarme cuando me muera de ganas de morderle la boca, creo que podemos perfectamente adaptarnos a nuestra nueva condición de amigos. Preferiría ser amigos con derecho a roce, está claro, porque ella es guapa y sexi, y recuerdo perfectamente lo que sabe hacer y cómo lo hace y lo bien que me hizo sentir. Pero

querer algo más que eso aún está lejos. Me atrae, me gusta mucho, y despierta del todo mi curiosidad, por eso quiero conocerla. Querer conocer a alguien no es amor a primera vista, por mucho que Matteo se empeñe en que esa es mi manera de enamorarme.

Aunque ya me lo esperaba, me da un salto el corazón —por el sobresalto, nada de ponerse románticos— cuando suena el timbre. Abro con los latidos acelerados y Beth me sonríe en cuanto conectamos las miradas. Viene con la mochila colgada de un hombro y una bolsa bastante abultada en la mano.

—He traído algo de picar, para no ser una aprovechada si nos entra el hambre. —Es lo primero que dice, en tono de broma.

Me aparto para que entre y camina decidida hacia la zona de la cocina.

—No hacía falta —le digo a su espalda.

—Es un detalle que dictan las normas sociales. Hola, Oscar —saluda a mi compañero de piso que la observa divertido, apoyado en la barra americana. Luego carraspea, se coloca frente a él y le pone ojitos de una forma bastante cómica—. Traje una sandía.

Oscar suelta una carcajada muy alta y ella se ríe bajito con él. Me acerco para meter en la nevera lo que requiera frío de todo lo que ha traído, aunque, por supuesto, no hay una sandía por ninguna parte.

—¿Dónde está el chiste? —pregunto, perdido.

Los dos me miran como si fuera un bicho raro.

—¿En serio?

—¿De verdad, tío?

Me encojo de hombros ante su evidente incredulidad.

—¡*Dirty dancing*! —exclaman los dos a la vez.

—Es un clásico —explica ella, con exagerada intensidad en la voz.

Hago una mueca y la miro de medio lado. Se me escapa la sonrisa antes de que pueda picarla como si lo dijera en serio.

—¿Por qué vives en los ochenta? ¿Cuántos años tienes en realidad?

Me hace burla elevando el labio superior con desprecio y yo me río mientras meto los refrescos que ha comprado en la nevera.

—No le hagas ni caso —interviene Oscar—. Él vive en los ochenta cuando se trata de Tim Burton.

No dice que él es igual de fanático que yo, claro, eso se lo calla el muy traidor. Beth hace una pequeña mueca y me mira con las pupilas brillando en un destello travieso.

—Tienes que ver *Dirty dancing*, de lo contrario me niego a seguir trabajando contigo en ese proyecto.

—Yo me encargo —le promete Oscar.

Sacudo la cabeza con desaprobación cuando veo que los dos se alían en mi contra. Le hago una seña a Beth para que me siga y me encamino hacia el distribuidor que da paso a las

habitaciones. Freno de golpe al darme cuenta de que, a lo mejor, a ella no le resulta cómodo que vayamos a mi cuarto. Ni siquiera me había parado a pensarlo, porque es donde tengo la mesa de dibujo y todas las cosas que necesito, pero es... ¿demasiado íntimo? Es como si estuviera insinuando algo. Supongo que lo normal cuando viene una visita a hacer un trabajo de clase es instalarse en el salón, o incluso en la cocina.

—Eh, ¿te parece bien si trabajamos en mi cuarto? Tengo allí la mesa y así no molestaremos a Oscar, y, ah, bueno, es más cómodo. Aunque podemos ponernos aquí si lo prefieres.

—Chris —me corta cuando yo ya estoy empezando a tartamudear—. Me parece bien. —Me sonrío y me adelanta—. Tranquilo, ya me sé el camino.

Me quedo mudo cuando suelta eso en tono burlón. ¿Eso es tontear? ¿Estaba tonteando conmigo? Vale, tengo que centrarme. Nada de tontear, ni de insinuaciones, ni de miradas largas a su boca. Le dije que aceptaba el reto de demostrarle como amigos que el destino no está escrito de antemano. Como amigos. Eso es lo que voy a hacer.

Cierro la puerta cuando entro detrás de ella. Deja la mochila sobre mi cama y saca del interior el ordenador portátil. Me acerco a la mesa y recoloco todos mis materiales de dibujo para dejarle un espacio a mi lado y acomodar la silla que he traído de la habitación de Oscar para ella.

—¿Te importa si me siento en la cama?

La miro. No sé si será bueno eso de tener la imagen de ella en mi cama, aunque, pensándolo bien, tengo muy grabada en la cabeza la imagen de ella sentada desnuda sobre esta mesa, así que no creo que esto vaya a ser peor.

—Claro. Donde quieras. Ponte cómoda. Estás en tu casa.

Me lo agradece con una sonrisa leve y se descalza para sentarse en medio de la cama, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, y abre el portátil ante ella.

Aparto la silla de Oscar y me acomodo en la mía. Tengo un primer boceto de la escena de comedia, que es la que vamos a trabajar ahora, y le muestro los trazos para que me dé su opinión.

Estira la espalda para acercarse y lo observa con detenimiento. Es una calle. La fachada de un edificio, con una ventana baja desde la que nuestro «héroe» saltará, unos andamios para trepar, un paso de peatones por el que tengo intención de que cruce una anciana con un carrito de la compra a la que socorrer. Si se da cuenta de que es una réplica casi exacta de la calle donde está el esqueleto de ese teatro supuestamente destinado a ser un referente nacional, no lo demuestra. Asiente, conforme, y luego pasa a leerme en voz alta las primeras notas que ha apuntado para los diálogos.

La miro de reojo por unos segundos cuando empieza a teclear. Está muy concentrada, con el ceño algo fruncido, los ojos clavados en la pantalla, y el labio inferior moviéndose despacio a uno y otro lado porque debe de estar mordisqueándolo distraídamente. Esto no ha sido una buena idea. A lo mejor ella tenía razón y lo del correo electrónico funcionaba mucho mejor.

Me obligo a bajar la mirada a mi bloc de dibujo, y jugueteo con un lápiz, dando golpecitos al papel, hasta que decido por dónde empezar.

—¿Crees que puedes añadir un carril bici o algo así? —pregunta cuando llevamos unos minutos en silencio.

No hay ningún carril para bicicletas en la calle del teatro, pero no puedo negarme por eso, así que la contento:

—Claro. Sin problema.

—Genial. —Me lanza una sonrisa breve cuando la miro con el rabillo del ojo y vuelve a centrarse por completo en la pantalla del ordenador.

Me trago un suspiro y sigo dibujando.

Me siento un espía cuando se me escapa la mirada cada vez que capto un movimiento por su parte. Se recoge el pelo en un moño en la parte alta de la cabeza y lo sujeta con un bolígrafo que saca de la mochila, con una facilidad impresionante. Se le escapan un par de mechones, que le rozan la barbilla y el labio, y ella sopla para apartarlos sin despegar los dedos del teclado. Alza la vista lentamente y, en cuanto encuentra mis ojos, yo los aparto y me centro en el dibujo, con la sangre agolpándose en mis mejillas de forma poco digna. No dice nada, y cuando vuelvo a mirar, ya está centrada de nuevo en su trabajo.

—Chris —me llama al cabo de un rato—, ¿puedo leerte esto para ver si no suena absurdo y ridículo?

Suelto una risita.

—Sí. Adelante.

Me río un par de veces con algunos de los diálogos, lo cual es perfecto porque se supone que esto es una escena de comedia. Beth me pregunta unas cuatro veces si me río porque es gracioso o porque es penoso, y eso hace que me ría más y ella termine por tirarme mi propia almohada a la cara.

Deja el ordenador a un lado y se levanta para poder asomarse a ver mi dibujo. Se inclina sobre mi hombro para mirarlo, y yo siento que se me corta la respiración al captar su olor a cereza tan cerca. Estira el brazo, que roza el mío, para señalar el esbozo de la anciana en el paso de cebra.

—Me encanta esto. Sin duda, es trabajo para un héroe.

Giro la cara para mirarla y nuestros ojos y nuestros labios quedan a unos centímetros de distancia. Demasiados. O demasiado pocos. Según cómo se mire.

—Sí, es trabajo para un héroe.

Sé que no debería mirarle la boca. Pero a lo mejor no está tan fuera de lugar si ella está mirando la mía de la misma manera, ¿verdad?

Da un paso atrás, vuelve a sentarse en la cama y se esconde tras el portátil sin llegar a decir nada más.

Esto va a ser complicado. ¿Debería decirle que será más seguro y mucho más eficiente volver a lo de trabajar cada uno por su lado? Sé que es lo mejor por el bien del proyecto... y por el nuestro, probablemente. Pero no quiero que se vaya.

Me gusta tenerla aquí.

Respiro hondo y me pongo a sombrear la fachada del edificio, a ver si eso consigue distraerme.

No habrán pasado ni cinco minutos cuando siento sus ojos sobre mí, estudiándome muy detenidamente y en silencio. Me esfuerzo por no mirar, y es una tarea titánica. Deberían darnos matrícula de honor si somos capaces de presentar un proyecto medianamente decente con todas estas dificultades de concentración añadidas. Se me escapa una mirada de reojo y la veo. Ya no disimula que tiene la vista clavada en mí. Sus ojos azules se pasean con calma por mis facciones, las dudas se acumulan en sus líneas de expresión y se está mordiendo el labio como si no fuera consciente de ello.

Siento un leve tirón en la bragueta y un golpeteo frenético en el pecho, y bajo la vista al bloc muy rápido. No veo nada de lo que he dibujado. Sigo teniendo su imagen en las retinas: sus ojos, su piel, *sus labios*. Mierda, sus labios. Quiero mordérselos yo. Suave y despacio, aliviando las marcas con la lengua, abriéndome paso poco a poco...

Genial. Ahora estoy empalmado, totalmente desconcentrado y un poco histérico. Intento serenarme y mando el mensaje a cierta parte de mi cuerpo de que no es el momento para esto, pero parece tener sus propios planes y no responde a la súplica. Y aún siento sus ojos sobre mí, seguro que puede leerme sin mucho esfuerzo.

Carraspeo.

—¿Podrías dejar de mirarme, por favor? —pido, con suavidad, en apenas un hilo de voz—. No puedo concentrarme así.

Ella tose unas cuantas veces, como si se le hubiera atragantado que la pille.

—Perdona —dice, apurada.

Me atrevo a volver la cara. Ha bajado la mirada y está completamente roja, mientras finge trabajar en su texto.

—No te estaba mirando —suelta, en tono altivo, en cuanto aparto los ojos de ella.

¿De verdad?

—Beth.

—No estás trabajando, Christian —me regaña.

Como si ella hubiera escrito más de cuatro líneas desde que está aquí...

—Oye, ¿traemos algo de comer?

No soy consciente, hasta que he terminado mi propuesta de un descanso —lo que lleva implícito una tregua en esto de las miradas furtivas—, de que yo no puedo levantarme de la silla sin que resulte muy evidente que no soy para nada indiferente a su presencia.

Ella habla antes de que me dé tiempo a prepararme una buena estrategia de disimulo.

—Sí, buena idea. Ya voy yo.

Se levanta y sale muy rápido de la habitación. Da la impresión de que estaba deseando huir y respirar un poco de aire, como si el ambiente aquí estuviera demasiado cargado. Creo que sí lo

está. Cargado de tensión y de ganas contenidas. No sé hasta qué punto esto puede ser perjudicial para la salud.

Tarda más de la cuenta en volver, aunque imagino que es porque ha estado charlando con Oscar. La parte buena de eso es que a mi cuerpo le ha dado tiempo a relajarse un poco, si puede decirse así.

Vuelve a sentarse en la cama, pero más cerca del borde y, por tanto, de mí, y deja una bolsa de snacks abierta sobre la mesa, para que los dos podamos alcanzarla sin esfuerzo.

—¿De qué es tu empresa? —pregunta como forma de romper el hielo.

—¿Mi empresa?

—Sí, bueno, la empresa de tu madre. Dijiste que pensabas que Escenografía podía servirte para el futuro, y luego dijiste que tu futuro era la empresa.

Alzo las cejas al mirarla y ella aprieta los labios como si acabara de pillarla registrando mis cajones. Me sorprende que recuerde tan bien cosas que yo apenas recuerdo haberle contado. A lo mejor, como yo, ella también está tomando todas las piezas que le ofrezco para construirse poco a poco una imagen de mí.

—Es una empresa de decoraciones temáticas para comercios. Ya sabes: tiendas, bares y cosas así. Como se supone que algún día tendré que hacerme cargo del negocio, estudio esta carrera, pero lo que realmente me gusta de ello es dibujar, diseñar.

—Vaya, eso mola un montón.

Sonrío cuando la oigo sonar así de impresionada. Lo cierto es que la empresa es algo de lo que mi madre está muy orgullosa. Y yo estoy orgulloso de ella por haberla convertido en lo que es ahora. Empezó siendo algo pequeño, ofreciendo ideas para decoración de interiores y poco más, y ahora tiene su propia fábrica y ha montado multitud de establecimientos a lo largo del país. Solo espero que, cuando me toque a mí ponerme al frente, mi madre pueda estar igual de orgullosa de mi forma de llevarla.

—Sí. Y cuando éramos pequeños siempre había decoración genial en casa para Halloween y para Navidades, ¿qué más puede querer un niño?

Sonríe con ternura y yo me quedo un poco colgado de esa sonrisa.

—Pues estoy segura de que lo harás genial cuando trabajes allí, tus diseños son muy buenos. —Señala el bloc de dibujo.

Me encojo de hombros, modesto.

—Deberías ver los de mi madre.

El móvil emite un pitido a mi lado y lo miro distraídamente. La pantalla me informa de que tengo un mensaje de «Mamá».

—Hablando de ella, es posible que nos vigile —bromeo—. Acaba de mandarme un mensaje.

Pulso para poder verlo. Será alguna foto de la tienda de maquillaje que estaban terminando en la ciudad.

Han llamado del hospital, tu padre tiene cita con el traumatólogo

dentro de dos semanas. Hablamos cuando puedas. Un beso, cariño.

Me tiembla un poco el pulso cuando levanto el teléfono para leerlo otra vez. Mi padre lleva ya unos meses con unos dolores en la espalda que muchos días le impiden moverse con normalidad. Hace tres que le dieron la baja y aún no habíamos conseguido cita con el especialista. Por una parte, es un alivio tenerla ya. Por otro, sé que todos estamos preocupados por lo que puedan decirle.

—¿Qué pasa? —oigo preguntar a Beth, suave y prudente—. ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza y fuerzo una sonrisa cuando la miro.

—Sí. Sí, perdona. Es que estábamos esperando una cita médica para mi padre y ya le han dado fecha. Mi madre me utiliza como agenda —bromeo.

—Ah. ¿Está bien?

Trago saliva. ¿Qué puedo decir? No lo sé. No sé si está bien o no lo está.

—Es la espalda. Tiene muchos dolores desde hace un tiempo. Ha trabajado toda la vida en la construcción, desde que era muy joven. Así es como se conocieron, en una reforma, mi padre estaba currando allí y mi madre era la decoradora. Sé que suena muy romántico —me burlo, y Beth suelta una risita baja—. Supongo que no debería sorprendernos que la espalda le dé guerra, pero últimamente hay días en que apenas puede moverse, por eso tiene cita con el traumatólogo.

Beth me observa en silencio por unos segundos.

—Al menos ya van a ver qué es lo que le pasa y así lo podrán solucionar —me anima—. Seguro que todo va bien.

Le sonrío muy levemente cuando me transmite mucho más con los ojos que con las palabras.

—Sí, sí, seguro que va bien —repito, no tan convencido—. ¿Cómo llevas lo de la prueba de teatro? ¿Estás ensayando?

Si se da cuenta de mi prisa por cambiar de tema, no lo demuestra. Suelta un suspiro exagerado que esta vez consigue hacerme sonreír de verdad.

—No tanto como debería. No me preocupa mucho la parte del musical, en realidad, están preparando *Grease* y ya hice esa función el año pasado con el grupo de teatro de casa, así que me sé al dedillo el papel de Sandy. Lo malo es que hay prueba de improvisación.

Hace una mueca de fastidio bastante divertida. Me relaja al instante y borra la sombría sensación que se me había instalado dentro con el mensaje de mi madre.

—¿Qué te pasa con la improvisación?

—Digamos que no es mi especialidad.

—Seguro que no se te da tan mal —apuesto.

—A lo mejor me pongo a improvisar por casa para hacer flipar a Sam cualquier día de estos —bromea.

Entonces, recuerdo la tensión entre Lydia y ella en la fiesta, y todos los gruñidos que me ha soltado mi amiga después cada vez que rozo el tema.

—¿Has hablado con Lydia? —La pregunta se me escapa sin querer, pero ella no parece

molesta por mi indiscreción.

—Apenas. Estamos en una calma tensa en la que nos tratamos con cordialidad y hablamos de temas banales mientras evitamos mirar al maldito elefante en la habitación, ¿sabes a qué me refiero?

Asiento. Claro que lo sé.

Justo como nosotros.

—A lo mejor si me lanzo a improvisar consigo hacer estallar la calma y lo arreglamos... o nos matamos de una vez —imagina en tono burlón.

—Espero que lo arregléis —le sigo el juego.

Sonríe. Luego aparta la vista y mira por un momento la pantalla del ordenador.

—Oye, estoy pensando que quizá si nos damos los números de teléfono resultaría más operativo que seguir comunicándonos por email —dice como quien no quiere la cosa.

Suelto una carcajada y ella me mira tratando de parecer indignada, pero con la diversión brillando en las pupilas.

—Solo te ha costado un mes darte cuenta. Genial. Has salido de los ochenta, por fin.

Me saca la lengua, en un gesto bastante adorable. Sin pensarlo dos veces me pasa su móvil para que apunte mi número. En cuanto he grabado el contacto me manda un mensaje para que yo tenga el suyo. Es un «Hola» seguido de una carita feliz.

—Deberías seguir trabajando, Christian —advierde al tiempo que coge el ordenador y vuelve a centrarse en su tarea.

Abro la aplicación de música en el móvil y pongo una lista de reproducción de Bonnie Tyler.

—Inspiración —digo.

No contesta y ni siquiera separa los ojos de la pantalla, pero veo cómo se le escapa la sonrisa.

Esta vez los dos nos tomamos más en serio la sesión de trabajo. Pierdo la noción del tiempo inclinado sobre el bloc, trazando líneas, borrando errores y sombreando objetos. Solo me despego de la hoja para encender la luz. Y, después, cuando me doy cuenta, el sol ya ha desaparecido del todo al otro lado de la ventana.

Beth se levanta de la cama y pasea un poco por el cuarto, levantando los brazos por encima de la cabeza para estirar la espalda. Camina hasta donde estoy y acerca la silla de Oscar para sentarse a mi lado. Observa el boceto en silencio, durante tanto tiempo que me pone nervioso. Está juzgando mi trabajo y ahora mismo su opinión me parece más importante que la de mi profesora.

Se mueve para mirar desde otro ángulo y eso hace que se acerque más a mí. Ladea la cabeza y su hombro roza el mío sin querer. No se aparta. Me cosquillea todo el brazo desde el punto de contacto. Quiero acercarme más, aunque ya esté tan cerca que ese olor a cereza de su pelo esté empezando a darme hambre. La observo sin ningún disimulo. Está tranquila, mucho más que yo, tiene media sonrisa tirando de su comisura izquierda y sus ojos vuelan sobre los trazos hechos a lápiz.

—Un boceto por tus pensamientos —murmuro bajito.

Su hombro se mueve ligeramente, aunque de golpe, como si mi voz acabara de sobresaltarla. Me mira de reojo y su sonrisa crece, iluminándole el rostro.

—Vas a odiarme —dice prácticamente en un susurro. Vuelve la cara hacia mí y su boca queda a una distancia insuficiente para que parezca un accidente si le miro los labios—. Creo que el carril bici estaría mucho mejor al otro lado de la calle.

Son sus ojos los que caen hasta mis labios y sé que eso no ha sido para nada un accidente. Dejo que los míos sigan el mismo camino por sus facciones hasta perderse en el tono rosado, brillante y humedecido en su justa medida.

—Me estás poniendo las cosas muy difíciles, Beth.

La advertencia no tiene nada en absoluto que ver con el dibujo y sé que ella lo sabe por el modo en que le brillan los ojos cuando los dos levantamos la vista a la vez y nuestras pupilas conectan.

Esta vez es su móvil el que suena estridente con la llegada de un mensaje. Se da la vuelta rápidamente para cogerlo, apartándose de forma brusca de mi cuerpo.

—¡Ay, Dios! ¡Tengo que irme!

Se pone en pie de un salto y empieza a recoger sus cosas a toda velocidad.

Me levanto de la silla, tras ella, y me pongo nervioso por no saber qué hacer para ayudarla al ver que tiene tanta prisa.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

Se vuelve a mirarme con una sonrisa enorme en los labios.

—¡Sí! *Runa* se ha puesto de parto. Ya está saliendo el primer gatito.

La sigo cuando se cuelga la mochila al hombro y sale acelerada camino de la puerta.

—Espero que nazcan todos bien —deseo, solo porque sé que tanto Lydia como ella ya adoran a esa gata, aunque lleve poco tiempo en sus vidas.

Admito que nunca he sido de esos niños que le pedían una mascota a sus padres, al contrario que mi hermana Nina. Me gustan los animales, pero los prefiero cuando están fuera de mi casa.

—¡Adiós, Oscar! —se despide Beth, ya en la entrada y con la puerta abierta—. ¡Me voy, que estamos de parto!

Mi amigo se incorpora de golpe en el sofá.

—¿Ya están naciendo los gatitos?

Parece tan ilusionado como ella.

—Ya me contarás —le pido a Beth cuando se vuelve hacia mí.

Asiente.

—Luego te mando una foto.

Me dedica una última sonrisa y sale, pasa del ascensor y baja las escaleras a toda velocidad.

Cierro la puerta, lanzo un suspiro demasiado largo para que a Oscar le pase desapercibido y me acerco para sentarme a su lado.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta, al tiempo que encoge las piernas para hacerme más sitio.

—Una tortura.

Se ríe muy alto y sin ninguna consideración.

La foto que Beth me había prometido me llega al móvil cuando acabo de meterme a la cama. En ella hay una gata atigrada de color gris y, pegados a ella, cuatro gatitos diminutos.

Te presento a los nuevos inquilinos.

Y me sorprende que una foto de cinco gatos consiga hacerme sonreír así.

Adorables criaturas

Beth

Oscar está en nuestro salón con dos gatos diminutos pegados al pecho, arañándole la camisa, cuando llego a casa el viernes por la tarde.

—Este es *Tarot* y, no se lo digas a los otros, pero es nuestro favorito —le está contando Sam con el gatito negro recostado en la palma de la mano.

La verdad es que las tres decimos que los queremos a todos igual, pero es innegable que sentimos debilidad por el más pequeño de la camada.

Los contemplo un momento desde la puerta. Están ahí sentados con los gatitos mientras *Runa* lame a *Cosmos*, que es el único de los cuatro hermanos que se ha quedado en la cesta con ella. Parecen amigos de toda la vida. Y a mí me gusta la familiaridad con la que se tratan y, por un instante fugaz, pienso en que sería perfecto que Chris también estuviera aquí.

Me acerco a ellos mientras intento sacudirme de encima esa sensación.

—Hola, ¿qué te parecen? ¿Quieres llevarte alguno a casa en un par de meses? —hablo directamente con Oscar.

—¡Me los llevaría todos! Pero entonces es probable que Chris se mudara a otra parte y, por desgracia, estas adorables criaturas no van a pagar la mitad del alquiler.

—¿Qué clase de desalmado no quiere tener una cosita como esta en casa? —exagera Sam, que le hace arrumacos al pequeño *Tarot*—. ¿Qué tal el grupo de teatro?

Dejo mis cosas en el sofá, doy los dos últimos pasos que me quedan para plantarme junto a ellos y me dejo caer sentada en el suelo a su lado, al tiempo que lanzo un suspiro cansado.

—Ha estado muy bien, pero es superinformal y muy *amateur*.

—No están a tu nivel —sentencia mi amiga.

—Decir eso suena muy altivo.

—¡Pues sé altiva, Beth! Si quieres que te sirva de algo, deberías actuar con gente con la que puedas aprender, ¿o no es así?

Me encojo de hombros y no digo nada. Hoy he ido a un ensayo de un grupo de teatro que ha montado alguien de la universidad por diversión. Y ese es el problema, que es totalmente por diversión y nadie se lo toma en serio. Al menos, creo que podría servirme para soltarme un poco

en improvisación, pero no es lo mismo que actuar con mis compañeros del grupo de casa. Echo de menos eso. Echo de menos los ensayos, estar sobre las tablas, meterme en un papel y poder ser otra persona por un rato.

Si aquel día no me hubiera largado corriendo de la prueba para el programa de teatro, ahora mismo las cosas serían muy distintas. Aunque entonces no habría conocido a Chris y no termino de decidir si eso hubiera sido mejor o peor. Dicen que siempre que pierdes algo, ganas algo. El problema es que nadie te pregunta si preferirías conservar lo perdido y no saber nunca qué es lo que queda por ganar.

—Yo te puedo dar la réplica siempre que lo necesites, tengo un talento natural para la interpretación —asegura Oscar con una sonrisa engreída.

—¿En serio?

—Tendrás que juzgarlo tú misma.

—Por eso estudia Derecho —interviene Samira—. Todo el mundo sabe que para ser un buen abogado hay que saber mentir.

—Si quieres que te preste apoyo legal en todos esos líos en los que preveo que te vas a meter dentro de unos años, más vale que me muestres respeto —bromea él.

—¡Estoy pagando tus honorarios en ronroneos de gatos!

Los dos están riendo y metiéndose con el otro cuando Lydia se asoma a la puerta y capta nuestra atención.

—Voy a preparar algo de cenar —anuncia—. Oscar, ¿te quedas?

—¿Cocinas tú? —pregunta el chico, como si le sorprendiera enormemente que así sea.

—Sí, me gusta cocinar. Me relaja bastante.

Esa es una nueva información sobre Lydia que yo no conocía. A los quince le dio por hornear algunas tandas de galletas, pero aquello no salió demasiado bien y mi madre y Lauren nos prohibieron volver a acercarnos al horno de la casa de los Rivera, así que no sé de dónde ha salido su nueva afición por la cocina. Me pregunto cuántas cosas sobre Lydia habrán cambiado, cuánto no conozco y cuánto de lo que conocía ha dejado de ser real. Siento un pinchazo en el pecho al pensar en eso. En lo que éramos antes. En lo que ya nunca volveremos a ser.

El accidente me arrebató mucho más que la vida. Me llevó al otro lado y me enseñó lo que ya no sería y lo que podría llegar a ser. Me quitó todo lo que era y todo lo que me componía y luego me devolvió a un mundo pintado del revés. Donde ya no era la misma, aunque estuviera en el mismo cascarón. Misma piel, pero sentía distinto. Mismos ojos, pero ya no veía nada de la misma forma. Mismo corazón, pero mudo y adormecido, sin intención de volver a latir al ritmo de antes.

Durante los meses que siguieron a aquella noche oí a mucha gente decir: «Pobrecilla, ha perdido a su hermano». Muy pocos se dieron cuenta de que había perdido mucho más.

Mi madre no ha vuelto a ser la misma desde entonces. Apenas soporta mirarme a la cara y, aunque se esfuerza por disimularlo, es obvio que cada vez que lo hace le desgarran no verlo a mi

lado. Por eso cada vez lo hace menos. Por eso se volcó en el trabajo y en la familia Rivera y se olvidó de pasar tiempo en su propia casa.

Perdí esa parte que aún quedaba en mí de la niña que había sido y desperté de golpe a una vida adulta para la que no estaba preparada. Esa para la que ni siquiera los adultos de verdad lo están. La parte del dolor y de los parches, la parte de aprender a seguir adelante cuando anhelas volver atrás y sostener tu propio peso incluso cuando se te quiebran las rodillas.

También, y aunque suene en cierta forma catastrofista y apocalíptico, perdí la esperanza. Por eso me aferré al destino. Cuando tienes el poder de decidir y de cambiar las cosas, necesitas ese foco latente de esperanza que todos llevamos dentro. Esperanza de que tomarás el camino más adecuado. Esperanza de que las cosas mejorarán si te esfuerzas. Esperanza de que, en el futuro, habrás logrado cumplir esos sueños que nunca se abandonan del todo. Yo borré eso de un plumazo. Me dejé mecer a la deriva y esperé a que la corriente me llevara sin intentar cambiar el rumbo, porque no tenía ninguna esperanza de conseguir virar el timón. Me quedaron solo sensaciones, una ovación y la cara de un chico que quizá nunca aparezca. Puede que por eso en el momento en que decidí correr en dirección contraria al destino, fue un chico que tenía tatuada la esperanza a lo que me quise aferrar. Solo por un instante eterno.

Y aquella noche, la noche del accidente, también perdí a Lydia. Vino a verme al hospital en alguna ocasión, sí, y estuvo a mi lado en el funeral, pero incluso entonces ya sabía que algo entre ella y yo había cambiado para siempre. Se puso una máscara para decirle el último adiós a Dylan y, desde entonces, no se la ha vuelto a quitar. Supongo que no puedo achacarlo todo a eso, claro, yo tampoco soy la misma que era cuando no necesitábamos poner filtro a las emociones para conseguir amortiguar las heridas que causan cuando se exponen sin protección. Las dos hicimos nuestra parte y ahora es más difícil desenredar los nudos.

—Me ofrecéis gatos y comida, a lo mejor no quiero irme nunca. —Oigo la voz de Oscar lejana y apagada, como en un sueño.

—¿Llamamos a Chris para ver si le apetece venir?

—No puede. Me ha dicho que tenía planes para esta noche.

Planes para esta noche. Eso suena a cita, y la frase hace eco en mi mente, que parece estar ahora mismo debajo del agua.

—Vale. Entonces solo nosotros. ¿Qué os apetece?

Permanezco callada y lejos de aquí mientras los tres discuten animadamente sobre la cena. No sé en qué punto está exactamente la relación entre Sam y Lydia, pero desde aquella noche que llenaron de acusaciones y llanto las oigo hablar mucho y Lydia ya no se pasa las horas encerrada en su cuarto. He pasado a ser yo la que busca la soledad. No sé muy bien por qué.

Samira me pega un golpecito suave en la cadera con el pie. Cuando la miro, de vuelta a la realidad, me señala la puerta por la que nuestra compañera de piso acaba de desaparecer y hace una mueca.

—¿Qué?

Pone los ojos en blanco como si le pareciera muy lenta de reflejos.

—Ve a hablar con ella —sisea.

—¿Yo?

—No, *Ouija* —ironiza, y acaricia a la gatita gris perla que Oscar aún tiene encima.

Lo pienso por un momento, pero la angustia me colapsa los pulmones ante la mera idea de ir detrás de Lydia y decirle... decirle ¿qué? ¿Que ojalá las cosas hubieran sido distintas entre nosotras? ¿Que aún no entiendo por qué me abandonó y me dejó de querer? Es tan patético que ni puedo imaginarlo.

Me pongo en pie y recojo la mochila y la cazadora que he dejado sobre el sofá, antes de volverme a responder a mi mejor amiga:

—Me voy a la ducha.

Dejo que el agua caliente me ayude a relajar los músculos y evapore mis miedos. Y, cuanto más tiempo paso bajo el efecto lluvia, menos me horroriza la idea de hablar con mi antigua amiga. Tengo que hacerlo en algún momento. No puedo seguir esperando a que ella dé el primer paso, porque estoy bastante segura de que no va a hacerlo. Lydia siempre ha sido la más orgullosa de las tres. Le cuesta dar marcha atrás, aunque seguir adelante signifique tener que atravesar un campo de minas. En eso no ha cambiado, está más que claro.

Salgo del baño envuelta en una toalla y con el secador de pelo en la mano. Puedo oír la animada charla que sigue teniendo lugar en el salón, y también el golpeteo del cuchillo contra la tabla en la cocina. No me detengo a prestar atención ni a una cosa ni a la otra. Me encierro en mi cuarto y me visto con ropa cómoda para estar por casa antes de enchufar el secador y perderme en su ruido blanco durante más tiempo del que realmente necesito para que el pelo quede completamente seco.

No está en la cocina cuando me asomo a la puerta. Hay una olla al fuego que desprende vapor y emite un suave sonido de burbujeo. El móvil de Lydia está sobre la mesa y en él suena una música soul tan bajita que la aplasta el ruido de la campana extractora.

Estoy a punto de dar media vuelta e ir al salón cuando me doy cuenta de que la puerta que sale al pequeño balcón donde están la lavadora, la secadora y el tendedor está entreabierta. Creo que nunca hemos salido allí si no era por un motivo en concreto, porque al otro lado de la casa, en el salón comedor, hay una terraza mucho más amplia y agradable. Me acerco con cautela y me asomo.

Lydia está ahí, de espaldas a mí, apoyada en la barandilla y mirando la calle. Doy un paso fuera y me sorprende lo mucho que ha bajado la temperatura en la última hora. Aun así, abandono el calor del interior y me coloco a su lado.

—Hola.

Da un respingo y se lleva una mano al corazón, como si de esa forma fuera a frenar de inmediato la taquicardia que seguramente acabo de provocarle. Frunzo el ceño al ver que tiene un cigarrillo encendido entre los dedos.

—No sabía que fumaras.

Suelta el humo muy lentamente por la boca y mueve la cabeza a los lados despacio.

—No, no suelo fumar. No son míos.

Miro hacia donde señala y veo el paquete de tabaco sobre la secadora y un cenicero vacío excepto por los primeros restos de ceniza.

No quiero preguntar de quién son, porque es sencillo adivinar la respuesta y sigo posponiendo esa charla desagradable desde el día en el que tuve que colarme en un despacho para recuperar un tanga rojo.

—¿Podemos hablar? —pregunto, tras inspirar hondo para armarme de valor.

Se muerde el labio, duda por unos segundos en los que mira mi cara pero no mis ojos, y finalmente asiente con la cabeza una sola vez.

—Siento lo que dije en la fiesta en casa de Chris.

Me sorprende que sea ella la primera que dice algo, y mucho más que sea una disculpa. A lo mejor ha cambiado en esto también.

—No voy a decir que no pasa nada y que fue una tontería.

—Claro que no. No lo fue —se muestra de acuerdo conmigo—. Me cuesta estar cerca de ti sin sentirme una persona horrible, Beth. Y sabes que me vuelvo justo esa persona horrible cuando me pongo a la defensiva.

Intento procesar lo que dice, pero creo que no acabo de entenderla del todo.

—¿Es culpa mía? —pregunto en apenas un susurro.

—¡No! —exclama, con demasiada vehemencia. Se gira hacia mí y tengo que apartarme un poco para que no acabe quemándome con el cigarrillo sin querer—. No es culpa tuya.

—Sé que no soy exactamente la misma de antes. Sé que cambiaron muchas cosas, pero no sé por qué tú cambiaste también.

Aparta la mirada y se pierde muy lejos de aquí, mucho más lejos que las luces de los edificios que quedan al otro lado del río.

—Lydia.

—Era tu dolor, Beth. Era tuyo, y yo sentía que no tenía derecho a tener el mío. Tenía que dejar que fueras el centro y que te llevaras el consuelo y no podía dejar que me vieras, eso habría sido peor. Necesitaba alejarme.

Cuando me vuelve a mirar, tiene los ojos inundados de lágrimas que se esfuerza por no derramar.

—¿Alejarte de mí?

—De todo —corrige—. Necesitaba salir corriendo del lugar en el que estaba. Aún lo estoy haciendo. He desacelerado un poco porque Samira se interpuso en mi camino el otro día, me puso la zancadilla y me echó una buena bronca.

Intento sonreír, pero no puedo. Siento una presión detrás de las costillas que aumenta en pulsos sordos y trepa centímetro a centímetro hasta mi garganta.

—Era lógico que también te doliera. Lo que me escocía era precisamente que te esforzaras tanto por aparentar que te daba igual. Dylan era mi hermano, Lydia, pero creciste con él igual que yo. —Hace una mueca de dolor y aprieta los párpados cuando oye su nombre en mis labios—. ¿Cómo demonios no iba a dolerte? Tu dolor no anulaba el mío y el mío no debería haber anulado el tuyo. Quedarte tampoco significaba sumarlos y hacerlo aún más insoportable.

—No quería cargarte también con eso. Conmigo.

Doy un paso atrás y me apoyo en la pared. Ella me da la espalda por unos segundos para aplastar el cigarrillo en el cenicero. Se recuesta contra la lavadora cuando se vuelve de nuevo y nos miramos frente a frente.

—Necesitaba saber que no estaba sola, Lydia. Porque sí que sentía que todo el dolor era mío y que tenía que cargarlo yo. Mi madre ni siquiera era capaz de estar más de cinco minutos conmigo en el hospital, y cuando volví a casa nunca estaba allí porque enterró el dolor con toneladas de cosas que hacer y plazos que cumplir. Mi padre... —Se me quiebra la voz cuando recuerdo aquella llamada. Su voz fría y hueca, carente de toda emoción, cuando dijo que *lo sentía*—. Creo que habría sido de ayuda saber que no era la única para la que no era tan fácil aceptar que el mundo siguiera girando como si nada.

Aspira un sollozo cuando toma aire.

—Fui cobarde y no supe cómo hacerlo. Pero tú tenías a Sam, y pensé que estarías mejor sin...

No termina la frase.

Un silencio espeso y duro se instala entre las dos y me estremezco en un escalofrío cuando siento que la temperatura de la calle cae de forma brusca. Aún hay una pantalla de hielo que es imposible derretir y estamos cada una a un lado, exhalando vaho con cada palabra que no pronunciamos.

—¿Podemos llevarnos bien? —sugiero con un hilo de voz—. Como compañeras de piso, como...

No puedo decir «como amigas» porque esa palabra nos queda tan grande ya que no me cabe en la boca.

—Sí. Estaba aterrada cuando mi madre me dijo que veníais. No te sorprenderá que te diga que pensaba que las dos me odiabais y que os sobraban los motivos. Pensé que un buen ataque era la mejor defensa.

Sacudo la cabeza tristemente.

—Se te olvidó que esa estrategia solo servía con los demás. Nunca entre nosotras.

—Nunca entre nosotras —repite, con la voz teñida de nostalgia.

Me esfuerzo por mantener la compostura, por buscar la cordialidad, por construir algo nuevo que no nos arañe en cada roce y con lo que podamos sentirnos cómodas entre las ruinas de lo que fuimos.

—¿Hacemos una tregua? —propongo, y le tiendo la mano.

Da un paso adelante, aún insegura, y me la estrecha con el pulso para nada firme.

—Tregua —concede—. Me temo que Chris va a invitarte a todas las fiestas y yo no quiero perdérmelas tampoco.

Me aparto y miro hacia otro lado cuando suelta esa insinuación. En realidad, no está diciendo nada malo. Chris es su amigo y ahora también el mío. Lo único que me incomoda es que sé que ella está pensando que lo que hay entre nosotros va más allá de eso. Y no sé si lo puedo desmentir con convicción.

—No podemos quedarnos con todos los gatos —adviento, para relajar el ambiente y alejar el tema.

Se ríe entre dientes, y solo eso ya me parece todo un avance.

—¿«No con todos» quiere decir «con alguno sí»?

—Ya lo veremos.

Los dos sonreímos levemente mientras nos sostenemos la mirada por unos segundos. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes. Ojalá la hubiera visto a ella en mi destino. Ojalá hubiera sentido nuestros momentos, como sí sentí a Sam. Pero Lydia Rivera no forma parte de la película. Supongo que hay gente a la que encuentras y solo camina contigo una etapa. Y está bien, porque en la vida no hay solo personajes principales. Porque, como dice Samira, a veces necesitas coincidir con alguien y aprender y construirte, y luego simplemente dejarlo marchar.

—¿Vas a cenar con nosotros?

Niego con la cabeza suavemente.

—Creo que saldré a dar un paseo.

Entra de nuevo en la cocina y se acerca a remover el contenido de la olla.

—Te guardaré algo, por si vuelves con hambre.

Vuelvo a mi habitación con la intención de ponerme ropa más adecuada para salir a despejarme, pero en cuanto he cerrado la puerta me dejo caer sobre la cama y miro el techo. Estos minutos de conversación han sido más agotadores que todo el resto del día.

Me estiro para coger el móvil de la mesilla cuando emite un pitido que anuncia la llegada de un mensaje.

Una sensación cálida me recorre el pecho cuando lo leo.

Tienes una cita con tu destino. ¿Te apetece venir?

Ojos hambrientos

Beth

Sigo a Chris solo dos pasos por detrás cuando avanza caminando despreocupado, paralelo a las vías del tren. No sé muy bien qué hacemos aquí, porque él se ha limitado a dedicarme una sonrisa traviesa, de esas que hacen chisporrotear sus ojos, cuando le he preguntado qué tenía pensado.

—Creía que le habías dicho a Oscar que tenías planes esta noche.

Vuelve la cara lo justo para dedicarme una mirada curiosa.

—Y los tenía. Solo me faltaba que dijeras que sí.

—Vaya, estabas muy convencido de tus posibilidades.

—Digamos que me gusta confiar en la suerte. Ah, bien, ya hemos llegado.

Para la marcha delante de un cruce de vías. Me quedo de pie a su lado y los dos miramos esos raíles que hacen curva y se cruzan.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Gira el cuerpo hacia mí y alza las cejas, como si me retara a adivinarlo. Lo observo en silencio diciéndole con la mirada que creo que está desvariando.

—¡Oh, por favor, Beth! ¿Ya te has olvidado? ¿Tan poco importante es esta relación para ti?

—Deja de decir eso de la rela...

—Me retaste a demostrarte que el destino no está escrito.

Suelto una carcajada.

—Yo no te reté a nada. Te retaste tú solo.

—Bueno, vale, me reté yo solo —repito con sarcasmo—. Yo. Tú. El universo. El poder de las casualidades. ¿Qué importa? La cuestión es que yo nunca digo que no a un buen reto. Y hemos venido hasta aquí para la demostración definitiva.

Me muerdo el labio para no sonreír cuando suelta todo eso con especial dramatismo y gesticulando de forma exagerada.

—Me estás intrigando —digo, burlona.

—Por supuesto que sí. —Sonríe con suficiencia—. Vale. Atenta a esto. ¿Ves este tramo de vía?

—Ajá.

—En la actualidad, los cambios de vía están automatizados, pero disponen de un mecanismo manual, por si acaso.

—¿Hemos venido aquí para que me instruyas sobre la red de ferrocarriles?

Hace una mueca y levanta una mano para pedirme silencio.

—En unos minutos tiene que pasar un tren que tiene como destino la ciudad.

Vale, ahora empieza a tener algo más de sentido. Entiendo que está llegando al argumento que quería esgrimir porque ha pronunciado la palabra «destino» con mucho énfasis.

—Destino —repito del mismo modo.

Se pasea de un lado a otro con las manos a la espalda y pasos largos, haciendo el payaso, y me recuerda al típico profesor de Filosofía que se suele caricaturizar.

—Algo tan sencillo como mover una palanca, Beth, haría que el destino de este tren dejara de ser la ciudad y pasara a ser..., no sé, algo mucho más al norte, en cualquier caso.

Finjo estar muy interesada en la explicación.

—¿Tan sencillo es mover esa palanca?

—Sencillo, aunque no tanto. Habría que forzar la caja para acceder a ella, tampoco la van a dejar al alcance de cualquier crío que se aburra en una tarde de verano. Pero digamos que no es imposible, ¿no?

Se me contagia su media sonrisa. Quiero colgarme de ese «no es imposible» y hacerlo mío. Beberlo a tragos de su boca y lamer la esperanza de sus labios. Pero desterrar imposibles es solo un sueño de niños que juegan a ser grandes. Y hace tiempo que acepté que hay algunos que no se pueden borrar.

—¿Vas a mover esa palanca? —pregunto, y la doble intención se me escapa del pecho casi sin querer.

Me alivia que él no se dé cuenta.

—¡Claro que no! ¡No soy un terrorista! ¿Por quién me tomas? —Se ríe cuando se le contagian mis carcajadas—. Solo quiero decir que podría pasar. Es un acto muy sencillo y cambiaría por completo el destino, ¿no es así?

Lo pienso por un momento. Hay miles de cosas que pueden cambiar el rumbo de algo, pero tal vez en el destino siempre estuvo escrito ese cambio.

—Técnicamente, sí —admito, y lo veo hacer un gesto triunfal que corta a mitad, con el ceño fruncido, cuando sigo hablando—: Pero...

—No. Nada de eso.

Encojo un solo hombro.

—Pero —retomo lo que iba a decir— el destino tiene sus propios y sinuosos caminos, así que tal vez el destino de ese tren nunca fue en realidad la ciudad y siempre estuvo escrito que un chico cegado por su empeño en tener la razón apareciera esa noche y actuara como un terrorista cambiando la vía.

—Ya veo. El viejo truquito de los quiebros del destino, ¿eh?

—Lo siento. Ha sido un buen intento.

Le doy una palmadita en el hombro, a modo de consuelo, y él dibuja una sonrisa irónica y, en un movimiento rápido, rodea mi cintura con un brazo y me levanta del suelo para llevarme más cerca de las vías. Suelto un pequeño grito y luego una risita, hasta que me deja en el borde del raíl.

—¿Qué haces?

—No pasa nada. Pasamos al plan B —anuncia—. Tu destino dice que no vas a morir arrollada por un tren, ¿verdad?

Abro la boca en un gesto de sorpresa exagerada a la vez que me carcajeo.

—¡Sí que eres un terrorista! ¿Vas a atarme a la vía?

—Claro que no, la idea es que te coloques ahí tú solita. Si el destino dice que no mueres aquí, entonces no pasará nada por ponerte delante de un tren de alta velocidad.

—¿Alta velocidad? Podrías haber elegido un cercanías, por lo menos —refunfuño.

Le brillan los ojos a la luz de la luna, aunque no llegue a curvar los labios.

—Si le diera una sola posibilidad al destino, ¿de qué parte estaría? —se burla.

—¿De la mía? —pruebo, indignada.

—Estoy de tu parte, chica de la casualidad. Siempre de tu parte. Lo único que pasa ahora es que tú estás en el lado equivocado, pero ya lo estamos solucionando.

Me muerdo la lengua para intentar mantener una pose seria.

—Creo que está escrito que sobrevivo a esto porque no soy tan estúpida como para ponerme delante de un tren.

—Vale. Si no estás tan segura de tus creencias... —me provoca.

Estamos jugando, y estoy segura de que no quiero perder. Así que doy un paso más, miro a los lados, y entro en la vía. Me vuelvo hacia él y extendiendo los brazos.

—Bueno, ¿dónde está ese tren? Que yo lo vea.

En menos de un segundo, tengo su brazo en torno a la cintura de nuevo y me arrastra lejos de los raíles.

—¿Estás loca? No pienso dejar que te atropelle un tren.

—Creía que querías demostrar tu teoría.

Me suelta, pero no retrocedo, así que cuando baja la cabeza para buscar mis ojos, estamos a una distancia tan ridícula que podría hacerla desaparecer con solo un suspiro.

—Prefiero que sigas aquí, aunque tenga que darte la razón.

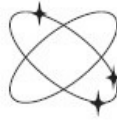
Trago saliva despacio. Me humedezco los labios...

Los dos saltamos hacia atrás cuando el tren pasa a toda velocidad, haciendo un ruido ensordecedor y levantando una nube de polvo de la tierra sobre la que estamos.

Chris me mira y esboza una minúscula sonrisa.

—Lo dejamos en tablas de momento. Pero te he salvado la vida y, por eso, deberías invitarme

a cenar.



A veces, muchas veces, he querido poder volver atrás en el tiempo. En algunas ocasiones, como las clases más aburridas o la víspera de algún evento emocionante, he querido poder acelerarlo. Sin embargo, han sido muy contadas las ocasiones en las que he deseado pararlo. No tanto como lo deseo ahora.

Ojalá pudiera congelar este instante y quedarme a vivir sin prisas en la risa de Chris, en su mirada anhelante sobre mi rostro y en la manera en que me hace sentir cada roce que fingimos que es por accidente. Hay algo en el ambiente. Una especie de cálida bruma que nos envuelve, nos da refugio y danza a nuestro alrededor, aislándonos de todo lo demás. No quiero salir de aquí.

Me gustaría parar el reloj porque sé que esto tiene consecuencias, que avanzar solo nos llevará a perder lo que existe en este instante y a tener que decidir. Mantener esto, aunque no le pongamos nombre ni le demos espacio para ser, es dar pasos imprudentes en arenas movedizas. Cortar esto significa renunciar al lugar donde me he sentido más yo en los últimos años.

Chris se inclina hacia mí y me habla en voz baja:

—Tienes un fan en la mesa junto a la ventana.

Su voz me hace cosquillas en la nuca. No sé si tiene sentido, pero es agradable. Como cuando apenas te rozan con la yema de los dedos, como el tacto de una pluma.

«Volverás a sentir las mariposas».

Me estremezco cuando las palabras de Dylan se abren paso una vez más a través del olvido. Y me siento hueca de golpe. Indigna. Culpable. Un sentimiento totalmente irracional que me arrasa en llamas desde dentro. Porque si eso sigue siendo verdad incluso con todo lo que lo siguió, significa que nada ha cambiado. Que el mundo es exactamente el mismo que cuando él estaba. Que todo sigue el mismo curso, incluso cuando la persona más importante ha dejado de acompañarte. Y no es justo.

Giro la cara para evitar que Chris lea todo eso en mi mirada. Echo un vistazo a la mesa junto a la ventana. Hay un chico desgarbado, con el pelo largo hasta la altura de los hombros, que disimula cuando lo pilló con los ojos puestos sobre mí. Los tres amigos que lo acompañan están montando mucho barullo y ya acumulan unas cuantas jarras de cerveza encima de la mesa. Vuelvo a mirar a mi acompañante y me hago la indiferente, tirando de actuación.

—A lo mejor le recuerdo a alguien.

Chris reprime una sonrisa y su mirada recorre cada rasgo de mi cara hasta posarse en mis labios.

—A lo mejor no ha dejado de mirarte en toda la noche porque eres preciosa, Beth.

Eso se me cuela dentro, se pasea por mi pecho y termina dando una voltereta en mi estómago. Me sube el calor muy rápido a las mejillas y muevo el torso un par de centímetros hacia atrás, para ganar distancia.

—¿Pedimos otra?

No parece contrariado con mi maniobra de distracción. Asiente y levanta la mano para llamar la atención del camarero.

La idea había sido tomar solo una copa después de cenar. Pero aún no quiero irme. Debería, quizá, tal vez, no lo sé. Voy a dejar eso de sobrepensar para la Beth que seré mañana y no para la de esta noche.

Hemos cenado en un tailandés muy informal cerca del campus. Chris ha insistido en que debíamos comer con palillos, así que nos ha costado más de lo esperado terminar los platos que hemos elegido para compartir. No me ha importado lo tarde que se hiciera, porque competir por ver quién era capaz de capturar antes los *noodles* ha sido lo más divertido de la semana. Nos hemos pasado todo el tiempo bromeando y riendo. Sin que nos importara mancharnos de salsa y que el otro se burlara sin piedad por ello.

He sido yo la que ha propuesto tomar una copa cuando hemos salido del restaurante. No sé muy bien por qué lo he hecho o de dónde ha surgido la idea. No me arrepiento. Y me asusta un poco estar olvidándome con tanta facilidad de mis propios límites, pero esta noche no quiero aferrarme a ese control que me protege. No había ninguna mesa libre en el *pub* con luz tenue y música rock suave en el que hemos acabado, así que nos hemos acomodado en la barra. Los taburetes son altos y Chris está sentado al borde del suyo para mantener los pies en el suelo. Cada vez que me muevo, con el pie apoyado en la barra horizontal a media altura de mi asiento, mi rodilla le roza el muslo. No ha protestado. Y a mí ha dejado de importarme que el contacto no pueda seguir considerándose casual.

—Dos copas es mi límite —digo cuando nos ponen las bebidas delante.

Chris saca la cartera y le tiende un billete al camarero. Me hace un gesto para que me relaje cuando ve que echo mano al bolso.

—Hemos quedado en que tú pagabas la cena y yo pagaba las copas —me recuerda.

—Eres tú el que me ha salvado la vida —rebato, burlona.

—Y, para compensarlo, te estoy destrozando el hígado. Dos copas también es mi límite. Puedo hacer muchas tonterías si el alcohol se me sube a la cabeza.

Escondo la mirada cuando esa afirmación se queda colgando entre los dos y nuestros ojos se cuentan la clase de tontería en la que estamos pensando.

—¿Lo dices porque las has llegado a hacer antes?

—La experiencia es un grado.

—¿Quién era la chica?

Alza las cejas cuando oye mi pregunta y sus ojos buscan los míos y pasan de una a otra de mis

pupilas durante un segundo.

—¿Cómo sabes que era una chica?

La copa queda suspendida en mi mano sin terminar de recorrer el camino hasta mis labios y la vergüenza se me pasea por las mejillas.

—Ah, perdona. No quería presuponer nada.

—Sí que era una chica —me corta, y sonrío de medio lado—. Nadie en su sano juicio haría tantas tonterías por un tío. Ya sabes cómo somos —bromea con una mueca.

—Así que hiciste muchas tonterías.

—¿El tatuaje no te dio una pista? Tenía dieciséis años cuando la conocí y era todo demasiado intenso. Ya sabes, a esa edad piensas que todo es para siempre y que nadie ha sentido nunca lo que tú sientes y que merece la pena marcarte la piel y arrastrar a tu amigo a un autobús nocturno y ocho horas de viaje para poder suplicarle que no te deje debajo de su ventana. Cosas de críos.

—¿Tanto habías bebido?

—Ah, esa es la peor parte, cuando hice todo eso estaba totalmente sobrio.

Me echo a reír y él intenta mantener una pose ofendida mientras lucha contra su sonrisa y termina por perder la batalla.

—Supongo que todo el mundo hace tonterías cuando está enamorado.

—Solo había pasado un verano con ella y ya estaba pensando en cómo se llamarían nuestros hijos. —Se encoge de hombros.

—Y ¿cómo iban a llamarse?

—Ah, ya sabes, lo normal: Hulk si era niño y Tormenta si era niña.

Se ríe conmigo y me gusta el modo en que sus hombros se sacuden suavemente cuando lo hace. La risa siempre parece llegarle a todas partes, como si cada rincón de su cuerpo sintiera de la misma forma y con la misma intensidad.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Carol. Pasaba los veranos con su padre, que vive en la misma calle que los padres de Oscar. ¿Y tú? —pregunta, y yo me revuelvo incómoda cuando me rebota mi propia curiosidad—. ¿Alguna gran tontería por amor?

Una muy grande, en realidad. Y aún me duele cuando pienso en ello. Cuando recuerdo que le entregué mi corazón a alguien para que lo partiera en pedazos delante de todos sus amigos y se riera de mi dolor.

Niego con la cabeza.

—No. Ninguna tontería. —Dudo un momento, pero finalmente lo suelto—: Yo no tengo relaciones.

Está a medio sorbo de su copa, se queda parado por un momento con ella en los labios, y luego termina de beber con calma y la deja sobre la barra despacio. Sus ojos se encuentran con los míos, y puedo ver en sus pupilas cómo se esfuerza por leerme un poco más allá de las palabras.

—¿Por ese chico al que estás esperando?

Su tono suena a derrota. Paso por alto el sentimiento y me centro en la parte más racional del asunto.

—Sí, y no. En parte es por eso, porque no quiero hacer daño a nadie enredándonos en algo que no va a ninguna parte. La otra parte es que ya tuve una relación y se podría decir que no califiqué la experiencia con cinco estrellas.

La comisura de su boca se eleva brevemente. Luego vuelve a su gesto serio y espera que tome un sorbo de mi copa para hacer la siguiente pregunta.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Algo más de un año.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por nosotros, los tíos. A veces somos unos auténticos gilipollas.

—¿Quién ha dicho que era un tío?

Suelta una risita y asiente.

—*Touché*.

—Era un tío.

—Lo parecía.

Esta vez asiento yo.

—No es una cosa de tíos, sino de personas. Y sí, hay personas que son lo peor —admito—. Pero no todas las personas somos iguales, ¿no? Tú eres un tío y yo no creo que seas un auténtico gilipollas.

—He dicho que solo a veces —bromea—. Bueno, intento no serlo. Por ejemplo, ahora. Podría ser un gilipollas y decirte que me gustas y que me muero por repetir lo de esa noche en mi escritorio. Pero intento no serlo, así que voy a seguir callándome y fingiendo que no te veo mirarme de esa forma.

El corazón me palpita con tanta fuerza que dudo que no haya podido notarlo ya. Quiero esconderme, huir y no dejar que vea lo que tanto me esfuerzo por esconder y callar, pero mis ojos se han quedado anclados a los suyos y no puedo despegarme de la imagen que me devuelven. Mi reflejo grita un eco de sus palabras.

—¿De qué forma te miro?

—Con ojos hambrientos, Beth —murmura mientras mi mirada cae hasta sus labios.

Cierro los ojos y suelto un pequeño bufido incrédulo.

—¿En serio?

Lo oigo soltar una risita.

—*Dirty dancing*. Es un clásico.

—Eres muy gracioso —digo con sarcasmo—. ¿La has visto?

Asiente en cuanto abro los ojos y lo miro. Me acomodo en el taburete para ganar la distancia

que ahora mismo estoy segura de que los dos necesitamos.

—Oscar me la puso el otro día en cuanto te marchaste. Se sabe de memoria la mitad de los diálogos. Me has hecho ver una parte de mi mejor amigo que ni yo conocía.

—¿Te gustó?

—Oh, sí, Oscar me gusta bastante en todas sus facetas.

Me río y la sonrisa le ilumina la cara mientras me observa.

—Me refiero a la peli.

—No me aburrí y me dieron ganas de aprender a bailar para impresionar a alguien, si eso responde a tu pregunta.

Responde a mucho más que mi pregunta, y no quiero que se atreva a decirme que ese «alguien» a quien quiere impresionar soy yo, así que apuro mi bebida y dejo el vaso vacío sobre la barra.

—Deberíamos...

Se pone de pie enseguida, sin necesidad de que llegue a terminar la frase.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Esto no es una cita.

Incluso a mí misma me ha sonado innecesario y tremendamente arrogante, pero contengo mis ganas de autocensurarme y corregirme y me pongo la cazadora y me cuelgo el bolso al hombro.

Chris suelta el aire de golpe y hace una mueca exasperada que ni siquiera intenta disimular.

—¿Puedo acompañarte a casa como amigos? —reformula la pregunta.

Me muerdo el labio. Me siento una de esas personas que son gilipollas todo el tiempo y no solo a veces.

Asiento con la cabeza una sola vez.

Y mientras siento su presencia a mi espalda atravesando la puerta del local para salir al frío de la noche, pienso que ojalá realmente fuera capaz de dejar eso de pensar para la Beth que seré mañana. Y hacer lo que quiero esta noche.

Piel de gallina

Chris

—¿Qué dijo Nina?

Me gusta el modo en que sus ojos se encienden con curiosidad cada vez que le cuento solo a medias una historia. Me gusta el modo en que sus labios entreabiertos parecen guardar siempre una palabra contenida que podría escapar en cualquier momento. Y también me gusta que utilice el nombre de mi hermana con esa familiaridad, como si ya la conociera después de las anécdotas con las que la estoy haciendo reír en el camino hacia su portal.

Me gusta.

Me imagino que eso es un problema. Ella marca los límites una y otra vez, aunque solo con palabras. Las miradas y las pieles hablan otro idioma. No tengo derecho a inmiscuirme. No puedo decirle que se olvide de todo eso a lo que lleva aferrándose desde el accidente y que se rinda a lo que hay entre los dos. Porque en realidad no hay nada, ¿no? Solo una tensión creciente entre dos cuerpos y una sonrisa tonta que se escapa sin querer.

Meto las manos en los bolsillos de la cazadora para protegerlas del frío y sigo avanzando a su lado, a un ritmo mucho más lento de lo normal porque me da la impresión de que ninguno de los dos queremos que nuestro paseo termine todavía.

—Se puso como loca. Dijo que habían arrancado a su mejor amigo de su lado y que nunca iba a perdonarles que le pisotearan así el corazón.

Beth se ríe. Y su risa me reverbera en el pecho de una forma suave y confortable y juega con las comisuras de mi boca a su antojo.

—Seguro que no lo dijo así —pone en duda entre risas.

—Te prometo que sí. Tenía seis años y ese pequeño lagarto que había capturado en la calle dos horas antes era lo que más quería en el mundo. Me habría cambiado a mí por él.

Niega con la cabeza suavemente, con los ojos clavados en mí y media sonrisa aún en la cara.

—Claro que no. Seguro que en ese momento eras algo así como un superhéroe para ella. Es lo que les pasa a las niñas con sus hermanos mayores.

Se le va apagando la voz con la última frase y una sombra de dolor le cubre la mirada. Acelera el paso y parece estar muy lejos de aquí cuando me apresuro a seguirla.

No puedo ni imaginarme lo que es. Me supera intentar ponerme en su piel para entender cómo se siente. Es como si me clavarán un millón de astillas en el corazón cuando me pregunto cómo sería perder a alguna de mis hermanas. Tiene que ser terrible para ella, una sucesión de golpes al alma que no dejan nunca de llegar. Se van espaciando, a veces olvidas cómo se sentía el mazazo, pero solo un pequeño gesto, un recuerdo fugaz o un comentario lo trae de vuelta con la misma fuerza. Un dolor sordo al que te acostumbras solo por mera supervivencia, pero que nunca te abandona. Ni siquiera pienso en que ojalá pudiera hacer algo para borrarlo y devolver el brillo que seguramente antes tenía esa preciosa sonrisa. No, porque sé que no es posible, porque sé que ella no puede dejarlo marchar y nunca lo hará. Pero sí que me gustaría poder aliviarlo de alguna forma, darle muchos más motivos para reír de los que tiene para llorar.

—Me temo que ese momento tan bonito de nuestras vidas ya ha pasado y ahora está entrando en la adolescencia y me grita bastante a menudo que me odia y que soy peor que nuestros padres porque me niego a llevarla en coche a las fiestas de un pueblo perdido donde vive cierto chico que ha conocido en las redes sociales —le cuento para distraerla.

Me mira de reojo y sigue caminando.

—Dijiste que tiene trece años, ¿no?

Ser consciente de que se acuerda de casi todo lo que alguna vez le he dicho me da una esperanza absurda y fuera de lugar.

—Ni siquiera debería tener redes sociales con trece, ¿verdad que no? Se lo he dicho a mi madre unas mil veces.

Se ríe de mí y yo frunzo el ceño y le lanzo una mirada de reproche.

—Quizá eres un hermano algo sobreprotector, y a nadie le gusta tener uno de esos cuando se cree que ya es lo bastante mayor para empezar a comerse el mundo y no quiere que le recuerden que aún es una niña.

—¡Aún es una niña! —exclamo, indignado.

Me pone la mano en el brazo para frenar mis gruñidos descontentos, e incluso con varias capas de ropa de por medio, me cosquillea la piel que hay justo debajo.

—Eso no se lo digas a ella. A mí me ponía histérica que Dylan se pusiera en plan sobreprotector y me dijera que no podía hacer ciertas cosas.

—¿Hacías muchas cosas que le molestaban?

Suelta un par de carcajadas y, sin soltar mi brazo, se me acerca un poco más.

—Claro, hubo un tiempo en el que *todo* lo que hacía le molestaba. Nuestro padre ya no estaba y él empezó a apropiarse demasiado del papel. Pero, en el fondo, sabía que lo hacía porque me quería y porque se preocupaba por mí. Seguro que Nina también tiene eso claro.

La observo con disimulo. Se nota que hablar así de su hermano le araña por dentro, y le tiembla la sonrisa cuando intenta mantenerla, pero parece mucho más relajada y cómoda de lo que lo ha estado en cada ocasión en la que ha rozado el tema.

—Creo que sí lo tiene claro. Y que en un par de años hará muchísimas más cosas que me

pongan histérico, así que voy a intentar pensar antes de hablar cada vez que tenga que enfrentarme a ella. No quiero ni imaginarme lo que pasará cuando tenga dieciséis y se crea la reina del instituto.

Suelto una risita cuando ella lo hace, bajito. Luego respira hondo y la oigo expulsar el aire en un suspiro largo y algo nostálgico.

—A veces me gustaría volver a cuando acababa de cumplir los dieciséis y pensaba que podía comerme el mundo.

Paro la marcha para mirarla y ella alza la vista despacio hasta encontrar mis ojos.

—Puedes comerte el mundo, Beth.

Aparta la mano de mi brazo, como si acabara de darse cuenta de que aún sigue ahí, en contacto. Dibuja una sonrisa triste y sacude la cabeza en un movimiento casi imperceptible.

—No. Ahora soy mayor y ya no puedo.

—No eres para nada mayor, aunque tus gustos estén anclados en los ochenta.

Sonríe al oír eso, pero se queda seria otra vez demasiado rápido.

—Sí lo soy. A veces la vida te obliga a crecer de golpe y la edad no tiene nada que ver en ello. El mundo solo acepta bocados de los que son capaces de separar los pies del suelo y soñar que vuelan.

No me atrevo a tocarla, a pesar de que me tiemblan los dedos por las ganas. Mi mente fantasea con apartar ese mechón de pelo que le amenaza la comisura del párpado y recogerlo en su nuca, pasar el pulgar por el borde de su mandíbula y sentir cómo despierta su piel cuando el roce le haga cosquillas. En cambio, la acaricio con los ojos y espero que pueda sentir el calor en cada punto por el que pasan.

—Yo sí que salto —le digo, en apenas un susurro y los ojos en los suyos—, y vuelo. Y atraparía el mundo y te lo serviría en una bandeja si tú me lo pidieras.

Abre la boca, y de ella solo escapa un pequeño jadeo ronco que flota entre los dos y rebota contra las paredes de la burbuja que nos envuelve. Estoy a punto de disculparme por la intensidad, cuando ella habla:

—No te lo voy a pedir.

Asiento una sola vez.

—Y yo no voy a pedirte que lo hagas.

Baja la barbilla y se esconde tanto como puede en el cuello de la cazadora. Luego da un paso a un lado para alejarse de mí y, tras un brevísimo instante de duda, reanuda la marcha dejándome atrás.

Una chispa es lo último que necesita. Lo sé. Lo entiendo, en cierta forma. Así que me guardo todas esas que buscan saltar desde mis ojos, mis labios y mis dedos, y la sigo en silencio.

Tal vez ella tuviera razón desde el principio. Tal vez debería darle espacio, alejarme y centrarme en los bocetos para nuestro trabajo y no en dibujar su sonrisa.

—¿Cómo es Lily? —me sorprende preguntando por mi hermana mayor en cuanto camino a su

altura—. No hablas mucho de ella.

Me concentro en seguir fingiendo que podemos ser solo amigos y me obligo a adoptar el mismo tono en el que se movía antes nuestra conversación.

—Eso es porque hace ya unos años que se fue lejos de casa. Y porque supongo que ella es mi hermana mayor sobreprotectora y yo siempre le he dado muchos motivos para decirme que era idiota.

Se ríe y pienso que ella también se está esforzando por mantener esto, por no salir corriendo y por no dejarlo ser más de lo que ya es. No sé por cuánto tiempo podremos seguir conteniéndolo. Así que decido que, cuando le dé las buenas noches en su portal, seré yo quien marque las distancias de aquí en adelante.

La charla vuelve a animarse y hasta somos capaces de bromear mientras recorremos el camino que nos separa de su casa.

Se vuelve a mirarme cuando estamos delante de la puerta.

—Gracias por acompañarme.

Respondo a su sonrisa con una parecida.

—De nada. Buenas...

Un silbido alto y prolongado, que conozco bien, suena desde arriba y los dos alzamos la vista a la vez para mirar.

Oscar está asomado a la terraza del tercer piso, con Samira a un lado y Lydia al otro. Empiezan a gritar a la vez, entre risas, y no es muy difícil darse cuenta de que están un poco borrachos. No entiendo gran cosa de lo que dicen, excepto el «¡Subid!» que repiten los tres, uno tras otro.

Cuando vuelvo a mirar a Beth, sus ojos tienen un brillo divertido. Sonríe de medio lado y se encoge de hombros.

—¿Subes?

Cómo me gustaría que me propusiera eso en otras circunstancias.

—Sí, claro. Alguien tendrá que llevar a Oscar a casa —bromeo.

La sigo al interior del portal y luego al ascensor. Pulsa el botón del tercer piso y se apoya en la pared, manteniendo las distancias.

Lydia está en la puerta, que tiene abierta para nosotros, lleva un vaso prácticamente vacío en la mano y sonríe mucho y me echa los brazos al cuello en cuanto estoy frente a ella.

—¡Hola!

—Hola —respondo, más comedido—, ¿se puede saber qué hace Oscar aquí de juerga?

Beth se cuela en la casa. Pasa junto a su compañera de piso sin apenas mirarla, y yo me pregunto si las cosas seguirán igual de tensas entre ellas y me preocupo por si malinterpreta la confianza con la que Lydia y yo nos tratamos. Es una tontería, y lo sé. Ella sabe que somos amigos. Y, además, no debería plantearme eso porque Beth no quiere nada conmigo y sé que yo no puedo quererlo tampoco con ella en consecuencia.

—Ha venido a conocer a los gatitos y se ha quedado a cenar. ¡Venga, entra! —Cierra la puerta cuando ha conseguido empujarme al interior. Me agarra del brazo para pegarse a mí y se pone de puntillas para hablar más bajito cerca de mi oído—: ¿Ha estado contigo todo este tiempo? ¿Como una cita? Ay, Chris, tienes que contármelo todo.

La mirada le brilla con una ilusión que me descoloca. ¿No se supone que su compañera de piso no le cae bien?

—No hay nada que contar.

Hace una mueca de disgusto.

—Anda, vamos, ven a conocer a nuestros bebés.

Me arrastra hasta el salón. Beth está agachada frente a una cesta de mimbre llena de cojines, de mantas, y de gatos. Me sonrío cuando levanta la mirada y me encuentra ahí.

—Están dormidos.

Las risas de Oscar y Sam llegan desde fuera, atravesando la doble puerta abierta que da paso a la terraza. Lydia ha desaparecido en dos segundos, y creo que solo lo ha hecho para dejarnos solos.

Me agacho a su lado para mirar a los animales. La gata gris se acomoda bajo las caricias de Beth. Tiene a los cuatro gatitos muy acurrucados contra su vientre.

—Son diminutos.

—Sí. Aún no han abierto los ojos. Este es *Tarot*. —Señala al gatito negro. A continuación, pasa los dedos con cuidado por el pelaje gris del que está al lado, luego por el blanco y negro, y luego por el clarito que hay al borde—. Esta es *Ouija*. *Cosmos*. Y esta de aquí, *Fortuna*.

No puedo evitar reírme suave cuando va soltando esos nombres con los que los han bautizado.

—¿Se los has puesto tú?

Me empuja con el hombro y tengo que esforzarme para mantener el equilibrio y no caer de culo sobre la alfombra.

—Ha sido sobre todo cosa de Sam. Es muy mística —se mete con ella en tono de broma—. Anda, vamos.

Se levanta y sale a la terraza, donde nuestros amigos nos reciben con mucho entusiasmo. Lydia se separa de la barandilla y da un paso hacia nosotros.

—Estaba a punto de preparar unos mojitos, ¿queréis?

Bueno, ¿por qué no? No parece que Oscar quiera largarse pronto, así que estará bien si yo también me quedo un rato con ellas. Le digo que sí, pero ella ya no me hace caso y mira directamente a Beth.

—¿Te apetece uno? —le pregunta, y le acaricia un brazo al pasar por su lado.

Beth responde con una sonrisa cálida y un asentimiento de cabeza. Esto se aleja mucho del trato entre ellas en el cumpleaños falso de Matteo. Es mucho más agradable. Y espero que este acercamiento sea para bien.

Me siento en una silla junto a Oscar.

—Tenías planes, ¿eh? —Habla en voz baja, con tono pícaro, y me pincha con el dedo en el costado solo para molestarme.

Miro hacia atrás, para asegurarme de que Beth y Sam no nos prestan atención.

—Sí, pero olvida todas esas ideas románticas tuyas. No va a pasar nada entre Beth y yo.

Sé que está a punto de recordarme que el romántico soy yo y pedirme explicaciones. No llega a hacerlo porque las dos chicas, que hablaban en susurros entre ellas, se acercan para sentarse con nosotros.

Lydia no tarda mucho en volver con cinco vasos en una bandeja y una jarra enorme llena de hielo, el cóctel y hojas de menta.

—¿Este fin de semana no ha venido Matteo? —pregunta mientras nos va sirviendo.

Me hace gracia que pregunte por él cuando lo último que me dijo sobre mi amigo, después de aquella fiesta en la que él no paró de intentar ligar con ella descaradamente, fue que le parecía un capullo engreído. También me dejó claro que debía transmitirle que no estaba interesada y que tenía una relación con otra persona, así que me resulta curioso su repentino interés.

—No. Ni siquiera ha llamado. —Oscar se dirige a mí y a nadie más.

Frunzo el ceño y doy el primer sorbo a mi bebida. El cóctel está buenísimo y sé que eso es peligroso, pero no consigue evitar que me preocupe por mi amigo. Cuando Matt desaparece y tarda en dar señales de vida suele ser porque hay problemas con su familia, y tanto Oscar como yo sabemos lo mucho que le afecta eso, aunque él vaya de tipo duro y finja indiferencia.

—Lydia, el mojito está de muerte —elogia Sam en cuanto toma el primer trago—. Creo que eres la mejor compañera de piso del mundo.

—¡Oye!

Todos nos echamos a reír ante la exclamación indignada de Beth. Lydia la mira exclusivamente a ella cuando levanta su vaso para invitarnos a brindar.

—Por las compañeras de piso.

Puedo ver la mirada que comparten. Sigue habiendo cierta tensión latente entre las dos, pero debajo de todo eso hay algo que recuerda mucho al cariño.

—¡Y por los invitados! —añade Oscar.

Me río con ellos. Beth se acomoda en su silla y no sé si es consciente de que su cuerpo queda muy cerca del mío. Me llega su aroma y se me eriza la piel. Me gustaría pensar que es consecuencia del frío de la noche, pero tengo bastantes dudas.

Miro alrededor mientras los oigo hablar y bromear como si todos fuéramos viejos amigos. A la izquierda, por la calle que se abre paso entre los edificios vecinos, llega a verse el río. Toda la barandilla está reforzada con una red y me imagino que lo han hecho ellas para la seguridad de los felinos que dentro de poco corretearán por todos lados. No había estado antes en casa de Lydia, pero es un sitio agradable. Confortable. Supongo que es fácil para las chicas sentirse bien aquí.

—Oye, Beth, las chicas me han dicho que estás preparando la prueba para teatro y que la obra

es *Grease*. —Oigo decir a mi amigo—. ¡Es mi musical favorito!

Pongo los ojos en blanco, aunque nadie me está prestando atención. Para Oscar cualquier cosa que le guste es su «favorita», no es capaz de establecer un orden de preferencias con nada. No hay nada que le guste más o menos. Si le gusta, le encanta y, si no, lo odia. No hay término medio.

—Sí. —La sonrisa de Beth se transmite en su voz, aunque ahora el pelo que cae sobre la parte izquierda de su cara me impida verla—. No me recuerdes lo de la prueba, lo llevo fatal.

—¿Por qué?

—Por la improvisación —decimos los dos a la vez, y ella se vuelve hacia mí para lanzarme una mirada entre curiosa y divertida.

—Pues sí, por la improvisación —suspira.

—¿Tienes que cantar para la prueba? —sigue Oscar, y aplaude cuando Beth asiente—. ¡Dime que vas a cantar *Hopelessly Devoted To You*, por favor!

Ella se ríe.

—No, voy a cantar *Summer Nights*.

Oscar parece decepcionado por un segundo, pero luego vuelve a la carga.

—¿Y quién canta la parte del chico? ¿Puedo ir yo?

Esta vez soy yo el que me río a carcajadas mientras le advierto a Beth que es la peor idea del mundo. Oscar no tiene ritmo ni afinación por mucho que él crea que sí.

—Ponen a alguien del grupo a darte las réplicas, y lo mismo con las canciones —explica ella—. Supongo que cantaré con quien tenga el papel del protagonista.

Empiezan a sonar las primeras notas de la canción, que Samira ha puesto a reproducir en su móvil. Creo que los tres que llevan rato en esta terraza ya han perdido la vergüenza, porque se ponen a cantar a todo volumen. Ni siquiera sus voces me molestan cuando la de ella se une y destaca por encima de las demás.

Canta increíblemente bien. Podría escucharla durante horas, en serio. Durante días. ¿Será consciente de lo buena que es? Si actúa solo la mitad de bien, nadie en su sano juicio se atrevería a rechazar su solicitud para entrar a ese programa de Teatro.

No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado cuando se acaba el alcohol. Tampoco importa. Me siento a gusto aquí con ellos. Con ella. Con su risa sonando a mi lado y su brazo rozando el mío todo el tiempo, porque cada vez está más cerca. No sé si se ha dado cuenta de que su cuerpo ha ido gravitando hacia el mío muy lentamente pero sin remedio. Tampoco creo que los demás lo hayan notado. Están demasiado ocupados riéndose de mí mientras Oscar les narra nuestras anécdotas más vergonzosas y me expone al contarle a Beth que no solo hice tonterías un verano, sino que fueron tres los que pasé estúpidamente enamorado. Tampoco hacía falta entrar en detalles, digo yo. Hace más de un año que ni siquiera pienso en Carol, aunque Oscar la siga odiando de forma irracional por haberme roto el corazón.

—Voy a hacer más —anuncia Lydia, se pone en pie y coge la jarra vacía—. ¿Me echas una

mano, Chris?

Me sorprende al decir mi nombre, pero me apresuro a aceptar, por supuesto. Beth tiene que moverse para que pueda levantarme sin empujarla y soy perfectamente consciente de cómo se le colorean las mejillas cuando se da cuenta de lo pegada que estaba a mí.

Mi amiga cierra la puerta de la cocina en cuanto me tiene atrapado en el interior. Me mira solo de reojo mientras saca una bolsa de hielos del congelador.

—¿Te ayudo?

Niega con la cabeza y me aparta de la encimera con un empujón de cadera.

—No, solo quería que me hicieras compañía. Y, ya que estamos aquí, me puedes contar qué pasa entre Beth y tú —añade, con una sonrisa traviesa.

—No pasa nada.

—¡No me digas que no pasa nada! —sisea, aunque estoy bastante seguro de que nadie puede oírnos si hablamos a un volumen normal—. Te gusta. Ay, Chris, te gusta mucho, ¿no?

Hace pucheros, y no sé si es porque está borracha y le emociona pensar que sus amigos podrían tener algo, o si es porque le doy pena. Creo que los dos sabemos que Beth no está dispuesta a apostar por nada que no sea aquello que le depara el destino.

Suspiro.

—No lo sé.

Abandona la picadora de hielo y se vuelve a mirarme incrédula.

—¿No lo sabes? Venga. —Pasea dos dedos como si fueran un par de piernas por el dorso de mi mano—. ¿Te pone la piel de gallina?

—¿La piel de gallina?

—¡Sí! Piensa, ¿qué pasaría si fuera ella la que hace esto? —indaga, y me acaricia la mano muy despacio.

—Que me pondría cachondo —bromeo solo a medias.

Lydia suelta un bufido y me da la espalda para seguir con la preparación del mojito.

—Eres un poco idiota, pero me encantarías para ella. Me parece que encajáis muy bien.

—Olvidalo.

Esta vez solo me dedica media mirada desinteresada por encima del hombro.

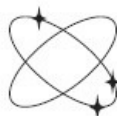
—Creo que está equivocada.

Me encojo de hombros, a pesar de que ella no puede ver mi gesto.

—Eso no nos corresponde decidirlo a nosotros, supongo.

Me pide que le pase una botella de la mesa y luego termina de mezclar los ingredientes en silencio. Cojo la jarra cuando me la da para que la lleve fuera. Estoy a punto de salir cuando una mirada intensa de esos ojos oscuros me clava en el sitio.

—Chris, si tú también le pones a ella la piel de gallina, no dejes de intentarlo.



Paso el resto de la noche prestando atención a cada cosa que Beth dice o hace cerca de mí. Al modo en que nuestros cuerpos siempre terminan por tocarse como si la atracción fuera inevitable. A sus miradas furtivas y sus sonrisas breves de labios sellados. Y, sobre todo, al modo en que me eriza la piel. Porque sí lo hace. Mucho y con facilidad. Pero es imposible saber lo que siente ella al otro lado cada vez que nos rozamos.

He rechazado un mojito más porque Oscar ya lleva demasiados. Me toca ser el sensato esta noche y llevarlo de vuelta a casa. Y todos esos vasos que yo no he bebido se los he cedido a ella. Entiendo que ya se ha olvidado de eso de que dos copas es su límite, porque los ojos le brillan, tiene la punta de la nariz roja y no sé si es solo por el frío, y le da la risa tonta cada vez que no puede evitar arrastrar algunas palabras. El alcohol hace que se esté dejando ver de una forma en que no lo ha hecho antes y me gusta lo que encuentro al otro lado de esa barrera que se empeña en mantener levantada todo el tiempo. Es muy divertida y no para de hacer reír a nuestros amigos. La sonrisa le llega a los ojos cada vez que me dedica una a mí. Y sus carcajadas suenan mucho más altas y rebosan vida.

Me gustaría poder ser yo el que haga eso por ella. Que se sienta tan segura como para bajar las defensas y permitirse ser, sin lugar a pensar demasiado. Luego me acuerdo de que me he prometido a mí mismo apartarme y darle espacio y no poner mi corazón en ningún lugar donde corra el riesgo de partirse.

—Debería irme a la cama —murmura, recostada contra mi brazo—. He bebido demasiado.

—Demasiado bebiste el día que vomitaste entre los rosales de la casa de Cynthia —le recuerda Sam entre risas.

—Se lo merecía, deberías haberle vomitado los zapatos —aporta Lydia en un gruñido.

Tanto Sam como Beth rompen a reír al oírla.

—Oye, Lydia —sigue Samira—, ¿son ciertos los rumores? ¿Le prendiste fuego al pelo de Cynthia porque intentó ligar con Nick?

Lydia gruñe más alto esta vez.

—Yo nunca tuve nada con Nick. Eran solo rumores. —Su amiga está a punto de preguntar algo más cuando ella sigue hablando—: Pero sí que le prendí fuego en el pelo.

—¿Por qué?! —exclaman Oscar y Sam a la vez.

Lydia parece dudar mientras mira a su compañera de piso entre las pestañas. No soy muy entusiasta de los cotilleos de instituto, pero está empezando a intrigarme cómo acabará este.

—Eché a Andrea del vestuario femenino. Y luego fue por ahí diciendo que las chicas no tienen pene y que no teníamos que dejarle cambiarse con nosotras. Encontré a Andrea llorando en el pasillo. Había ido a la enfermería con una excusa para que le dieran un justificante para la

clase de gimnasia y no tener que cambiarse. Así que fui a los vestuarios y le prendí fuego a esa bruja.

Se acaban las risas y Sam se ha quedado muy seria y me parece ver que se seca una lágrima de la comisura del ojo.

—Andrea no me lo contó —dice en un susurro.

—Andrea no sabe por qué lo hice. Hacíais muy buena pareja, por cierto. Siento que tuviera que irse.

Sam asiente. Luego sacude la cabeza, como si buscara resetear las emociones y levanta el vaso.

—Que siga la fiesta.

Eso es lo que dice, pero se levanta y da dos pasos para sentarse en el regazo de Lydia y abrazarla fuerte por el cuello. Mi amiga se ríe y luego protesta un poco cuando Beth escapa de mi lado y se une a ellas, haciendo chocar sus cuerpos sin ningún cuidado.

La rubia es la primera en apartarse.

—Vale, debería irme a dormir.

Se tropieza con algo, probablemente sus propios pies porque no hay nada en el camino, y yo me levanto rápido para poder sostenerla y que no se caiga al suelo.

—¿Necesitas ayuda?

Se ríe.

—Claro que no.

—Claro que sí —responde Lydia por ella casi a la vez—. Anda, Chris, asegúrate de que llega a su cama.

Me guiña un ojo, pero la ignoro. Paso un brazo por la cintura de Beth para poder guiarla dentro de la casa. Ella me dirige, dando pasos titubeantes, hacia el pasillo que lleva a las habitaciones.

—Espera —me dice cuando llegamos a la puerta que hay al fondo a la derecha—, tengo que quitarme las lentillas.

Me cuesta entenderla. Pasa de largo el cuarto y sigue hasta la puerta de un baño.

—¿Vas a poder sola?

Me dedica una mirada que creo que pretendía estar cargada de ironía, pero no deja de ser la mirada vidriosa de alguien borracho, entra en el aseo y me cierra la puerta en las narices.

Me apoyo en la pared de enfrente mientras espero para poder asegurarme de que está bien.

—¿Me sigues viendo? —me burlo cuando por fin sale y queda frente a mí.

Frunce el ceño como si no entendiera de qué le estoy hablando. Claro, ha bebido demasiado para pillar las bromas.

—Me voy a la cama.

Asiento. Da un solo paso y se inclina peligrosamente hacia a un lado. La atrapo a tiempo y sostengo su peso mientras la dirijo hacia el dormitorio.

—¿Es esta tu habitación?

Murmura algo que parece una respuesta afirmativa. Avanzo con ella hasta la cama y la ayudo a tumbarse sobre el colchón.

—Voy a quitarte las zapatillas, ¿vale?

No dice nada, pero me observa con atención mientras le desato los cordones y la descalzo. La obligo a moverse un poco para poder echarle la colcha por encima.

—Chris —me llama en un murmullo.

Cuando la miro tiene esos enormes ojos azules fijos en mí. Están llenos de mucho más que un brillo ebrio. Rebosantes de miedo, de dudas y de esperanza.

—Demuéstramelo, por favor.

Habla muy bajito, con una nota de súplica en su voz.

—¿El qué?

No separa los ojos de los míos. Sus dedos me rozan la palma de la mano cuando se mueven sobre el colchón y alcanzan el punto en el que estoy apoyado. Se me pone la piel de gallina, desde el dorso de la mano hasta la nuca.

—Que puedo escribir mi propio destino.

Cierra los ojos y sus dedos se relajan. Solo me permito mirarla durante dos segundos antes de obligarme a moverme para salir de un sitio en el que no tengo derecho a estar.

Sigue cantando

Beth

Hace más de una semana que no sé nada de Chris. Al principio fue un alivio porque necesitaba algo de tiempo para deshacerme de la incómoda sensación de que me gusta mucho más estar con él de lo que debería. Luego empecé a preocuparme un poco. Incluso le pregunté a Lydia por él y me dijo que estaba bien, como siempre. Ahora empiezo a sentirme molesta, no porque parezca no querer acercarse a mí nunca más, sino porque lo estoy echando de menos y eso era lo último que quería sentir.

Además, no sé si dije o hice algo al final de aquella noche que le haya dado motivos para comportarse así.

—Dime que necesitas un café tanto como yo. —Ruth camina a mi lado al salir de clase de Dramaturgia.

—Necesito un café tanto como tú.

—Menos mal.

Tira de mi brazo en dirección a la cafetería central. Vamos hablando de la última clase y de cómo llevamos el trabajo conjunto con los de Escenografía. Mi amiga está encantada con su compañera, y yo procuro que no se me note el hecho de que el mío nunca ha sido solo eso.

Lo veo en cuanto entramos y nos movemos entre las mesas para encontrar una libre. Está al fondo con un grupo de gente que no conozco. Se está riendo con algo que le dice una chica morena y preciosa y a mí se me cierra un nudo en el estómago que me esfuerzo por ignorar.

—Iré a pedir, tú guarda la mesa. ¿Qué te apetece?

Ruth tiene que repetirme lo que acaba de decir porque no le estaba prestando atención. Estoy a punto de pedirle un *mocaccino* cuando veo que Chris se levanta y se acerca a la barra.

—Voy yo. Tú quédate.

No espero su respuesta antes de dejar el abrigo en el respaldo de la silla y caminar decidida hacia allí. Ruth le grita a mi espalda la clase de café que quiere y yo levanto una mano para que sepa que la he oído.

Cuando llego a su lado solo hay una persona delante de él para pedir. Siento las rodillas absurdamente flojas, pero me obligo a mantener la voz firme cuando hablo:

—Hola.

Se gira de golpe en respuesta al sonido de mi voz. Su expresión sorprendida muda muy rápido a una sonrisa cálida de la que parece no ser del todo consciente.

—Hola, Beth. ¿Cómo estás?

No parece incómodo, molesto o avergonzado con esto de vernos de nuevo después de tantos días.

—Bien. Y tú ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Recibiste la escena que te envié para la parte de comedia?

Ni siquiera altera su pose tranquila cuando mi pregunta suena más a reproche de lo que yo misma pretendía.

Hace un par de días que le envié la escena. No llegó a responder. Y eso sí que me molesta, porque más allá de las conversaciones y de las sonrisas y de ese estúpido reto que él aceptó sin que nadie se lo propusiera, somos compañeros en un trabajo del que depende nuestra nota. Y eso debería estar por encima de lo que ocurra entre nosotros a nivel personal.

—Ah, sí. Mierda, perdona, se me pasó contestarte. La leí y está genial, de verdad, es buena. Y ya he terminado el dibujo para la escenografía, por cierto. Te lo puedo pasar esta tarde, si te parece bien.

Parece distraído. Se disculpa con una sonrisa algo tensa y, sobre todo, con los ojos, además de con palabras.

Está raro.

—Sí, cuando quieras —respondo—. Oye, Chris, ¿estás...? ¿Va todo bien?

La persona que estaba delante se aparta, con su café en la mano, y la camarera le hace una seña para que se acerque. Él se hace a un lado, y me cede el sitio.

—Pide tú primero. No tengo prisa.

Intento protestar durante un par de segundos, pero la camarera se impacienta y Chris no cede así que pido los dos cafés, y luego vuelvo a mirarlo.

—¿Todo bien? —insisto.

—Sí, claro.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien. Hay que esperar al resultado de las pruebas que le han hecho.

Lo observo. Parece sereno y no demasiado afectado por eso. Empiezo a perder la paciencia en esta conversación que no está llevándonos a ninguna parte, así que decido ser valiente e ir al grano:

—¿Te pasa algo conmigo? ¿Hice o dije algo la otra noche?

—No —me corta enseguida—. No, Beth, no has hecho nada. No es eso.

—¿Qué es?

Aparta la mirada. Parece estar pensando en cómo decir esto de la manera menos hiriente

posible y, por un momento, tengo miedo de que no lo consiga.

—No sé lo que quieres tú —suspira por fin—. No sé si está bien que me acerque o si te molesto. No sé si quieres que esto sea «estrictamente profesional» o que te demuestre que puede ser algo más. Es que no lo sé. No te entiendo. Y lo último que quiero es complicarnos. A los dos.

Su explicación, rápida y dura, me deja muda por unos segundos. Solo reacciono cuando la camarera me planta delante los cafés y me indica el precio. Saco el dinero y le pago de forma automática.

Oigo a Chris pedir un café con leche. Y, mientras tanto, intento pensar. Ni yo misma me entiendo, y sé que soy contradictoria. Me encanta estar con él y eso me asusta. Tengo buenas razones para no querer enredarme en algo que me saque de mi caparazón todavía.

Me enfrento a su mirada y me muerdo el labio antes de ser capaz de hablar:

—Me gusta estar contigo —suelto, sin ponerme filtros—. Lo pasamos bien, ¿no? Nos reímos, podemos hablar, conectamos. Y sé que soy complicada, y también que no puedo ofrecer mucho, pero ¿no podemos ser amigos?

Recoge su café y deja el dinero sobre la barra. Me mira directamente a los ojos.

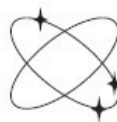
—No lo sé, Beth. ¿Podemos?

Se me dispara el pulso. Me quedo enganchada a su mirada durante unas eternas décimas de segundo. No sé qué contestar. Y supongo que eso ya es una respuesta clara.

Me voy de su lado sin decir nada más y, cuando vuelvo a mirar atrás, veo que él ya camina hacia la mesa de sus compañeros con paso firme y decidido.

Como si nada hubiera pasado.

Y quizá es eso lo que los dos deberíamos hacer. Como si nunca hubiera pasado nada.



Hace frío una vez que el sol se ha escondido tras los altos edificios de la zona financiera, y lo prefiero. Siempre he pensado que la bajada de temperatura es capaz de entumecer emociones igual que lo hace con la piel o los músculos. El clima acompaña a la tristeza y yo me dejo arrastrar cada vez un poco más hacia ese estado de *stand-by*. Congelada. Me gustaría poder estar así de verdad. Mantenerme en una semiinconsciencia que me permitiera pasar los días y las noches sin sentir. Con el corazón forrado de hielo, formando glaciares sobre todas sus grietas.

Hoy Dylan habría cumplido veintitrés años. Escondo la boca entre los pliegues del abrigo y murmuro un «Feliz cumpleaños» que me aguijonea todo el cuerpo.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Creo que habrán sido horas. Sam me ha invitado a salir un rato por ahí cuando he vuelto de clase, pero una sola mirada ya le ha dejado claro que, como cada año, este no es el día. Me ha dejado espacio, tal y como ella sabe hacer por mí. Y luego se

ha ido a intentar convencer a Lydia de que la acompañe. Creo que nuestra compañera de piso ni siquiera ha ido a la universidad hoy. Ayer estaba muy rara y llevaba largas horas sin salir de su habitación. Tiene pinta de que se ha peleado con su amante el profesor. Samira ya ha hablado seriamente con ella sobre eso, aunque creo que no ha cambiado para nada las cosas.

El plan de Sam consistía en ir a tomar algo con los chicos. Oscar la ha llamado y le ha contado que Matteo ha vuelto a aparecer por la ciudad y que los tres iban a salir y les apetecía nuestra compañía. En otras circunstancias me habría tentado la idea de pasar un rato con Chris con la excusa de que es una salida con amigos y nada más allá de eso, pero hoy no. Hoy es el día de la nostalgia, de la culpa y de la autocompasión. Una cita a la que no puedo faltar. Y Chris y yo no hemos vuelto a hablar desde el «¿Podemos?» del lunes por la mañana, más allá de un intercambio breve de emails a propósito de su escenografía. Ya estamos a jueves y me imagino que, de ahora en adelante, las cosas tienen que ser así entre nosotros.

Me concentro en el juego de sombras que la luz de las farolas proyecta sobre las aguas del río. Me pregunto cómo estará llevando el día mi madre. Si habrá ido a llevarle flores o habrá preferido encender una vela solitaria sobre su tarta favorita y soplarla en silencio para luego tirar el dulce a la basura. Mamá y yo apenas hablamos desde que me vine a la universidad, y supongo que es la evolución lógica de lo que venía siendo nuestra relación desde que Dylan se fue. Los recuerdos nos dañan así que los evitamos. Y yo soy un recuerdo vivo e insultante de esa noche. Lo entiendo. No la juzgo por ello. Muchas veces me planteo lo diferentes que serían las cosas si yo ya no estuviera y Dylan siguiera con ella. Estoy bastante segura de que mi madre lo habría preferido así. Él era el hijo perfecto y yo, la adolescente con la que se peleaba cada día. No era difícil elegir favorito.

Ojalá siguieras aquí.

Cierro los ojos e inspiro con fuerza por la nariz con la esperanza de que el aire frío me llegue al cerebro y convierta en nieve esos pensamientos. Que caigan y se fundan cuando impacten contra el suelo.

—Eh.

Una voz a mi espalda me hace levantar la vista y girar el cuello, para localizar a quien ha hablado. Chris está de pie a solo un paso, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo bien abrochado hasta la barbilla.

El frío ayuda y, sin duda, entumece, porque el salto absurdo del estómago y la arritmia breve que suele aparecer cuando lo veo no están hoy aquí conmigo. Nada. Eso es lo que siento. Vacío y oscuridad.

—¿Puedo sentarme? —Señala el césped a mi lado.

No contesto. El cerebro manda las palabras a mis cuerdas vocales, pero la boca se niega a abrirse para dejarlas salir, así que emito una especie gruñido ronco.

Se lo toma como una invitación a acompañarme o, de otro modo, como un rechazo que decide ignorar descaradamente. Se sienta cerca, a solo unos centímetros de mi cuerpo, y noto sus ojos

sobre mí mientras yo me dedico a clavar la mirada en el horizonte. No hay mucho que ver. La oscuridad gana cada vez más terreno. Hablo de la física, la de fuera, aunque se puede aplicar lo mismo a la que llevo por dentro.

—Lydia me ha contado qué día es hoy —vuelve a hablar, en un tono suave y prudente—. Y luego Sam ha dicho que estarías aquí. También ha comentado que querías estar sola, pero me ha parecido una buena idea asegurarme. Es mejor no estarlo, a veces. ¿Quieres que me vaya?

No lo miro. Esconderme del mundo cuando más vulnerable estoy me ha parecido siempre la mejor estrategia de defensa. Igual que buscar la soledad para que quien más me quiere no tenga que sufrir por esta nada que aún me gana la partida en ocasiones.

Asiento con la cabeza lentamente.

Se levanta despacio, sin insistir. Y yo siento un pellizco detrás de las costillas que me corta la respiración. Me recorre un repentino estremecimiento, y un atisbo de pánico hace que me zumben los oídos. No quiero estar sola más. No quiero que él se vaya.

—Chris —lo llamo cuando ya está de pie y ha dado media vuelta. Me mira y yo bajo la vista—. ¿Puedes quedarte?

No me atrevo a mirar hasta que ha recuperado el lugar que había ocupado antes junto a mí.

—¿Quieres que me quede?

Nuestros ojos se encuentran y asiento una sola vez.

—Lo siento, yo...

—Estoy aquí —dice, dulce, cuando dejo la frase en el aire—. No tenemos que hablar si no quieres. Y sí que podemos ser amigos, Beth. O, si no, podemos ser cualquier otra cosa que queramos, y ni siquiera tenemos que ponerle nombre.

Me abrazo las rodillas y apoyo la barbilla en ellas. Pasamos un rato en silencio y yo me concentro en el sonido rítmico de su respiración para no perderme. Lo miro de reojo de vez en cuando. Él también contempla el discurrir del río, pensativo. De repente, me atacan unas repentinas ganas de soltarme. De hablar y liberarme. De cerrar heridas y permitirme volver a vivir de verdad. Sin tantas dudas. Sin tantos miedos.

—No soy capaz de dejar de culparme por lo que pasó.

Chris vuelve la cara para poder mirarme cuando me oye hablar. No dice nada, pero sus ojos me animan a continuar.

—Mi hermano no debería haber estado en la carretera esa noche. Tenía planes, salía con alguien. Se pasó horas cuidando su aspecto y eligiendo la ropa y me burlé de él antes de irme a una fiesta. La noche no me fue muy bien. Lo llamé llorando para pedirle que viniera a buscarme. Eso no tendría que haber sido así. Ese no era el plan. Pero él ni se lo pensó, vino a recogerme para llevarme a casa y entonces... Yo qué sé. Fue un segundo, solo un segundo. Y al segundo siguiente él ya no estaba. Unas luces, un coche que se metió en nuestro carril. Y se acabó todo. ¿Cómo puede acabarse el mundo en un maldito segundo, sin que nadie te avise antes?

—No lo sé —murmura él, tras mi pregunta sin respuesta.

—Mi fiesta tendría que haber salido bien. Yo no debería haberlo llamado. Podría haber hecho mil cosas esa noche en vez de lo que hice, pero todas las decisiones que tomé fueron las peores que podía haber tomado. Eso es lo que pasa cuando escribo mi propio destino, ¿no? Que hago trizas el destino de los demás. Dylan tenía cosas por hacer, un montón de sueños y ganas de comerse el mundo. No era su destino que todo se acabara esa noche.

Noto los dedos de Chris en mi pierna, ascendiendo hasta llegar a mi mano. Me acaricia suavemente los nudillos y me estremezco en una sacudida cálida y confortable. Todo eso que ya no me merezco sentir.

—Nadie escribiría un destino tan cruel como ese, Beth —dice en un susurro—. Pero no fue culpa tuya. No podías saberlo. Es una conjunción de sucesos que escapaban completamente a tu control. Podríais haber pasado por allí un minuto antes, o después, y las cosas habrían sido diferentes. No fueron tus decisiones las que llevaron a ese desenlace. A veces suceden cosas terribles que no son culpa de nadie.

Sacudo tristemente la cabeza y enjugo una lágrima que escapa solitaria del borde de mi ojo derecho.

—Ojalá lo hubiera hecho diferente.

—¿Por eso tienes tanto miedo de decidir tu propio destino?

Frunzo el ceño.

—No tengo...

Me callo porque, en el fondo, creo que tiene razón. Lo tengo. Tengo miedo de tomar decisiones por el modo en que puedan afectar a los demás. Tengo miedo de cerrar los ojos y dejarme llevar. Tengo miedo de saltar y terminar por caer al vacío.

—¿Qué te pasó en la fiesta?

La imagen de Ross alardeando delante de sus amigos y el modo en que todos se burlaban de mi ingenuidad vuelven a clavarse en lo más profundo de mi abdomen, como llevan años haciendo.

—Un idiota me rompió el corazón —digo en voz baja.

—Lo siento.

Parece muy sincero cuando alzo la mirada y nuestros ojos se encuentran.

—Yo fui más idiota que él por darle la oportunidad de hacerlo.

—No, qué va. Sentir y querer no es ser idiota, aunque las cosas puedan salir mal. Idiota es quien no tiene en cuenta los sentimientos de los demás y hace daño a propósito. Y yo también habría llamado a mi hermana Lily para que viniera a buscarme. Lo hice varias veces, tras varias fiestas y muchos líos. Tú no hiciste nada malo, y no es justo que tengas que sufrir las consecuencias. No conocí a tu hermano, pero estoy bastante seguro de que no te culpa por nada, y también de que odiaría verte así.

Eso se me cuela dentro y hace eco en mi cabeza. *Odiaría verme así*. Estoy totalmente convencida de ello.

—Puede que tengas razón.

—Claro que sí —alardea, en un tono mucho más animado—. ¿Qué crees que diría tu hermano si te viera así en su cumpleaños?

Suelto un suspiro. No necesito pensarlo mucho porque lo tengo claro.

—Diría: «Sigue cantando, Beth». Cada año me obligaba a cantarle una canción de cumpleaños y me regañaba cuando no me lo tomaba en serio. Me hacía reír en medio de la actuación y luego decía justo eso, que siguiera cantando.

Chris se mueve un poco más cerca y me aparta un mechón descuidado que ha escapado de la trenza para ponerlo tras la oreja.

—Entonces, sigue cantando.

Nos clavamos los ojos y un soplo de vida revolotea en mi interior, descongelando los glaciares de mis grietas a pesar de la temperatura.

—Elegí a Bonnie Tyler para la banda sonora de nuestro trabajo porque mi madre tenía un viejo vinilo en casa. Tenía muchos, y un tocadiscos que solo funcionaba a veces. Nunca quería escuchar ese porque le recordaba a buenos y malos tiempos con nuestro padre. Y por eso Dylan lo ponía todo el tiempo. Para hacerla rabiar, pero también para hacernos recordar a todos lo bueno.

—No eres tan fan de los ochenta. —Finge estar decepcionado, y su expresión consigue arrancarme media sonrisa.

—Solo un poco.

Se ríe bajito. Luego se pone de pie de un salto y me tiende la mano.

—Vamos.

La cojo sin pensármelo demasiado y dejo que tire suavemente de mí para ponerme en pie.

—¿Adónde vamos?

Una sonrisa traviesa le ilumina los ojos.

—A cantar.

Va trasteando con su móvil mientras camina por la calle y yo lo sigo solo un paso por detrás. No tengo ni idea de dónde quiere ir, pero en realidad no me importa si me deja acompañarlo.

Terminamos delante de un local con un cartel viejo con la mitad de las luces de neón fundidas. Me sorprende la cantidad de gente que hay dentro cuando Chris me arrastra hasta la barra. Pide un par de cervezas después de preguntarme si me apetece una y ocupamos la única mesa libre que queda ante el escenario.

—Ve pensando una canción.

Creo que incluso suelto una risita y sacudo la cabeza con vehemencia.

—No pienso salir ahí a cantar.

Hay un par de personas ojeando la lista de canciones y una mujer lo da todo a ritmo de Whitney Houston sobre el escenario. Es la segunda vez en mi vida que estoy en un karaoke, y la primera solo salí delante de todo el mundo porque Sam me obligó y ella berreaba a mi lado.

Adoro cantar sobre el escenario cuando estoy actuando y, sin embargo, me siento completamente fuera de lugar en un sitio como este.

—¡Claro que vas a salir a cantar! ¿Para qué hemos venido si no?

—¡Porque tú te has vuelto loco! —bromeo, y sus ojos chisporrotean mientras trata por todos los medios de no darme la satisfacción de arrancarle unas carcajadas.

—Vale, tú lo has querido. Saldré yo y toda esta pobre gente va a sufrir las consecuencias.

—¡Chris!

Lo llamo cuando se levanta y se aleja, pero nada lo detiene. Se acerca hasta quienes están con el listado de canciones y se pone a hablar con ellos. En un momento dado se vuelven para mirarme cuando él me señala y yo me escondo tras la cerveza, avergonzada.

Lo siguiente que sé es que Christian Harnett está en el escenario, con el micrófono en la mano, y que empiezan a sonar los primeros acordes de *Holding Out For A Hero*. Me echo a reír cuando se pone a marcar el ritmo con golpes de cadera y entona los coros con voz especialmente aguda.

Canta mal. Canta *muy mal*. Y, a pesar de todo, la gente vitorea y le da ánimos con cada verso. Y yo tengo una sonrisa en los labios todo el tiempo mientras no puedo ni quiero apartar los ojos de él.

Todos los presentes se lanzan a cantar el estribillo, y Chris se viene arriba y sube el volumen. Me mira en cuanto termina y hace una mueca. La música sigue sonando y él habla a través del micrófono.

—Beth, sálvame, por favor.

Me cubro la boca con una mano para contener mis carcajadas.

Alguien grita desde el fondo de la sala:

—¡Beth, por favor, sálvalo!

Unos cuantos se unen y Chris me sonríe de medio lado, pícaro, aunque intente hacerlo pasar por una sonrisa de disculpa.

Y ¿por qué no? Tengo que seguir cantando, como mi hermano querría que hiciera. Me levanto y voy hasta el escenario cuando él ya ha empezado con la segunda estrofa. Alguien me da otro micrófono en cuanto estoy arriba y la gente aplaude con fuerza al ver que me planto junto a mi amigo.

Cantamos a la vez:

—*It's gonna take a Superman to sweep me of my feet!*

Y luego él se aparta a un lado y me deja sola, dándolo todo con el estribillo. Esta vez la gente no canta conmigo. Me miran. Me escuchan. Me silban con admiración.

Y Chris... Chris me guiña un ojo cuando vuelvo la vista hacia él y se pone a bailar. Lo hace con tantas ganas, pero tan poco ritmo, que me cuesta seguir cantando y se me escapa la risa. Me hace los coros y eso es aún más divertido. Consigue que me olvide de todo lo que no seamos él y

yo en este escenario. Y me siento llena, rebosante de vida. Con ganas de seguir cantando. Con muchas más ganas de reír. Y con ganas de saltar, soñar con volar y comerme el mundo.

Algunos de los que ocupan las mesas empiezan a pedir que cante otra cuando termino. Pero yo cojo a Chris de la mano y lo bajo del escenario. Recogemos nuestras cervezas y nos escabullimos hasta el fondo del local, donde disminuye el ruido y crece la intimidad. Me acerco tanto a él que termina chocando con la pared en su intento de mantener la distancia. Eso no me detiene. Dejo tan solo unos escasos centímetros entre su cuerpo y el mío cuando nos miramos a los ojos.

—¿Puedo llevarte a un sitio mañana? —pregunta, titubeante.

Asiento.

—Sí.

—Un último intento para demostrar que el destino no está escrito de forma inamovible —me avisa.

—Espero que no te canses de intentarlo tan pronto —murmuro, levemente burlona—. *Necesito un héroe.*

Lo veo tragar saliva como si le supusiera todo un esfuerzo y sus ojos, inquietos, se alternan entre mis pupilas.

—¿Y si no doy la talla como héroe?

Me acerco un poco más. Me estiro y beso la comisura de su boca, despacio.

—Supongo que me vale algo tan absurdamente normal como esto.

Soplar deseos

Beth

Chris me ha acompañado hasta el portal de casa y yo sigo con una sonrisa leve pegada a los labios mientras subo sola en el ascensor, apoyada en la pared y rememorando su baile sobre el escenario del karaoke. Nunca habría imaginado que un veintidós de octubre podía acabar con una sensación tan cálida y un eco de risas. Eso era cosa del pasado y se seguía diluyendo, cada vez un poco más, con el paso de los años.

He estado tan empeñada en aferrarme al dolor y no dejarme avanzar... He pasado tanto tiempo anclada a los recuerdos porque pensaba que crear nuevos caminos era renunciar a todo lo que quedó atrás. Y, sin embargo, un chico que me encontré por casualidad en un estudio de tatuajes el día que decidí dar la espalda al destino se ha quedado para cambiar la perspectiva y exponer su punto de vista —insistentemente— hasta que me he parado a escuchar. Tiene sentido. El homenaje a mi hermano que él hubiera querido nunca fue atesorar su recuerdo y llorarlo, sino seguir cantando.

Seguir cantando.

Seguir viviendo.

Volver a sentir las mariposas.

Me sorprende que la puerta no esté cerrada con llave cuando entro al piso. Creía que las chicas seguirían por ahí de fiesta con Oscar y Matteo. Chris me ha dicho que los jueves siempre se les suelen ir de las manos.

Hay luz en la cocina, así que avanzo despacio hacia allí y me asomo a la puerta.

Lydia levanta la vista en cuanto siente mi presencia. Está sentada a la mesa, con un trozo del dulce favorito de mi hermano —hojaldre y nata— delante, y con *Runa* acomodada en el regazo. No se oye a los gatitos reclamar a su madre, así que imagino que deben de estar durmiendo acurrucados los unos con los otros.

—Hola —saludo, en voz baja, no sé por qué.

—Hola —responde ella exactamente en el mismo tono.

Me acerco hasta ocupar una silla a su lado y contemplo el plato igual que hacía ella hace solo unos segundos.

—¿Es...?

Levanta la mano y me enseña lo que guardaba en el puño. Una sola vela. Nos miramos a los ojos por un segundo antes de que la clave en la superficie del dulce.

Nunca me había parado a pensar en cómo sería este día para Lydia. Dylan siempre nos molestaba cuando éramos pequeñas y pasábamos tardes enteras en la casa de los Rivera. Una vez le afeitó la cabeza a la Barbie favorita de Lydia y ella juró que nunca le perdonaría. Lo perdonó a los dos días. La hacía rabiar constantemente, igual que a mí, pero luego siempre le cedía su postre favorito cuando comíamos todos juntos. No siempre la familia se basa en lazos de sangre. Hay lazos más profundos que un apellido.

—¿Has estado con Chris? ¿Te ha encontrado?

Mi compañera de piso interrumpe mis pensamientos al preguntar sobre su amigo. Creo que se me escapa media sonrisa y solo soy consciente cuando veo que se refleja también en sus labios.

—Sí. Sí, me ha encontrado. Y me ha arrastrado a un karaoke y me ha hecho cantar.

—Es un chico genial. No sé si te has dado cuenta ya.

Escondo la mirada.

—Sí, me he dado cuenta.

—Vale.

Creo que con eso da por terminada la charla y que considera que no hace falta decir nada más para que me quede claro el mensaje. No sé si Chris ha hablado con ella de mí, pero, en todo caso, Lydia parece saber mucho más de lo que va a contarme en voz alta.

Coge el mechero y lo enciende. Me da la impresión de que esto es un ritual y no solo cosa de una vez. La observo de reojo. Contempla la llama fijamente, viendo mucho más allá, con el fuego brillando en sus pupilas.

—¿Pides un deseo conmigo? —propone de pronto, y enciende esa vela solitaria—. No sé si está bien hacerlo por él.

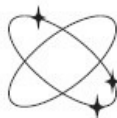
—Creo que Dylan nos cedería su deseo.

Nos miramos brevemente y nos sonreímos de manera muy tenue pero cálida.

—¿Lista?

Asiento. Lo pienso. *Deseo dejar de tener miedo a escribir mi propia historia.* Inspiramos. Y las dos soplamos a la vez.

No lo decimos en voz alta. Y aun así un «Feliz cumpleaños, Dylan» resuena en el ambiente.



Cuando me meto en la cama me quedo mirando el móvil, con una idea dándome vueltas en la cabeza. Cojo aire y gano decisión.

Un minuto después estoy llamando a mi madre. Se me derrumba algo dentro del pecho, no como una catástrofe, sino como un muro de contención que cede y deja fluir las emociones mientras espero. Tengo los ojos llenos de lágrimas cuando acepta y su imagen aparece al otro lado. Ella también tiene la mirada vidriosa y parece insegura, pero me sonríe en cuanto me ve.

—Hola, cariño —dice a media voz—, ¿cómo va todo por ahí? Estás muy guapa.

Hago amago de poner los ojos en blanco, pero sonrío con ternura.

—Estoy en pijama, mamá. Va todo bien. ¿Tú? ¿Qué tal el día?

—Estoy bien. Le he llevado flores también de tu parte. Tulipanes, sé que son tus favoritos.

Asiento.

—Gracias.

Duda y casi puedo oír el torbellino de pensamientos que da vueltas en su mente. Finalmente, parece armarse de valor y se obliga a hablar:

—Te echo de menos por aquí. Beth, sé que estos años no han sido fáciles, y no he estado tanto como debería. Pero te quiero, cariño, te quiero muchísimo, y necesito que seas feliz allí.

—Estoy bien.

Frunzo un poco el ceño cuando se mueve con el móvil en la mano y veo los platos en la mesa y las dos copas de vino. No está sola. Hay un abrigo sobre una silla y, si no me equivoco, es igual al que suele llevar Rafael, el jardinero de los Rivera. Me trago la sonrisa porque no quiero poner en evidencia nada que ella no me quiera contar aún.

Me alegro mucho de que no esté sola.

Y me siento más conectada a mi madre de lo que me he sentido en los últimos años cuando se acomoda, como si esperara una charla larga, y pregunta:

—¿Has cantado hoy?

La magia entre tú y yo

Chris

Estoy poniéndome un jersey para salir de casa cuando Matt irrumpe en mi habitación sin molestarse en llamar a la puerta. Le lanzo una mirada de reproche, pero, como siempre, la ignora. Aunque la expresión que luce no es la de siempre y tampoco la que se esforzaba por mostrar ayer cuando fuimos a tomar algo con las chicas y desplegó todos sus encantos con Lydia una vez más.

Es obvio que algo le pasa. No sé si debo preguntar. Estas cosas siempre las habla con Oscar y no conmigo.

—¿Adónde vas? —pregunta con una sonrisa traviesa.

Creo que se está imaginando que he quedado con Beth. Y lo último que quiero es tener que darle la razón. Así que desvío el tema, aunque tenga que meterme en terreno pantanoso para ello:

—¿Se puede saber qué te pasa? Ni siquiera me has dicho que soy un perdedor por haberme largado ayer y no salir de fiesta.

Se encoge de hombros.

—Fuiste a intentar hacer sentir mejor a la chica por la que estás colado. Es lo que tú haces. Me gusta eso de ti. Eres un tío que reconforta a los demás.

Se pasea por mi cuarto sin ni siquiera mirarme mientras va diciendo esas cosas —demasiado amables para lo que solemos decirnos entre nosotros— y revisa mis pertenencias de forma distraída.

—Hummm. —Espero que la pulla venga tras el piropo, pero no dice nada—. ¿Gracias? —pruebo, burlón—. Y no estoy colado por nadie.

Está parado ante mi escritorio de espaldas a mí. Mueve el cuello para poder echarme una mirada de reojo, y veo su media sonrisa de superioridad dibujarse despacio. Coge algo de entre mis útiles de dibujo y lo levanta para que yo pueda verlo también.

Se me encoge el corazón en un pulso furioso.

Matt tiene en la mano el dibujo al que he estado dedicando mi tiempo cuando solo quería distraer mi mente, cuando no quería que dibujar tuviera ningún propósito concreto y solo quería dejarme llevar. No es por alardear de mis dotes para los retratos, pero es imposible pasar por alto que la chica que se muerde el labio, con la mirada llena de «quizás» y un bolígrafo sujetando un

improvisado moño, es Beth. Tal y como su imagen quedó grabada a fuego en mi memoria cuando estuvo sentada en mi cama ese día y no dejaba de observarme entre las pestañas pensando que yo no me daba cuenta.

Me muevo rápido para quitarle la hoja a mi amigo de entre las manos y la escondo en el bloc.

—Es solo un dibujo —farfullo.

Levanta las manos, pidiendo paz, y da dos pasos atrás para sentarse al borde del colchón. No sé dónde se ha metido Oscar, y la consecuencia directa de que haya desaparecido es que me toca a mí lidiar con el ánimo decaído de Matteo.

Echo un vistazo al móvil para consultar la hora y hacer un cálculo rápido de cuánto puedo entretenerme y llegar a tiempo al lugar donde he quedado con Beth. Entonces veo que me ha mandado un mensaje para decir que acaba de terminar con el grupo de teatro y que llegará un poco tarde a nuestro encuentro.

Me relajo y, ya sin prisa, me siento junto a Matt al borde de la cama.

—En serio, ¿qué te pasa?

Los dos últimos fines de semana no apareció por aquí, no dio señales de vida y ni siquiera le cogía el teléfono a Oscar. Es evidente que pasa algo con su familia, aunque eso nunca lo suele contar.

Sacude la cabeza para quitarle importancia, pero sigue taciturno.

—¿Tú sabes qué le pasaba a Lydia anoche?

Me sorprende la pregunta. No por el interés de Matt, que es obvio y un poco irritante, sino porque ayer Lydia estaba como siempre, que yo sepa.

—¿Le pasaba algo?

Se retuerce las manos y hace crujir los nudillos.

—Sí, estaba... No estaba tan altiva y afilada como en mi fiesta. Estaba más agradable, pero menos ella, ¿me entiendes?

—No, no te entiendo. Y eso es bueno, ¿no? Que esté agradable y no te destroce con su desinterés, su desprecio y su lengua viperina.

—No lo es si solo me trata bien porque ella no lo está. Y, además, su lengua viperina es mi parte favorita de ella. Y su desinterés y desprecio me la ponen dura, para darle algo interesante que hacer a esa lengua.

—¡Matt! —Hago una mueca asqueada y me alejo de él. Suelta una carcajada, pero no suena tan de verdad como suele hacerlo cuando se ríe de sus propios chistes—. Lydia estaba bien. No la conoces, solo te basas en lo que pasó en una fiesta, eso no establece una dinámica entre vosotros.

—Ya te digo que sí que la establece —me lleva la contraria—. Y, si hubiera estado bien, habría salido de fiesta con Oscar, con Sam y conmigo, en vez de largarse a casa poco después de que te fueras tú.

—¿Eso hizo?

Eso sí me resulta extraño. Lydia siempre parece dispuesta a volver a casa la última. Pero no he notado nada más allá de eso y puede que simplemente estuviera cansada.

—Veo que tienes menos idea que yo —murmura, molesto sin motivo.

—Hemos quedado luego con ellas, ¿no? Pregúntale, si tan preocupado estás —ofrezco la solución. Y pienso que yo también debería hacer lo mismo, preguntar—: ¿Qué te ha pasado? ¿Va todo bien con tu familia?

Se revuelve el pelo negro con una mano y cabecea suavemente. No parece muy convencido de querer hablar de esto. Es cierto que siempre le digo que debería buscarse otro sitio para dormir, y que vamos a empezar a cobrarle por la comida, la luz y el agua de la ducha, pero creo que debería saber que puede contar conmigo. Creía que lo sabía, aunque ahora no lo veo tan claro.

—Mi hermano ha vuelto a meterse en líos, otra vez. Tuve que ir a sacarlo. El problema es que esta vez la fianza era más alta y no he podido hacerlo sin que mi madre se entere. Así que ahora, por supuesto, el que tiene la culpa soy yo. Debería haber estado, debería haber hecho, tendría que estar ayudándolo a encargarse de todos los asuntos de mi padre, ya sabes.

Le doy una palmada en el brazo, como manera de reconfortarlo. El hermano de Matt es tres años mayor que él y, sin embargo, su madre siempre carga todo el peso de la familia sobre mi amigo. Lo hace porque es probablemente el único en el que se puede confiar, claro. El mayor de los chicos Vitale se parece demasiado a su padre, y por eso no para de hacer tonterías, meterse en líos y jugarse la libertad, justo igual que hizo su progenitor.

—Lo siento —digo, sincero—. No es justo que tu madre te cargue con la responsabilidad. Y menos cuando no sabes hasta qué punto los negocios de tu padre no van a terminar arrastrándote también. No debería querer eso para ti. Nosotros no queremos eso para ti. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites, ¿lo sabes?

Se mueve para empujarme con el hombro, como forma de cortar mi discurso.

—Estoy bien. —Vuelve a poner en pie las defensas y a colocarse la máscara—. Además, no seas tan bueno con todo el mundo o se aprovecharán de ti, Christian. Ya ves, yo ni siquiera pago el alquiler.

Suelto una risita ante su tono burlón. Le devuelvo el empujón con el costado.

—Hablaba en serio.

—Ya lo sé. —Me mira con cariño de forma fugaz—. Y ahora dime adónde vas y si has quedado con Beth otra vez.

Me levanto con ímpetu y recojo mi abrigo.

—He quedado con Beth otra vez.

Sale detrás de mí, apresurado, cuando dejo el cuarto y avanzo hacia la entrada.

—¿Y ya sabes lo que estás haciendo?

—Le estoy demostrando que el destino se escribe día a día, Matteo. Día a día.

—¿Eso significa que quieres acostarte con ella?

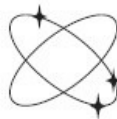
Le dedico una mirada de desdén.

—Por supuesto que quiero acostarme con ella. —Suelta una carcajada y yo sonrío de medio lado—. Pero no lo hago por eso.

Me dedica una última mirada cargada de significado antes de que yo abra la puerta dispuesto a salir de aquí.

—Ten cuidado, hermano. Hasta yo sé que hay sitios en los que es mejor no meterse.

Salgo para ir al encuentro de Beth con la advertencia de Matteo resonando demasiado en los huecos de esas cicatrices que ni el mejor tatuador puede cambiar de forma ni significado.



La veo aparecer cuando hace apenas un minuto que he llegado yo. Lleva ese abrigo que es por lo menos una talla más grande de la que necesita, y la trenza a un lado en la que tiene recogido el pelo desaparece dentro de la prenda, abrochada hasta arriba.

—¡Hola!

Me saluda con entusiasmo y un abrazo breve. Apenas me da tiempo a devolvérselo porque me cuesta reaccionar ante esa demostración de afecto tan desenfadada. Es raro, pero siento bien. Es como si algo hubiera cambiado en ella desde ayer tras nuestra sesión de karaoke, cuando me acorraló contra una pared y me dejó claro que no le hacía falta que fuera un héroe con ella. Y será mejor así, porque el título me queda muy grande.

—Hola —respondo, más comedido—. ¿Cómo ha ido lo del grupo de teatro?

Lanza un suspiro exageradamente dramático y echa a andar sin esperarme, aunque aún no le he dicho adónde vamos. Me mantengo a su paso mientras escucho la respuesta.

—Improvisar no es lo suyo, tampoco, así que no son de mucha ayuda.

—Estás de suerte, porque improvisar es exactamente lo mío.

Por supuesto, no lo es. Pero podría hacerme un experto si eso me diera más tiempo con ella. Estoy dispuesto a intentarlo.

Los ojos le brillan divertidos cuando reflejan los míos.

—Eres totalmente transparente, Christian —me acusa, y yo suelto una carcajada cuando dice mi nombre completo de la manera en que lo hace—. Tus mentiras se ven venir de muy lejos.

Me planto ante ella para obligarla a frenar la marcha y levanta la barbilla, desafiante, para sostenerme la mirada.

—Si tan transparente soy, ¿qué es lo que estoy pensando ahora?

Se acerca un paso más y lucho contra el impulso de retroceder, no quiero ser un cobarde.

—Estás pensando en alguna tontería mientras te esfuerzas por no pensar en eso que piensas cada vez que me ves.

Carraspeo suavemente y siento que el calor me sube por el cuello, y me baja..., sí, también me baja.

—¿Qué pienso cada vez que te veo? —la provocho un poco más.

—Que soy un reto muy difícil de superar.

Lo dice con toda la doble intención del mundo y lo sé. Eso de que no es fácil de superar es obvio, y no me refiero solo a su empeño por mantenerse de parte del maldito destino inamovible. Hace meses de aquello y aún no he podido olvidar lo que sentí al estar dentro de ella.

—Si supieras de verdad lo que pienso cada vez que te veo, Beth, tendrías las mejillas mucho más rojas y te sobraría ese abrigo.

Yo también sé jugar. Entreabre los labios para tomar una bocanada de aire y mis pupilas se concentran en ese punto, en el espacio entre ellos, en esa no premeditada invitación.

—Deberíamos movernos —advierto—. Es en esa dirección.

Le cuesta un segundo recuperarse, pero finalmente vuelve a adoptar esa actitud juguetona con la que ha llegado hoy.

—Imagino que estarás improvisando, ¿no? Ya que eres tan bueno y te gusta tanto.

Niego con la cabeza y escondo la sonrisa.

—No. Esto está planeado al milímetro, por eso deberíamos ir ya. Llegamos tarde.

Me sigue corriendo como un cachorrillo cuando consigo dejarla atrás con unas zancadas largas. Si no tengo cuidado acabaré haciendo algo de lo que es probable que tengamos que arrepentirnos. Digan lo que digan sus ojos, aún hay ciertos límites que no la creo capaz de traspasar conmigo. Y, como dice Matteo, hay sitios en los que es mejor no meterse.

—¿Adónde vamos?

Se mueve rápido para poder seguirme el ritmo y yo le dedico una sonrisa enigmática que la hace gruñir entre dientes, frustrada. Y a mí me hace tanta gracia verla así, que tengo que morderme la lengua para mantenerme serio y no hacerla rabiar más.

—Es en esa calle de ahí.

No dice nada hasta que estamos ante la puerta.

—¿Es una broma?

—¿Una broma? —repito—. ¿Por qué iba a ser una broma?

Pero en cuanto termino la pregunta me entran las dudas. Me preocupo. Me preocupo mucho. Porque ella me ha advertido muchas veces —sobre todo sin palabras— que necesita seguir aferrándose a esa vida que le ofreció el destino. Que no quiere cambiar nada. Es lo único que mantiene la esperanza.

El letrero de la puerta, con el dibujo de unas cartas del tarot, invita a entrar a quien sea tan valiente como para querer conocer lo que le espera. Aunque, más que una invitación, me suena un poco a amenaza.

—Si no quieres entrar, no...

—No. Quiero entrar —me corta, firme y decidida.

Encuentro sus ojos azules fijos en mí, sin ni un solo atisbo de duda.

—¿Segura?

—Lo más probable es que solo sea una charlatana —dice, solo medio en broma.

—Sí, es probable.

—¿Quieres conocer tu futuro, Christian?

Me río entre dientes.

—No, en absoluto. Yo no quiero saber nada. He reservado solo para el tuyo.

Hace una mueca decepcionada mientras sus pupilas me estudian con altanería. Chasquea la lengua antes de dar un paso adelante.

—Qué pena. Tan grande y tan cobarde.

Suelto una carcajada muy alta, y su risa, más comedida, inunda el local cuando empuja la puerta y nos colamos dentro. Nos quedamos serios cuando nos recibe el ambiente lúgubre y el penetrante olor a incienso.

Una mujer mayor, vestida con una túnica larga hasta los pies y un pañuelo en la cabeza, se asoma por detrás de una cortina.

—Hola, Beth —dice, mirándola solo a ella.

Beth y yo compartimos una mirada cómplice y veo en el chisporroteo de sus ojos que seguramente está mordiéndose la lengua para no reírse, justo igual que yo. Ha sido un buen primer contacto, eso de utilizar el nombre al que está hecha la reserva para saludar a la pobre inocente que viene a conocer su futuro, pero sé que no está para nada impresionada.

—Hola —saluda, educada y con una sonrisa tenue.

—Podéis pasar, está todo listo.

Doy un paso atrás cuando Beth da uno adelante y ella se vuelve a mirarme, con el ceño fruncido.

—Pasa tú, yo te espero.

Dibuja media sonrisa y tira de la manga de mi abrigo.

—De eso nada. Entra conmigo.

La sigo dócilmente, sin oponer resistencia, aunque no esté muy convencido de que sea buena idea. ¿Y si le dice algo que no quiere oír? ¿Y si al final toda esta pantomima resulta ser verdad y me entero de cosas que ella no querría contarme? Es demasiado íntimo y no sé si me corresponde estar a su lado. Pero ella no me suelta la manga hasta que estamos ante una mesa redonda, decorada con unas cuantas velas en el borde, y nos quitamos los abrigos para sentarnos frente a la pitonisa.

—¿Eres tú quien quiere conocer su futuro?

Me siento invisible cuando la mujer habla de nuevo con Beth y a mí me ignora descaradamente. Ya debe de imaginarse que yo soy quien ha reservado la cita por teléfono, pero ni me mira.

—Sí, a él le da miedo.

Suelto un leve bufido ante su burla y, a pesar de que no la veo, puedo sentir su sonrisa a mi lado.

La anciana le tiende una baraja de cartas grandes y hace un gesto suave para que las coja.

—Mézclalas, niña, y piensa bien en tu pregunta para que las cartas puedan responderla.

La miro de reojo mientras obedece. Lo hace con los ojos cerrados, muy concentrada. Hace solo un minuto que ha dicho que probablemente la pitonisa fuera solo una charlatana, pero me parece que se lo está tomando muy en serio, por si acaso no lo es. Vuelve a abrir esos ojos azules cuando deja la baraja sobre la mesa.

—Corta —le susurra la mujer.

Sus dedos planean sobre las cartas un tiempo largo y dubitativo hasta que se decide y las divide en dos montones. Me recuesto contra el respaldo de la silla, atento, cuando la adivina las recoge y va exponiendo las de un montón lentamente.

Toma aire con la primera y lo deja salir mientras alza los ojos, adornados con lo que claramente son unas lentillas violetas, y dedica una mirada llena de compasión a mi amiga.

—Veo las piezas, muchacha. Los rotos. Los desastres.

Sí que empezamos bien.

Pero la mujer esboza una sonrisa triste y sigue hablando sin apartar la vista de ella.

—La añoranza permanece, pero el dolor, eventualmente, se hace más llevadero.

Beth da un pequeño respingo a mi lado. Vale, yo tampoco esperaba que la cosa viniera tan fuerte.

La anciana vuelve a la baraja y saca otra carta. Su sonrisa se acentúa y asiente lentamente.

—Una decisión equivocada te lleva al sitio en el que debes estar. Encaja las piezas y da sentido al nuevo universo. Ah, sí. Veo a un hombre. Es muy guapo.

Ese debería ser yo. Y estoy dispuesto a alardear de ello durante mucho tiempo después de esta sesión.

—Tiene el pelo negro como la noche y los rasgos exóticos y hermosos.

Mierda.

¿Quién se ha creído esta bruja que va a pagarle? Debería hacerme un poco la pelota si quiere propina. Tarde, ya se ha quedado sin ella.

Lanza otra carta.

—Oh. Espera. —Aquí viene mi momento—. La carta anterior me ha mostrado claramente al hombre, pero en esta ya no está. Sea quien sea, no es para siempre.

Esto me gusta más.

Beth se remueve en su asiento.

—¿No es para siempre? —repite en un hilo de voz.

—Hay una neblina en la línea del amor, las cartas no me la muestran con claridad. —Coloca otra más cerca de nosotros y la golpetea con un dedo, satisfecha—. Aquí está la del éxito, niña. Las cartas dicen que lo vas a lograr. Hay dos personas a tu lado. Todo el tiempo, nunca se van.

Me da la impresión de que Beth ya no la está escuchando. Yo permanezco atento a todo lo que dice, por si algo me sirve para rebatir esas ideas locas del destino, pero no estoy muy seguro de que este experimento me dé la razón. Al parecer, éxito profesional, sobrellevar la muerte de su hermano y un hombre asquerosamente guapo con un pelo negro que envidio. Ojalá se le caiga antes de los cuarenta.

Soy muy consciente de lo mala idea que ha sido todo esto cuando la sesión termina y Beth camina hacia la salida con los hombros caídos y la mirada perdida.

—Niña. —La pitonisa la llama cuando estamos ya en la entrada. Ella se vuelve a mirarla—. Él está siempre contigo y te cuida. Dice que vuelas y que vuelvas a sentir las mariposas.

Se le desenchaja el gesto. Una sombra oscura que grita de dolor la envuelve en un momento. Puedo verla, puedo oírla, aunque no tenga sentido. Simplemente *es*. Y puedo porque, si bien yo soy el transparente, lo que ella está sintiendo ahora se refleja con claridad en sus ojos.

Sale corriendo. Y yo dejo el dinero de la sesión sobre el mostrador y me apresuro a correr tras ella.

—¡Beth!

Se vuelve hacia mí cuando casi estoy alcanzándola y me planta cara. Creía que la encontraría llorando y, sin embargo, su rostro se ha vuelto pétreo y me dedica una mirada tan fría que me hiela los huesos.

—¿Qué le has dicho? ¿Le has dicho lo que tenía que decir?

—¡No le he dicho nada! —me defiendo—. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué se supone que tenía que decir?

—¡Mi hermano! —grita, a un volumen tan alto que temo que todo el mundo vaya a dejar sus quehaceres para pararse a escuchar—. Fue lo último que me dijo. Lo último que dijo: «No te preocupes, volverás a sentir las mariposas».

Probablemente mi rostro también haya perdido el color.

—¿Cómo iba a saber yo eso? —pregunto en un susurro—. No me lo habías dicho, Beth. Oye...

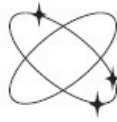
—¡No! —grita de nuevo cuando poso una mano suavemente sobre la manga de su abrigo y se aparta brusca, como si le quemara—. No puedo. Necesito... Lo he estropeado todo —murmura, para sí misma. Me dirige una mirada muy breve—. Te veo luego, tengo que irme.

Sale corriendo de nuevo y esta vez no la sigo.

Vaya cagada. Esto no podía haber salido peor. Estoy por volver ahí dentro y pedir la hoja de reclamaciones. Yo solo quería que le dijeran alguna tontería como que iba a tener diez hijos y poder decirle «¿Lo ves? Cada vez que se ve el destino es diferente», pero eso no ha ido según lo planeado. Y lo peor de todo no es que ella pueda decir que yo estaba equivocado, sino no haberlo estado del todo. Si su historia iba a tener algo de verdad, joder, debería haberla tenido toda. Ser tal y como ella esperaba, justo como ella quería.

¿Qué puedo hacer para arreglar esto?

Probablemente lo que debería hacer es echarme a un lado y no estropearlo todavía más, ¿verdad?



Cerca de una hora después entro en el bar en el que he quedado con mis amigos. Están ya todos aquí y yo busco a Beth, ansioso, pero no la encuentro. Me acerco hasta la mesa que ocupan, a un lado del local. Oscar y Sam están cuchicheando acerca de algo y se ríen juntos. Y Matteo está sentado junto a Lydia, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla de ella, que no para de poner los ojos en blanco y exagerar sus muecas de aburrimiento. Igual sí que existe una dinámica entre ellos, al fin y al cabo.

Los cuatro levantan la vista cuando me planto delante y apoyo las palmas en la mesa.

—¿Habéis visto a Beth?

Sam es la primera que alza las cejas en sorpresa y me evalúa como si no se fiara de mí.

—¿No se supone que estaba contigo?

Genial, ahora voy a tener a su mejor amiga en contra y ya me puedo ir olvidando de cualquier remota posibilidad de que ella me siga dirigiendo la palabra después de esto.

—No ha ido muy lejos, parece —me llama la atención Oscar.

Señala hacia la puerta con el mentón cuando lo miro. Me vuelvo como impulsado por un resorte. Ahí está. Clava los ojos solo en mí y se queda quieta, esperando. Voy hacia allí a grandes zancadas, sin importarme lo que nuestros amigos vayan a decir o pensar sobre nosotros.

—Beth.

Me coge del brazo y me arrastra con ella de vuelta a la calle. Me suelta en cuanto estamos en la acera y se pasea de un lado a otro, con la mirada baja y retorciéndose las manos.

—¿Estás bien? —pregunto—. Lo siento muchísimo, no debería haberte llevado allí.

Sacude la cabeza y me hace callar con una sola mirada.

—Yo lo siento, he... Me ha abrumado lo que ha pasado. Tú no tienes la culpa. No entiendo muy bien lo que significa todo esto, en realidad.

Doy un paso hacia ella y luego me obligo a parar y a mantenerme a una distancia prudencial.

—¿Por eso te hiciste el tatuaje?

Me mira a los ojos. Parpadea. Asiente una sola vez.

—Ha dicho que la línea del amor era confusa, ¿no?

—No te preocupes por eso —suspiro—. Que para ella estuviera confusa no significa que esa película de tu vida no tuviera razón, ¿no? Lo demás tenía sentido para ti, ¿o no?

Asiente con la cabeza, en movimientos rápidos y ansiosos.

—¿Era así? ¿El chico que viste? ¿Pelo negro? ¿Rasgos *exóticos*? —repito lo que ha dicho la

pitonisa.

Suelta un bufido.

—Me parece que es un poco racista —refunfuña—. *Rasgos exóticos*, ¿qué significa eso? En fin, supongo que sí. Moreno. Con algún ascendiente asiático, creo.

Fatalidad. No puedo definir esto de otra manera. A tomar por saco mis teorías y firmes creencias. Bienvenido a un mundo donde esta preciosa chica tiene un destino en el que no cabes, Christian, gracias por participar.

—Podría ser yo —digo, desenfadado, y fuerzo una sonrisa arrogante.

Se ríe bajito y oírla reír me destensa unos cuantos nudos que llevan una maldita hora machacándome los músculos.

—Te veo bastante rubio para eso.

—Llevo tiempo pensando en teñirme —rebato, burlón.

—¿Rasgos exóticos?

—¿Has visto alguna vez algo más exótico que esta nariz?

Suelta una risita de nuevo y yo sonrío de verdad esta vez. Estiro el brazo y paso las yemas de los dedos por el borde de su trenza.

—Siento haberte llevado allí, no ha salido exactamente como esperaba.

Asiente.

—No pasa nada. Al parecer todo es confuso y yo estoy cansada de tanto pensar. Quiero olvidarme. Quiero vivir. Quiero... solo quiero *volar*.

Lo dice con sus ojos clavados en los míos y un tono anhelante que me hace dar otro paso para acercarnos más.

Sus pupilas bailan divertidas al ritmo de las mías cuando me inclino hacia ella para proponer el siguiente paso:

—¿Improvisamos?

Noto que se muerde el labio. No me permito mirar, porque si lo hago no voy a poder resistirme mucho más.

—Improvisamos.

Mi estómago se da la vuelta con esa sola palabra.

Y entonces alguien se planta a nuestro lado, con un cigarrillo apenas empezado en una mano y una sonrisa pícara en los labios.

—Hablando de improvisar —se mete Lydia en la conversación—. Sam tiene una propuesta para mejorar nuestro talento para la actuación.

Lo siguiente que sé es que estamos sentados a la mesa con nuestros amigos y que Beth, de alguna manera, ha acabado junto a la pared, al lado de Samira, y yo en la otra punta, tan lejos que ni siquiera podemos hablar entre nosotros. Sam está poniéndonos al día de cómo ha organizado una cena para los seis, mañana en su casa, en la que vamos a participar en un juego de rol. Se trata de una «cena del asesinato», en la que cada uno de nosotros recibimos unas nociones

básicas de nuestros personajes y a partir de ahí todos tenemos que colaborar, cada uno interpretando su papel, para descubrir a un supuesto asesino. Parece divertido y, ciertamente, es una buena forma de practicar eso de improvisar.

Yo seré el que peor lo haga, porque hace rato ya que he desconectado de las explicaciones y solo me dedico a observar a Beth sin ningún disimulo. No puede decirse que ella esté siendo mucho más discreta, así que supongo que no le importa.

—Ay, me encanta la idea —oigo decir a Lydia, entusiasmada—. Y, por supuesto, hay que vestirse para la ocasión. Si nos metemos en el papel, lo hacemos bien.

—¿Te vendrá bien para la prueba de teatro, Beth? —pregunta Oscar.

—¿Eh?

Ella tiene que apartar la vista de ese paseo torturador por mis antebrazos, que ya empezaba a ponerme nervioso, y pedir a mi amigo que le repita la pregunta. Me trago una sonrisa de perversa satisfacción, porque sé que Lydia, y probablemente Matteo, están pendientes de nosotros dos.

—Lo ideal es hacerlo delante de público, pero sí, estará bien. Gracias por hacer esto por mí, chicos.

¿Delante de público? Miro alrededor. Yo diría que hay mucho público aquí. Me fijo en la chica que hay ante la vieja gramola que da nombre a este bar y me levanto y voy hacia ella, sin decirle una palabra a nadie de los que quedan en la mesa.

La mirada de Beth está fija en mí cuando vuelvo hacia ellos. Dejo que nuestras pupilas se enreden y se hablen del modo en que nosotros aún no nos atrevemos a hacer. Le dedico una sonrisa lobuna, decidida y sin titubeos. Si vamos a improvisar, pienso ir con todo.

Me quedo serio cuando llego delante de la mesa. Le tiendo la mano por encima de ella mientras nuestros amigos se quedan en un expectante silencio.

—No permitiré que nadie te arrincone.

Su azul brilla con diversión y emoción cuando entiende la referencia. *Dirty dancing*. Es un maldito clásico.

—¿Qué haces? —pregunta con una sonrisa de medio lado.

Pongo los ojos en blanco, sin dejar de tenderle la mano.

—Improvisa, Beth.

Su risa suena tan musical como la canción que empieza cuando pone la mano sobre la mía. Se levanta y sale de su rincón andando por encima de la madera de la mesa, sorteando los vasos de bebidas, al ritmo de la música. Sus zapatillas chocan contra el suelo en un ruido amortiguado cuando salta a mi lado.

—Esta no es la canción adecuada —me regaña, mientras termina de sonar la intro de *Hungry Eyes*.

Sacudo la cabeza y le dedico mi mejor sonrisa arrogante.

—Sí, claro que lo es.

Me suelta y se mueve caminando hacia atrás cuando empieza a cantar, tan alto que todos los

presentes dejan sus conversaciones para prestarle atención. La sigo, como si estuviera hipnotizado. No deja mis ojos. Y me dedica cada una de las palabras de la canción.

I look at you and I fantasize you're mine tonight.

Podría correrme en los pantalones solo con la manera en que lo canta... para mí.

El público es entregado. Y ella es una maldita estrella. Se mueve sensual sentada en la barra, camina sobre unas sillas que alguien coloca para ella, se acerca y se aleja, me toca, enreda los dedos en mi pelo, me aparta y me deja con ganas de más. Sus ojos y los míos gritan mucho más alto que la música. Ahora el local es su escenario y utiliza todo lo que encuentra en su camino para provocarme, para retarme, para seducirme, y yo la sigo mientras me canta a todo volumen que siente la magia entre ella y yo.

Es imposible no sentirla.

El público aplaude, silba y vitorea cuando la canción empieza a fundirse. Alguien se acerca a decirle algo. Ella me sigue mirando a mí, con las mejillas encendidas y una sonrisa en los labios.

Se me ha puesto dura. Y cualquiera que se acerque lo suficiente podría notarlo. Debería tomarme una bebida bien fría, salir a tomar el aire, o... Lo que de verdad quiero es apartar a esos admiradores que acaban de salirle (lo que no me extraña en absoluto) y besarla con todas las ganas que llevo acumulando desde que se largó de mi casa después de follarme y dejarme totalmente destruido. Quiero meterme entre sus piernas y devolverle el favor. Quiero follarla yo y que esta vez sea ella la que sienta esa necesidad infinita de mí. Aunque vuelva a ser yo el que esté dispuesto a caer de rodillas a sus pies y suplicar por más.

Algo empieza a vibrar en mis pantalones. No en sentido figurado, quiero decir de verdad. El móvil está sonando con una llamada entrante. Maldigo entre dientes y lo saco para poder comprobarlo.

Algo colapsa en mi pecho cuando veo que es mi hermana Lily. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es en Canadá?

Me abro paso hasta la salida de forma apresurada y descuelgo en cuanto piso la calle, para que no se agoten los tonos.

—Lily. —Tengo el corazón desbocado y un nudo en el estómago—. ¿Qué pasa?

—Hola —dice ella con esa voz suya tan dulce que tiene una nota de gravedad esta vez—. Chris, mamá no te ha dicho nada para no preocuparte, pero tenemos que hablar de papá.

Absurdamente perfecto

Beth

Miro el vestido que Sam ha dejado sobre mi cama. Es un bonito vestido de color marfil con flecos en todo el cuerpo, muy estilo años veinte. Y está bien, porque lo cierto es que esperaba que fuera más corto. Me llegará justo por debajo de la rodilla y de esa forma puedo ocultar la cicatriz. Estoy segura de que ha pensado en eso a la hora de elegirlo.

Dentro de poco llegarán los chicos para nuestra «cena del asesinato» y tengo la tripa encogida y un cosquilleo levemente incómodo cuando pienso en volver a ver a Chris. Ayer fue un día complicado. Terminó siéndolo para los dos. Mis emociones viajaron de un extremo a otro en solo cuestión de pocas horas y, cuando montó todo ese espectáculo de improvisación y me dio un público al que cautivar, yo realmente solo lo veía a él. Sentía tan adentro cada palabra que entoné para él que ni siquiera el miedo fue capaz de abrirse paso a la superficie. Me gustó sentirme así. Viva. Entera. Solo yo. Pero luego él recibió una llamada y, cuando salí a ver si estaba bien, lo encontré sentado en la acera y con los ojos vidriosos. No derramó ni una lágrima, al menos delante de mí. Las pruebas de su padre han revelado un daño en la columna bastante más grave de lo que pensaban. Tienen que operarlo para evitar que termine en una silla de ruedas, pero, por lo visto, también corre riesgo de no volver a andar tras la operación. Chris no me dejó consolarlo demasiado. Esta vez fue él quien reclamó su espacio para enfrentar su dolor a solas y se fue a casa después de pedirme que lo despidiera de nuestros amigos.

No me he atrevido a escribirle en todo el día para ver cómo está. Debería haberlo hecho. Creo que Lydia sí ha hablado con él y por eso sé que viene esta noche. Y yo no paro de pensar en qué posibilidades tengo de conseguir hacerlo sentir un poco mejor.

Samira entra en mi habitación sin llamar y cierra la puerta tras ella. Me mira en silencio durante unos segundos, hasta que le hago un gesto para que hable de una vez.

—Venga, ¿qué? —pregunto.

Conozco esa expresión. Se acerca a la cama y salta sobre el colchón, evitando el vestido. Se pone cómoda y, con los brazos tras la cabeza, me dedica una sonrisa traviesa.

—Tía, menudo espectáculo el de anoche, es que solo os faltó follar encima de la barra.

Pongo los ojos en blanco, como las treinta veces anteriores que me ha dicho lo mismo desde

que Chris se fue del bar. Recojo el vestido y cuelgo la percha en el tirador del armario.

—¿Por qué aún no estás vestida? —cambio de tema.

—Porque, obviamente, me parece mucho más importante pedirte explicaciones. —Se ríe y se incorpora para apoyarse en un codo y seguir mi movimiento por la habitación con la vista—. Lydia dice que Chris está *muy* loco por ti.

Lanzo un suspiro largo, me rindo y me dejo caer en la cama a su lado. Apoya la cabeza en mi hombro, acurrucada contra mí.

—Por favor, no me digas eso, me recuerdas por qué esto es tan mala idea.

—¿Mala idea? No tiene nada de malo dejarse llevar y terminar con la tensión sexual que os está matando a los dos, Beth. Es tan evidente que hasta dais un poco de pena. Oscar y yo lo comentamos todo el tiempo.

La empujo, pero no se aparta. Al contrario, se aferra a mi brazo para mantenerme cerca.

—Odio que hables tanto con Oscar y, sobre todo, odio que hables tanto con Lydia —digo, y es una broma, aunque no termina de serlo del todo.

Esta vez es ella la que suelta un suspiro largo, molesto y un pelín exasperado.

—En serio, Lydia y tú tenéis que hablar de una maldita vez.

—Ya lo hicimos.

—No lo hicisteis, solo rascasteis la superficie. No es tan mala. No ha sabido hacerlo de otra manera y, claro, la ha cagado con eso. Pero todo eso que pensábamos de ella no es verdad. No nos odiaba, no iba por ahí diciendo que éramos patéticas, y ella ha sufrido con todo lo que ha pasado también, y mucho.

—Eso ya lo sé.

—No lo sabes del todo.

Le doy un toque suave con el codo para que no insista.

—Está todo bien, Sam. Ya ves, nos toleramos, podemos estar con el mismo grupo de gente y no nos lanzamos cuchillos a la garganta.

—Pero es que...

—Me parece perfecto que volváis a ser amigas. Me alegro mucho, de verdad. Sé que la echabas de menos, aunque ya no sientas lo mismo que entonces. Pero a ti solo te dejó de lado porque no soportaba estar cerca de mí, así que nunca fue realmente un problema entre vosotras dos.

—Todos tus problemas son mis problemas —corrige ella, muy seria.

Me libro de sus brazos, que se aferran al mío como un koala, y me siento en la cama para mirarla desde arriba.

—Ahora tengo uno muy grande.

—Si es muy grande, no me parece que sea un problema —rebate, pícara. Se ríe a carcajadas cuando le doy un golpe suave en las costillas como represalia—. ¿No hablábamos del paquete de Chris? Qué pena. Oscar dice que...

—No quiero saber lo que dice Oscar.

Se ríe de nuevo, aún más alto.

—No hay ningún problema, Beth. Relájate, déjate llevar y que pase lo que tenga que pasar. Cuando aparezca Mister Destino será el momento de plantearte toda tu existencia, no antes. Podría tardar años, ¿sabes? Y ¿quién sabe lo que puede haber entre Chris y tú hasta entonces? De eso va la vida. Llevas demasiado tiempo sin permitirte vivirla de verdad.

Sé que tiene razón en eso. No paro de pensarlo últimamente. Estar cerca de Chris me pone difícil lo de pensar racionalmente, y su forma de ver el mundo me hace replantearme todos mis propios esquemas. Pero justo ahora, con lo que él también está pasando, puede no ser el momento de complicarnos.

—Deberías ir a cambiarte. —Doy por terminada la charla—. Llegarán los chicos y aún estaremos así.

Se pone en pie de un salto y corre hacia la puerta.

—¡Vamos, date prisa! Tenemos un asesinato por resolver.

Me quedo con una sonrisa en los labios cuando desaparece. Y me dedico a caracterizarme para meterme mejor en el papel.

Salgo al salón unos minutos después de oír el timbre. La voz de Sam, alta, proyectada, y con un pésimo acento francés, está dando la bienvenida a los recién llegados a su mansión del campo. Hago una mueca y me preparo para tomarme la actuación en serio. Al fin y al cabo, todo esto es por y para la improvisación, ¿no es así?

Entro quitándome una manta a modo de capa de encima de los hombros y la cabeza y todos se vuelven a mirarme.

—Buenas noches, señores. El acceso se está poniendo imposible con esta tormenta, ¿cómo han encontrado el camino?

Veo en un destello en los ojos de Sam lo muchísimo que le entusiasma que haya metido el recurso de la tormenta, pero se mantiene serio en su papel. Lleva una falda larga y una blusa, se ha recogido el pelo y tiene una copa en la mano.

—Oh, maravilloso. Ya ha llegado Lady Milton. Es la bailarina de la que le hablé, coronel Fraser —se dirige a Oscar con una sonrisa de perfecta anfitriona.

—Un placer, Lady Milton —dice este, y se acerca para besarme el dorso de la mano.

—Lo mismo digo, coronel. Pueden llamarme Darla.

Lanzo una mirada seductora hacia Chris, quien hace una leve reverencia y se quita el sombrero para presentarme sus respetos. Está elegante, con ese pantalón de traje y un chaleco sobre la camisa. Tengo que morderme la lengua para no reírme cuando veo lo adecuadamente que se han vestido los tres.

Oscar lleva una americana verde oscuro con insignias falsas pegadas en las solapas. Y Matteo va vestido de cura, totalmente de negro excepto por el alzacuello.

—Darla, me resulta usted familiar. ¿Viaja con la Compañía Nacional de Ballet?

Mis ojos se encuentran de nuevo con los de Chris tras su pregunta. Muevo la cabeza con suavidad para negarlo.

—No, llevo años afincada en Londres. Estoy segura de que le recordaría de habernos visto antes.

Doy un paso hacia él y le ofrezco la mano, con coquetería, para que deposite un beso en el dorso como ha hecho Oscar hace un momento. Lo hace despacio y sin dejar mis ojos.

—Edward Hopkins, para servirle.

Miro a Matteo.

—Padre.

Se acerca y me hace la señal de la cruz sobre la frente.

—Hija, el baile es un entorno para la perdición de las almas, estoy a su disposición si necesita una confesión, la absolución o un exorcismo.

A Sam se le escapa una risita, pero yo me esfuerzo para mantenerme en mi papel.

—Se lo agradezco, perdimos a una de nuestras compañeras hace un mes por las malas artes de un diablo de ojos oscuros. El vicio y la perversión son males que nos acechan cada vez más estos días.

—Su alma está a salvo esta noche, criatura.

Bajo la cabeza en un gesto de respeto.

—¡Ahí llega la baronesa! Bien, con ella ya estamos todos.

Lydia entra apresurada, con un vestido largo y elegante, el pelo recogido, perlas en torno al cuello, y la cesta con los gatitos en la mano derecha.

—¡Santa Virgen de la Tormenta! Pensaba que no llegaba a su casa, señora Ravenport. Me he visto obligada a traer a mis pequeños, espero que no le importe. ¡Oh, no podía dejarlos solos en la ciudad! Les aterrorizan las tormentas.

—Por supuesto, por supuesto, pase y refúgiase de la lluvia, baronesa.

Runa entra tras ella, lanzando maullidos como forma de reclamar a sus hijos, y Lydia deja la cesta en un rincón.

Sam se pasea entre nosotros haciendo las debidas presentaciones. Creo que todos al principio intentamos mantenernos muy serios en nuestros papeles (excepto Matt), pero pronto empezamos a soltar cosas cada vez más y más surrealistas solo para ver cómo responden los demás. Esto está siendo divertido. Mucho más de lo que esperaba.

—Se preguntarán ustedes por qué les he llamado con tanta premura y les he pedido que vinieran solos. Sé que el barón Smith no suele permitir que usted viaje sola, baronesa.

—Ese viejo gruñón. Esté usted tranquila, señora, estará entretenido con las chicas del servicio —farfulla Lydia.

—Como saben, mi marido está indispuesto —sigue Sam—. Aunque dijo que nos acompañaría más tarde en la cena si encuentra fuerzas para ello. Bien, la cuestión es que hace poco fuimos víctimas de un robo.

—¿Un robo? —repito, con la voz una octava más alta, asustada, y me llevo una mano al pecho.

—No se llevaron nada, pero dejaron la casa hecha un desastre.

—Vaya, cuánto lo lamento. ¿Qué tiene esto que ver con...?

La luz se apaga de repente y Lydia incluso chilla de verdad por la impresión. Todos empezamos a movernos de un lado a otro, arrastrando las sillas, haciendo ruido y soltando cosas como «¿qué ha sido eso?», «debe de ser por la tormenta».

De golpe me encuentro en los brazos de alguien y el olor de Chris me invade por completo y me nubla un poco el buen juicio. Pongo las manos sobre sus hombros y los acaricio lentamente por encima de la camisa.

—No tenga miedo, Darla —susurra en la oscuridad—. Finge muy bien no conocerme y yo no puedo olvidar nuestro encuentro de hace unos meses. La tengo a usted muy metida en la cabeza.

—Sería una lástima, señor, que su esposa se enterara de sus escarceos.

—He pedido el divorcio.

Suelto una risita. Dejo que mis dedos se entierren entre su pelo. Luego cambio el tono por completo y le hablo como Beth, fuera del personaje.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Tu padre?

—Estoy bien —me corta al mismo volumen—. En serio, no te preocupes.

Sus manos acarician mi cintura sobre el vestido y las mías descienden por su cuello en apenas un roce.

Su respiración se hace algo más pesada. Y quiero... Podríamos quedarnos así, a oscuras y muy juntos, toda la noche.

Pero nos apartamos y volvemos a nuestros roles cuando Sam vuelve a dar la luz —ni idea de cómo ha montado todo este espectáculo— y se presenta ante nosotros con el gesto exageradamente desencajado y la camisa manchada de rojo.

—¡Mi marido! ¡Alguien ha apuñalado a mi marido! Y el asesino está entre nosotros.

Me dan ganas de aplaudirle, de verdad. Pero, en vez de eso, pongo un gesto horrorizado y sigo el juego, como todos los demás.

A partir de ahí se desata la locura, pura actuación y mucha improvisación con la que disfruto más de lo que he sido capaz de hacer jamás. Mis amigos son sorprendentemente buenos para no haber hecho esto nunca. Los interrogatorios, los secretos saliendo a la luz. El pasado truculento del cura, los problemas económicos del coronel, la obsesión desmedida del señor Hopkins por las mujeres y el juego. Ah, y nuestra querida baronesa, planeando abandonar a su marido y huir con la víctima de nuestro caso. La bailarina, hija ilegítima del fallecido, que guarda más de un secreto. En concreto la relación inmoral que mantiene con la esposa de su padre. Por supuesto, soy la asesina. Pero no les es tan fácil pillarme como me temía, así que espero que todos admitan que soy una buena actriz.

Continuamos con nuestros personajes incluso cuando se ha resuelto el misterio y hemos

terminado de cenar, solo por reírnos. Y nos reímos mucho. El cura y la baronesa se tiran los trastos de una forma que seguro que es pecado. Y yo, la bailarina, no puedo apartar los ojos de ese hombre con el que tuve un encuentro hace unos meses, por muy enamorada de la viuda que esté. Creo que todos lo notan. Aunque las miradas que nos lanzamos Chris y yo por encima de la mesa son lo único sobre lo que se guarda silencio y nadie se burla.

Terminamos con unas cervezas y la loca idea de hacer un viaje juntos el fin de semana que viene a la casa que los Rivera tienen en la playa. Es Halloween y Sam dice que hay que llevarse los disfraces e ir a la fiesta que hacen todos los años junto al muelle. Estuvimos allí alguna vez cuando éramos más crías, cuando éramos las tres una piña, antes de... antes de todo lo demás. Matteo dice que él ofrece el coche, un monovolumen con siete plazas en el que cabemos todos sin problema.

Luego nos ponemos a achuchar a los gatitos. Todos, menos Chris y yo, tienen uno en brazos. Aunque yo lo compenso haciéndole carantoñas a *Runa*.

—¿Podemos tener uno? Por favor, por favor, por favor —suplica Oscar haciendo pucheros.

Su amigo tuerce el gesto, pero no contesta.

—No me importa compartir el sofá —bromea Matt mientras juega con *Cosmos*, que está boca arriba en el regazo del italiano.

—Una compañera de clase y su novio van a llevarse a dos. Quieren un macho y una hembra y por las fotos les gustan *Cosmos* y *Fortuna*, aunque aún no se han decidido —les cuenta Sam—. Sería perfecto si adoptarais a *Ouija*.

Oscar la levanta, como si fuera el pequeño *Simba* en la peli de Disney, y la pone delante de la cara de Chris. Es preciosa, con ese pelaje gris perla y las puntas de las patitas blancas. Creo que es la más bonita de los cuatro.

—Chris, por favor, quíereme. Podré ir a vivir con vosotros después de Navidad. Maullaré muy bajito y no me mearé jamás en tu almohada —dice el chico por ella, con voz aguda.

El rubio se limita a soltar un gruñido y luego lo veo sacar el móvil con el ceño fruncido y trastear con él.

Me uno al resto para hablar de los gatos y de lo rápido que están creciendo y lo mucho que avanzan en cuestión de días. Creo que queda fuera de toda discusión que *Tarot* se va a quedar a vivir con nosotras y con *Runa*, así que Oscar no intenta cambiar de gato por si así convence a su compañero de piso.

Y, mientras nuestros amigos siguen con eso, veo que Chris se levanta y se escabulle en silencio hacia la terraza.

Creo que intercambiaba mensajes con su hermana, por lo que me contó anoche.

Me quedo en mi sitio, aunque abstraída por completo de la conversación. No quiero salir ahí y robarle su tiempo a solas si es que lo necesita. Pero mi prudencia solo dura unos minutos y enseguida me puede la impaciencia y me retiro en silencio, sin llamar la atención de los demás, y salgo a la terraza para ir a su encuentro.

Está ahí, con los brazos sobre la barandilla y la cara vuelta hacia el río. Se mueve para mirarme cuando me oye dar un paso fuera y fuerza una sonrisa leve.

—Oye, ¿por qué odias a los gatitos?

Se gira del todo y la comisura de la boca se le eleva, esta vez de verdad, cuando se encuentra con mi mirada acusadora. Bien, al menos puedo distraerlo.

—Yo no odio a los gatitos.

—Menos mal, porque, si no, serías un monstruo.

Suelta una risita grave y yo me acerco despacio hasta quedar frente a él.

—No soy ningún monstruo.

—Tendrás que demostrarlo achuchándolos un rato cuando volvamos a entrar. —Pongo condiciones.

Sacude la cabeza lentamente.

—No quiero entrar todavía.

Se acerca un poco más y tengo que alzar la barbilla para que nuestras miradas sigan conectadas.

—¿Estás...?

—Estoy bien —responde en un suspiro.

—¿Seguro? Porque con todo eso de la improvisación y las tonterías de esos que llamamos «amigos», ya sabes... Está siendo una noche absurdamente divertida y tú has tenido que salir aquí a estar solo.

Frunce un poco el ceño, aunque puedo notar que su boca sonríe.

—¿Por qué siempre dices eso? Ni siquiera sé si es bueno o malo.

—¿El qué?

—Eso de que las cosas son *absurdamente* lo que sea. ¿Qué demonios significa? ¿Es algo bueno? ¿O es una incredulidad que roza el desprecio?

Suelto una risita. Luego me muerdo el labio. Soy consciente de que a sus ojos les cuesta mantenerse en los míos y no caer a mis labios. Les permito algún pequeño desliz porque comprendo la tortura.

—Para mí quiere decir que algo es tan increíble que roza lo irreal. Como si fuera demasiado para ser solo de este mundo.

—Y yo soy «absurdamente bueno» dibujando.

Recuerdo haber dicho algo como eso en un email cuando me mandó los primeros bocetos. Siento cómo se me colorean las mejillas porque empiezan a arder.

—Lo eres —admito a media voz.

—Y esto, entre tú y yo, es «absurdamente normal» —repito lo que dije en el karaoke.

—Se supone que es algo bueno —me justifico.

—Y, por ejemplo, se podría decir que yo soy *absurdamente* guapo.

Yo nunca he dicho eso, pero no puedo evitar que se me escape la sonrisa. Sus ojos bajan

rápido hasta ese punto y sonrío también, de una forma distraída, como si no fuera del todo consciente de ello.

—Podría llegar a decirlo si así consigo que no estés triste. Dime qué puedo hacer para hacerte sentir mejor —pido en un murmullo.

Alza la mano hasta rozarme la línea de la mandíbula con las yemas de los dedos. Oigo cada latido a un volumen ensordecedor y me cosquillea la piel por todas partes, no solo en el punto de contacto. Acaricia despacio, hasta que su pulgar dibuja con mimo el contorno de mi labio inferior.

—Tu sonrisa me hace sentir mejor —susurra.

Doy un paso adelante. Me pongo de puntillas y acerco los labios a los suyos hasta tocarlos. Es suave al principio. Me abro paso con tiento, pidiendo permiso sin palabras, mientras siento cómo responde con la misma ternura y el mismo cuidado. Luego presiono con más fuerza y atrapo su labio inferior. Y entonces él pone una mano en mi nuca y me atrae con firmeza. Con ganas. Me amoldo a la nueva necesidad que nace como una llama y se transforma veloz en un incendio.

Y el beso, además de inevitable, es absurdamente perfecto.

Aire puro

Beth

Matteo toca el claxon insistentemente en la calle, y no deja de hacerlo ni cuando nos ve salir del portal cargadas con nuestras maletas. Chris y Oscar se bajan para echar una mano, pero el italiano se mantiene en su sitio tras el volante, con la ventanilla bajada, un brazo tatuado apoyado en el hueco y una sonrisa arrogante que es lo más llamativo de su cara oculta tras unas enormes gafas de sol.

Cruzo la mirada con Chris cuando se acerca a ayudarme con mi equipaje y siento el rubor, en todas partes. Él está tranquilo, me dedica una sonrisa relajada y carga mi bolsa en el maletero, encajándola entre las que ya hay allí y la que acaba de meter Oscar. A mí me tiemblan las rodillas, pienso que está guapísimo —algo que no había hecho nunca antes a pesar de todo—, y se me amontona en la garganta el millón de cosas que debería haberle dicho después del beso que nos dimos en la terraza hace seis días. Ni siquiera pudimos hablar después de eso, porque estábamos con todos nuestros amigos. Y luego no sé si me ha estado rehuyendo él, si he sido yo, o si hemos sido los dos, incapaces de enfrentarnos a ese punto de no retorno que parecemos a punto de cruzar. Nos hemos encontrado en el campus algún día, sí, y también hemos hablado por mensajes de la escenografía para el monólogo, para la que él tiene un montón de ideas buenísimas. Pero nada de si lo que pasó ha cambiado algo, nada de si estuvo bien o fue un error, nada sobre si nos gustaría repetir. Aunque, ¿no es demasiado obvio que sí?

Sam y Oscar saltan dentro del vehículo y se empujan hasta sentarse juntos en los asientos del fondo. Son como unos niños traviesos en una excursión escolar.

Matteo echa un vistazo hacia los tres que quedamos fuera y se quita las gafas de sol de un tirón para ofrecerle a Lydia una mirada seductora.

—Las diosas van en el asiento del copiloto, *amore*.

Mi compañera de piso gruñe:

—No me llames *amore*.

—¡Pero sí que puedes llamarla diosa! —grita Sam desde el asiento de atrás, y Oscar y ella se parten de risa y empiezan a soltar tonterías, metiéndose con Lydia y su innegable vanidad.

—Vamos, eres la que sabe el camino, eres la copiloto. *Mia cara*, se nos hará de noche si nos

perdemos. Serás la luz que me guíe. —Le guiña un ojo.

A pesar de ir farfullando, Lydia obedece y ocupa el asiento a su lado.

—Deberías poner el navegador, Matt —se burla Chris cuando se sienta tras su amiga.

Ella se vuelve para intentar pellizcarlo y él tiene que revolverse para evitarlo mientras se ríe.

Ocupo el último asiento, detrás del conductor, con Chris al lado, separados solo por un estrechísimo pasillo de unos centímetros. No sé cómo puede reírse así, como si nada, estando tan cerca.

Puede que mi nerviosismo no se deba solo a su presencia, claro. No me gustan demasiado los coches. Hace mucho tiempo que ya no. Y, aunque lo llevo bastante bien normalmente, cuando tengo que coger un taxi, por ejemplo, aún hay ocasiones en que la ansiedad se abre paso y me pesa en el pecho. Me costó mucho volver a subirme a un vehículo después del accidente. Tuvo que ser Sam, como en todo lo demás, la que tuviera la paciencia suficiente para ayudarme a enfrentar mis miedos. Ella y el coche de su padre fueron mi herramienta de terapia durante largos meses hasta que pude soportar que me llevara de su casa a la mía por carretera. Me fío de Sam. Un coche con ella al volante es en cierta forma un lugar seguro. Pero con Matteo...

—Eh. —Chris me habla en un susurro a mi lado. Sus ojos castaños están muy atentos a mí cuando los enfrento—. ¿Estás bien?

Asiento, demasiado rápido para que sea creíble.

—Me ponen un poco nerviosa los coches —confieso, en voz baja.

Me mira como si lo entendiera. Con comprensión, con ternura, y con algo más que no sé cómo interpretar. Estira la mano hacia mí, aunque no llega a tocarme.

—No te preocupes. Matt es un desastre en casi todo lo que hace, pero conduce bien. Te lo prometo. Y, si lo necesitas, puedes cogerme de la mano.

Su sonrisa es ladeada y burlona cuando suelto un bufido bajito ante esa oferta a la que ha dado un tono divertido. Me vuelvo para mirar por la ventanilla. Pero antes de que le dé tiempo a retirar la mano por completo, cuando Matteo encara la salida de la ciudad, la cojo entre las mías y me la planto en el regazo. Sé que sonrío, aunque me esfuerce por no mirarlo. Relaja el brazo y me presta su mano para todo el tiempo que la necesite.

Puedo oír cómo Oscar y Sam no dejan de cuchichear en el asiento de atrás. Solo espero que no estén hablando de nosotros.

Me acostumbro muy rápido al peso y el calor de la mano de Chris entre las mías. Me gusta la sensación. Me ayuda a mantener a raya la ansiedad. Me vuelvo a mirarlo después de un rato. Está relajado, con la vista perdida a través de la ventanilla, con la cabeza apoyada en el asiento y vuelta hacia ese lado. Hoy no lleva camisa, viste vaqueros claros y una chaqueta verde abierta sobre una camiseta blanca y gris. Me permito observar su perfil por unos segundos. Los mechones de pelo rubio oscuro que le acarician la frente y la sien, las pestañas claras, esa nariz *exótica*. Sonríe al recordar esa conversación. Y luego paso a la forma de sus labios.

Vuelve la cara hacia mí justo cuando estoy en eso, y aparto la vista a toda velocidad. Mueve

la mano para acariciarme la palma. Me hace cosquillas, lentas y agradables, y yo siento como si me acariciara mucho más que solo unos centímetros de piel.

—Me imagino que tú no conduces.

Busco sus ojos cuando lo oigo hablar. Niego con la cabeza una sola vez.

—Nunca aprendí. Y no me pareció necesario sacarme el permiso de conducir si no iba a querer acercarme a un coche nunca más —murmuro tristemente.

Me callo que aquel verano Dylan tenía planeado enseñarme. Quizá eso también tenga que ver en mi negativa a apuntarme a clases de conducir.

—Yo podría enseñarte algún día, si quieres.

Bajo la mirada ante su ofrecimiento. No sé si podría con ello. Me encojo de hombros y me trago un suspiro.

—A lo mejor algún día —digo sin comprometerme.

Hace que nuestras manos se rocen con mimo otra vez. Y yo dejo que mis ojos se pierdan en ese contacto, en la unión de su piel y la mía, y me dedico a jugar con sus dedos el resto del trayecto.

Así como Oscar y Sam van todo el tiempo bromeando y riendo en la parte trasera, Lydia y Matt no dejan de discutir ahí delante durante todo el camino hasta la casa de la playa. El italiano la llama por mote cariñosos en el idioma de sus antepasados y ella lo insulta. No se ponen de acuerdo en la música. No se entienden cuando se hacen necesarias las indicaciones en los cruces. Y ya ni siquiera parecen soportar la presencia del otro cuando Matteo aparca el coche en la entrada y apaga el motor. Quizá por eso Lydia salta fuera y se aleja lo más rápido que puede de aquí.

El conductor baja y se estira, despreocupado.

Oscar asoma la cabeza por entre los asientos y nosotros nos soltamos las manos cuando somos conscientes de que aún seguimos con ellas entrelazadas.

—Esos dos o se matan este fin de semana o follan. Hagan sus apuestas.

—Follan —responde Sam detrás de mí. Me da un golpecito en el asiento con el pie—. Venga, bajaos y dejadnos salir.

Tenemos que cargar también con el equipaje de Lydia cuando metemos todo en la casa, porque ella ya está dentro abriendo cortinas y ventanas.

Siento un ramalazo de nostalgia cuando cruzo la puerta principal y me encuentro en el enorme espacio abierto que conforma la planta baja. He pasado tantos fines de semana de verano aquí. Con los Rivera, con mamá y con Dylan. También con Sam, a veces. Echo de menos a la chica inocente que era cuando salíamos corriendo en dirección a la playa y solo regresábamos cuando el sol desaparecía, para luego volver a salir a la luz de la luna.

—Arriba hay tres cuartos —informa Lydia a los chicos—. He pensado que Beth y Sam pueden compartir el de mis padres.

Las dos asentimos conformes.

—Yo puedo dormir donde duermas tú, *amore*. Ningún problema en absoluto con el espacio —la provoca Matt.

—Vaya, me habían dicho que te gustaban los sofás, así que te había reservado este —señala Lydia con expresión altiva—. Puede hacerse cama. Una mejora considerable de tu estilo de vida.

—¿Cabes tú en él, *bella dea*?

—Ni siquiera tus sueños son suficientes para contenerme —rebate ella, desafiante.

Están tan cerca que creo que todos los demás sentimientos que sobramos.

—Todo termina entrando bien con un poco de lubricante, y mis sueños contigo son muy húmedos, Lydia Rivera.

Miro a Chris y él me devuelve la mirada, con la misma expresión de incredulidad que debo de lucir yo. ¿Qué hacemos aquí con estos dos?

Lydia lo fulmina con la mirada y se da la vuelta, para darle la espalda.

—Sigue soñando, Matteo, porque es la única manera en la que vas a poder tocarme.

Se va escaleras arriba, tras hacernos una seña a los demás para que la sigamos. Miro a Matteo, que observa cómo se aleja de él con una sonrisa de perversa satisfacción. Muy pagado de sí mismo.

—Joder, la amo —dice en voz alta.

Chris y Oscar sueltan una carcajada al unísono.

Los chicos han intentado negociar el reparto de habitaciones para ser más justos con Matt, pero Lydia sigue insistiendo en que el italiano duerma en el sofá y los otros dos en la habitación de invitados con dos camas. Matteo, sorprendentemente, parece estar de acuerdo y no protesta en absoluto.

Luego los seis nos vamos a dar un paseo por la playa.

Es raro estar de nuevo aquí, pero me gusta. Es como volver a casa después de un día duro. Como recuperar ese lugar donde un día fuiste feliz y los recuerdos se han mantenido intactos a pesar del tiempo y sus inclemencias.

Avanzo con los demás, disfrutando del alboroto, de sus risas y sus bromas. De la fresca brisa marina revolviéndome el pelo y el tacto de la arena helada en los pies.

Sam se ha subido sobre la espalda de Matteo y el italiano corre con ella hacia el mar y amenaza con tirarla al agua mientras ríen. Oscar está demostrando sus dotes de gimnasta, intentando dar volteretas laterales que no le salen demasiado elegantes. Chris pasa el brazo por los hombros de Lydia y se inclina para decirle algo, probablemente relacionado con Matt por la manera en que ella reacciona, dándole un codazo y haciéndolo reír a carcajadas.

Doy unos pasos hacia la orilla y me paro, contemplando el horizonte. No me importa quedarme atrás. Quiero solo un minuto para respirar hondo y cargarme de esta energía. De quien era cuando estaba aquí. De quien soy ahora. De quien ellos me están ayudando a ser, por fin. Mientras mi interior vuelve a despertar poco a poco tras años en estado de letargo.

No tardo mucho en sentir su presencia justo detrás de mí. Me concentro en la sensación de su

calor en la espalda, en su olor cítrico y fresco, en la manera en que mi estómago se encoge y bulle en anticipación cuando se acerca.

—Me encanta la playa en invierno —murmuro, antes de que él diga nada.

—Aún estamos en otoño.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Es absurdamente algo, ¿no?

Se me escapa una risita.

—Vamos, Chris, déjate conquistar por la costa. Respira el aire puro.

Puedo sentir cómo baja la cabeza y acerca la boca a mi oído. Me da un escalofrío cuando su aliento cálido me roza el lóbulo de la oreja.

—El aire puro está sobrevalorado. Yo me muero por besarte otra vez hasta que nos quedemos sin él.

Se me eriza la piel desde el punto contra el que habla hasta los dedos de los pies. Mi corazón se vuelve loco y errático. Y el calor, ¿de dónde sale tanto calor? Siento que voy a arder en llamas si no me vuelvo hacia él y lo hago de una vez. Y si lo hago... si lo hago solo arderé más rápido.

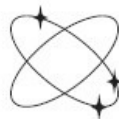
—¡Beth! —grita Sam desde algún punto en la distancia—. ¡¿Te acuerdas de la caseta del vigilante?! ¡Corre! ¡Vamos!

Me vuelvo hacia donde están. Ya está arrastrando a Lydia, entre risas. Se me escapa la sonrisa, aunque algo chirríe y se encasquille por dentro. Aquella caseta donde solíamos escondernos. Donde nos emborrachamos por primera vez. Donde di mi primer beso el verano de los catorce años. Donde Dylan grabó nuestros nombres con una vieja navaja del padre de Lydia que teníamos prohibido coger.

Chris sostiene mi mano, tira suavemente de mí y me guiña un ojo antes de empezar a andar.

—Vamos —dice.

Y me acompaña en silencio hasta allí.



Creo que ya imaginábamos que la cantidad de alcohol que han traído los chicos sería un problema en algún momento. Empieza a serlo en casa por la noche cuando Matt ya ha bebido demasiado y se pone a lanzarnos preguntas que tenemos que responder a no ser que queramos bebernos un chupito de algo extremadamente fuerte y extremadamente asqueroso que le ha dado por comprar y cargar en el coche.

—Beth. —Me señala con un dedo cuando me toca el turno—. ¿Qué preferirías: que te cortaran un brazo o que te cortaran la lengua?

—Un brazo —respondo sin dudar.

Es fácil tomar este tipo de decisiones cuando nadie va a cortarte nada de verdad.

—Chris —continúa el italiano—, ¿qué preferirías: que te cortaran la po...?

—Cualquier cosa que vayas a decir después de eso —elige él sin dejarle terminar, y los demás se parten de risa.

—Sam, ¿qué preferirías: comerte un gusano o comerte un vómito de gato?

—Eso es asqueroso —protesta Lydia.

—Runa se lo come, no debe de ser para tanto —bromeo.

—Paso, me como el gusano —elige mi amiga.

—Oscar, ¿qué preferirías: comerte un plato llenito de brócoli...? Oscar odia el brócoli —dice en un inciso para nosotras, con una mano tapando un lado de su boca como si así Oscar, que está a su lado, no pudiera oírlo—. ¿Un plato de brócoli o comerte un co...?

—¡Matt! —exclaman Chris y Oscar a la vez, disgustados por lo ordinario que es su amigo.

Él se ríe, sin ninguna vergüenza.

—Me como el plato de brócoli —elige Oscar, aun así.

—Luego dicen que las lesbianas son radicales —bromea Sam—. No, a mí no me mires —advierte a Oscar—. Matt, si me preguntas qué clase de genital prefiero comerme, yo te aviso de que no voy a ser capaz de decidirme.

—¡Me gusta esta chica! —grita Matteo al tiempo que da una palmada. Luego señala a Lydia—. *Amore*, ¿qué preferirías: no volver a follar nunca en tu vida o una noche muy salvaje conmigo?

—Vaya, de repente ha dejado de interesarme el sexo —murmura ella.

—Mentirosa —ronronea él.

—¡Que se beba un chupito por mentirosa! —se pone Sam de su parte.

Lydia se lo bebe sin protestar, lo cual deja bastante claro que no tiene problemas en admitir su mentira. Creo que Oscar tenía razón: estos dos van a matarse o a enrollarse y cada vez me parece más y más probable la segunda opción.

—Beth, ¿qué preferirías...?

—¿Cuándo te toca el turno a ti? —corto la nueva pregunta de Matteo.

—Matteo, ¿qué preferirías: que te hiciera una mamada y no volver a tener la posibilidad jamás o poder seguir soñando que algún día te dejaré hacerme lo que quieras?

Matt gime derrotado, se lleva la mano al corazón como si Lydia acabara de arrancárselo del pecho y se deja caer contra el respaldo del sofá. Luego se recupera y la mira con intensidad.

—Elijo la mamada y apuesto a que después suplicarás mucho más.

Lydia suelta un resoplido indignado. Se inclina sobre la mesa para rellenar los vasos de chupito de todos hasta el borde y luego me mira a mí con los ojos brillando, no sé si por el alcohol o por las malas ideas.

—Se acabó el «qué prefieres», ahora vamos a por el verdadero juego de la verdad. Beth, contesta o bebe, ¿a quién de esta habitación te gustaría llevarte a la cama esta noche?

Cojo el vaso y le doy un par de vueltas entre los dedos mientras los demás me observan. Hago amago de beber, pero no llego a hacerlo. Dejo el vaso sobre la mesa con un golpe sordo y respondo:

—A Chris.

Nuestros amigos sueltan unos silbidos muy altos y desagradables, y siento *su* mirada atravesándome. No lo miro. Me mantengo firme y serena, sentada en el suelo ante la mesa baja.

—Chris —lo llama Oscar—, misma pregunta.

Entonces sí que lo miro. Él me sostiene la mirada y sonríe de medio lado, henchido de arrogancia. Supongo que pretende hacerme rabiar, pero esa actitud de amo del mundo hace cosas muy diferentes con mi cuerpo. Se inclina hacia mí, coge su vaso de la mesa, se lo lleva a los labios y se bebe el contenido de un solo trago.

Las burlas de nuestros amigos nos dan banda sonora mientras nos sostenemos la mirada un poco más. Luego soy yo la primera en apartarla.

Capullo.

El juego sigue entre los demás. La tensión entre Lydia y Matt es tanta que temo que, al final, vayamos a saltar todos por los aires si alguno de los dos da un paso en falso. Oscar y Sam se encargan de equilibrar esta balanza de hormonas descontroladas que danzan a nuestro alrededor.

Me escapo para ir al baño un rato después. Llevo todo el día con las lentillas y empiezan a molestarme, así que aprovecho para quitármelas y tengo que volver al grupo con las gafas puestas. Esperaba alguna pulla y un poco de cachondeo por eso, teniendo en cuenta todo lo que han bebido, pero Oscar dice que me quedan muy bien, y no hay más comentarios al respecto. Al menos, hasta que Chris se inclina hacia mí y habla en voz baja.

—Agradezco que no lleves casi nunca esas gafas.

Le lanzo una mirada de advertencia de medio lado.

—Vaya, ¿ya no quieres ser mi amigo? —lo provoco, burlona—. ¿He perdido mi encanto por ser miope?

Se acerca más hasta ser capaz de susurrar en mi oído:

—Si te hubiera visto con ellas antes, ya me habrían vuelto loco las ganas de follarte. Y no, Beth, yo ya no quiero ser tu amigo.

Me da un beso en el cuello, con mordisco incluido, cálido, húmedo y prolongado.

Mi cuerpo grita sus exigencias, y tengo que separar los labios para ser capaz de seguir respirando.

Chris se aparta, me lanza una mirada intensa y anhelante, y luego vuelve a su pose indiferente y me deja con muchas ganas de más.

Las reglas del juego

Chris

No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar esta tensión. Las miradas. Las sonrisas cargadas de promesas veladas. Los roces «casuales» rebosantes de intención. Va a acabar por matarme.

Anoche me fui a la cama empalmado. Oscar se dio cuenta, claro, y sus burlas me han llevado de vuelta directamente a los quince, cuando esto nos pasaba a menudo a cualquiera de los dos y no nos ahorrábamos los comentarios crueles. Incluso me sugirió que me fuera al baño y dejara de sufrir tanto —entre otros consejos menos prácticos pero que le hacían mucha más gracia—, pero no quiero ser el perverso que se pajea en casas ajenas. A lo mejor debería haber ido hasta la habitación principal y pedirle a Sam que me cambiara el sitio. No lo hice porque no estoy muy seguro de querer que esto sea así, rápido y apresurado, conteniéndonos para no hacer demasiado ruido en una casa llena de gente. No, necesito que sea mejor que la última vez. Que lo sea todo. Que, después de nosotros, no pueda imaginarse deseando nada más.

Y, si la noche fue complicada, el día ha sido una tortura lenta y desquiciante. Incluso mientras dábamos un paseo por el pueblo no he podido parar de mirarla, de imaginar, de desearla. Pero, ah, eso no es lo peor. No, qué va. Hay algo mucho más preocupante que me atormenta, que cae gota a gota sobre mi mente y me ahoga todo pensamiento racional. Es la manera en que me hace sentir cuando sonrío. El soplo cálido en el corazón cada vez que los ojos le brillan al cruzarse con los míos. La forma en que su risa se me cuele dentro y deshace nudos y abre puertas cerradas. El modo en que sé que, si se volviera a mirarme y chasqueara los dedos, caería de rodillas ante ella y le dejaría hacer conmigo lo que quisiera.

El deseo, el sexo, es desestabilizante, pero es fácil. Esta estúpida necesidad de verla sonreír es lo que se me atraganta, porque sé que estoy condenado a perderla en algún momento. Porque, para ella, la necesidad de hacerla sonreír debería ser de otro y nunca mía.

Y llevo todo el día tragándome las ganas y luchando contra las mariposas que ella espera volver a sentir, pero no conmigo.

—¿Estáis listos?

Como siempre, Matt entra sin llamar y sin haber sido invitado. No ha protestado por tener que dormir en el sofá de la planta baja, pero ahora está mirando *nuestra* habitación de invitados como

si quisiera quedarse. Aunque, a decir verdad, probablemente ninguna de estas dos camas sea su primera opción si puede elegir dónde pasar la noche.

—¿Qué narices llevas puesto, tío? —Oscar lo mira y suelta una risita.

—¿Qué pasa? Él iba de pirata y tú de hada, me pareció que era mi deber completar el cuento y disfrazarme de Peter Pan.

Me río al mirarlo bien de arriba abajo. Ni siquiera me da tiempo a apostillar que voy de corsario, que suena mucho mejor, porque ese trajecillo verde y el gorro que lleva en la cabeza no es lo que más le favorece, y tendré que decirlo sin paños calientes si me pregunta.

—Ay, Matteo, así no vas a seducir a Lydia esta noche —dice Oscar.

Me dan ganas de decirle que probablemente él tampoco lo haga, con esas mallas ajustadas, el tutú, las alas y la varita. Me miro en el espejo que hay a un lado del cuarto y me ajusto el pañuelo negro con una calavera para que deje escapar algunos mechones sobre la frente. Al menos yo voy cómodo, no como esos dos. Pantalones negros ajustados, botas, una camisa informal con cordones, suelta y ligera, y ese pañuelo en la cabeza. Sin duda, el mejor disfraz de los que veo por aquí.

—Chicos, en serio, tenéis que escucharme, tenéis que creerme, esa *dea vivente* es la mujer de mi vida.

Pasamos completamente de Matt y salimos al pasillo para reunirnos con las chicas en la planta baja. La famosa fiesta de Halloween junto a los muelles se celebra en un local a pie de playa. Esta tarde hemos pasado por allí y estoy seguro de que será espectacular. Todas las paredes exteriores cuentan con grandes puertas acristaladas que pueden abrirse, así que será como estar en la misma playa.

Sam es la única que está ya abajo. Lleva un sari hindú de colores vistosos.

—¿Te has disfrazado de ti? —se burla Oscar al verla.

Beth aparece entonces, bajando la escalera.

—¿De verdad vas a llevar el sari como disfraz de Halloween? Tu madre va a matarte si se entera de esto, Samira, o le dará un infarto a ella. Tienen razón, no tienes ningún respeto por su cultura.

Sam pone los ojos en blanco.

—Es un homenaje a mis raíces —se justifica, con expresión inocente.

—Como lo destroces no te defenderé delante de tu padre esta vez. Menos mal que aún les quedan dos hijos.

Me vuelvo para mirar a la que amenaza. Beth lleva una falda larga hasta los pies con varias capas de distintos colores, una blusa de color blanco roto que deja los hombros al aire y un pañuelo rojo en la cabeza. Tiene una falsa bola de cristal en la mano. Y es la adivina más sexi que he visto jamás. Ni punto de comparación con la anciana que le echó las cartas hace poco más de una semana. Me sonrío coqueta, como si me estuviera leyendo el pensamiento, y yo tengo que respirar hondo y dejar de mirarla para ser capaz de pensar de nuevo.

Luego aparece Lydia. Matteo se lanza al suelo de rodillas, dramatizando, y se agarra a su pierna y le besa la punta de la bota. Mi amiga lo levanta de una patadita en el hombro y lo mira de arriba abajo con una mueca de fingido desprecio.

—¿Adónde vas, niño perdido?

—Adonde tú quieras —responde él al instante—. Al infierno, por lo visto, ¿no? Tengo fuego más que de sobra para los dos, si quieres.

Lydia pasa de largo, pero yo veo cómo se le escapa la sonrisa mientras Matt la sigue como un cachorrillo. Apuesto a que no será el único que lo haga hoy. Mi amiga se ha enfundado en un mono rojo ajustadísimo y lleva un tridente y una diadema con cuernos en la cabeza. Yo no me metería con ella esta noche, si fuera un pobre italiano medio tonto.

Cuando llegamos al local, la fiesta ya está a rebosar de gente. Me acerco con Samira a pedir bebidas para todos. Beth ha pedido un cóctel sin alcohol, así que yo también me decanto por algo suave, para mantenerme sobrio, porque, si va a pasar algo entre ella y yo esta noche, no quiero que el alcohol nos nuble para nada los sentidos. Matteo y Lydia no parecen pensar lo mismo. Y Sam y Oscar..., ya sabemos cómo son esos dos.

—No me importa dormir con Oscar esta noche si..., ya sabes. —Sam se estira para hablarme al oído—. Yo hago lo que sea por Beth.

Tiene una sonrisa pícara decorándole la cara cuando se aparta y me dedica una mirada elocuente.

Me encojo de hombros.

—No voy a negar lo obvio.

Hace una inclinación de cabeza leve, como si me diera su bendición.

—Me gustas para ella.

Me apoyo en la barra y la miro solo de reojo antes de atreverme a acercarme un poco más y hacer la pregunta que lleva rondándome la cabeza desde hace días.

—¿Cuántas probabilidades crees que hay de que no acabe destrozándome el corazón?

Samira sonríe compasiva, con aire triste. Sacude la cabeza. Y, por desgracia, decide ser totalmente sincera conmigo:

—Muy pocas. —Me mira a los ojos y sigue hablando antes de que se derrumben los castillos que he construido en el aire y se evapore el soplo de esperanza de mi pecho—: Solo tienes que decidir si el riesgo merece la pena, Chris.

Me vuelvo y barro la fiesta con la mirada hasta encontrarla. Está hablando con Matteo y parece feliz y desinhibida y se ríe a carcajadas con alguna de las estupideces de mi amigo.

Y si hay una sola posibilidad de que sus sonrisas sean por mí, de que sean mías, aunque sea por un momento efímero, voy a lanzarme de cabeza a por ello.

Recojo cuatro de los seis vasos de bebida que han dejado ante nosotros en la barra, mientras Sam paga con el dinero que hemos puesto en común para las rondas de esta noche.

—Deséame suerte —le pido, antes de echar a andar hacia el lugar donde están nuestros

amigos.

Oigo su risa.

—¡Suerte, guapo! —le grita a mi espalda.

Le doy una copa a Lydia, otra a Matt, le digo a Oscar que Sam traerá la suya enseguida, y luego me planto frente a ella. Le tiendo su cóctel y ella lo coge, me da las gracias moviendo los labios, aunque el sonido no llega, y da un sorbo corto por el borde del vaso, ignorando la pajita, para esconder mejor su sonrisa.

Me inclino para poder hablarle al oído.

—¿Vas a predecir mi futuro?

Está sonriendo cuando me aparto. Se estira para ser ella esta vez quien se acerque a mi oreja.

—La línea del amor está nublada.

Suelto una carcajada. Me mira divertida y luego me deja ahí plantado y se va a bailar con sus amigas.

Matteo no para de soltar suspiros y lloriqueos mientras vigila cada movimiento de Lydia. Supongo que yo podría estar haciendo exactamente lo mismo, si tuviera tan poca dignidad como él, mientras veo cómo Beth se contonea en la pista de baile.

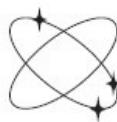
—Sois un par de pringados, chavales. Quedaos aquí babeando, yo voy a bailar con ellas.

Oscar nos abandona cuando se harta de nosotros. No me extraña. Bastante nos ha aguantado ya. Respiro hondo, intento recomponerme y le doy una palmada a Matt en el hombro.

—Tío, sin que sirva de precedente, Oscar tiene razón —le digo—. Vamos a dejar de pensar solo en una maldita cosa y vamos a pasarlo bien. —Levanto mi vaso ya vacío y señalo el suyo—. ¿Quieres otra?

Nos vamos a la barra. Un par de chicas se nos acercan mientras estamos esperando y charlamos con ellas un rato. Creo que nos viene bien. Nos relajamos. Nos soltamos. Dejamos de babear.

Beth está a lo suyo, me parece, pero en el par de veces que miro hacia nuestros amigos, Lydia está con la vista clavada en nosotros y tiene cara de estar *muy* celosa y con ganas de matar a alguien. Prefiero no hacérselo notar a Matt. Es lo único que le falta para venirse arriba.



No sé cuánto tiempo llevamos en la fiesta, pero ya es muy tarde. Matt está borracho y Lydia le sigue los pasos de cerca en esa carrera de beber que parecen estar librando. Llevan un rato largo tonteando de una manera tan descarada que dan ganas de decirle a todo el mundo que la fiesta ha terminado y dejarlos solos. El resto de nosotros estamos en medio de la pista de baile cantando una canción tras otra a todo volumen y saltando al ritmo de la música. La canción acaba y, en el

brevísimo intervalo hasta que empieza la siguiente, se oye un trueno que retumba en las cristalerías del local. La gente responde animando a la tormenta con gritos y brazos alzados, como si acabara de llegar para unirse a la fiesta.

Beth pasa por mi lado, me coge del brazo y tira de mí para guiarme entre la gente.

—¿Adónde vamos?! —pregunto a gritos.

—¡Quiero salir a tomar el aire! ¡Me encanta cuando huele a tormenta!

Cuando huele a tormenta. ¿Cómo huele para ella una tormenta? La sigo, por supuesto, y no protesto en absoluto. Salimos por las puertas acristaladas abiertas que dan a la playa. Hay más gente aquí, hablando, bebiendo. Ella no se detiene y me lleva de la mano hasta un lado, en la arena, donde no ha llegado nadie.

Se vuelve para mirarme de frente.

—¿Has visto a Lydia y a Matteo?

Asiento y hago una mueca. Ella se ríe. Estiro la mano y desenredo con cuidado un mechón de pelo del enorme pendiente de aro que lleva en la oreja. Le sientan bien. Me observa en silencio, atenta. Esta noche sus ojos azules parecen enormes. Infinitos. Y los labios pintados de rojo no paran de llamarme.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunto, y aún juego con ese mechón de pelo entre dos dedos.

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Seguro que todo está bien?

No sé si lo pregunta por nosotros o por lo que está pasando en mi casa. Supongo que tengo varios frentes abiertos de los que hacerme cargo. Decido tirar por la opción segura y respondo como si creyera que lo único que debe preocuparme es mi padre, lo que, pensándolo bien, debería ser cierto.

—Está todo bien. Bajo control. La medicación funciona. Mi padre está bien y, en cuanto haya un hueco, lo operarán y estará aún mejor. Todo va a salir bien.

Se mueve un poco más cerca y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Sí, todo va a salir bien.

Añado un mechón más a los que ya se enredan entre mis dedos y ella baja la mano, solo hasta poder jugar con los cordones de mi camisa.

Mis costillas sufren golpes rítmicos y acelerados sin piedad. Me armo de valor y pregunto:

—¿Quieres volver a la fiesta?

No aparta los ojos de mí.

—No. No quiero volver a la fiesta.

Un relámpago cae cerca, sobre el mar. Los dos volvemos la vista hacia allí a la vez, justo cuando empiezan a caer las primeras gotas.

—Deberíamos... —empiezo.

El trueno retumba con fuerza y Beth me coge de la mano y me arrastra con ella cuando empieza a correr en dirección a casa de los Rivera.

—¡Corre!

Hay un buen trecho hasta allí, y la tormenta se desata con fuerza cuando solo hemos avanzado unos cuantos metros. No dejamos de correr, cogidos de la mano. Estamos chorreando cuando llegamos a la valla trasera que rodea el terreno. Y todavía no ha llegado lo peor. Intentamos avanzar hacia la casa, pero la lluvia es tan espesa que ni siquiera puedo ver dónde pisamos. Es ella la que me guía hacia un lado y nos refugia bajo el tejadillo que sobresale del cobertizo que hay al límite de la propiedad.

Está completamente empapada. El pañuelo rojo es mucho más oscuro ahora, el pelo aplastado se le pega al cuello, las gotas le resbalan despacio por el escote y se cuelan bajo la blusa. Y sé que yo estoy igual, el agua se escurre de los mechones de pelo de mi frente y me cae sobre los ojos, tengo la ropa pegada al cuerpo y la camisa pesa cerca de una tonelada. Pero nada de eso importa porque ella tiene la espalda apoyada en la pared de madera y yo, de frente, me pego a su cuerpo con la excusa de resguardarme de la lluvia. Me mira a los ojos, con un nuevo brillo, decidido y valiente, abriéndose paso en sus pupilas.

Un segundo de silencio. Otro más. La tormenta debería amortiguar el palpar de mi corazón, pero no es capaz de hacerlo. Lo oigo. Lo siento. Y el suyo también. Desbocado. Sé que no es solo por la carrera. Igual que sus labios entreabiertos en una tentadora invitación no son solo una casualidad. Esta vez no.

Nos miramos. Por fuera y por dentro.

Alza la barbilla un par de milímetros más.

—Quiero besarte.

Lo dice claro. En voz alta. Sin dudas y sin medias tintas.

Bajo la cabeza y uno nuestros labios, suave y profundamente. La exploro con ese roce, con los dientes y con la lengua. Ella gime bajito cuando invado su boca y se estira para pegarnos más. Responde igual: con todo. Sus manos se aferran a mi cuello y tira de mí hacia ella, más cerca, con más ansia, como si aún no tuviera suficiente. Las mías aprietan su cintura para no dejar espacio entre nuestras caderas. Suelto un gruñido en su boca cuando mueve la pelvis y la parte baja de su abdomen se aprieta contra mi incipiente erección. Subo una mano hasta su cabeza y le acuno la mejilla y la acaricio despacio mientras le muerdo la boca sin contenerme.

Separamos los labios unos escasos milímetros y roza su nariz con la mía, despacio, mientras compartimos una bocanada de aire. El tiempo se detiene. Y entonces ella me agarra la cara y vuelve a besarme con renovada necesidad. La envuelvo entre los brazos y la estrecho contra mi cuerpo hasta que me duele físicamente no poder estar más cerca. Me lame los labios. Dejo que mi lengua se enrede con la suya. Gemimos a la vez, desatados y perdidos. No quiero parar. No puedo dejarla marchar. Necesito besarla así mucho más, mejor, más cerca y más adentro.

Tira de los cordones que penden sobre mi pecho y me arrastra hasta que chocamos con la puerta del cobertizo. Su mano encuentra el picaporte a su espalda y nos precipitamos dentro cuando la abre de golpe. Avanzamos tropezando con las herramientas que hay apoyadas en la pared y la llevo hasta la mesa que hay al fondo. La levanto con las manos en sus caderas y la

siento encima para meterme entre sus piernas. Del mismo modo en que la tuve hace unos meses, sobre mi mesa de dibujo. Enreda los tobillos a mi espalda y me empuja para acercarme más. Le acaricio la piel de las piernas, levantando la falda despacio. Pone una mano en su muslo derecho, para impedirme el paso. Espero un segundo. Insisto, en un roce mucho más delicado. Y ella aparta la mano y me deja pasar. La miro cuando las yemas de mis dedos le rozan la cicatriz. Se estremece pegada a mi piel. La recorro a conciencia, despacio y con mimo, mientras sus ojos azules permanecen pegados a los míos y sus labios, ya hinchados por la fuerza de los besos, exigen más.

Me acerco hasta susurrar sobre su aliento:

—Tus mariposas vuelan, Beth, y tú también.

Los dedos se mueven ágiles para quitarme el pañuelo de la cabeza y enterrarse entre mi cabello mojado. Me besa de una forma mucho más urgente y pura.

Hundo los dedos en la carne de sus caderas, alrededor de la ropa interior.

Se baja despacio la blusa y deja de besarme solo lo suficiente para asegurarse de que echo un buen vistazo a lo que queda a la vista. Va a volverme loco. Me dedico a lamer esas gotas que aún quedan pegadas a su cuello, mientras mi boca desciende para alcanzar su pecho. Suelta una palabrota en voz baja cuando mis labios envuelven el pezón y doy unos toques juguetones con la lengua en la punta. Me separo solo lo necesario para alzar la vista hasta encontrar sus ojos y dedicarle una sonrisa cargada de suficiencia.

Sus ojos centellean, inundados de deseo. Pone las manos a los lados de mi mandíbula y tira de mí hacia arriba para arrastrarme de nuevo hasta sus labios.

Retiro eso de que he elegido el mejor disfraz. Sin duda, estos pantalones ajustados no han sido la mejor opción. La tela presiona sin piedad en unos cuantos puntos que luchan por liberarse, aunque el dolor solo lo hace todo más intenso.

Palpo su ropa interior bajo la falda. Sonríó pegado a sus labios y ella deja escapar un gemido que se enreda sobre mi lengua.

—Supongo que toda esta humedad es solo consecuencia de la lluvia, ¿no, Beth? —murmuro en su boca.

La acaricio lentamente, bajo la tela. Clava las uñas en mis hombros. Emite los sonidos más eróticos que he oído jamás. Tengo que apretar los dientes para no perder el control.

—Chris —gime en un lloriqueo excitado contra mi oreja.

No descarto que vuelvan a pasarme cosas que no me pasan desde los dieciséis.

—Me estás volviendo loco —murmuro.

Esta vez es ella la que echa la cabeza hacia atrás y me dedica una sonrisa tan arrogante como irresistible. Cuela las manos bajo mi camisa y sus uñas se pasean por la piel de mi abdomen, enviando señales directas un poco más abajo que me sacuden en ramalazos de placer. Luego acaricia mi erección por encima de los pantalones, y cuando vocalizo todo el placer que me está dando, se da prisa en desabrochar el botón.

Tengo que tirar de toda mi endeble fuerza de voluntad para recordarme que me he prometido muchas veces que, si esto volvía a repetirse, no iba a ser tan rápido y despreocupado como la vez anterior.

Deslizo las manos por sus muslos en dirección a las rodillas. Rozo de nuevo la cicatriz, y probablemente las mariposas, pero no reacciona a ello como antes.

Me mira confundida cuando saco las manos de debajo de su falda y las pongo sobre las suyas para evitar el lento descenso de la cremallera.

—No —digo, con voz ronca.

—¿No? —repite con el ceño fruncido—. ¿Por qué no?

Le aparto el pelo de un lado del cuello hacia la nuca y me inclino sobre ella para pegar los labios a su piel. La recorro despacio, con los labios, los dientes y la lengua, ascendiendo hasta alcanzar el lóbulo de la oreja.

—Porque cuando esto pase, Beth, no voy a apresurarme. Cuando esto vuelva a pasar, me voy a tomar mucho tiempo para tocarte, para explorarte y para saborearte. Cuando lo hagamos, quiero tener todo el maldito tiempo del mundo a nuestra disposición, quiero que estés lo más cómoda posible, y segura.

—Estoy bien —gruñe, no del todo conforme.

Vuelve a enredar las piernas en torno a mi cuerpo y me aprieta contra ella, haciéndome soltar un siseo al que responde con una risita satisfecha.

—Estamos en un cobertizo sucio, hace frío y estás calada hasta los huesos. —Acaricio con los dedos su hombro y la parte superior de su brazo y siento cómo se le eriza la piel bajo el contacto—. Tienes la piel de gallina.

Pasea los dedos por entre los mechones de pelo de mi nuca y luego tira de ellos para apartarme y obligarme a mirarla a los ojos.

—Eso no es por el frío.

Ese simple susurro me eriza a mí el cuerpo entero.

—No sabes las ganas que tengo de perderme en ti. —Clavo los ojos en los suyos y sigo hablando—: Empezaré despacio, probando, tentándonos y llevándonos al límite, y cuando ya no podamos más, chica de la casualidad... Cuando la tortura sea insoportable, te lo haré rápido y duro, feroz y profundo, hasta que lo único que puedas hacer sea gritar mi nombre.

Se muerde el labio y emite un ronroneo impregnado de anticipación.

Está ante mí dispuesta, con las piernas separadas para darme cabida, con la mirada prometiendo un placer indescriptible, los labios hinchados y enrojecidos, y la blusa bajada, exponiendo los pezones duros y tentadores.

Y, joder, nunca he deseado tanto algo en toda mi vida.

—Lo quiero ahora —exige, con la voz firme y ronca.

Doy un paso atrás. No. Me prometí que esta vez sería perfecto. Tan perfecto que no pueda parar de pensar en repetirlo a todas horas.

—Valdrá la pena esperar —prometo más con los ojos que con palabras.

Niega con la cabeza una sola vez. Me deja ir. Y, mientras retrocedo sin dejar de observarla, se pasa la mano por el cuello lentamente y baja hasta alcanzar su pecho. Se acaricia con la punta de los dedos, con los ojos puestos en mí. Su otra mano levanta la falda y se mete entre sus piernas. Se muerde el labio, se retuerce bajo sus propias caricias y gime bajito.

Me está matando. Las ganas me consumen y me destrozan. Creo que nunca la había tenido tan dura, y maldigo entre dientes, incapaz de dejar de mirar.

Me dedica una sonrisa traviesa, burlona. Y luego acelera los movimientos hasta que estalla en un gemido alto y desgarrado, echa la cabeza hacia atrás y relaja el cuerpo. Estoy a punto de explotar también, inmóvil, sin poder apartar los ojos de ella.

Se recoloca la ropa, baja de la mesa y se acerca hasta donde estoy. Se estira despacio, perezosa, para darme un beso suave en los labios. Luego susurra pegada a mí:

—Yo no espero a nadie.

Se va de mi lado con la sonrisa satisfecha de quien sabe que ha ganado una batalla.

Cuando soy capaz de salir del cobertizo, ella ya ha llegado a la casa, ha recuperado la llave escondida bajo una de las macetas y ha dejado la puerta abierta para mí.

Me quedo aquí, debajo de la tormenta, durante tanto tiempo que el frío se me cuela dentro y me entumece las articulaciones. Y, aun así, no es suficiente para conseguir serenarme.

Esta chica no va a ponerme las cosas fáciles. Nunca. Lo sé. Y, sin embargo, lo único que quiero es poder seguir jugando a su juego. Aunque sea ella quien dicte todas las reglas.

Secretos

Beth

No puedo dormir. Lo he hecho durante un rato, después de quitarme la ropa mojada y secarme el pelo, pero Sam me ha despertado al meterse en la cama y ahora me es imposible conciliar el sueño mientras ella ronca suavemente a mi lado.

No sé qué hora es, aunque sospecho que se acerca más al amanecer que a la noche cerrada. Ya no se oye ni un solo sonido que hable de tormenta y la oscuridad está tranquila, serena. Me gustaría poder decir que yo también lo estoy. Pero mientras permanezco de espaldas sobre el colchón con los ojos apuntando arriba, al techo en penumbras, no paro de pensar en esta noche. En lo que ha pasado. En Chris. En sus labios, en sus manos y en todo el resto de su cuerpo, duro y dispuesto contra el mío. En que quiero más. En que, por primera vez desde hace años, pueden mucho más las ganas que el miedo.

Me pregunto qué habrá hecho él cuando me he marchado y lo he dejado solo a merced de la lluvia. Si se habrá quedado con todo ese apetito sin saciar. Si le habrá puesto remedio del mismo modo que lo he hecho yo y si habrá pensado en mí y en esos últimos minutos juntos mientras lo hacía. Si se estará arrepintiendo de no haberse metido entre mis piernas hasta que ninguno de los dos pudiera volver a pensar con claridad nunca más. Quiero eso y lo quiero tanto que asusta. Y, aun así, sé que ya no hay marcha atrás. Que esto va a pasar, en nuestros términos, a nuestra manera, pero de forma inevitable. Como ese beso en la terraza. Como ese momento en el cobertizo. Como todas las chispas que saltan entre los dos cuando nos rozamos. A lo mejor ha llegado el momento de dejarse llevar y simplemente disfrutar.

Tengo el corazón acelerado, un leve nudo en el pecho y la boca seca. Permanezco quieta un minuto más, escuchando la respiración de mi mejor amiga. Luego me levanto sigilosa para no despertarla y salgo del cuarto con la intención de ir a por un vaso de agua.

Bajo a la planta inferior tratando de ser lo más silenciosa posible. Claro que me doy cuenta de que todos mis esfuerzos eran innecesarios cuando constato que Matteo no está en el sofá. Miro alrededor. Nada ni nadie en todo el espacio abierto. Me acerco hasta la isla de la cocina y me lleno un vaso con agua del grifo. He dado solo el primer trago cuando algo me llama la atención.

La puerta corredera que da salida al porche de atrás no está cerrada del todo. Me asomo para mirar y veo una figura sentada en el primer escalón. Es Lydia, envuelta en una manta.

Dejo el vaso en el fregadero, me acerco hasta la zona del salón para coger una manta idéntica a la suya y me envuelvo en ella antes de salir para sentarme a su lado.

Se sobresalta al oír mis pasos, pero relaja los hombros enseguida al ver que soy yo. No me doy cuenta de que se está secando las lágrimas hasta que estoy acomodada a su lado y veo el reflejo de la luz de la luna que se abre paso entre las nubes en sus mejillas aún húmedas.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —pregunta, con la mirada escondida y la voz ronca.

—Lydia, ¿qué pasa?

Sacude la cabeza, dando a entender que no quiere hablar de eso conmigo, así que lo intento por otro lado:

—¿Dónde está Matteo?

Suelta un suspiro y se encoge un poco más dentro de los pliegues de la manta.

—Durmiendo en mi cama.

—¿Y por qué no estás ahí con él?

Me lanza una mirada fugaz.

—Es... No ha pasado nada. Es decir, sí ha pasado algo, nos hemos besado en la fiesta y cuando hemos llegado a casa lo he invitado a subir, pero luego yo no... No podía hacer esto, aunque debería. Aunque quería, ¿sabes? No le debo fidelidad a nadie ni nada parecido a eso, y quería demostrarlo. Tenía muchas ganas, de verdad, de acostarme con ese capullo engreído de Matt.

—Y ¿por qué no lo has hecho entonces?

Me mira. Se muerde el labio. Creo que está pensando en la mejor manera de explicarlo y que tenga sentido. La entiendo muy bien, porque yo me siento así la mayor parte del tiempo: como si fuera imposible expresar con palabras toda la mierda enredada que tengo por dentro.

—No lo he hecho porque hay otra persona. Y, sobre todo, no lo he hecho porque cuando Matt ha notado que dudaba, por un solo segundo, ha hecho justo lo que tenía que hacer y ha dicho justo lo que tenía que decir. Y yo no me esperaba eso, ¿sabes? Quería llevarme a la cama a un capullo, alguien de quien pudiera pensar que es solo para el sexo y no tiene sentimientos. ¿Quién narices se iba a imaginar que el maldito italiano es un tío decente?

Se me escapa una risita por el modo en que lo dice y, aunque parece contrariada, termina por esbozar una sonrisa leve.

—Se ha portado muy bien conmigo. Y no se ha ido al sofá porque creo que se ha dado cuenta de que era mejor no dejarme sola.

—Eso es bueno, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Supongo.

—¿Por qué estabas aquí sola? ¿Es por ese tío al que no le debes fidelidad?

A lo mejor ha llegado el momento de esa charla que llevo posponiendo desde que vi a su profesor salir de nuestro piso. Puede que ya nos toque hablar de ello, aunque Sam lo haya intentado antes con poco éxito.

—Sí y no. No es lo que crees. Lo de Emmet es complicado —elige la palabra con cuidado—. Si tuviera una excusa para todo ello como que estoy locamente enamorada, tal vez me sentiría mejor con lo que supone estar con él.

—Lydia, es padre. Está casado.

Niega con la cabeza.

—Está separado —puntualiza—. Dice que se va a divorciar.

Pone los ojos en blanco, para dejar claro lo poco que se cree esa última parte.

—Aunque sea así, es tu profesor y eso ya es todo un problema. Es mucho mayor que tú. ¿Qué haces con él? ¿Qué estás haciendo exactamente si dices que no estás enamorada?

Se abraza las rodillas y apoya la barbilla en ellas, con la vista clavada allí a lo lejos, en las sombras oscuras de la madrugada.

—Necesitaba sentir algo. Así que me dejé llevar por sus coqueteos y ese juego de seducción que se propuso llevar a cabo conmigo. Necesitaba esa emoción, una chispa, el riesgo y todo eso que te da el buen sexo cuando sientes que no eres capaz de sentir nada más por dentro. Cada vez necesitaba un poco más y ahora... Supongo que es adictivo, ¿sabes?

La entiendo. Lo hago demasiado bien. Porque yo también he buscado sexo con capullos solo por el mero hecho de *sentir* algo, de recordarles a mi cuerpo y a mi alma que no estoy muerta, a pesar de todo. Y puede ser adictivo, sí, puede ser la única forma de conectar con una parte de ti que crees perdida para siempre.

En el fondo, Lydia y yo somos lo mismo. Y quizá por eso nos hemos mantenido alejadas tanto tiempo.

Siento un soplo en el pecho que me susurra lo que ya sé, aunque no había sido consciente del todo hasta ahora. Lo que no había querido ver, tan enterrada en mi dolor como estaba.

Tengo que tomar aire y luchar contra esa mano invisible que me aplasta los pulmones antes de ser capaz de preguntar:

—¿Por qué no puedes dormir, Lydia? ¿Qué te tiene así?

Me mira a los ojos. Lo veo. Tan claro que me resulta absurdo no haberlo visto antes. Ni siquiera cuando era mi mejor amiga y, aun así, me guardaba secretos. Sus ojos, brillantes, me dicen que ella también se ha dado cuenta en el mismo momento que yo de que, en el fondo, siempre lo he sabido.

—Él estaba conmigo esa noche —suelta en un hilo de voz.

Dylan. No hace falta que diga su nombre. La quietud del aire helado instalado entre las dos lo grita a todo volumen.

—Él y tú...

No termino la frase. Tampoco es necesario.

—Lo siento, Beth —murmura, y rompe a llorar.

No me atrevo a tocarla. No sé si soy capaz de consolarla.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué él no me lo dijo?

Lydia sorbe por la nariz y sacude la cabeza con tristeza mientras se frota los ojos con el borde de la manta para frenar las lágrimas.

—Era tu hermano, y yo... Al principio, tenía miedo de que te enfadaras, de que no te pareciera bien. Mierda, llevaba toda la vida colgada de él y no te dije nada porque era raro hablar de tu hermano contigo cuando salía el tema de los chicos, yo qué sé. Tampoco pensé que tuviera nada que hacer, él era mayor y yo me sentía como una cría cada vez que lo tenía cerca. Creía que siempre me vería como a una hermana pequeña. Cuando las cosas empezaron a ponerse raras entre nosotros, yo no quería que eso afectara a mi amistad contigo y, sobre todo, no quería hacer daño a Sam. Ella acababa de decirme que sentía algo por mí, justo cuando Dylan me besó por primera vez, y yo no quería que vosotras lo supierais porque me daba miedo haceros daño a las dos. Y esa noche no fui a la maldita fiesta porque él me pidió que quedáramos, para hablar, para aclarar las cosas. No fue porque no quisiera ver a Sam, desde luego, y tampoco porque no quisiera ir contigo. Dejé que pensaras eso para que no supieras que estaba con él. Esa noche me dijo todo lo que sentía por mí y, mierda, Beth, fue el mejor momento de mi vida. Entonces lo llamaste y yo le dije que fuera a recogerte y que le diera una paliza al puto Ross, que seguiríamos con aquello otro día, cualquier otro día, y luego... ya no hubo más días.

Se le quiebra la voz y un sollozo desgarrado araña la calma de la noche.

Mis propias lágrimas me hielan las mejillas al entrar en contacto con el frío del ambiente y me hacen cosquillas en las comisuras de los labios.

—¿Por qué no me lo dijiste? —repito, con la garganta irritada y dolorida—. ¿Por qué no me lo contaste entonces?

—Estabas... Era tu dolor. Yo no me lo merecía. Sentía que todo era culpa mía. Por mentiros a vosotras, por no ir a esa fiesta. Si yo hubiera estado ahí contigo no habrías necesitado llamar a tu hermano después de lo que pasó. Él no tenía que estar allí, tenía que haber estado yo. Y nada de todo esto sería como es ahora. No soportaba mirarte, Beth, y pensar en todo lo que habías perdido por mi culpa. No podía. Y yo estaba tan mal que tenía miedo de que lo vierais todo con solo mirarme a los ojos, de que Sam y tú entendierais todo lo que había pasado solo con verme. Y dolía tanto... No pude con todo, no sabía cómo gestionarlo, no quería sumar más dolor.

Los recuerdos de esos días me bombardean la mente. Lydia de visita en el hospital, tan distante. El funeral de mi hermano, y ella con una fría máscara de indiferencia. Aquella noche, y Dylan...

—Él estaba tan asquerosamente contento esa noche, Lydia —digo en una risita triste—. Se lo dije, ¿sabes? Le dije que parecía irritablemente feliz y enamorado. Absurdamente... —Se me quiebra la voz y me trago un sollozo—. Yo estaba hecha una mierda, con el corazón destrozado,

y él solo decía que eso se pasaría, que me volvería a enamorar y que sería bonito. Que... que no me preocupara, que volvería a sentir las mariposas.

Ella vuelve a sollozar. Más fuerte esta vez.

—Lo siento —consigue decir.

Me lanzo hacia ella y la abrazo. Tarda un segundo entero en reaccionar, y luego se aferra a mí y lloramos juntas, por todo ese tiempo en que no tuvimos el hombro de la otra para hacerlo.

Permanecemos así, abrazadas, hasta que empieza a salir el sol. Las dos temblamos y no sé si es por el frío o por todo lo demás.

—Tendríamos que haber pasado por esto juntas —murmuro, con la voz ronca y quebrada.

—Lo siento —repite.

Me aparto despacio para mirarla. Nuestras pupilas conectan y siento ese entendimiento entre las dos que va mucho más allá de las palabras. La veo. A la persona que fue mi hermana y que, en el fondo, nunca dejó de serlo.

—No fue tu culpa —digo, con los ojos en los suyos—. No lo fue, Lydia. Tampoco fue culpa mía. No fue culpa de nadie. Y yo tampoco sabía gestionarlo.

Niega con la cabeza tristemente.

—No estuve ahí para ti cuando más me necesitabas.

—¿Qué necesitabas tú?

—Sigo sin saberlo —confiesa—. Pero sé lo que necesito ahora. Y es que me perdones por todo. Perdóname, Beth.

Le froto suave la mejilla con la manta que tengo enredada en la mano.

—Creo que yo te sigo necesitando, así que estaría bien si ahora sí que estuvieras —le pido, en un hilo de voz. Asiente con firmeza—. Dylan y tú... Mierda, Lydia, habríais sido una pareja impresionante.

Se me encoge el corazón cuando lo pienso. Cuando pienso en todo lo que podría haber sido, en todo lo que debería haber sido.

—Estaba tan enamorada de él... —murmura, como para sí misma—. Tanto. Creo que aún lo estoy. Siempre lo estaré. No he vuelto a sentirme así, y pienso que nunca podré hacerlo.

Pongo un dedo bajo su barbilla y la empujo suavemente para que vuelva a mirarme a los ojos. Y lo entiendo. Entiendo a Dylan aquella noche. Sus palabras significan más de lo que nunca lo han hecho antes. Porque estoy segura de que él tenía razón.

—No te preocupes, Lydia —susurro, con la emoción colapsando mi garganta—. Volverás a sentir las mariposas.

El mundo ya empieza a despertar cuando volvemos adentro. La llevo de la mano escaleras arriba y la guío conmigo hasta la habitación de sus padres, donde Sam sigue durmiendo. Nos tumbamos con ella, que despierta solo a medias y abraza a Lydia. Nuestra antigua mejor amiga la rodea con un brazo y se acomoda contra su cuerpo. Yo me uno desde el otro flanco.

Y, así, acurrucadas bajo las sábanas, volvemos a ser tres.

Condiciones

Chris

Me he encontrado a Matt saliendo de la habitación de Lydia al levantarme esta mañana, pero mi amiga no estaba allí. Oscar y yo solo hemos podido interrogarlo a base de miradas porque Sam estaba en la planta baja cuando hemos aparecido para desayunar.

Lydia y Beth no parecen tener ninguna intención de unirse a nosotros, a pesar del delicioso olor a café, y Samira nos informa de que, al parecer, han tenido una larga y difícil noche y es probable que aún duerman un rato. No nos da más detalles. Aunque supongo que, si esas dos están durmiendo juntas, lo que sea que pasó en la madrugada ha merecido la pena.

Intento no pensar demasiado en todo lo de anoche. No, hay cosas que no me viene bien recordar cuando estoy rodeado de gente. Y puede que sea mejor eso de que Beth se deje vencer por la pereza y duerma hasta la hora de irnos, porque no estoy muy seguro de poder verla y no rememorar una y otra vez el modo en el que se tocó mientras yo la miraba. Se ha convertido en una maldita película de culto dentro de mi cabeza.

Como suponía, para cuando aparecen en la planta baja ya tienen todas sus cosas recogidas y están listas para emprender el camino de vuelta a casa. Lydia se acerca a Matteo y le dice algo en voz baja. Él le pone una mano en la cintura y la aleja del resto para poder hablar tranquilos. Luego, veo cómo ella se estira para besarlo suavemente en la mejilla antes de volver con nosotros. Definitivamente, tengo que hablar de esto con Matt.

Creo que Beth me está ignorando, aunque he captado perfectamente esa sonrisa que ha intentado esconder cuando hemos cruzado miradas. Anoche... Sé que los dos deseábamos lo que pasó anoche. No tengo dudas de que ella quería y sigue queriendo mucho más de lo que llegamos a tener. Pero también sé que a veces se le hace complicado lidiar con esto de dejarse llevar, así que estoy algo preocupado por lo que pueda suceder ahora.

—Chris, ¿me ayudas con las bolsas que quedan? —me pregunta desde el umbral de la puerta de la casa cuando ya estamos terminando de cargar las maletas en el coche de Matt.

Estoy bastante seguro de que no quedan muchas bolsas por recoger y, precisamente por eso, me doy prisa en seguirla de nuevo al interior cuando todos los demás se quedan fuera. No se gira

para comprobar si la sigo hasta que está delante de la isla de la cocina. Una vez allí, se vuelve y se apoya en la encimera. Se muerde el labio mientras espera a que llegue a su altura.

—Beth.

Me pone dos bolsas con los restos de lo que compramos para el fin de semana en las manos y, en cuanto se asegura de que las he cogido, da un paso adelante y se estira para unir sus labios con los míos. La arrincono contra la isla, sin dejar de besarla, y abandono las bolsas de nuevo sobre el mármol para poder poner las manos en su cintura y acercar su cuerpo al mío de un tirón.

Suelta una risita contra mi boca. Y eso me vuelve loco.

Me acaricia la cara con los pulgares antes de separarse y lamerse el labio inferior, con los ojos clavados en los míos. Dibuja una sonrisa inocente.

—Tenemos que irnos.

Creo que gruño en respuesta y eso hace que ría un poco más. Coge una de las bolsas y pasa por mi lado, despreocupada, camino de la puerta principal. Cargo con lo que queda por recoger y la sigo en silencio.

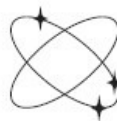
Esta vez nos toca a nosotros el asiento trasero. No sé por qué Oscar y Sam nos lo ceden, pero me parece perfecto porque así podemos sentarnos más juntos que en los asientos centrales, y nadie verá lo que pasa si jugamos un poco con las manos. Tampoco es que tenga mucha oportunidad de probar suerte con eso, porque Beth se sienta tan cerca de mí como puede y acomoda la cabeza en mi hombro, como si estuviera dispuesta a dormir durante todo el trayecto. Sé que no lo hace. Puedo notar cómo su cuerpo se tensa cada vez que Matteo toma una curva demasiado deprisa. Dejo que se haga la dormida. Pero cruzo un brazo por delante de su cuerpo, para que se sienta más protegida, y descanso la mano sobre su muslo, cerca de la cadera. No dice nada para agradecerme el gesto, aunque mueve la cabeza para depositar un beso en mi hombro por encima del jersey. Pasamos así todo el camino hasta la casa de las chicas.

Sam y Oscar son los únicos que hablan y resulta raro que Matt y Lydia viajen tan tranquilos y en armonía uno junto al otro. Me enteraré de todo en cuanto lleguemos a casa, cueste lo que cueste.

Beth se despide de mí con un beso en la mejilla y una sonrisa tímida cuando las dejamos frente a su edificio.

Ocupo el lugar del copiloto para el viaje hasta nuestro apartamento. Matteo acaba de poner el vehículo en marcha otra vez cuando Oscar asoma la cabeza entre los dos asientos.

—Vale, ¿qué demonios hicisteis anoche?



—¿Qué le has hecho a Matteo? Creo que quiere ser mejor persona, y eso empieza a asustarme —

bromeo al deslizarme en el asiento contiguo al que ocupa Lydia antes de que empiece la clase.

Hace una mueca y ni siquiera me mira.

—¿Qué le has hecho a Beth? Parece estúpidamente distraída estos últimos días.

Me encojo de hombros, aunque no sé si se da cuenta porque sigue con la vista clavada en los folios que tiene delante. Hace cuatro días ya que volvimos del fin de semana en la playa y no he vuelto a ver a Beth. Hemos hablado, sí, pero no del tema más importante de todos. Hemos hablado por mensajes solo de tonterías y de cosas relacionadas con el proyecto. También hemos intentado quedar, pero parece que nuestras agendas no son exactamente compatibles esta semana, así que, tras la última propuesta infructuosa por mi parte el martes por la tarde, dejamos de intentarlo. Creo que los dos estamos esperando a que el otro dé el siguiente paso, inseguros sobre lo que piensa la parte contraria. Tal vez lo intente de nuevo más tarde, a lo mejor esta noche podríamos cenar juntos.

Observo a mi amiga, que estudia uno de los folios por una cara y luego por la otra, para después volver a la primera otra vez. No parece que esté leyéndolo de verdad. Ni siquiera se está esforzando en parecer concentrada.

—Lydia —la llamo.

Nada.

Le quito el folio de entre las manos y solo entonces levanta la cabeza para mirarme, con el ceño fruncido y cara de querer asesinarme.

—¿Qué te pasa? —pregunto sin dejarme amedrentar.

Lanza un suspiro y se recuesta contra el respaldo del asiento.

—Por favor, dile a Matteo que no estoy disponible, ¿vale? El fin de semana fue..., da igual. Dile que tengo algo con alguien.

—¿Con alguien?

Levanto las cejas cuando me mira. No pienso decirlo y creo que no quiero saberlo, pero si de verdad ese «alguien» es nuestro profesor de Economía y la ropa interior roja que Beth recuperó ese día del despacho era suya, yo diría que está metida en un buen lío y que tiene que salir de eso cuanto antes.

Me mira como si leyera en mis ojos todas las cosas que no estoy diciendo en voz alta.

—No te preocupes. Ni siquiera es tan importante. Sé lo que hago y lo dejaré en cualquier momento, ¿vale? —responde sin llegar a concretar, pero los dos sabemos perfectamente de lo que habla—. No es lo que crees.

—Entonces, ¿es solo una excusa para Matt? —la presiono un poco más—. No hace falta que pongas ninguna, ¿sabes? Con decirle que no estás interesada es suficiente. Es un poco capullo, pero no tanto. No insistirá si le pides que no lo haga.

Se muerde el labio y pierde la mirada al frente del aula.

—Ya lo sé.

—¿Y cuál es el problema? Lo que me parece es que sí que estás un poco interesada.

Me fulmina con la mirada, pero no lo niega. En su lugar, deja caer los hombros y sus pupilas se funden en un tono parecido a la tristeza antes de que vuelva a hablar:

—Hay algo del pasado que no he superado todavía. Y no sé si alguna vez estaré preparada para algo más. Por favor, dile a Matt que no se haga ilusiones.

Yo también relajo la postura y la observo con cariño. No sé qué es lo que le pasa y no parece tener intención de contármelo a mí, pero espero que sepa que puede hacerlo si en algún momento lo necesita.

—Díselo tú misma —aconsejo—. Lo va a entender. Te lo aseguro.

No responde nada a eso. Se limita a asentir con la cabeza una sola vez.

Luego vuelve a poner el foco sobre mí.

—¿Y qué pasa con Beth?

—Dímelo tú —respondo resignado—. Es bastante probable que me esté evitando.

—¿Os acostasteis?

—No exactamente.

—Eso es muy impreciso. Pero, vale, le preguntaré a ella para que me dé todos los detalles vergonzosos que tú no quieres contar. ¿Te pasó lo mismo que a los dieciséis? —se burla.

Hago una mueca.

—Desde este preciso momento hemos dejado de ser amigos, Rivera.

Suelta una carcajada que atrae la atención de buena parte de los alumnos que esperan el inicio de la clase. Se me escapa una sonrisa de medio lado porque al menos he conseguido sacar a Lydia de ese estado taciturno que la acompaña a todas partes estos últimos días.

—Venga, en serio —insiste un poco más, en voz baja—. ¿Por qué iba a estar evitándote? A mí me parece que está interesada en ti.

El corazón me late dos veces en una cuando la oigo decir eso.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No con esas palabras, pero resulta obvio. Lo que tienes que entender, Chris, es que Beth también tiene una historia bastante complicada.

—Lo sé. Parece que ahora sois amigas.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Sí. Parece que sí —dice de un modo que desborda cariño—. Y, sea lo que sea lo que hay entre vosotros ahora o lo que vaya a haber, ten cuidado, ¿vale?

—Ya. Vale —suspiro—. Pocas probabilidades de que no me rompa el corazón, lo pillo.

—No —me corta ella—. Ten cuidado con ella. No le hagas daño, ¿quieres?

Frunzo el ceño mientras Lydia me sostiene la mirada. Sacudo la cabeza lentamente.

—No. Claro que no. No voy a hacerle daño —prometo.

—Bien.

Abro la boca para decir algo más, pero la profesora acaba de cerrar la puerta y ya ha empezado la clase, así que mi amiga se centra en atender y me ignora el resto de la mañana.

Me paso todo el día pensando en esa advertencia de Lydia. Creía que el hecho de que no sería yo el rompecorazones en la historia con Beth estaba fuera de toda discusión. Incluso Sam lo dijo: el que se arriesga soy yo. Y, bueno, aún sigo dispuesto a hacerlo, así que, por la tarde, mientras estoy en la biblioteca, le mando otro mensaje más para invitarla a cenar esta noche.

Dos horas después aún no ha contestado.

El único mensaje que recibo es el de Oscar informándome de que Matt y él van a salir a tomar algo y me invitan a que me una a ellos cuando me aburra de ser un empollón.

Matteo se marchó de vuelta a nuestra ciudad natal y, en concreto, a casa de su madre, el domingo por la tarde después de que compartiéramos unas pizzas grasientas sentados en torno a la barra de la cocina. Ha vuelto esta mañana muy temprano, antes de que Oscar y yo saliéramos para ir a clase. Traía una bolsa más grande que en visitas anteriores y cara de haber tenido problemas familiares de esos de los que nunca quiere hablar. Así que no hemos tenido corazón para decirle eso de que no puede seguir viviendo en nuestro sofá.

Respondo al mensaje de mi mejor amigo para decirle que no sé si iré porque puede que quede para cenar con Beth. Me responde con un mensaje de voz en el que los dos se burlan y me prometen que volverán a casa muy tarde solo para darme toda la intimidad necesaria. Y no pienso decirles que no hace falta, por si acaso.

He perdido toda esperanza y estoy recogiendo mis cosas dispuesto a llamar a mis amigos para ver dónde están e ir a tomar algo con ellos, cuando veo que tengo un nuevo mensaje. De Beth:

¿Sigues en la biblioteca? Estoy fuera.

Se me cae el móvil sobre la mesa y la chica que está sentada frente a mí me mira con cara de pocos amigos. Me apresuro a terminar de recoger y salgo con la mochila al hombro, el corazón acelerado, y nervioso como un crío en su primera cita.

No sé muy bien cómo deberíamos... ¿La beso? ¿Eso está permitido? ¿Va a besarme ella? ¿Podemos hablar de esto de una maldita vez y que deje de atormentarme la incertidumbre?

La busco con la mirada en cuanto cruzo la puerta. Fuera ya es de noche y hace bastante frío. Cuando la localizo levanta la mano a modo de saludo a distancia y me dedica una sonrisa breve. Está sentada en la explanada de césped que hay frente al edificio de la biblioteca, envuelta en ese abrigo demasiado grande. De nuevo lleva el pelo recogido en una trenza a un lado. Y está preciosa.

Mis pasos se van haciendo más inseguros a medida que me acerco, hasta que paro frente a ella y la miro desde mi altura.

—Hola. Hace frío, ¿no? ¿Quieres que busquemos refugio? ¿Vamos a tomar algo? ¿A cenar?

Se mordisquea el labio, con los ojos alzados hacia mí, hasta que termino de soltar mi sucesión de preguntas.

—¿Podemos hablar un momento primero?

Hace una seña para que me siente a su lado.

No me gusta en absoluto cómo suena esto, pero, de todas formas, doy un paso más y me siento, dispuesto a escuchar.

—¿Qué pasa?

Parece dudar mientras sus ojos se alternan entre mis pupilas y un montón de puntos aleatorios de mi cara.

—Esto —dice por fin—. Tú y yo. Necesito que hablemos de las condiciones antes de que pase nada más.

Alzo las cejas y acomodo mi postura, sorprendido.

—¿Condiciones?

—Sí, condiciones —insiste, más segura que antes—. Sabes que yo... Sabes lo que hay conmigo.

Algo pesado se me instala en el pecho y me dificulta la tarea de respirar con normalidad, pero disimulo tan bien como puedo.

—¿Que estás buscando una cara que no es la mía? —pruebo, algo irónico.

Hace una mueca.

—No quiero que nos hagamos daño, Chris.

Pero, mientras lo dice, los dos somos muy conscientes de que no hace falta que use el plural. Ella no quiere hacerme daño a *mí*. El resto no es un peligro real.

—Deja que yo decida a lo que quiero arriesgarme, ¿no, Beth? Sé dónde me estoy metiendo y, aun así, quiero hacerlo —dejo claro, sin despegar la mirada de sus ojos.

Aprieta los labios y niega con la cabeza.

—No. No quiero que lo decidas tú solo ni que tengas que arriesgarte. Quiero que las cosas estén claras desde el principio.

Lanzo un suspiro exasperado, pero le hago un gesto con la mano para darle pie a hablar. No lo hace. La observo por unos segundos.

—¿Si acepto tus condiciones puedo invitarte a cenar?

—Sí.

—¿Si acepto las malditas condiciones puedo besarte?

—Sí.

—¿Si acepto las jodidas condiciones podemos follar?

—Sí.

—Pues di de una vez cuáles son las putas condiciones y acabemos con esta tortura de una vez, Beth, por favor.

—Tienes que dejar de decir tantas palabrotas —murmura al tiempo que baja la mirada.

—Vale. Condición aceptada. ¿Qué más?

Suelta una risita y, cuando levanta la vista hacia mí de nuevo, le dedico una sonrisa de medio lado.

—Eso no era una condición.

—Da igual. También la acepto. ¿Qué más necesitas?

Deja pasar un par de segundos en silencio mientras nos sostenemos la mirada, como si necesitara darme ese tiempo para que me tome esto tan en serio como ella lo está proponiendo. Está mucho más reflexiva cuando vuelve a hablar:

—Pase lo que pase, somos amigos antes que ninguna otra cosa. Tenemos que seguir siéndolo.

Trago saliva mientras las palabras y el tono teñido de tristeza con el que las pronuncia hacen mella en mí. Asiento.

—Por supuesto.

Asiente ella también.

—Vale.

—Así que quieres que seamos una especie de amigos con derechos, ¿es eso? —trato de aclarar—. Creía que íbamos a improvisar.

—La improvisación también tiene normas.

—¿Qué más?

Lo veo en sus ojos. Lo veo antes de que lo diga. Y no puede ir en serio, no va a decir eso, no se va a atrever a...

—Prométeme...

Ahí va.

—Venga ya —la corto—. No lo digas, Beth, en serio. ¡Vamos! Que no lo diga, que no lo diga —repito como un mantra algo burlón.

Pero ella no se detiene por eso.

—Prométeme que no vas a enamorarte de mí.

Me llevo las manos a la frente y las dejo resbalar por la cara.

—¡Lo ha dicho! —dramatizo.

Me dejo caer de espaldas sobre el césped, como si acabara de alcanzarme un rayo fulminante. Esto no puede estar pasando de verdad. ¿Puede alguien prometer algo así? ¿Cómo puede alguien exigir esa clase de condición?

Se acerca a mí y su cara aparece sobre la mía para mirarme con el ceño levemente fruncido.

—Chris, voy en serio.

Me incorporo y quedo bastante cerca de ella. Se echa hacia atrás para ganar espacio y me sostiene la mirada, firme y sin dudar.

—Beth.

—Promételo —insiste.

Si no acepto sus condiciones todo esto se irá a la mierda. Si no le digo lo que quiere oír, no va a darnos ni una maldita oportunidad.

La miro a los ojos, cojo aire y miento:

—Te prometo que no voy a enamorarme de ti.

Ha dicho varias veces que soy transparente. Que, como dice mi hermana Lily, se me ve venir

de lejos. Que mis mentiras se huelen antes de llegar.

Así que no soy el único mentiroso que hay entre nosotros dos. Porque ella también miente, terriblemente mal, cuando finge que me cree.

Querer más

Beth

Paso por alto lo que dicen sus ojos y me aferro solo a sus palabras. «Te prometo que no voy a enamorarme de ti», ha dicho. Y supongo que debería plantearme adónde me lleva todo esto si tan solo esas palabras ya me arañan el corazón y amenazan con hacerlo sangrar.

Pero no lo pienso. No me permito pensar. Las condiciones han sido acordadas y puedo escudarme en ellas si creo que esto se nos va de las manos. Puedo...

Lo único que no puedo hacer es aguantarme más las estúpidas ganas, así que me lanzo hacia delante y me estrello contra sus labios, sin dejarle decir nada más. Una mano se posa en mi nuca de inmediato, su pulgar me acaricia la oreja, y yo me pierdo en el sabor de su boca y el calor de su contacto. Me rodea la cintura con el brazo y me acerca más, y la firmeza y seguridad con la que lo hace provocan que mi cuerpo reaccione y empiece a subir la temperatura. Esa lengua cálida y húmeda acariciando despacio mis labios envía descargas eléctricas a cada receptor sensitivo de mi piel, por absolutamente todo el cuerpo, y luego se concentran entre mis piernas. Y quiero...

—¿Qué te parece si compramos algo de camino y cenamos en mi casa? —propone, tan cerca de mis labios que su aliento me hace cosquillas.

Enredo las manos en el cuello de su abrigo para impedir que se aleje y respondo rozándole la boca:

—¿Tenemos que comprar comida también para Oscar?

Puedo notar perfectamente esa sonrisa traviesa, aunque estemos tan cerca que me sea imposible verla.

—Matt ha venido esta mañana, han salido a tomar algo. Aunque, si te da miedo estar a solas conmigo, podemos cenar por ahí.

Ni loca.

Creo que él piensa exactamente lo mismo por el modo en que lo ha dicho. Con toda la intención. Cargado de arrogancia.

—Lo único que me da miedo es no poder esperar a que estemos a solas —respondo en un ronroneo.

Gime bajito contra mis labios y esta vez soy yo la que sonrío con perversa satisfacción. Me muerde la sonrisa con tanto ímpetu que me empuja hasta que quedo tendida sobre el césped con su cuerpo prácticamente encima.

—Vámonos —me susurra al oído, me besa el lóbulo de la oreja y me provoca un escalofrío.

—¿Por qué no has ido con ellos? —pregunto en un intento de fingir que aún mantengo la compostura.

Se levanta y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo. La cojo y tira suavemente hasta tenerme de pie muy cerca de su cuerpo. Clava los ojos en los míos.

—Porque prefiero estar contigo.

Aparto la mirada. Sujeto su mano y dejo que entrelace nuestros dedos. Intento ignorar la sensación. La forma en la que encajan, el cosquilleo en todos esos puntos donde las pieles se rozan, la explosión en el pecho y el aleteo en las tripas.

No debería permitirlo, pero lo hago. No debería caminar por las calles aferrada a su mano, pero no quiero soltarlo. No debería dejar que las miradas hablen sin filtros, ni que las sonrisas brillen tanto. Debería evitar todas esas promesas silenciosas de lo que vendrá después, pero las dejo ser libres.

Y, aunque nos pasamos todo el camino hasta su casa, parada en el restaurante incluida, hablando de cosas como las clases, mi preparación para la prueba de teatro o el nuevo proyecto de la empresa de su madre, lo que no decimos en voz alta está mucho más presente y grita tan fuerte sin palabras que es imposible que el mundo a nuestro alrededor no esté siendo testigo de lo que hay entre los dos.

La cena es una de esas torturas placenteras que te concedes disfrutar mientras alargas la sensación de anticipación y dejas que la impaciencia te burbujee dentro. El hambre crece minuto a minuto, aunque alimentemos nuestros cuerpos compartiendo la comida para llevar. Me gusta el juego. Las provocaciones con miradas y dobles sentidos. Los roces en absoluto inocentes que hacemos pasar por una casualidad.

Se me acelera el pulso de manera descontrolada, y trago despacio y con cuidado cuando Chris me quita el vaso de las manos y lo abandona sobre la mesa de centro con los restos de la cena. Ya no hay nada entre los dos, ninguna distracción que nos impida dar el siguiente paso, ese que llevamos todo este tiempo esperando. No dice nada. Se acerca más. Se inclina hacia delante y me besa el hombro, sobre la piel que el cuello ancho del jersey deja a la vista. Lo único que oigo son nuestras respiraciones, profundas y pesadas, mientras recorre el camino hacia el cuello con la nariz. Mi piel, sensible y despierta, se eriza con el roce. Deja un beso húmedo y caliente en mi clavícula, y luego sopla suavemente sobre la marca. Tengo que separar los labios y ahogar un jadeo, en el intento de seguir respirando, mientras siento el corazón desplazarse desde mi pecho hacia abajo, más abajo, hasta latir entre las piernas. El camino de besos lentos y ligeros, como un roce de alas, va ascendiendo, dedicado, y termina en ese punto especialmente sensible tras la oreja.

—Te deseo tanto que te juro que me está matando lentamente —susurra con los labios pegados a mi piel.

Se me tensa el cuerpo en respuesta, totalmente dispuesto y entregado. Algo salta en mi estómago y la anticipación se me instala en el abdomen. Las caderas se adelantan para buscar su contacto, más cerca, más pegado. Soy muy consciente de cómo reacciona cada parte de mí, se me cierran los dedos, como si quisieran aferrarse a esta sensación, siento palpar cada punto erógeno de mi anatomía, los pezones, endurecidos, suplican atención. Esto no ha hecho más que empezar y ya siento que explotaré y desapareceré si no lo tengo todo ya. Lo necesito ahora.

Y si es verdad lo que dijo el fin de semana sobre hacer esto muy lento, sobre alargar el momento, tocarme, probarme, saborear... No sé si voy a poder aguantar tanto. No sé si acabaré la noche sin que esto me arrebate del todo la cordura.

Chris se aparta apenas lo justo para poder mirarme a los ojos. Los suyos están oscurecidos, cargados de intención. Salvajes. Está a punto de decir algo, pero no le doy tiempo. Enredo una mano en su cuello, los dedos jugando con los mechones de pelo corto de su nuca, y me lanzo contra su boca sin ninguna clase de contención. Me abro paso con los labios y la lengua, arrasando y conquistando. Trepo a su cuerpo sin dejar de besarlo, hasta que estamos totalmente pegados, las caderas alineadas, su dureza presionando en el centro palpitante de mi placer, mis pechos fundiéndose con el suyo. Clava las puntas de los dedos en mi cintura y mi cadera, por encima del jersey, rozando el borde de mi pantalón.

Su corazón me palpita en el torso, desbocado y a todo volumen.

Solo me permito dejar de besarlo para quitarme el jersey, que estorba demasiado. Aprovecha mi movimiento para hacer lo mismo y deshacerse del suyo. Lo miro. Mucho más de lo que me había permitido mirarlo antes. Él está haciendo lo mismo, recorriendo con los ojos cada una de mis facciones, como si necesitara memorizarlas para poder dibujarlas más tarde. Cuando ese color castaño se desliza por la curva de mi cuello, yo también bajo la mirada por su cuerpo. Ese lunar en el borde de la mandíbula, el modo en que el pulso se adivina en su garganta, la nuez que sube y baja despacio cuando traga como si le costara trabajo hacerlo. Deslizo las manos sobre la tela de su camisa hasta alcanzar la fila de botones, y empiezo a desabrocharlos, despacio, concentrada, uno... otro... otro más...

—Mierda, Beth —masculla, con la respiración acelerada.

—No me gustan nada las camisas —digo a media voz—. ¿Te importa si te la quito?

Responde con un gruñido ronco y yo sonrío satisfecha.

Acaricio la piel de su abdomen con mimo cuando termino con los botones y su torso queda expuesto ante mí. Me muerdo el labio, mientras siento sus ojos fijos en mi rostro, estudiándome. Me inclino para besar la piel al descubierto: ese punto tan expuesto y delicado de la garganta, y el pecho.

Me coge la cara entre las manos y la eleva hacia él con delicadeza para unir nuestros labios de nuevo. Le rodeo el cuello con los brazos y dejo que me bese. Respondo a sus demandas y le sigo

el ritmo, pero le permito marcar el baile entre nuestros labios. Y es... Besa tan bien que siento que todo lo demás desaparece. Puedo notar todo ese apetito que empuja y busca salida detrás del inestable muro de autocontrol que trata por todos los medios de mantener en pie. Me marea. Me eleva. Y cuando su lengua me prueba y explora, suelto el freno y me dejo llevar. El gemido que se me escapa vibra de mi boca a la suya. Le muerdo el labio y muevo la cadera para rozarnos mucho más.

Sé que ha dicho que Oscar y Matteo no van a volver hasta tarde, pero no quiero arriesgarme a ningún tipo de interrupción, así que tiro de su pelo para conseguir que se aparte lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Vamos a tu cuarto.

Cierra los brazos en torno a mí y se levanta de golpe, sin soltarme, cargando con mi peso. Me veo obligada a enredar las piernas en su cintura para mantener el equilibrio. No estoy muy segura de que vaya a poder conmigo durante todo el camino, pero no flaquea ni por un momento. Suspira y masculla un par de palabrotas entre dientes mientras mi boca se ensaña con cada punto sensible de su cuello, y yo suelto una risita contra su piel. Empuja la puerta con el pie y esta se cierra de golpe, dándonos toda la intimidad que necesitamos. Se acerca hasta la cama y pone una rodilla en el colchón para luego ir inclinándose poco a poco y dejarme ahí, tumbada sobre mi espalda, y colocarse sobre mi cuerpo, metido entre mis piernas. Se deshace de la camisa antes de pegar los labios a los míos una vez más.

Me levanta la camiseta despacio, con los dedos juguetones marcando ritmos delicados sobre la piel desnuda. Me incorporo sobre los codos para mirarlo cuando se desliza hacia abajo y añade los labios y la lengua al conjunto, y dibuja círculos perezosos alrededor del ombligo. Me quito la camiseta y la lanzo al suelo sin preocuparme por el mejor lugar de aterrizaje. Siento su sonrisa pegada a mi abdomen, y eso desata algo salvaje dentro de mí. Yo también quiero lamer su piel, probarlo, saborearlo hasta calmar la sed de él que grita por cada uno de mis poros.

Me mira cuando sus dedos tantean la cinturilla de mi pantalón. Observa cada una de mis reacciones y pide permiso sin palabras para ir un paso más allá. Asiento, pero cuando suelta el botón, baja la cremallera y tira despacio hacia abajo, me tensa. Para de inmediato lo que estaba haciendo y se incorpora un poco más para conectar nuestras pupilas.

—¿Podemos...? ¿Puedes apagar la luz? —pido a media voz.

Se le frunce el ceño, y pasea la mirada de uno a otro de mis ojos con atención. Enseguida suaviza la expresión, como si acabara de entender algo.

—Ya la he visto, Beth. No tienes que esconderte de mí. Créeme, me encanta cada parte de ti. Cicatriz incluida.

Niego despacio con la cabeza.

—Prefiero...

Se coloca sobre mí, su boca muy cerca de la mía.

—¿Puedo sugerir un punto intermedio?

Se me escapa media sonrisa casi sin querer.

—Te escucho.

Pero no contesta con palabras. Se levanta de un salto y enciende el flexo del escritorio para luego dirigir el haz de luz hacia arriba. Apaga la lámpara del techo. La iluminación se atenúa lo suficiente para hacerme sentir cómoda. Y también para hacer el ambiente mucho más... íntimo.

Enarca una ceja al mirarme, esperando mi veredicto. Me muerdo el labio al tiempo que asiento para dar mi conformidad.

Se acerca despacio hasta el borde de la cama.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —pregunta con arrogancia.

Asiento.

—Quítate los pantalones.

—Qué traviesa, Beth —dice con voz ronca, con los ojos clavados en mí, mientras obedece lentamente.

Gruñe bajito cuando se acomoda a mi lado, solo en calzoncillos, y acaricio su erección por encima de la tela.

—¿Por dónde íbamos?

Su pregunta me hace cosquillas por todas partes. Levanto las caderas para que pueda deslizar mis pantalones por las piernas hasta quitármelos. Se queda arrodillado a los pies de la cama, estudiando mi cuerpo semidesnudo con detenimiento.

—¿Qué? —susurro, con el corazón en la garganta.

Sacude la cabeza.

—Joder.

Y luego desciende sobre mí hasta volver a pegar los labios a mi piel. Me quito el sujetador antes de que lo intente hacer él. Un susurro burlón me advierte de que no tenemos prisa. No estoy del todo de acuerdo. Luego pega la boca a mis pechos y dejo automáticamente de pensar.

Ni siquiera me importa que puedan escucharse mis gemidos en todo el maldito edificio. No puedo parar. No me puedo controlar. Quiero más. Mucho más. A todas horas, de todas las formas posibles. Quiero su boca en la mía, su lengua en mi piel, su cuerpo moviéndose con el mío en una sincronía perfecta. Ya estoy a punto de explotar cuando hace resbalar la única prenda que me queda hasta los tobillos para luego hacerla desaparecer. No puedo esperar más. Lo quiero ahí. Lo quiero en todas partes. Ya mismo.

Me acaricia las piernas sin prisa. Me estremezco cuando siento sus labios recorriendo la cicatriz, con mimo, con devoción. Besa cada una de las tres mariposas que vuelan desde ella. Luego pasa a la parte interna, subiendo, llegando. Suelto un gemido impaciente cuando siento su aliento justo donde más lo necesito ahora y noto que se detiene. Me está torturando y pienso cobrármelo pronto, no sabe el juego tan peligroso que acaba de iniciar. Y entonces murmura: «Eres deliciosa», y pega la boca a la impaciencia que late entre mis piernas.

El gemido en forma de su nombre me rasca la garganta y se me arquea la espalda para

ofrecerme completamente a él. Un gruñido seguido de una risita rebota contra mi sexo y se me cuela dentro para desatar toda una serie de pequeñas explosiones en cada punto sensible que hay en mí. Se me pone toda la piel de gallina. Y siento, siento, siento. El mundo desaparece. No existe nada más. Solo el placer. Solo él. Sus labios, su lengua, sus dientes, sus dedos. Jugando, probando, experimentando, hundiéndose en mí una y otra vez.

Exploto desde el mismo centro de mi ser y la onda expansiva de placer llega hasta el último rincón del cuerpo. No sé lo que he gritado, aunque es muy probable que haya sido su nombre repetido como una plegaria lo que me ha dejado la garganta sensible e irritada.

Siento el calor de su cuerpo pegado a la piel y sus brazos me envuelven para refugiarme contra su pecho mientras recupero el aliento, y los músculos, flojos, son capaces de empezar a responder de nuevo. Sus labios me acarician el cuello, las mejillas, la frente, la nariz, se posan delicados sobre los míos, y vuelven a empezar.

—Beth. Dios, Beth, eres... Mierda, ¿qué estás haciendo conmigo? —murmura sobre el pulso desbocado de mi garganta.

Entierro los dedos en su pelo y lo beso. Lo beso con ansia, con renovadas ganas, sin ninguna contención. Me aprieto más contra su cuerpo, buscando el contacto en todos los puntos posibles. Sus dedos trazan figuras abstractas en mi espalda.

—Quiero más —exijo en su boca.

—¿Más?

—Más.

Me muerde el labio inferior y tira de él. Las manos, inquietas, bajan hasta mis glúteos y afirman su agarre pegándose a sus caderas de una forma dolorosamente íntima.

—Acaparadora —ronronea sobre mis labios.

Cuelo las manos entre nuestros cuerpos para acariciarlo. Suelta una palabrota entre dientes que resuena en forma de gemido.

Me ayuda a librarnos de su calzoncillo. Me incorporo para poder observarlo mientras lo acaricio despacio. Está con los ojos cerrados, la boca entreabierta, completamente entregado a mí. Absurdamente rendido a mí. Jadea con fuerza cuando acelero el ritmo.

Quiero probarlo. Tenerlo. Que todo lo que lo compone se entregue a mí sin reservas. Que sea mío. Solo por ahora. Solo por esta noche. Volver a ver esa mirada derrotada cuando me rinda cada pequeña parte de lo que es. Como aquel día cuando se perdió en mis ojos mientras se dejaba ir. Quiero volver a ser todo lo que vea, todo lo que desee, todo lo que quiera. Mío. Hasta que hayamos entregado cada rincón enredado de nuestra alma y volemos mucho más ligeros. Hasta que me abra la puerta de esos ojos a su interior y me ofrezca todo lo que quede de él.

Beso su torso con dedicación. Deteniéndome en cada centímetro de piel. Es mi turno de jugar, de torturar de la forma más deliciosa, de ponerlo de rodillas.

—Por favor, Beth.

Sonrío al oír su murmullo entrecortado mientras mis dientes dejan suaves marcas en la parte

baja de su abdomen. Y entonces le doy lo que quiere. Lo que quiero yo. Su gruñido lo dice sin necesidad de palabras: puedo tomar de él todo lo que desee. Es mío, todo lo que yo quiera llevarme. Mueve la cadera y me deja tenerlo por completo. En mis manos. En mi boca.

—Beth —me llama solo un minuto después—. Beth, será mejor que pares, porque necesito alargar esto, y vas a acabar conmigo si sigues así.

Me lamo el labio inferior despacio cuando levanto la cabeza para mirarlo. No entiendo nada de lo que dice entre dientes, pero su expresión me deja bastante claro el mensaje. Le sonrío de medio lado.

—Dios, eres lo más sexi que he visto en la vida —gruñe—. Ven aquí.

Me besa con ganas en cuanto mi boca queda al alcance de la suya.

Le quito el envoltorio del preservativo de la mano una vez consigue encontrarlo en el cajón. Lo empujo con la palma en el pecho cuando intenta incorporarse. Se lo pongo, despacio, sin escatimar en caricias, y luego me subo sobre su cuerpo y lo hundo poco a poco en mi interior.

Sus manos no saben adónde ir, como si quisieran estar en todas partes al mismo tiempo. En mi cintura, en mi pelo, sobre mi boca, acariciando el cuello, jugando con mis pezones. Me muevo sobre él, despacio al principio, como dijo que haría cuando esto finalmente pasara, y luego aumento el ritmo a medida que los dos necesitamos más y más. Estoy cerca del final cuando él se incorpora, me acomoda sobre su regazo y se mueve dentro, más profundo, con los labios pegados a los míos hasta que todo se vuelve borroso y brillante y gira y se expande y explota en partículas diminutas que terminan con nosotros dos. Saboreo mi nombre cuando su voz se me cuele entre los labios. Me aferro a su cuerpo al caer sin red de seguridad. Y todo encaja y tiene sentido en el momento de desplomarnos sobre el colchón. Cuando quedo recostada sobre su pecho y sus brazos me atan a su piel.

Una mano relajada juega con mi pelo, con la trenza ya deshecha, y yo respiro contra su cuello. Los corazones bombean al mismo ritmo, como si hubieran decidido acompasarse para ser un solo latido. Me abrazo a su torso y cierro los ojos con más fuerza cuando siento el beso en la frente. Algo cruje en mi interior, encajando en un sitio donde por mucho tiempo nada lo hacía.

Me muevo despacio para apoyar la barbilla en su hombro y poder mirarlo. Sus ojos están esperando para conectar con los míos y me dedica una sonrisa leve, perezosa y satisfecha. No puedo evitar besársela. Y ni siquiera me preocupa.

—¿Estás bien?

Lo pregunta en un susurro que me acaricia los labios. Se me estiran en una sonrisa parecida a la suya.

—Muy bien.

Dejo resbalar mi cuerpo sobre el suyo hasta caer a su lado en el colchón y permitirle respirar sin todo mi peso sobre el pecho. Se mueve conmigo, como si estuviéramos unidos por hilos invisibles, y quedamos tendidos de lado en la cama, mirándonos de frente.

—Yo también estoy muy bien.

Suelto una risita por el modo en que lo dice. Me gusta esa voz. La que tiene cuando está tan relajado y cómodo, esa que contiene una vibración vulnerable, tierna y engreída al mismo tiempo. Satisfecho. Y orgulloso.

—¿Era esto lo que llevabas meses planeando? —me burlo.

—Llevo fantaseando con que te corrieras de esa forma en mi boca desde el momento en que te largaste por la puerta esa noche —dice, mucho más serio que yo.

Un puño firme me cierra la boca del estómago y envía descargas de excitación a todo mi cuerpo.

—Espero haber estado a la altura —bromeo.

—Eres mucho más. Mucho más de lo que puede abarcar cualquier fantasía, Beth.

Me pierdo en sus ojos.

Y aparece. Como un rayo que me alcanza en mitad del pecho. Ese atisbo de pánico.

—Esto es solo sexo —le recuerdo.

Tuerce el gesto, pero no parece tan molesto como me temía.

—Creía que éramos amigos —ironiza.

—Por eso no he salido corriendo aún.

Hace una mueca.

—¿Nunca te has quedado en la cama con alguien después de echar un polvo?

Aparto la mirada. Me muevo para tumbarme sobre la espalda y poder mirar el techo. No sé si es el momento para pensar en eso.

—¿Qué pasó con ese tío? —sigue preguntando ante mi silencio—. ¿Tan malo fue para que después de eso hayas sentido la necesidad de huir en cuanto acaba el orgasmo?

Me mordisqueo la parte interna de la mejilla. Es toda una novedad que su curiosidad no me haga querer salir corriendo. En realidad, creo que quiero contárselo. Que puedo contárselo. Porque es Chris. Y sé que a Chris puedo contarle casi cualquier cosa.

Giro la cara para mirarlo. Me está observando con atención. No ha borrado ese rastro de ternura de cuando me ha besado la frente y yo aún no me había puesto a la defensiva. Y me gusta cómo me mira. Pero odio que me guste.

—Estuve algo más de un año saliendo con Ross, y aquella noche fui a una fiesta que daba su mejor amigo. Lydia y Sam no vinieron porque... —Las razones de ambas me golpean y me aturden, así que las aparto rápidamente de mi mente—. No vinieron. Pero daba igual porque yo iba a la fiesta con mi novio. Esa noche fue mi primera vez. Fue con él. En fin, ya sé que la primera vez suele ser rara y molesta y, definitivamente, no es el mejor polvo de tu vida. Pero yo estaba loca por él, así que para mí fue perfecto. Justo lo que quería con la persona que quería. Y claro que nos quedamos en una cama ajena después, haciendo esas cosas estúpidas que se hacen después del sexo.

Chris alza una ceja con expresión burlona.

—¿Te refieres a abrazos, besos, mimos y arrumacos? ¿No es la mejor parte?

Hago una mueca despectiva.

—Luego me fui al baño. Cuando volví él ya no estaba. Lo busqué por toda la fiesta. Y me lo encontré hablando con sus amigos, contándoles cada una de las cosas que acabábamos de hacer mientras todos se reían y se burlaban de mí.

Se incorpora sobre un codo para mirarme con atención, con el ceño fruncido.

—¿Es una broma?

Suspiro.

—Ojalá.

—Menudo gilipollas —masculla entre dientes.

Ignoro la rabia que late en cada palabra.

—Así que llamé a mi hermano y el resto, en fin, ya lo sabes.

Se mueve más cerca y me acaricia el pelo con ternura, apartando de la cara uno de los mechones que han escapado de la trenza.

—Te juro que nada de lo que ha pasado aquí entre nosotros va a salir de esta habitación.

Sonrío con ironía.

—Más te vale. Aunque estoy segura de que te mueres de ganas de alardear.

Se le contagia la sonrisa y le ilumina los ojos de una forma irresistible y adorable.

—Alardearé contigo. No voy a dejar que lo olvides nunca. He estado bien, ¿eh?

Le pego suave en el abdomen con el dorso de la mano y se ríe con un par de carcajadas que consiguen hacerme reír bajito con él.

Acerca la cabeza a la mía, pero se detiene cuando está a unos escasos centímetros de mis labios.

—¿Puedo besarte?

Pregunta como si después de todo lo que ha pasado entre nosotros ahora no estuviera bien presuponer el grado de intimidad que debemos mantener. Levanto la cabeza de la almohada para alcanzar sus labios y besarlo yo.

—Tengo que irme —digo inmediatamente después.

Levanta el brazo que acaba de pasar por encima de mi cuerpo para liberarme, pero luce una expresión contrariada.

—Puedes quedarte.

Lo dice con tanta sinceridad y tanta ternura que siento un tirón en las tripas que me pide que lo haga. Pero ese es el problema.

Quiero quedarme.

Y es lo que no puedo permitirme. Y tampoco puedo permitírselo a él. Querer más. Querer quedarme. Perderme en lo que hay en la profundidad de sus ojos y encontrar un sitio donde acomodarme y construirme un hogar.

Me levanto de la cama y me visto en silencio bajo su atenta mirada. Me vuelvo hacia él cuando estoy lista. Está incorporado, con la espalda apoyada en el cabecero y una expresión de

cachorrillo abandonado que sé que se esfuerza por esconder.

Me acerco y le doy un beso breve en los labios.

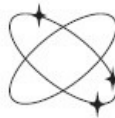
—Hablamos mañana.

—¿Te acompaño a casa?

Niego con la cabeza con una sonrisa forzada. Y luego me voy.

Siento una extraña mezcla de alivio y añoranza cuando piso la calle y el frío de la noche me golpea con fuerza.

Quería quedarme y quería salir corriendo. No sé cuál de las dos partes de mí tira más en este momento. Solo sé que ninguna está satisfecha ahora mismo.



Un gatito se me enrosca entre los pies en cuanto entro en casa. Me agacho para recoger a *Cosmos* y lo llevo en brazos al salón donde Sam y Lydia están viendo una película. Esta última congela la imagen de la pantalla cuando me ve aparecer.

—Se os ha escapado uno. —Levanto la mano en la que el pequeño *Cosmos* cabe por completo.

Maúlla como protesta. Me acerco a dejarlo en el parque vallado que hemos montado para ellos a un lado de la mesa de comedor.

—¿De dónde vienes? —pregunta Sam.

Lanzo un suspiro largo y cargado de culpabilidad y me acerco para sentarme con ellas en el sofá. Lydia me pasa un brazo por los hombros y me achucha contra su costado.

—Has estado con Chris —adivina.

—Es complicado —digo de mala gana.

—La única que lo ve complicado eres tú —me recuerda Sam.

Gruño bajito.

—Porque es para mí para quien es complicado.

—Beth —empieza Lydia, insegura—. A pesar de todo, de lo que pasara, de lo que vieras, de lo que pienses, puedes tomar decisiones. Eres libre. Tienes un corazón para dar. —Me duele el modo en que lo dice, dando a entender que ella no lo tiene porque ya lo entregó—. Tú que puedes, no esperes a alguien que podría ser un idiota, aunque tuviera la cara que buscas. Ya que puedes, enamórate de Chris.

Siento cómo me estruja el corazón con fuerza y los pedazos sangran gota a gota.

Eso es lo que Lydia no entiende, lo que nadie puede entender, aunque se esfuercen por hacerlo. No soy tan libre. No cuando sé lo que va a pasar, cómo va a acabar si ahora me lanzo con los ojos cerrados.

El problema es que para mí no hay elección, por mucho que desearía tenerla.

Improvisar

Chris

Está esperándome a la salida de clase. Lydia se despide con la mano y le dedica a su amiga un guiño pícaro que no se preocupa en ocultarme a mí. Tampoco es que importe. A estas alturas todos nuestros amigos saben lo que pasa entre nosotros cada vez que estamos cerca.

Inevitable.

Irresistible.

Absurdamente incontenible.

Beth me coge de la mano sin decir una palabra y me arrastra con ella a través del pasillo hasta los baños más cercanos. Me empuja dentro del de los chicos y yo no opongo resistencia. Al contrario, envuelvo su cintura con los brazos y la levanto para llevarla hasta uno de los cubículos y cerrar la puerta con pestillo una vez que estamos dentro.

Su boca se pega a la mía y sus dedos inquietos me revuelven el pelo sin ningún cuidado. Desplazo los labios a lo largo de la línea de su mandíbula en cuanto dejan los suyos, y luego hundo los dientes en su cuello. Jadea suavemente contra mi oído. Y hasta se me olvida que estamos en un maldito baño en mi facultad y que cualquiera que entre podría oírnos.

Abandonamos las mochilas y los abrigos sobre el retrete, donde no estorben. La miro de arriba abajo mientras mis manos ya juegan en la parte más baja de su espalda. Lleva un vestido que le cubre hasta las rodillas y medias gruesas. No puedo evitar preguntarme si se lo ha puesto solo para este momento, para que me resultara más fácil acceder a ciertas zonas de su cuerpo. Sus pupilas, iluminadas por un brillo travieso, me dan la respuesta sin necesidad de indagar mucho más.

—Me gusta el vestido —le digo en un susurro.

Sus dedos, ligeros y juguetones, ya están haciéndome cosquillas en el abdomen, por debajo de la ropa.

—Te va a gustar más lo que hay debajo —insinúa, al mismo volumen.

Se gira para darme la espalda y levanta la falda hasta las caderas. Las medias acaban en la parte superior de los muslos y lleva un tanga diminuto que me invita a arrancarlo a mordiscos.

Madre. Mía.

Empiezo a sospechar que quiere matarme. Si no, no concibo el hecho de que lleve dos semanas jugando conmigo de esta manera. Cada día un poco más allá. Más sexi. Más caliente. Hace días que he renunciado a la calma cuando ella anda cerca.

Me agacho, como puedo en el reducido espacio en el que estamos, para darle un mordisco suave en el culo y pasar la lengua por el borde de esa mínima tela que cubre su humedad. Tiembla ante mí, y esa impaciencia termina de encenderme.

—No he venido a jugar —me advierte, y echa el brazo hacia atrás para pasarme un preservativo que tiene sujeto entre dos dedos—. Lo quiero rápido y duro.

Mierda.

Me desabrocho los pantalones y es todo un alivio. La ropa empezaba a ser más que una molestia. Me pongo el condón antes de bajarle el tanga. La acaricio primero. Sabe que me encantan los preliminares, pero me recuerda con un gruñido ronco que hoy no está dispuesta a esperar.

Sisea cuando me hundo en ella. Sonríe al escuchar ese lenguaje tan sucio que no utiliza en ningún otro contexto. Me encanta. Esto, el sexo, la intimidad, cómo encajamos..., *ella*. Me encanta ella. En todos los aspectos y todos los malditos sentidos.

Puede que me esté acostumbrando, aunque sé que no debería. Me estoy haciendo adicto a estos momentos, a los estallidos de pasión, al entendimiento mutuo sin necesidad de hablar, a la electricidad entre nuestros cuerpos y la necesidad de un solo roce más con su piel. ¿La peor parte?: también me estoy acostumbrando a que su sonrisa lleve mi nombre y a los pensamientos íntimos que nunca hemos contado a nadie pero compartimos en susurros mientras nos acariciamos tras saciar la sed del otro. Me estoy acostumbrando a que Beth Walls sea mi mejor amiga. Y a tener con mi mejor amiga el mejor sexo que he tenido jamás. Podría suponer un problema. Aunque, claro, cualquier problema es totalmente secundario cuando ella exige:

—Más rápido.

Está conteniendo los gemidos, pero, cada vez que se le escapa uno, el sonido va directo a esa parte de mi cuerpo que quiere fundirse con ella y me hace mucho más difícil eso de mantener el control.

Pongo una mano sobre su esternón, con los dedos rozando su cuello, y la empujo hacia atrás para pegarla a mi pecho. Sube una pierna al retrete, para darme mejor acceso, y jadeamos juntos cuando aumento el ritmo hasta satisfacer su nivel de exigencia. Quiero su boca, pero ella apoya la parte de atrás de la cabeza en mi hombro y no me permite alcanzarla así que me conformo con su hombro y con su cuello. Retrasar el orgasmo es una tarea ardua, pero me esfuerzo por mantener el ritmo hasta que siento cómo ella se estremece y palpita a mi alrededor perdida en su propio placer. Entonces me dejo llevar.

Rápido y duro, sí. Mierda. Tanto, que a los dos nos cuesta recuperar el aliento.

Se gira para mirarme cuando ya se ha puesto la ropa interior y ha adecentado su aspecto. Yo aún sigo con los pantalones por las rodillas, apoyado en la pared del cubículo, y con la

respiración acelerada. El corazón amenaza con salirse por la garganta, pero me muevo para vestirme y dejar de tener un aspecto tan ridículo en cuanto ella me dedica una sonrisa burlona. Apoya las manos sobre mi pecho y se acerca hasta poner la boca a mi alcance.

—Hola —susurra, cariñosa.

La beso despacio, con dulzura.

—Hola —respondo sobre sus labios.

—¿Te apetece un café?

No espera mi respuesta antes de recoger sus cosas y salir dejándome atrás. Por suerte, no hay nadie aquí dentro. Aunque unos cuantos alumnos nos miran con sorpresa cuando salimos juntos del baño de tíos.

Dejo los cafés en la mesa, entre los dos, y me siento frente a ella. Hoy lleva el pelo suelto y se lo está peinando hacia un lado para que le caiga sobre el hombro derecho, donde suele descansar la trenza. Me sonrío y me da las gracias antes de quitarle la tapa a su vaso para poder soplar en un intento de bajar la temperatura del líquido que contiene.

—¿A qué debo el honor de esta visita? ¿Me echabas de menos? —pregunto, con media sonrisa engreída y las cejas alzadas.

Pone los ojos en blanco, aunque puedo ver perfectamente cómo se esfuerza por reprimir la sonrisa.

—¿Cuándo no? —me sigue el juego—. Estaba un poco alterada y nerviosa esta mañana. He pensado que, ya sabes, necesitaba una buena forma de relajarme.

—Me alegro de ser tan relajante.

Hace una mueca.

—Te encanta alardear.

Suelto una carcajada y ella sonrío abiertamente esta vez.

—Es culpa tuya. No paras de subirme el ego.

—Tu ego no puede subir más.

—Oh, sí que puede —rebato con una sonrisita traviesa—. Y otras cosas también pueden subir mucho más, como has comprobado.

Resopla con incredulidad y yo me río hasta que termina por contagiarse de mis carcajadas.

—Bueno, gracias por eso —bromea, pícara.

Doy un sorbo al café y la observo con detenimiento. No parece especialmente preocupada, está como siempre que pasamos un rato así juntos: tranquila, juguetona y preciosa. No sé si se ha dado cuenta de cómo se ha asentado esta dinámica entre los dos desde que empezamos a acostarnos juntos con frecuencia, pero, si lo ha hecho, al menos no parece estar a punto de entrar en pánico por ello como yo me temía.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estabas nerviosa?

Eleva hacia mí esos ojos azules que estaban clavados en el café que sostiene entre las manos. Suelta el aire de los pulmones en un pequeño suspiro.

—Un compañero del grupo de Teatro me ha mandado un mensaje para invitarme a un taller de improvisación que hay mañana.

Quedan dos meses para su prueba del programa de teatro y, en mi humilde opinión, ya está lista para ello. Le he dado la réplica unas cuantas veces con las escenas de ese musical que están interpretando y se sabe todos los papeles al pie de la letra. Es fantástica, en serio, aunque la mía no sea una opinión de experto. Solo sé que transmite, que emociona y que se transforma completamente en el personaje cuando se mete en el papel. Supongo que de eso va ser una buena actriz, ¿no? Y ella lo es. Creo que el único problema es que le da pánico ponerse a improvisar, lo cual, si lo piensas bien, es totalmente extrapolable a su vida. No es que no sepa hacerlo, desde luego, y no es que se le dé mal. Es que le aterroriza meter la pata, hacer el ridículo o quedarse en blanco. Necesita la seguridad de unas líneas a las que aferrarse; tener el control sobre lo que vaya a pasar, y no el riesgo de no tener ni idea de lo que le deparará el minuto siguiente. Probablemente es lo mismo que le pasa conmigo. Con esto. Con *nosotros*.

—¿Vas a ir?

Mueve los labios, apretados, de un lado a otro, como si se lo estuviera pensando.

—Debería —concluye al fin.

—Puede que te venga bien para soltarte un poco. No pasa nada, Beth, sabes hacerlo, solo tienes que dejarte llevar.

—Eso es fácil de decir —refunfuña.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Podría hacer el ridículo, entrar en pánico y fastidiar para siempre mi oportunidad de entrar en el programa de Teatro porque no querré volver a improvisar nunca más.

—El otro día te marcaste una improvisación digna de Broadway cenando con Oscar y conmigo —le recuerdo.

Sacude la cabeza, con la mirada clavada en ese café del que aún no ha tomado ni un sorbo.

—Contigo es fácil.

Un silencio denso cae entre los dos cuando dice eso en un susurro sincero y teñido de emoción mal contenida. Levanta la vista despacio hasta que nuestras pupilas se encuentran. Sé que no es el momento de ahondar en los posibles dobles o triples sentidos de esa frase. Sé que es posible que nunca lo sea, a pesar de todas esas cosas que dicen sus ojos y nunca se va a permitir expresar en voz alta.

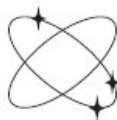
Y podría estar diciendo esto, mostrando esa vulnerabilidad y la necesidad de un apoyo moral durante esa dichosa sesión de mañana, delante de Sam, o incluso de Lydia. Pero ha venido a buscarme a mí. «Contigo es fácil». Y, como siempre últimamente, me esfuerzo por leer entre líneas y disfrazar todo eso que no dice de casualidad y comentarios vagos.

—¿Quieres que vaya contigo?

De nuevo sus ojos clavados en los míos, y el inevitable vuelco al corazón que eso conlleva.

—¿Harías eso por mí?

Y está muy empeñada en no quitarse la venda y ver todo lo que muestro sin ninguna clase de filtro si aún no tiene claro que yo, por ella, haría cualquier cosa.



El taller de improvisación es en un local en la planta baja de un edificio del centro. Aquí estoy yo, que no tengo ni idea de interpretación, sujetando la mano de la mejor actriz que conozco como si fuera ella la que necesita suerte para enfrentarse a la vergüenza. Debe de ser bueno eso de que yo, según mi madre, naciera sin sentido del ridículo.

—Hoy es un día de mierda —dice en voz baja, con muy mal genio, mientras avanzamos con los dedos entrelazados hacia el grupo de gente que ya está reunido cerca de un pequeño escenario.

Me esfuerzo por que mi risa no suene muy alta en respuesta a su arranque. Es graciosa cuando refunfuña así.

—¿Qué le pasa al día de hoy aparte de lo obvio? —me intereso, y hago un gesto vago con la mano señalando alrededor.

—La pareja que quiere adoptar a los gatitos ha venido a casa con Sam a conocerlos hace un rato.

La miro de reojo. En todo el tiempo de vida de los gatitos no ha parado de advertir a sus compañeras de piso de que no pueden quedarse con todos y, sin embargo, es evidente lo mucho que la entristece pensar que se marcharán y no volverá a verlos.

—¿Se han decidido por *Cosmos* y *Fortuna*?

Asiente, y hace pucheros. Estiro la mano que no sujeta la suya para acariciar su labio inferior y borrar el gesto triste.

—Sam los conoce, Beth, son buena gente y los van a querer un montón y serán muy felices juntos en su nuevo hogar. Lo sabes, ¿no? Además, no son del todo unos desconocidos, seguro que os dejan visitarlos alguna vez.

—No es lo mismo —se lamenta—. Apenas los he visto dos veces, no puedo pedirles que me dejen entrar en su casa a achuchar a sus gatos cada vez que me apetezca.

—No, claro. Tendrías que acordar un calendario de visitas —bromeo.

—No tiene gracia.

Dejo de caminar, cuando estamos ya al borde del grupo, y me planto delante de ella. Cojo su cara entre las manos y la alzo hacia la mía con delicadeza para poder mirarnos a los ojos. Está tan triste de verdad que me dan ganas de ofrecerme a adoptar a todos los gatos que ellas no puedan quedarse en casa, solo para que venga a verlos tan a menudo como quiera.

—Oye, los gatos van a estar bien. Y tú también. Sé que es triste tener que separarte de ellos,

pero tienes que pensar en la vida que quieres para esos dos, ¿vale? Aún son pequeños, te queda casi un mes para hartarte de ellos.

—No me voy a hartar de ellos —protesta a media voz. Baja los ojos hasta mi sonrisa y relaja un poco el gesto—. Puede que tengas razón.

Ese suspiro resignado, como si le molestara tener que admitir que llevo razón en algo, me hace ampliar la sonrisa. Las comisuras de su boca se elevan ligeramente también y me inclino hacia ella para besarla por un segundo.

—Vamos —la animo—. Utiliza toda esa emoción para crear tu arte.

Me alejo antes de que le dé tiempo a soltarme todo lo que anuncia su ceño fruncido ante mi burla. Me pega una patadita en el culo que me alcanza solo lo justo para rozarme y me río a carcajadas llamando la atención de todo el resto de las personas que han venido a participar en el taller. Aprovecho para saludar y presentarnos a los dos.

Beth se aferra a mi brazo mientras el profesor nos explica cómo va a organizarse la sesión y lo que se espera de nosotros hoy.

—Necesito que estés aquí todo el rato —me recuerda en un susurro—. Tienes que sacarme de ahí si ves que voy a hacer el ridículo.

—Todo va a ir bien —le susurro de vuelta, con los ojos en los suyos.

—Prométeme que vas a estar conmigo todo el tiempo.

El resto del mundo podría perfectamente haber desaparecido, porque, cuando dice eso con las pupilas perdidas en mí, bien podríamos estar completamente solos y ser las últimas personas que quedaran en todo el planeta.

Le acaricio la barbilla con el pulgar, despacio.

—Te prometo que voy a estar contigo todo el tiempo, Beth.

Me da un beso en el hombro, sobre la tela de la sudadera que llevo. Luego vuelve a prestar atención a lo que se dice y ya no me mira, pero se mantiene cerca de mi cuerpo.

Por mucho que vaya por ahí alardeando de que improvisar es mi especialidad, no estoy a la altura de ninguno de los presentes, ni mucho menos. Lo de no conocer la vergüenza ayuda y, a pesar de todo, me lo estoy pasando muy bien con los ejercicios y con las actuaciones de los demás. La mejor parte, por supuesto, es ver cómo Beth está más cómoda y relajada a cada segundo, hasta que estoy seguro de que está disfrutando casi tanto como yo. Solo la veo dudar cuando es su turno de ponerse delante de la gente en un juego de roles. Al principio es con un grupo de personas más, luego un diálogo en el que tendrá mucho más protagonismo.

—Si ves que la cosa se tuerce, sácame de ahí —me pide en un susurro casi divertido, antes de adelantarse para subir al escenario.

La beso en la sien antes de dejarla ir. Le guiño un ojo cuando vuelve la vista atrás por un segundo para asegurarse de que la he oído y estoy dispuesto a cubrirla las espaldas.

No sé a qué viene tanto revuelo si es, con diferencia, la que mejor lo hace. Estoy disfrutando de su humor, de su desparpajo y de esa forma de proyectar la voz que la hace destacar sobre

todos los demás.

Y entonces el móvil empieza a vibrar en mi bolsillo. Lo consulto rápido, con la intención de colgar la llamada y apagarlo. Me quedo parado, dudando, cuando veo que es mi madre. ¿Pasará algo? A ver, seguro que es solo para pedirme opinión sobre cualquier tontería de la decoración de esa tienda de deporte que le ha encargado un nuevo proyecto, puedo llamarla luego. Cuelgo la llamada y guardo el teléfono otra vez. Si es importante volverá a llamar. No ha pasado ni un minuto cuando me manda un mensaje:

Cariño, llámame en cuanto puedas. Es importante.

Se me disparan las pulsaciones y un sudor frío empieza a deslizarse por mi nuca.

Miro hacia el escenario, donde Beth tiene la situación perfectamente controlada. Juraría que incluso se lo está pasando bien. Creo que puedo salir dos minutos, hacer esta llamada y estar de vuelta antes de que empiecen con el diálogo.

Me deslizo sigiloso hasta la parte trasera del local y de ahí a la calle, y cierro la puerta a mi espalda para no molestar a los que siguen dentro.

Mi madre contesta cuando apenas ha terminado de sonar el primer tono.

—Chris.

Me tiemblan las piernas y tengo que apoyar la espalda en la pared del edificio cuando oigo su voz rota por el llanto.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Estoy en el hospital. No quiero que te asustes. —Gran manera de no asustarme, claro—. Papá está... No sabemos qué le ha pasado, se ha caído en casa y no podía mover las piernas. Lo están atendiendo, aún no me han dicho nada. Necesito que llames a Nina, por favor, estaba con él cuando ha pasado y está asustada. Seguro que si habla contigo se siente mejor.

—¿Dónde está?

—La madre de su amiga Max ha pasado a por ella y la ha llevado a su casa. ¿Puedes?

—Sí, sí, sí. Ahora la llamo —prometo—. ¿Cómo está papá?

—Menos asustado que yo. No lo sé. Te llamo en cuanto me digan algo, ¿vale?

Se despide enseguida de mí insistiendo en que llame a mi hermana pequeña. Tengo que tomarme un par de minutos para respirar y tranquilizarme y convencerme de que todo va a ir bien y de que mi padre se va a recuperar enseguida.

Luego llamo a Nina, que, desde el momento en que me coge el teléfono, no puede parar de llorar.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando Beth sale acelerada del local y me encuentra aquí, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, las rodillas dobladas y la cabeza entre los brazos. Debería ir a casa de mis padres, volver allí por si me necesitan, por si puedo, al menos, hacer sentir mejor a mi hermana, pero no hay trenes de vuelta hasta mañana. Y me siento inútil e impotente, y estoy tan preocupado por lo que le pueda estar pasando a mi padre que no puedo

dejar de temblar. Mi madre no ha vuelto a llamar y tampoco ha cogido el teléfono cuando he llamado yo.

Beth se agacha delante de mí y me pone las manos en las rodillas. Me acaricia el pelo en cuanto levanto la cabeza para poder mirarla. Tiene cara de estar muy preocupada, y yo me siento peor cuando la veo aquí y recuerdo que le había prometido estar con ella todo el tiempo en ese taller de improvisación.

—Chris, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Sacudo la cabeza y respiro hondo para tratar de tranquilizarme y no sonar patético y roto en cuanto abra la boca.

—Mi padre está en el hospital. No sé muy bien qué le pasa.

Se acerca más y une su frente con la mía para respirar despacio, como si eso fuera a obligarme a mí a hacer lo mismo. Por alguna extraña razón, es justo lo que consigue.

—Tranquilo —susurra, muy cerca—. Seguro que todo va bien. Seguro que va a ponerse bien. ¿Es la espalda?

Creo que asiento, aunque no sé ni lo que hago.

—Lo siento —digo, tras buscar sus ojos y conectar nuestras miradas—. Lo siento. Te he prometido que iba a estar.

Me pone las manos en las mejillas y me acerca un poco más, sin desconectar nuestras pupilas.

—Da igual. Chris, no importa, eso da igual.

—No, era importante para ti, y me necesitabas, y te he prometido...

—Chris —me calla, más firme—. No importa, está bien. No me importa la maldita improvisación, ni una tonta promesa, ¿vale? Me importas tú.

Rodeo su torso con los brazos y mi impulso la desestabiliza hasta hacerla caer sentada sobre mi regazo cuando estiro las piernas. Me abraza por el cuello y me deja esconder la cara en su hombro. Me acaricia y me besa el pelo una y otra vez hasta que empiezo a relajarme.

Me aparta para mirarme a los ojos. Me besa en la mejilla y me habla al oído:

—Vamos a tu casa, venga.

—¿Ha terminado el taller?

—No, no ha terminado el taller. Eso da igual. —Se levanta y me ofrece ambas manos, para ayudarme a ponerme en pie—. Vamos a casa.

Me levanto con las manos en las suyas. Solo me suelta una. Entrelaza los dedos de las otras y se abraza a mi torso para empezar a recorrer el camino hasta mi apartamento muy pegada a mi costado. No digo nada, aunque agradezco el contacto.

Le cuento todo lo que sé mientras andamos. Lo que ha dicho mi madre, lo que he hablado con mi hermana. Creo que estoy algo más tranquilo ahora, pero la falta de noticias me sigue preocupando.

Oscar está en casa cuando entramos. Tengo claro que está a punto de saludarnos con algún comentario tonto, pero entonces me ve la cara y su expresión cambia también. Es Beth la que se

encarga de quedarse con él y contarle por encima lo que ha pasado mientras yo me voy a mi habitación a intentar llamar a mi madre otra vez. Por lo menos, me coge el teléfono y me dice que va a pasar a hablar con el médico y que me llamará en cuanto lo haya hecho.

Beth aparece con una taza entre las manos, asomándose prudente, justo cuando cuelgo. Intento sonreírle y creo que me sale más bien una mueca, pero ella me devuelve la sonrisa que a mí me ha fallado. Cierra la puerta y se acerca despacio para ofrecerme la taza, de la que sale un hilo de humo.

—Te he preparado una infusión. Ya sé que las infusiones de esta casa son de Oscar, pero me ha dicho que te da una solo por ser tú —medio bromea. Cojo la taza de entre sus manos y dejo que me caliente la piel, mientras ella se sienta a mi lado en la cama—. ¿Qué ha dicho tu madre?

Abandono la infusión sobre la mesa solo para poder abrazarla. Acomoda la postura para permitirme apoyar la cabeza en su pecho y me besa la coronilla. Le cuento las últimas novedades con la voz amortiguada contra su jersey.

Los dos nos sobresaltamos cuando suena el móvil. Mi madre me transmite todo lo que han dicho los médicos. Ha sido algo como un pinzamiento en la médula por un mal movimiento, porque, por supuesto, mi padre tiene la columna hecha polvo. Han conseguido solucionarlo con relajantes musculares y no sé qué más, y dicen que podría o no podría volver a pasar, pero que debe tener cuidado hasta que llegue el día de la operación. Eso me dejaría relativamente tranquilo si al menos tuviéramos una fecha ya para operarlo. Mi madre se niega en redondo a que yo vuelva a casa mañana. No entiende que ella trabaja todo el maldito día y que Nina no puede hacerse cargo de cuidar a papá si algo como esto vuelve a pasar. Al final, llegamos al acuerdo de que mi tía estará pendiente de si papá necesita algo, pero, si pasa cualquier otra cosa, iré para allá y me quedaré el tiempo necesario.

—Pásame a papá —pido.

Beth, a mi lado, hace amago de levantarse de la cama para dejarme intimidad. La cojo de la mano, con firmeza, para dejar claro el mensaje de que quiero que se quede. Se acomoda de nuevo, me mira en silencio y me permite entrelazar nuestros dedos y acariciarle la palma con el pulgar.

—Chris, estoy bien, colega.

Cierro los ojos y vuelvo a respirar cuando oigo la voz de mi padre, algo adormilado pero con el humor de siempre.

—Papá, tienes que tener cuidado con la espalda, ¿vale?

—Vale, nada de jugar con pesas, ni de cargar leña.

—Voy en serio.

—Estoy bien.

—Si necesitáis que vaya...

—Ni se te ocurra. No quiero verte aparecer por aquí hasta Navidad. Cambiaremos la cerradura y te mandaremos de vuelta de una patada en el culo.

—Sois un par de cabezotas —gruño.

—A alguien tenías que parecerte. Oye, te llamamos mañana, ¿vale? Me tienen vigilado aquí, sobre todo tu madre. De verdad que voy a estar bien.

Suspiro.

—Vale. Papá —se me atascan las palabras en la garganta por la falta de costumbre antes de que pueda sacarlas—, te quiero.

—Joder, Chris, que no me estoy muriendo —suelta, burlón—. Yo también te quiero. Hablamos mañana. Relájate. No te preocupes.

A pesar de sus palabras no estoy exactamente relajado y, por supuesto, sigo preocupado, cuando dejo el móvil en la mesa y recupero la infusión para beber un par de tragos. Luego me tumbo de espaldas sobre el colchón, sin soltar la mano de Beth.

Se recuesta a mi lado y apoya la cabeza en mi pecho, con la oreja sobre mi corazón. Tiene que darse cuenta de que se me van acelerando los latidos progresivamente solo por su cercanía.

—Gracias —digo en un susurro.

Me acaricia el abdomen por encima de la sudadera distraídamente.

—¿Por qué?

—Por estar conmigo.

Se incorpora para poder mirarme. Nos perdemos en los ojos del otro durante muchos más segundos de los que puedo contar. Luego se inclina despacio hasta unir nuestros labios. Me muevo para seguir besándola cuando empieza a apartarse. Y, después de un rato, los besos no son suficiente, así que empiezan las caricias, los roces y sobra la ropa.

Ninguno de los dos dice ni una palabra más, pero nos comunicamos de una forma mucho más efectiva. Es la primera vez que lo hacemos tan lento. Dulce. Tierno. Totalmente entregados. No paramos de besarnos todo el tiempo, de acariciarnos sin prisa y ponernos las pieles de gallina.

Luego me abraza contra su cuerpo hasta que me quedo dormido.

No está aquí cuando me despierto. Me estiro para recuperar el móvil y mirar el reloj. Ya ha pasado la hora de cenar, pero aún no es tarde. Miro alrededor. Ni rastro de ella ni de ninguna de sus cosas en toda la habitación.

Me visto y salgo al salón. Oscar le quita el volumen a la tele cuando me acerco hasta él.

—Eh, tío, ¿cómo estás?

—Beth se ha ido. —Es lo único que digo, y ni siquiera me molesto en entonar la pregunta.

Hace una mueca lastimera.

—Sí, hará como media hora.

Me dejo caer en el sofá a su lado, y suelto un suspiro largo.

—¿Te ha dicho lo que ha pasado?

Asiente.

—Lo de tu padre sí —confirma, y me da una palmada en el hombro antes de añadir un apretón cariñoso—. Lo que sea que pasa entre vosotros, no, eso no me lo ha dicho.

—Ya sabes lo que pasa entre nosotros —murmuro de mala gana.

Finge tener que pensarlo por un momento. Y, mientras lo hace, me observa con esa mirada compasiva que no me dedicaba desde algunos de los peores momentos tras la ruptura con Carol. A lo mejor Matt y él tienen razón. A lo mejor todo esto me pasa por ser un estúpido romántico.

—Lo que sé es que sois muy amigos. También sé que quedáis a menudo y que cada vez hacéis más cosas juntos. También sé que os acostáis —recuenta, y luego encoge un solo hombro—. Lo que no sé es cuál es la diferencia entre todo eso y ser novios.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sillón y cierro los ojos.

—Hay una enorme diferencia.

—Una enorme diferencia —repite, burlón—. ¿Dos personas que son amigas, sin lugar a dudas se gustan, y se acuestan juntas? Sí, lo veo clarísimo. ¿Sabes cuál es la única diferencia?

Vuelvo la cara hacia él y alzo las cejas como una invitación silenciosa a responder su propia pregunta.

—Que ella no quiere ponerle un nombre.

Lo dice como si fuera algo mínimo y sin importancia. Pero esa diferencia, la única diferencia, es la que lo cambia todo.

Y Beth nunca va a querer que sea de otra manera.

Hasta donde quieras llegar

Beth

Me siento con Sam en la terraza, donde los gatos juegan entre ellos a pesar del frío de la noche. Me envuelvo en una manta de las que siempre tenemos en el respaldo de la silla y miro las luces de la ciudad sobre el río calle abajo.

—¿Qué ha pasado, Beth? Y no digas que nada. Tu melancolía me está taladrando los oídos. ¿Has hablado con Chris?

Me encojo entre los pliegues de la manta y asiento en un movimiento casi imperceptible.

—Sí, lo he llamado hace un rato. Está bien. Dice que volverá en un par de días, probablemente.

Hace casi una semana que se fue a casa de sus padres, a pesar de todas las advertencias y amenazas que ellos le habían lanzado para que no lo hiciera. Lo entiendo. Necesitaba ver si su padre está de verdad tan bien como pretendían hacerle creer. Al menos, ahora está más tranquilo. Hemos hablado cada día desde que se fue. Y eso está bien, somos amigos, es normal que me preocupe por cómo está y que él tenga ganas de hablar conmigo y poder desahogarse como no puede hacerlo con su familia, ¿no? Eso no es en absoluto lo que me preocupa.

Pero, claro, también está la necesidad de oír su voz, la absurda resistencia a colgar el teléfono, aunque llevemos una hora hablando, y el modo en que echo de menos que esté aquí. Eso es lo que lo complica todo.

—Más vale. Oscar está descontrolado —dice mi amiga, con una risita, ajena a todo lo que estoy pensando yo.

No presto demasiada atención a esa insinuación y me estiro para subir a *Ouija* a mi regazo cuando la pequeña gatita gris empieza a trepar por el borde de la manta.

Samira dice algo más. Algo como que suelte de una vez lo que sea que me está comiendo por dentro. Expulso el aire de los pulmones por la nariz, de golpe, sacando la frustración.

—Creo que nos he metido a los dos en un lío, ¿sabes?

—¿A Chris y a ti? —trata de asegurarse.

—Esto no tenía que llegar tan lejos.

—Te estás enamorando de él.

Firme y segura. Sin siquiera molestarse en que suene a pregunta. Me asusta su tono, sin ningún rastro de duda. Me pincha por dentro y provoca el despertar en cadena de todos mis miedos.

Sacudo la cabeza con energía.

—No —lo niego, demasiado brusca—. No, claro que no. No es para tanto.

—Venga —suspira, como si solo con su tono de voz pudiera hacerme entrar en razón—. Beth...

No llega a decir lo que sea que se le está pasando por la mente, porque entonces oímos cerrarse la puerta de entrada a la casa y las dos nos giramos hacia el salón. Lydia aparece en el umbral en solo un par de segundos, nos ve aquí sentadas fuera pasando frío como un par de tontas, se quita los zapatos y viene directa a sentarse con nosotras.

No decimos nada mientras acerca otra silla a la mía, acaricia a *Ouija*, que se dedica a mordisquear mis manos y atrapar mi brazo entre las diminutas patitas, y se envuelve con una manta, justo como nosotras.

Sabemos de dónde viene. Y las tres tenemos claro que no es algo de lo que debamos hablar.

—¿Has cenado? —le pregunta Sam, a pesar de que ya ha pasado de largo la hora de la cena.

—Sí, más o menos. —Se inclina a un lado para darme un toque con el hombro—. ¿Has hablado con Chris?

—Sí. Parece que las cosas van bien por su casa. Volverá pronto.

—Genial.

—Sí, genial —repite Sam—. Será mejor que vuelva pronto porque, obviamente, Beth lo echa de menos.

Le lanzo una mirada asesina a la que ella responde con una sonrisa relajada cargada de significado.

—Cállate —exijo entre dientes.

Lydia suelta una risita baja.

—Venga, Beth, no te pongas así. Todos estamos de acuerdo en que hacéis muy buena pareja.

Emito un gruñido disconforme.

—Eso no va a pasar, y ya lo sabéis.

Lydia hace pucheros. Sam incluso se lamenta en voz alta. Son un par de payasas, eso es lo que pasa con ellas.

—Si te sirve de consuelo, yo también me estoy metiendo en un lío, creo.

Tanto Lydia como yo giramos la cabeza de golpe para interrogar a nuestra amiga con la mirada en cuanto la oímos decir eso. Ni siquiera tenemos que llegar a preguntar qué ha pasado, porque sigue hablando por propia voluntad:

—¿Os acordáis de la pareja que vino a conocer a los gatitos? Tienen una relación abierta, y yo... tengo algo con... él.

—¿Con él?! —exclamamos las dos a la vez.

Hace tanto tiempo que Samira no tiene nada con un chico que empezaba a pensar que nunca más volvería a interesarle ninguno. Esconde la barbilla en la manta con la que está tapada, para evitar nuestras miradas inquisidoras y, por el movimiento que se adivina debajo, me parece que se está encogiendo de hombros.

—Sí, la verdad es que me gusta. Pero, no lo sé, es complicado, ¿no?

—¿Complicado? —repite Lydia, con los ojos como platos—. Tiene una relación, Sam. ¿Y a ella le parece bien?

—Tienen una relación abierta —insiste.

—Y ¿a ti te parece bien? Ya sabes, que tenga una relación con otra persona, por muy abierta que sea —intervengo.

Sam toma aire y mira más allá de la barandilla mientras se decide por la respuesta que quiere darnos.

—¿Sabéis qué? Creo que sí. La monogamia es tan restrictiva, tan cerrada. Es tan asfixiante. Puedes querer muchísimo a alguien y eso no significa que no te atraigan otras personas, ¿no es verdad? Tampoco significa que no puedas querer a alguien más. Y creo que no tiene nada de malo. Yo no necesito que nadie quiera estar solo conmigo. La exclusividad, en realidad, no tiene mucho sentido. Si alguien me gusta, si quiero a alguien, lo quiero libre y sin ataduras. ¿No os parece?

Nos quedamos en silencio tras su discurso. En cierta forma, lo que dice tiene mucho sentido. Por otro lado, a un nivel mucho menos racional, siento un puño de hielo cerrarme la boca del estómago cuando pienso en Chris sonriendo a otra chica del mismo modo en que me sonrío a mí, cuando pienso en que el grado de intimidad que hemos alcanzado en estas últimas semanas pueda ser algo que no sea nuestro en exclusiva, sino que él pueda compartirlo de la misma manera con otra persona. No me gusta lo que eso me hace sentir. Por muchísimas razones. Y aún menos me gusta tener la certeza, repentinamente y sin previo aviso, de que me siento incapaz de ver a otro chico como lo veo a él ahora.

Lydia es quien rompe el silencio:

—Voy a abrir una botella de vino blanco. ¿Queréis un par de copas?

Así que un rato después estamos acurrucadas tan juntas como podemos para mantener el calor —porque, al parecer, entrar en casa y acomodarnos en el sofá no es una opción—, cada una con una copa en la mano y hablando de relaciones. Incluso los gatos hace rato que se han ido a dormir, pero a nosotras no nos importa lo tarde que sea. Me ha costado dejar ir a *Ouija* después de que Lydia nos anunciara que tiene un posible adoptante para ella, pero supongo que, como dijo Chris, hay que pensar en lo mejor para los cachorros.

Lydia acaba de contarnos con detalle toda su relación con ese tío mayor con el que aún se acuesta. Y creo que la peor parte es el modo en que soy capaz de leer entre líneas y veo claro que, si se aferra a él, es solo porque no se atreve a volver a sentir nada como lo que llegó a sentir con mi hermano.

Rompo el silencio cómodo que se ha formado entre las tres para hablar en apenas un susurro:

—Lydia, no puedes seguir escondiéndote en algo que ni siquiera te importa tanto. Es como si estuvieras metida en esa relación solo porque sabes que está mal, que es problemática y que nunca podrá ser de verdad. Y, ¿sabes?, no quiero meterme donde no me llaman, pero volver a abrirte y sentir algo de verdad nunca sería una traición. El recuerdo no se borra, aunque aparezca alguien nuevo. El amor no se extingue, aunque te vuelvas a enamorar.

Incluso Sam tiene que tomar aire despacio para evitar emocionarse demasiado. Lydia se seca una lágrima de forma disimulada.

—Lo sé. Es solo que aún no estoy lista.

Estiro un brazo para rodearla y pegar su cuerpo a mi costado. Sam se abraza a mí por el otro lado.

—Y tú sabes que puedes enamorarte más de una vez en la vida también, ¿no, Beth? —ataca mi mejor amiga, aprovechando mis propios consejos para usarlos contra mí—. Puede ser Chris durante el tiempo que tenga que serlo.

—No puede —dejo escapar en voz baja.

—Beth, lo que viste... No dudo de que fuera real, ¿vale? —aclara Lydia—. Pero eso no significa que no puedas elegir. Que tengas que aferrarte a aquello como si eso fuera lo único que da sentido a todo lo que ha pasado, a cómo es el mundo ahora. Yo no creo que todo esté escrito. Y tampoco creo que todo pase por una razón. Lo que creo es que intentas agarrarte al destino como si esa fuera la manera de dar sentido a la muerte de tu hermano. Y, lo siento, pero su muerte no tuvo ningún sentido y nunca lo tendrá. No creo que fuera algo que tuviera que pasar para que ocurrieran otras muchas cosas después. Intentar justificarla, de la forma que sea, es terrible e injusto.

—Yo no hago eso —me defiendo.

—Entonces, elige seguir adelante y vivir tu vida como tú quieras de una vez.

—Sé que no lo entiendes, Lydia.

—Claro que no lo entiendo.

—No puedo llegar a... No puedo arrastrar a nadie a nada más conmigo, ¿vale? No cuando realmente pienso que hay otro camino para mí y que es inevitable que sea así.

Sam interviene cuando Lydia está a punto de hablar de nuevo:

—Estoy de acuerdo en parte. Pero solo en parte. Creo que sí tienes elección en muchas cosas y que hay personas que aparecen en tu vida que no puedes dejar pasar como si nada.

Aprieto los labios y me mantengo firme.

—Tengo claro hasta dónde puedo llegar con Chris.

Lo que no digo es que es probable que ya haya traspasado ese límite. Que puede que haga semanas que quedé muy atrás.

Lydia apoya la cabeza en mi hombro y habla en un susurro.

—Puedes llegar hasta donde quieras llegar, Beth. Solo depende de ti.

Las formas del amor

Chris

No estoy totalmente convencido de que no sea necesario en casa de mis padres cuando cargo todas mis cosas en el coche de Matteo y me despido de mi familia con unos cuantos abrazos apretados. Pero supongo que tampoco estoy haciendo demasiado aquí y que Lydia me mandará a la mierda si le pido que se encargue de otra semana entera de apuntes.

Mi padre parece estar bien. Todo lo bien que puede estar dadas las circunstancias, supongo. Al menos la medicación le alivia el dolor y es mucho más cuidadoso ahora en cuanto a todos esos movimientos y burradas que no se le permiten hacer. Mi madre, como siempre, está hasta arriba de trabajo. Suele aumentar la demanda cuando se acerca la Navidad. Nina pone mala cara cuando la abrazo de nuevo, pero se deja hacer. Me recuerdo a mí mismo que estaré de vuelta en poco más de tres semanas para pasar aquí las vacaciones navideñas y me obligo a despedirme una vez más y a montarme en el coche de mi amigo para ir juntos de vuelta a la ciudad universitaria.

Hacía por lo menos un par de semanas que Matt no daba señales de vida. Decido ser discreto y no preguntar, porque sé que no le apetece hablar de eso. Ya nos conocemos.

Viajamos en silencio hasta que dejamos atrás nuestra ciudad natal. Entonces empiezo a toquetear la radio del coche para encontrar algo que pueda adecuarse a los gustos de los dos en las siguientes tres horas de carretera.

—Nadie te ha dado permiso para tocar mi música.

Lo miro de reojo y dibujo una sonrisa irónica de medio lado.

—Nadie te ha dado permiso para dormir las próximas tres noches en mi sofá.

Aprieta los labios, para nada conforme con mi réplica, pero al menos, por una vez, tiene el buen juicio de callarse y no escudarse en esa mentira de que Oscar sí que lo ha invitado.

—¿Tu padre está bien?

Apoyo la cabeza en el respaldo, abandono la idea de poner buena música y pierdo la vista por la ventanilla.

—Eso parece. O eso dice. Creo que todos estamos deseando que nos den fecha para la operación de una vez, pero, al mismo tiempo, estamos acojonados. Si la operación va mal podría

quedarse en una silla de ruedas. Y si no se opera también, pero aún peor.

—Todo irá bien, tío.

Lo miro de reajo. Está atento a la carretera, con el gesto serio y preocupado. Sé que no es solo por mí y mis problemas familiares. También tiene los suyos propios. Me pregunto en qué momento exacto Matteo Vitale y yo dejamos de ser colegas circunstanciales y empezamos a ser amigos de verdad. No lo tengo del todo claro. Lo único que sé es que él se preocupa por mí y que yo, por muy inverosímil que pudiera parecerle al Chris de diecisiete años, me preocupo por él mucho más de lo que me gusta admitir.

Es un capullo, pero es mi capullo, ¿no?

—¿Y tú qué? ¿Va todo bien?

Hace una mueca.

—Si Lydia Rivera te ha llamado y te ha confesado que me ama y que quiere casarse conmigo, entonces todo perfecto —bromea.

Suelto una risita.

—Aún no, aunque parece que no pierdes la esperanza.

—Tú tampoco —insinúa.

Ah, no. No quiero hablar de Beth. Eso sí que no. Me levanto la manga de la camiseta un poco, para poder ver el tatuaje. La esperanza. Lo que me marqué en la piel mientras esos ojos azules me miraban. Empiezo a dudar de que sirva de algo.

—¿Podemos viajar en silencio?

Esta vez es él quien ríe entre dientes.

—Busca una emisora decente, entonces. Nada de mierdas, todo rock.

—Nada de mierdas, todo rock —repito en el mismo tono burlón que ha usado él.

Y luego trasteo con la radio hasta encontrar algo que nos satisfaga a los dos.

Ya estamos como siempre, bromeando, lanzándonos pullas y mucho más relajados cuando llegamos a casa y subimos en el ascensor.

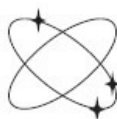
Los dos nos quedamos parados cuando abro la puerta y avanzamos un paso en el espacio abierto que nos da la bienvenida. Esto está hecho un desastre. Restos de envoltorios de comida para llevar, ropa de Oscar en el suelo y el respaldo del sofá. Flores en la barra de la cocina.

Oscar sale de su cuarto y se presenta ante nosotros con una sonrisa titubeante colgando de los labios.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —pregunto.

Ni una semana. En serio, no lo he dejado solo ni una semana.

—Chicos —dice, al tiempo que amplía la sonrisa—, he conocido al hombre de mi vida.



Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y bajo los hombros, repentinamente nervioso e inseguro cuando se abre la puerta del aula y los alumnos empiezan a salir al pasillo. Quizá no debería haber venido. Llegar después de pasar la semana fuera y presentarme a la salida de su clase para verla es muy... ¿No es como muy de *novios*? Se supone que yo no puedo hacer eso. Que ella no quiere que lo haga. Pero es que las ganas me comen por dentro y Oscar ha entrado en modo bucle con eso de su maravillosa semana de amor y luego se ha largado con ese chico al que llama «amor de su vida» con sorprendente facilidad. Se supone que lo va a traer luego al sitio donde todos hemos quedado. Y yo, para evitar que el encuentro con Beth sea delante de nuestros amigos, me he presentado en su facultad como un maldito acosador.

A lo mejor cuando me vea aquí se agobia.

Aparece con la mochila al hombro, charlando con su amiga Ruth, y mi corazón empieza una carrera digna de atletas. Entonces me ve. Se queda parada durante dos segundos eternos en los que nos sostenemos la mirada. Apenas responde a Ruth cuando ella se despide y desaparece discretamente. Y luego... luego sonrío tanto que eclipsa la luz del día y echa a correr hacia mí hasta saltar a mis brazos, estrellar nuestros cuerpos y colgarse de mi cuello. Me río suavemente ante el recibimiento.

—Eh, hola —digo entre su pelo, que me hace cosquillas en la cara mientras ella prácticamente me asfixia en ese abrazo—. ¿Solo me lo parece o es que me has echado muchísimo de menos?

Se aparta y vuelve a apoyar los talones en el suelo, con la cara alzada hacia mí para poder conectar nuestras miradas. Se le escapa una sonrisa entre divertida y tímida y no es fácil aguantarme las ganas de besársela.

—A ver, tampoco muchísimo.

No puede terminar la burla porque me inclino hacia ella y la beso cuando la impaciencia me gana la batalla. Se pone de puntillas poco a poco, a medida que yo me voy incorporando, para alargar el contacto. Me acaricia la nariz con la suya cuando separa los labios unos milímetros escasos.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien en tu casa?

—Todo bien. Mi hermana Lily vuelve la semana que viene y se queda hasta mediados de enero, ventajas del teletrabajo, así que volveré unos días en Navidad y poco más mientras no me necesiten. ¿Y tú qué? ¿Todo bien por aquí?

Los dos nos lo preguntamos como si no hubiéramos hablado anoche y todas las noches antes de esa. Como si no fuera ella la persona con la que más hablo últimamente y, sobre todo, con la que más me apetece hablar.

—Todo bien. Ya he terminado con la escena del monólogo, espero haber hecho justicia a tu escenografía.

—No tengo dudas.

Ya solo nos falta la última escena. La del drama. Creo que es la más complicada, porque

ambos queremos expresar muchas cosas con ella. Estoy a punto de proponerle que quedemos mañana para trabajar en eso, pero enseguida me arrastra de la mano hasta el exterior.

—¿Sabes que hemos quedado en un rato con los demás? —pregunta mientras caminamos.

—Claro, por eso he venido a buscarte, podemos ir juntos.

Asiente, conforme. Luego deja de andar, lo que me obliga a parar la marcha. Se acerca hasta pegar nuestros cuerpos de frente y me mira a los ojos.

—La verdad es que preferiría que estuviéramos solos —murmura, pícara.

Mi cuerpo empieza a reaccionar demasiado rápido.

—Nos iremos pronto.

Me dedica una sonrisa llena de promesas y vuelve a tirar de mi mano y a caminar como si nada hubiera pasado.

Oscar aún no está en el bar cuando llegamos, pero Matteo ya revolotea alrededor de Lydia, que, como es natural, no escatima en muecas de disgusto que ya nadie se cree. En el fondo, son tal para cual en el peor de los sentidos. Sam pone los ojos en blanco cuando la miramos divertidos. Parece que se alegra de vernos, y no me extraña, teniendo en cuenta que no es fácil ser la carabina de esos dos.

Pedimos una ronda de bebidas y nos sentamos juntos a la mesa mientras esperamos a Oscar. Sam se queja de lo desaparecido que ha estado mi mejor amigo últimamente y de que el Oscar colado por alguien no es su Oscar favorito. Y luego él hace su aparición de la mano con un chico alto, castaño, con un piercing en el labio y un rollo punk bastante llamativo.

—Gente, este es Adrien —nos lo presenta.

Y el pobre Adrien se convierte en la atracción de la tarde.

Beth y yo nos miramos, transmitiendo nuestra desesperación sin palabras, cuando mucho rato después Lydia propone que encarguemos algo de comida a domicilio y cenemos todos juntos en casa de las chicas. Supongo que no nos podemos negar. En especial, si queremos que todos sigan pensando, o queremos convencernos a nosotros mismos, que lo nuestro sigue siendo solo un rollo casual.

Así que los seis y el invitado especial de Oscar vamos a casa de las chicas y nos sentamos juntos a cenar en el salón. Los roces en absoluto inocentes por debajo de la mesa me están haciendo la noche un poco difícil, y creo que a Beth también, pero no por eso dejamos de tocarnos.

Tengo que ir al baño a lavarme la cara y echarme agua muy fría en la nuca cuando la cena acaba y pasamos a los mojitos, sentados por el sofá y el suelo del salón. Todos mis amigos están tirados por ahí con los gatos cuando vuelvo. Incluso Adrien parece rendido ante los encantos de los mininos. Beth está contándole algo a Matt sobre la gatita gris perla, a la que el italiano tiene entre las manos.

Sacudo la cabeza con desaprobación y doy un paso al frente para defender mi territorio.

—Perdón, pero ¿podéis dejar de malcriar a mi gata?

Todos se vuelven hacia mí de golpe y el silencio solo se rompe por la risita traviesa de Lydia y sus palmadas entusiasmadas. Beth enarca una ceja en mi dirección.

—¿*Tu* gata?

—Sí, *mi* gata. Lydia me dijo que aún no había encontrado casa, así que le dije que podía venirse a la nuestra, ¿algún problema con eso? —inquiero con chulería mientras me trago la sonrisa.

Me cuesta mantener el equilibrio y la compostura cuando Oscar se lanza sobre mí y me abraza en un choque de cuerpos para nada delicado.

—¿Nos la podemos quedar?

—Tú y yo vamos a dormir muy a gusto acurrucados en ese sofá, señorita —le dice Matt a la gata.

—Nos la podemos quedar —confirmo, y luego miro a Beth de nuevo—: Bueno, si a las chicas les parece que somos los adoptantes más adecuados, claro.

Oscar se retira a un discreto segundo plano cuando la rubia se acerca y se me planta delante. Me encojo de hombros ante su mirada desconfiada.

—¿Vas en serio?

Sonrío de medio lado.

—Puedes venir a verla siempre que quieras.

No me deja decir más porque se estira y estrella sus labios contra los míos con ímpetu. Creo que nuestros amigos se están burlando de nuestra demostración pública de afecto, pero apenas los oigo porque el sabor de Beth se me cuele dentro y me nubla del todo los sentidos.

Se pueden burlar todo lo que quieran, porque no pienso esconderme ni disimular ni dar ninguna clase de explicación cuando ella tira de mi mano y me arrastra hasta su habitación. No deja de besarme hasta que tropezamos con la cama y cae sobre mi cuerpo. Me mira desde encima con una sonrisa tierna.

—En el fondo, no odias a los gatitos.

Suelto una risa queda.

—No, no los odio para nada. —Levanto la mano para acariciar la forma de sus labios con el pulgar—. Y espero que vengas a casa a verla siempre que quieras. Ni siquiera tienes que pedir permiso. Tú solo ven y ya está.

No responde con palabras. Y me parece perfecto. Porque me deja muy claro lo que piensa con sus labios, su lengua y todo el resto de su cuerpo.

Y a lo mejor estoy metido hasta el fondo en un enorme lío. A lo mejor ya no puedo dar marcha atrás, y tampoco buscar una salida adelante que no me rompa por completo el corazón.

Pero a lo mejor un corazón roto merece la pena, al fin y al cabo.

La tormenta perfecta

Beth

—Oh, vamos, Sandy, nena... Ese es mi nombre, no me lo gastes.

Me río a carcajadas, sentada sobre la cama, mientras Chris se pasea de un lado a otro del cuarto con el libreto en la mano.

—Lo siento. Eres el peor Danny Zuko de la historia —me burlo entre las risas.

Frunce el ceño y me lanza una mirada de total indignación que solo consigue que me ría aún más.

Es viernes por la noche y ha venido a casa a discutir ideas sobre la última escena de nuestro proyecto conjunto. Hemos cenado con Lydia y, ahora, en vez de volver a su casa, se ha quedado para ayudarme a ensayar un rato para la prueba de teatro. Pero, de verdad, no puedo tomármelo en serio cuando sobreactúa tanto.

No tengo ni idea de dónde se ha metido Sam, solo sé que ha mandado un mensaje al grupo que ahora compartimos las tres para avisarnos de que llegaría tarde y que no la esperemos despiertas.

Se me ahoga la risa cuando se acerca hasta mí, tira de mis piernas para obligarme a estirarlas y se inclina poco a poco hasta acabar atrapando mi cuerpo contra el colchón.

—¿No hay ninguna escena de sexo que necesites ensayar? —pregunta en un susurro provocador sobre mis labios, me quita las gafas con cuidado y estira el brazo para dejarlas sobre la mesilla.

—No, aunque a lo mejor me vendría bien para conocer mejor a mi personaje. Ya sabes, un poco de improvisación sobre lo que haría en una situación tan... interesante.

—Interesante —repite.

Sus labios me rozan la boca y se empiezan a acumular las ganas. Arqueo la espalda y levanto las caderas para pegarme a él. Y entonces su autocontrol estalla por los aires y desciende sobre mí para besarme con ansia.

—Así no podemos trabajar —me burlo mientras levanto poco a poco su camiseta para deshacerme de ella.

—Ahora es el momento del placer —asegura al tiempo que cuela una mano entre mis piernas

y me acaricia sobre la ropa.

Nos quedamos quietos cuando oímos un taconeo por el pasillo. Por suerte, parece que Lydia no tiene ganas de saber lo que estamos haciendo porque se despide con un grito:

—¡Chicos, me voy! ¡Volveré tarde!

Gritamos una despedida a la vez. No tengo ni idea de dónde va mi amiga. Había dicho que no tenía planes esta noche. Y ese amante que ya no debería tener no está en la ciudad este fin de semana. Sam está ocupada, probablemente en lo mismo que lo estoy yo, Oscar tenía una cita con ese nuevo novio suyo. ¿Habrá quedado con Matteo? Estoy a punto de insinuarle eso a Chris cuando él me deja claro que tiene otros planes para mi lengua. Nada de hablar.

Y me parece perfecto.

Ni siquiera me he enterado de cuándo se ha desatado la tormenta fuera de estas cuatro paredes. Han pasado horas desde que Lydia se ha ido de casa y ya es bien entrada la madrugada, pero he estado muy ocupada para percatarme del tiempo que pasaba o de las condiciones climáticas.

Un trueno retumba en la quietud y yo lo oigo a través del pecho de Chris, donde estoy acomodada mientras los dos intentamos recuperarnos de todo ese ejercicio insaciable al que hemos dedicado nuestros esfuerzos esta noche. Y creo que empieza a ser preocupante que, después de horas de alternar mimos con el placer más salvaje, aún sienta que quiero mucho más de él.

Chris me acaricia el pelo despacio, enredando los dedos entre los mechones y haciéndome unas leves cosquillas demasiado agradables. Trazo círculos concéntricos con la yema del índice sobre su pecho. Y luego me muevo hasta el hombro, al brazo. Acaricio despacio la tinta de su tatuaje. No queda ni rastro del amor, solo la esperanza, como si siempre hubiera sido eso lo que llevaba marcado en la piel.

«Para volver a amar después de que te rompan el corazón una vez, hay que tener esperanza». Eso fue lo que dijo. Me pregunto si aún lo pensará. Si lo podrá seguir pensando cuando los dos nos demos cuenta de cómo de lejos hemos llevado esto y terminemos con el corazón hecho pedazos. Ni siquiera me preocupa hacerme daño. Para nada. Ya no. Pero no me lo perdonaré nunca si hago daño a este chico solo por propio egoísmo, por mi incapacidad para apartarme a tiempo, por las ganas que tengo de mucho más.

—Oyes lo que pasa, ¿no? —Su voz en susurros interrumpe mi tren de pensamientos. Sus dedos siguen entre mi pelo y con la otra mano me acaricia despacio la curva de la cadera—. Está diluviando, Beth. Un montón. Puede que esté cayendo más agua esta noche que en todo lo que ha durado el otoño. Nadie en su sano juicio se aventuraría a las calles así.

Me incorporo para mirarlo con una sola ceja alzada. Me dedica la sonrisa de falsa inocencia más bonita de las que tiene en todo su repertorio. Y el brillo en sus ojos me hace olvidarme de todo lo que sea que haya pensado antes. De cualquier cosa. Del ayer, del mañana, de que existe algo más allá de él y yo aquí enredados entre las sábanas.

Hago amago de poner los ojos en blanco y soy incapaz de controlar la sonrisa.

—Puedes quedarte.

Ni siquiera pienso en si es buena idea. No lo pienso porque ahora mismo eso me da igual. No hemos dormido juntos antes, pero tampoco es que hacerlo signifique nada, ¿no? Hoy estamos en mi casa y no puedo salir corriendo como siempre hago. Además, no quiero que se marche todavía. Me gusta el calor de su cuerpo pegado al mío, y las caricias perezosas sobre mi piel.

—No pasa nada, tranquila, las neumonías tampoco son para tanto. Total, perderé un par de días de clase guardando cama y, a lo mejor, con un poco de suerte, salvaré la mayor parte de los pulmones.

Le pongo una mano en la boca para callarlo cuando sigue soltando tonterías como si no me hubiera oído con claridad.

—Puedes quedarte —repito.

Mantiene los ojos clavados en los míos y tarda unos segundos en hablar incluso cuando ya he quitado la mano.

—¿Puedo?

—No hagas que me arrepienta —medio bromeo.

Me sujeta el pelo en la nuca, con firmeza, y me atrae hacia su boca para besarme con ternura.

—No significa... —empiezo, pero me besa de nuevo para no dejarme terminar.

—Vale —susurra contra mis labios.

—Esto no es... —lo intento de nuevo.

Un beso más profundo, con su lengua arrasando mi boca esta vez.

—Lo sé, Beth —murmura sin apenas separarse de mí.

El siguiente beso lo doy yo. Se mueve para acomodar nuestra postura, para ponerse poco a poco sobre mí, que tengo la sábana enredada alrededor del cuerpo. Eso es lo único que nos mantiene separados. Lo único que impide que volvamos a ser uno como los dos no paramos de desear.

No me doy cuenta de que hay alguien más en casa hasta que la puerta se abre de golpe, sobresaltándonos.

—Ay, Beth, no te imaginas lo que... —Sam irrumpe en mi cuarto como si no le importara mi intimidad—. ¡Ah! ¡Por Dios! ¡Mierda! ¡Lo siento!

Cierra la puerta de golpe otra vez. Y yo suelto una risita que a Chris se le contagia demasiado rápido cuando se encuentran nuestras miradas.

—¿Estás bien, Sam? —Levanto la voz para que me oiga desde el pasillo.

—No estoy muy segura, creo que voy a tener pesadillas con el culo de Chris esta noche.

Él responde con una carcajada muy alta.

—Estaría bien que llamaras la próxima vez —le reprocha, sin separarse para nada de mí.

—¿Necesitas algo? —pregunto a mi amiga.

—No, no, nada, da igual, no era importante. Hablamos mañana. Me voy a la cama. Por favor,

follad bajito, que la pared es de papel.

La oímos refunfuñar en voz baja antes de meterse al baño. No he podido fijarme en ella, pero debe de haber llegado empapada si ha vuelto a casa bajo la tormenta.

Acaricio la cara de Chris, trazando cada rasgo con las yemas de los dedos. Sus ojos siguen en los míos y no se apartan ni por un segundo. Solo los cierra cuando levanto la cabeza de la almohada para besarlo de nuevo, lento y con ternura.

Lo hacemos de la misma forma. Despacio y sin prisa, sintiéndonos sin miedo.

Para cuando nos tendemos en la cama, con las piernas entrelazadas y los brazos alrededor del otro, hace rato que la tormenta ha quedado atrás.

Y, aun así, esta vez no le pido que se vaya.

Nadie más que ella

Chris

Es raro que esté solo en casa cuando Beth viene el martes por la tarde para ponernos a trabajar en la última escena. Y digo que es raro no porque Oscar no esté, ya que últimamente pasa un montón de tiempo con ese tal Adrien, del que no termino de decidir si me gusta o no, sino porque no sé dónde se ha metido Matteo. El italiano debería haberse ido el domingo, como siempre hace, pero las cosas deben de estar muy chungas por casa de su madre si parece tener intención de pasar toda la semana aquí.

Sea como sea, estamos solos cuando abro la puerta y Beth entra con una sonrisa y el portátil al hombro. Me permite besarla durante unos cuantos segundos, y luego camina hasta mi cuarto como si la casa fuera suya y se hace un hueco en mi mesa de dibujo, acercando la silla de Oscar que he traído para ella.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

Se gira en el asiento para verme apoyado en el marco de la puerta abierta. Me dedica una sonrisa como toda respuesta. Y yo, mientras voy a la cocina a por un par de vasos de refresco, pienso en que habría sido mejor idea quedar para hacer el trabajo en una cafetería o algo así. Cualquier lugar en el que no me quedara más remedio que contener las ganas de pasar de la maldita escenografía y dedicar el tiempo a besar cada centímetro de su piel.

—Gracias —me dice con la mirada clavada en el portátil cuando dejo uno de los vasos ante ella.

No me mira, pero mueve una mano para dejarme una caricia ligera en el borde de la mandíbula. Me roba un lapicero y se hace un moño improvisado de forma rápida y eficaz para que el pelo no la moleste mientras observa esa hoja en blanco excepto por un par de líneas de anotaciones.

Si se da cuenta de que no puedo apartar los ojos de ella, no lo demuestra. Me encanta ese gesto de concentración. Los mechones rebeldes que escapan del moño y le rozan la mejilla y el cuello. Esa franja de piel pálida bajo el hueco de su garganta que se pierde hacia abajo en un jersey demasiado grande. Siempre viste así, como si la mayor parte de la ropa de su talla la atrapara, la asfixiara y no pudiera contenerla. Como si necesitara los pliegues, no para

esconderse, sino para poder expandirse siempre que necesite echar a volar. Ojalá se atreviera a hacerlo más. No solo conmigo.

Me lanza una mirada de reojo.

—¿No tienes nada que hacer, Christian? —me regaña en tono burlón.

Sonrío de medio lado y me tensa el abdomen el modo en que ella se queda un poco colgada de esa sonrisa.

—Estoy esperando tus instrucciones, ya sabes, aún no me has dicho qué es lo que quieres para la escena.

Aparta la mirada, y golpea suavemente las teclas del portátil sin llegar a escribir ni una letra.

—Vale, déjame pensar.

Levanto las manos, en una declaración de paz, y selecciono uno de los lapiceros que aún hay sobre la mesa y no en su pelo, para empezar a trazar líneas sobre el papel. Noto su mirada fija en mis manos, y ya estoy esperando que vuelva a meterse conmigo por seguir dibujando los primeros bocetos siempre a mano y en papel y no de forma digital, pero no dice nada. Mientras espero a que se decida a hablar, abro su agenda, que ha dejado junto al portátil, y empiezo a dibujar miniaturas en las esquinas inferiores de cada página. No dejo de hacerlo ni aun cuando empieza a hablar. Vale, quiere un ambiente triste y que muestre la decadencia y el derrumbe de la relación, pero también que haya elementos de esperanza, restos de las cosas bonitas y algo que demuestre esa pequeña chispa que siempre queda en forma de ganas de luchar por la relación que termina. Las ideas van brotando en mi mente a medida que habla.

Pero, en vez de ponerme a dibujar de inmediato, le muestro la agenda y paso las páginas rápido para que los dibujos cobren vida y movimiento. Son un par de monigotes que nos representan, sentados juntos, hasta que se miran, se besan y luego la cosa se pone mucho más interesante.

Sonrío cuando oigo sus carcajadas.

—¿Me has dibujado porno en la agenda?

Levanto la vista hasta sus ojos y le dedico mi mejor expresión inocente.

—No es porno, es arte.

Se me contagia su risa, pero dejo de reír en cuantos sus labios se pegan a los míos y sus dedos me acarician el cuello. Como suponía, no ha sido del todo una buena idea esto de quedar en mi casa. La tentación es demasiado grande, y el proyecto, ahora mismo, es lo que menos me importa.

Acerco su silla a la mía de un tirón brusco y luego pongo una mano en su nuca para asegurarme de mantenerla muy cerca de mí. Se abre paso a través de mis labios con la lengua y se me escapa un gemido ronco que la anima a ir un poco más allá. La sostengo por la cintura hasta terminar por subirla a mi regazo.

—Chris —murmura entre beso y beso. Y no tiene ni idea de lo mucho que me gusta beberme mi nombre de sus labios—. Deberíamos trabajar.

Tal y como lo dice, no parece que vaya para nada en serio. No, parece que trabajar es lo último que le apetece. Justo como a mí. Suelta un suspiro en mi oído cuando le beso la oreja, detrás de ella, y luego un poco más abajo. Me vuelve loco saber que esa piel se eriza por mí, que mis caricias la excitan y que siempre quiere más, mucho más de nosotros dos.

—Vale. Trabajaremos después —decide, y a mí se me escapa una risita que rebota contra la piel de su cuello.

Levanta los brazos para invitarme sin palabras a quitarle el jersey. Debajo lleva una camiseta de tirantes ajustada, oscura y escotada. Me inclino ante ella para poder besar toda esa nueva piel a mi alcance. Sus manos me revuelven el pelo y me encanta lo que eso me hace sentir. Me pongo de pie, guiando su cuerpo con mi movimiento, hasta atraparla contra la pared. Sus caderas me buscan con desesperación y suelta un gemido extremadamente erótico cuando le clavo los dientes en el cuello de la forma que sé que más le gusta. Sostiene su peso solo en una de las piernas para poder rodearme la cadera con la otra y pegarme más a ella.

—No quiero delicadeza —me advierte tras pasear la lengua por mi garganta.

Esta vez soy yo el que no puede controlar el volumen de un gruñido excitado. Me aparto un poco, solo para poder mirar su cara cuando vuelvo a hablar.

—¿Quieres que te folle duro contra la pared, Beth?

Se muerde el labio, y sus manos van directas a la bragueta de mi pantalón.

—Sí —dice en un susurro ronco—. Sí, eso es lo que quiero.

Le quito el lápiz del pelo y su melena cae en cascada sobre sus hombros y su pecho. No deja de observarme, con los ojos cargados de deseo y la respiración acelerada. Se me estira la comisura de la boca en un deje engreído cuando veo que necesita entreabrir la boca para tomar una bocanada más de aire.

—¿Tienes calor?

No contesta, solo me sostiene la mirada, prometiéndome mucho placer si le doy lo que ella quiere en el momento en que lo exija. Tiro el lapicero sobre la mesa, y estiro el brazo para rescatar un hielo de los que había puesto a mi bebida. Beth abre más la boca y utiliza la lengua para provocarme cuando paso el cubito sobre sus labios en un roce helado. Luego lo deslizo por su cuello, donde su pulso late desbocado al mismo ritmo que el mío. Recojo la humedad y compenso el frío con el calor de mi boca, siguiendo el rastro por cada punto por el que paso. Ella gime bajito todo el tiempo. Creo que el deseo va a desbordarme y hacerme pedazos cuando el hielo deja deslizar un par de gotas frías por su escote y veo claramente a través de su camiseta la dureza de esos pezones que me muero por tener en la boca. Le bajo un tirante despacio, deslizo la tela y...

—¿Chris?!

La voz de Matteo llamándome en un grito y el sonido de la puerta principal al cerrarse nos hacen quedarnos inmóviles.

Mi amigo repite la llamada, y Beth y yo nos miramos a los ojos, con los cuerpos aún pegados.

—Joder —mascullo entre dientes, y a ella se le escapa una risita—. Espera aquí. No te muevas ni un poquito.

Le atrapo una nueva risa entre los labios y hago el enorme esfuerzo de apartarme de la tibieza de su piel para ir a ver qué quiere el pesado de mi amigo. Le cuelo el hielo por el escote antes de alejarme hacia la puerta, y su grito ahogado y el insulto que me dedica a continuación me hacen sonreír.

Salgo al pasillo y me encuentro a Matt avanzando hacia aquí. Alza las cejas cuando ve el aspecto que presento. Me lo puedo imaginar, aunque no tenga un espejo a mano: camiseta arrugada, pelo revuelto, labios hinchados, cara de querer asesinarlo por la interrupción. Sonríe de medio lado con picardía.

—¿Vengo en mal momento? ¿Te he pillado ocupado? ¿Estás con alguien o...?

Suelto un bufido molesto ante esa última pregunta burlona.

—Estoy con alguien y un poco ocupado, sí —respondo en un siseo—. ¿Qué demonios quieres?

—¡Hola, Beth! —grita el muy payaso, con una sonrisa torcida, y los ojos brillando divertidos—. Nada, nada, da igual. Ya me voy para dejaros solos, tranquilo.

La puerta del cuarto se abre lo justo para que Beth se asome y se apoye en el marco para mirarnos, aún en tirantes, con el pelo suelto y las mejillas sonrojadas.

—Hola, Matt —responde al saludo previo con una sonrisa leve y algo tímida—. ¿Cómo sabías que era yo? Podrías haberle estropeado el ligue si no llego a serlo, ¿sabes?

Matteo sonríe con suficiencia tras la broma. Me da un golpecito en el hombro que ya me hace temer lo que va a decir a continuación.

—Sí, claro, ¿y con quién iba a estar Chris, si no? —suelta con total tranquilidad y un tonito que me da ganas de sacarlo de mi casa de una patada en su culo medio italiano—. Pero, vaya, que ya me voy, os dejo tranquilos —sigue, mientras me mira solo a mí.

La puerta del cuarto se cierra sin que Beth diga nada más y los dos volvemos la cabeza hacia allí antes de enfrentarnos de nuevo a la mirada del otro.

—¿No te ibas? —presiono.

Suelta una risa burlona.

—Claro, claro, necesitáis intimidad y todo eso. Solo venía a ver si querías acompañarme al partido de fútbol, pero supongo que tendré que invitar a otro.

—Vale, suerte.

—Tienes prisa por echarme, ¿eh?

—No eres muy oportuno.

—Es difícil de evitar cuando os pasáis el día follando.

—Lárgate.

Apenas he terminado de pronunciar la última palabra cuando la puerta del cuarto se abre de golpe de nuevo y Beth se lanza al pasillo, con el jersey puesto, el abrigo abierto sobre la ropa y la

bolsa del portátil al hombro.

Los dos la miramos sorprendidos. Al menos, Matteo tiene el buen juicio de echarse a un lado y no abrir la boca cuando yo doy un paso tras ella, que pasa como un rayo.

—Eh —la llamo—. Beth, espera, ¿qué pasa? ¿Te vas?

Se gira para encararme. Su cara es una máscara de congelada desidia.

—Sí, mejor me voy. Esto no es...

Deja la frase en el aire y a mí se me encoge el corazón y me protesta el pecho cuando veo lo que sí dice su mirada.

—Oye...

—Hablamos luego, Chris —me corta.

Da media vuelta y sale corriendo tras murmurar una despedida para Matt. Y yo me quedo mirando el lugar por el que acaba de desaparecer con la incómoda sensación en las tripas de que la burbuja que había empezado a considerar un refugio acaba de estallar por los aires.

—¿Qué le pasa? —pregunta Matteo a media voz—. ¿He dicho algo?

Me meto en mi cuarto y le cierro la puerta en la cara sin responder. Mierda. Mierda, mierda, mierda. Hemos llegado muy lejos. Mucho. Demasiado. Hasta este momento en el que para mí ya no hay vuelta atrás. Y no me hace falta preguntar lo que ha pasado, lo que ha sentido o todas las cosas que se le han pasado por la mente en un momento y la han hecho salir corriendo. Sé exactamente lo que ha sido. Esa insinuación de mi amigo de que para mí no hay nadie más que ella. El mayor problema es que es la verdad: no hay nadie más y tampoco quiero que lo haya. Y sé, siento muy adentro, que a ella le pasa lo mismo conmigo. Yo estoy dispuesto a aceptarlo, a disfrutarlo y a luchar por ello. Ella no. Ella solo quiere luchar *contra* ello. Y me gustaría tener el derecho de pedirle explicaciones y empujarla un poco, hasta que se rinda a lo que somos, hasta que admita que siente mucho más por mí de lo que se temía. Claro que no puedo hacerlo. No, porque estaba advertido desde el principio. Porque ella dejó muy claras las condiciones desde el primer momento para evitar llegar justo al punto en el que estamos ahora.

Porque le prometí que no iba a enamorarme de ella y, en el mismo momento en que lo hice, yo ya había empezado a romper esa promesa.

Intento llamarla cuando ha pasado el tiempo suficiente para que ya esté de vuelta en su casa. No responde.

Lo vuelvo a intentar cuando fuera ya es de noche y oigo las voces de Oscar y Matt hablando de mí sin ningún tipo de disimulo en el salón. Me ignora de nuevo.

Estoy a punto de salir de mi cuarto por fin y reunirme con mis amigos cuando me llegan sus mensajes:

Tenemos que dejar de hacer esto, Chris.

Lo siento, no quiero seguir así. No quiero que nos hagamos daño, y ya lo hemos llevado demasiado lejos.

Te mandaré la escena cuando la tenga, puedes hacer lo mismo con el boceto.

Cuídate, ¿vale?

Cuídate. Cuídate, y ya está. Eso es lo que tiene que decir después de todo. Después de aquella casualidad que la trajo a mi vida como un maldito huracán. Después del «estrictamente profesional» y los emails con posdatas sugerentes. Después de desafiar al destino, de las canciones y toda esa estúpida idea de improvisar. Después de aquel beso en su terraza. De Halloween, la lluvia y el cobertizo. Después de todas sus condiciones y las promesas vacías. Ahora, aquí estamos, tras todo eso.

Una vez que los dos hemos roto esas absurdas promesas en pedazos.



—Vayamos a tomar algo.

Lydia entrelaza su brazo con el mío cuando salimos de clase y tira de mí hacia la puerta principal de la facultad. No contesto. Me limito a dejarme llevar, y puedo notar su mirada preocupada observándome de reojo cada tanto hasta que caminamos juntos para dejar atrás el campus.

Hace cinco días desde que Beth salió corriendo de mi casa y de mi vida. No he vuelto a saber nada de ella, excepto los pocos comentarios distraídos de Lydia o de Oscar en los que mencionan su nombre. Dejé de llamar tras el tercer intento. Tampoco volvió a responder a mis mensajes. Y supongo que eso está bien y que la culpa es mía, porque ella me dejó claro una y otra vez, a cada paso adelante que dábamos, que no permitiría que traspasáramos los límites y que saldría corriendo en cuanto las cosas se descontrolaran. Lo único que se me clava dentro es estar tan seguro de que ella está sintiendo exactamente lo mismo que yo al otro lado. Lo único que me jode es que el miedo haya ganado esta batalla de una forma tan patética.

—Oye, Chris...

Me aparto de Lydia para que no siga teniendo la sensación de que tiene que cuidar de mí como si fuera un niño perdido. Estoy bien. Molesto, sí. Un poco triste, eso también. Y echándola de menos como un auténtico perdedor, por supuesto.

—Estoy bien. —Es todo lo que admito en voz alta.

Sé que no debo preguntar por ella. También sé que es inútil, Lydia se ha mantenido fiel a su amiga en estos días y no me ha dicho nada que Beth no quiera que sepa, así que no me molesto en indagar. Apuesto a que no para de decir que está bien, aunque no sea toda la verdad. Justo igual que yo.

—Siento que las cosas hayan salido así.

Sacudo la cabeza. Sí, todos nuestros amigos parecen desilusionados con lo que ha pasado entre nosotros. Tampoco sé qué se esperaban.

—No pasa nada, ya estaba advertido —digo, con la mejor pose de chico duro que puedo fingir—. Dijimos muchas veces que esto no iba a llegar más allá.

—Sí. Aunque las palabras pueden seguir un camino y los sentimientos otro, ¿sabes? Suele pasar.

Desacelero el paso para poder mirarla a los ojos. Me sonrío de una forma algo apagada que escarba en la maraña de sentimientos que tengo por dentro. Pierdo el aire de los pulmones, que se escapa en forma de las palabras que no quería decir en voz alta:

—Creo que la quiero. ¿No es lo peor que has oído nunca? —Esbozo una sonrisa triste que me tiembla antes de llegar a formarse del todo—. Joder.

Mi amiga deja de caminar y me pone una mano en el brazo para centrar mi atención.

—Lo peor que he oído nunca es que me lo estés diciendo a mí y no a ella.

Suelto un resoplido incrédulo.

—¿Crees que se lo puedo decir?

Cierra los ojos por un momento, como si esto le hiciera casi tanto daño como a mí.

—Ella está... —Se calla a tiempo, antes de decirme nada que su amiga no le haya dado permiso para contar—. A lo mejor necesita saberlo. O a lo mejor no necesita saberlo, pero tú sí necesitas decirlo, Chris. Puedo entenderla, ¿sabes? El miedo. No a ti, probablemente no a esto, sino el miedo a avanzar, a que las cosas queden atrás y sientas que el mundo sigue adelante como si no tuviera importancia. Ella se está agarrando a algo que piensa que es el futuro, pero que se asegura de que la ancle al pasado.

Tiene sentido precisamente porque no lo tiene en absoluto.

—¿Piensas que ese tío va a aparecer? —La pregunta se me escapa casi sin querer.

Lydia niega lentamente con la cabeza.

—No lo sé. Pero mientras no lo haga, ella se seguirá escudando en eso para no dar un paso adelante y permitirse vivir de una vez. No puedo juzgarla por ello, yo también lo hago todo el tiempo.

Estudio su expresión. Parece estar luchando una batalla consigo misma. Y puedo verlo, como lo veo en la forma en que se relaciona con Matteo, siempre manteniendo la distancia, pero sin poder alejarse demasiado. En cierto modo, es lo mismo que hizo Beth conmigo al principio.

—Matt parece dispuesto a esperar a que te decidas, ¿sabes? —me arriesgo a decir aun sin estar seguro de cómo va a ser recibido al otro lado.

Hace amago de poner los ojos en blanco. Ni siquiera el gesto es capaz de desterrar la tristeza de sus facciones.

—Sigo teniendo algunos asuntos pendientes con el pasado, también yo.

Asiento. No hace falta decirlo en voz alta para que pueda leerlo en sus ojos. A pesar de todo,

digo:

—Estabas enamorada de su hermano, ¿no?

Los dos sabemos de quién estoy hablando. Nos sostenemos la mirada por unos segundos y luego ella encoge un solo hombro y fuerza una sonrisa que no le sale para nada natural.

—Es una larga historia. —Deja transcurrir un par de segundos en silencio, para dejar clara la idea de que no es algo que me quiera contar. Sin embargo, luego levanta tímidamente la vista hasta mis ojos de nuevo y dice—: ¿Tienes tiempo?

Le paso el brazo por los hombros y la acerco a mi costado para caminar juntos hacia algún lugar donde podamos charlar tranquilos.

—Sí, tengo todo el tiempo que necesites.

Beth

No puedo dejar de mirarlo. El conjunto, los detalles, los trazos más finos y las sombras llenas de rabia y dolor. Es justo como yo quería que fuera, o más bien... No, en realidad, es mucho más de lo que había imaginado. Como si él me hubiera visto por dentro, hubiera tomado todo lo que necesitaba de esas ideas enredadas que flotan en mi mente y les hubiera dado forma en una hoja de papel.

El boceto de Chris para la última escena me llegó anoche al email. No había cuerpo de mensaje, ni siquiera se molestó en escribir un asunto, solo ese archivo adjunto con la imagen.

Es perfecto. Y, a la vez, está lleno de espinas de esas que se clavan directamente en el corazón.

Un salón con solo un sofá desgastado y una mesa de centro en la que ha saltado la pintura en varios puntos. Una lámpara de pie rota. A la izquierda, una ventana cubierta por cortinas deshilachadas de un color vivo. Decadente, sí, triste y abandonado. Pero ha incluido los detalles que pedí: un par de copas de vino y una tableta de chocolate que plasman la idea de estar dispuestos a una última conversación. El jarrón con flores marchitas y, en el centro, una sola, que se alza valiente y hermosa, como ese último rayo de esperanza que siempre permanece.

Me encoge el pecho. Me da ganas de llorar. Me da ganas de escribir. Así que acomodo el portátil en mi regazo y retomo esa última escena inacabada.

Una llamada tímida a la puerta precede la entrada de Sam, que se asoma prudente para mirarme. Solo al tenerla enfrente me doy cuenta de que me he perdido entre las letras y el tiempo se ha esfumado, que ya no queda luz tras la ventana y que yo tengo las mejillas húmedas por las lágrimas derramadas mientras daba forma de escena teatral a todas esas cosas que nosotros nunca podremos decir, solo porque *nosotros* nunca fuimos de verdad.

—Eh —dice mi amiga en un tono muy suave—, ¿por qué no salimos a tomar algo?

Miro la última frase que he tecleado. Supongo que es un buen punto y final. Ya lo repasaré y lo puliré más adelante. Cierro el portátil y lo dejo a un lado sobre la cama. Me enjugo las lágrimas con cuidado mientras Sam se acerca y se sienta a los pies del colchón.

—¿Cómo estás?

—Bien —digo, y trato de sonar convencida incluso en esta voz ronca y un poco desgarrada—. Sí, me vendrá bien salir y que me dé un poco el aire.

Ella asiente, de acuerdo.

Odio que Lydia y ella me traten con tanto tiento y me miren de esa forma compasiva. No me lo merezco. Estoy triste, sí, y lo de Chris me ha afectado muchísimo más de lo que voy a admitir, pero yo me lo he buscado, ¿verdad? Es culpa mía haberme dejado llevar por puro egoísmo, por esas absurdas ganas de él. Es culpa mía haber permitido que llegara tan lejos, haberle prometido cosas con la mirada y los besos que desmentía todo el tiempo en voz alta. Debería haberlo parado. No debería haber permitido que empezara. Sabía desde el primer momento que iba a romperle el corazón y, aun así, no pude mantenerme alejada. Creí que podríamos controlarlo todo, cuando la realidad era que yo perdí del todo el control la primera vez que él me besó las mariposas.

Sé que le he hecho daño, aunque Lydia me asegure que Chris está bien. Lo sé porque a mí también me duele.

Pero es mejor que duela ahora a que destroce más adelante.

Y todavía tengo asuntos pendientes. Aún tengo un futuro que debo encontrar, para el que debo esperar, por el que tengo que mantenerme a la altura y no sembrar más caos en mi camino.

—¿Estabas escribiendo?

Vuelvo a prestar atención a Sam tras la pregunta.

—Sí, he acabado el primer borrador de la última escena.

—Entonces tenemos que salir a celebrarlo.

Fuerzo una sonrisa y asiento.

—Me cambio y nos vamos.

Samira me observa por unos cuantos segundos más, sin aparente intención de abandonar mi cuarto y dejar que me cambie tranquila.

—No tienes que sufrir y pasarlo mal solo porque tienes miedo de que le duela más mañana, ¿lo sabes? Chris es mayor para decidir dónde poner su corazón, y tenía muy claro que quería arriesgarse a dártelo a ti.

Sacudo la cabeza.

—Un riesgo estúpido e innecesario.

—Puede, pero jugársela es la única manera de ganar.

Me levanto y me acerco al armario para buscar algo de ropa que ponerme.

—Pues mira todo lo que ha ganado él —mascullo entre dientes.

—Por lo menos no se ha quedado con las ganas dentro hasta que se pudran, al contrario que tú.

Me giro para fulminarla con la mirada cuando me suelta eso en un tono que suena enfadado.

—No quiero hablar de esto, Sam. Lo de Chris fue... Debería haber hecho las cosas mejor desde el principio, pero las voy a hacer bien ahora. Por eso no voy a volver a acercarme a él. Es

un chico fantástico, no le costará mucho encontrar a alguien que sí se lo merezca.

—¿Y por qué no te lo mereces tú, exactamente?

Aprieto la mandíbula hasta que me duele.

—No tengo mucho que ofrecerle, como tú bien sabes. Y dentro de un mes, de un año, de dos, aparecerá alguien con quien sí tengo que estar y entonces será mucho peor dejar un corazón roto a la espalda. No quiero eso.

Sam se levanta y se acerca, como si se creyera que puede intimidarme con esa mirada y su escasa estatura.

—Siempre he estado en el equipo del destino —me recuerda—. Todo escrito y ese tío que aparecerá. Pero te he visto mirar a Chris, Beth. He visto cómo te mira él. Y me da igual que sea el destino o una puta casualidad, pero algo así no se puede dejar escapar como si nada.

—Ya he tomado una decisión. —Me mantengo firme.

—No, no has decidido nada. Al contrario, has vuelto a dejarte arrastrar por ese supuesto destino y has evitado hacer cualquier cosa por ti misma. Si solo te dejas llevar por la marea es posible que acabes en una playa desierta, pero lo más probable es que te ahogues. Y entiendo lo difícil que es y lo mucho que cuesta, tía, pero me encantaría que empezaras a nadar de una maldita vez.

Le sostengo la mirada en silencio durante el segundo que tarda en dar un paso al lado, esquivar mi cuerpo y salir de mi habitación.

No me doy tiempo a pensar en sus palabras. Como siempre, me aferro a esa falta de elección a la que hace tres años que me resigné y bloqueo cualquier pensamiento negativo mientras me cambio de ropa para salir de fiesta.

Por suerte, Sam está bromeando con Lydia, mucho más relajada y mucho menos intensa, cuando me uno a ellas en el salón. La oigo decir que la semana que viene ese chico con el que sale de forma esporádica y se acuesta con frecuencia vendrá con su novia para que los dos gatitos que van a adoptar empiecen a acostumbrarse a ellos antes de llevarlos a su casa. Una nueva oleada de pena me barre por dentro cuando miro a *Cosmos* y a *Fortuna* y pienso en el poco tiempo que me queda para verlos corretear por aquí. Luego miro a *Ouija* y pienso que probablemente tampoco volveré a verla mucho cuando se la lleven después de Navidad. Eso duele todavía un poco más.

Lydia me sonríe cuando nuestras miradas se encuentran.

—¡Vamos a bailar!

Me dejo guiar por mis amigas en el recorrido por algunos de nuestros locales de fiesta favoritos en la ciudad. La noche es muy fría, pero incluso eso deja de importar cuando pasamos de uno a otro y brindamos con copas de colores en la mano. Empiezo a creer que hasta me lo puedo pasar bien hoy.

—Hay tres por dos en chupitos en La Gramola —anuncia Lydia tras pasar unos minutos coqueteando con un chico que repartía invitaciones. Nos enseña el montón de vales de descuento

que le ha dado y sonrío, traviesa—. ¿Nos apetecen unos chupitos o no?

Me río ante su entusiasmo. Sam abre la marcha para guiarnos hacia allí sin pensárselo demasiado. Lydia me abraza por el cuello y me hace caminar pegada a ella, trastabillando.

Por mi mente cruza el fugaz convencimiento de que esto no estaba en los planes del destino. Yo no contaba con Lydia. Ella no apareció en la película de mi vida o, al menos, no se me grabó a fuego como sí lo hizo Sam. Sam estaba en todas partes, en cada triunfo, en cada paso, en cada sensación de esas que se me clavarón dentro. Mi ancla, mi compañera de camino, mi constante. No tuve nada de eso con Lydia, incluso si en el momento del accidente era una de mis mejores amigas. Sin embargo, ahora, sé que está y que se queda. No tengo dudas. Y no quiero apartarla, para nada, *necesito* que se quede. Así que, en el fondo, no sigo tan apegada al destino como dice Sam, ¿no? Si tengo que tomar una decisión por mí misma, elijo quedarme con Lydia Rivera hasta que seamos ancianas y cascarrabias y tengamos una cita semanal para jugar a las cartas. No hay casi nada que quiera más en mi vida que compartirla con estas dos chicas.

Me abrazo torpemente a mi amiga sin dejar de caminar y ella se ríe y me achucha un poco más fuerte.

—Te quiero, ¿sabes?

Me mira por un solo segundo y luego me da un sonoro beso en la mejilla.

—Claro que lo sé —alardea—. Yo también te quiero. Un montón, Beth.

Samira salta sobre nosotras, pone los brazos a nuestro alrededor y nos hace reír a carcajadas.

—¡Yo también os quiero!

Aún nos estamos riendo y protestando por su efusividad cuando entramos por la puerta de La Gramola.

Se me corta la risa de golpe y se me forma un nudo en la garganta cuando veo a Oscar junto a la barra. Me pongo repentinamente nerviosa, con todo el cuerpo alerta, y mis ojos barren con ansiedad el local. Se tropiezan con los brazos tatuados de Matteo y casi puedo oír la risa del italiano, aunque el sonido no llegue hasta aquí por encima de la música. Luego, por supuesto, veo a Chris.

Nuestros ojos se encuentran y siento como si el instante se congelara. La música se funde hasta un silencio atronador, la gente se paraliza en medio de un paso de baile, el suelo se abre bajo mis pies. Y somos solo nosotros, mirándonos desde extremos opuestos de la sala y clavados en el sitio.

—Mierda —oigo mascullar a Sam—. Lydia, ¿de qué vas?

—¡No sabía que estaban aquí! —se defiende la otra, con un chillido agudo—. Beth, te prometo que no sabía que estaba aquí.

—Entonces, ¿qué ha sido? ¿Tu radar para Matteos? —se burla Sam.

Ni siquiera les presto atención. Debería salir de aquí. No puedo con esto ahora. Y es mejor mantener las distancias, después de todo lo que ha pasado. No es que no eche de menos a los

chicos. Se han convertido en amigos en este tiempo. Es raro no verlos a menudo, incluso a Matteo. Pero no puedo acercarme a ellos..., a *él* y comportarme como si nada hubiera pasado.

Mis amigas siguen discutiendo entre ellas, aunque Sam ya mantiene una conversación paralela con Oscar mediante gestos.

Ni siquiera me despido. Doy media vuelta y me lanzo de nuevo a la calle.

No llego muy lejos, antes de que haya conseguido dejar atrás al grupo de gente que se acumula en la puerta, cuando una mano se cierra en torno a mi muñeca y me hace frenar la marcha.

Me encuentro con los ojos castaños de Chris, que se hacen más pequeños, vacíos de todo brillo, cuando me dedica una sonrisa irónica.

—¿Qué pasa? ¿Ya ni siquiera saludas?

Mantengo la barbilla alta, aunque me tiemblen las piernas y mi corazón esté a punto de estallar por el ritmo frenético de los latidos. Me suelta la muñeca en cuanto tiro suavemente del brazo para que lo haga, pero no da un solo paso atrás.

—No quiero hacer esto aquí, Chris.

Enarca una ceja.

—¿Hacer qué? No nos debemos explicaciones, ¿no?

Intenta darle un tono casual, pero suena mucho a acusación. No debernos explicaciones significa que tenemos muchas pendientes, en realidad.

Aparto la mirada a un lado. Y veo a nuestros amigos. Los cuatro, en la puerta, pendientes de nosotros. Sam se cruza de brazos como si estuviera esperando a que yo por fin reaccione; Lydia parece preocupada y no sé si es más por mí o por él; Matteo, con una mano en la cintura de esta última, está en tensión, como si dudara acerca de intervenir; pero es Oscar el que da un paso adelante para acercarse a su mejor amigo.

—Es mejor que me vaya —digo, antes de que Oscar pueda hacer nada para llevárselo de aquí.

—¿Sí? —replica Chris, a un volumen más alto y cargado de amargura—. Claro que sí, Beth. Lárgate. Sal corriendo. Es lo que mejor se te da.

Aprieto los labios y doy media vuelta. No quiero que me vea llorar. No quiero que me vea temblar. Él tiene que pensar que yo no siento nada, olvidarse de mí y seguir adelante.

—Fuiste tú la que puso las jodidas condiciones, ¿te acuerdas? —Freno la marcha y me vuelvo despacio para volver a mirarlo, cuando solo me he alejado un único paso—. ¿Sabes cuál era la primera?

Algo frío y pesado me estruja el pecho cuando vuelvo a encontrarme con sus ojos. Porque me acuerdo. Claro que me acuerdo.

—Chris...

—Íbamos a seguir siendo amigos pasara lo que pasara, ¿no es verdad? Fue tu puta condición, Beth, no la mía. ¿Qué somos ahora? ¿Me lo explicas? Porque ni siquiera eres capaz de responder

un mensaje. Y, ¿sabes qué?, que da igual porque lo entiendo. Entiendo que no quieras ser mi amiga, porque yo no quiero serlo, tampoco.

Levanto más la barbilla y lo desafío con la mirada.

—Mucho mejor entonces. Las cosas están bien como están.

Asiente, con media sonrisa burlona, como si supiera algo que yo aún no sé.

—Lo estarían si no supiera la verdad. Si pudiera pensar que te has hartado de mí y ya está. Perfecto, entonces daría igual. Pero la verdad es que has salido corriendo asustada en cuanto te has dado cuenta de que no podías controlar esto. Que has huido porque hay mucho más entre nosotros de lo que crees que puedes permitirte.

—Puedes pensar lo que quieras —replico, con ese montón de dardos atravesados en el corazón—. Eso no cambia nada.

Me mira a los ojos. Me clava esa mirada transparente y sin filtros, con firmeza y sin dudar.

—Eres una cobarde, Beth.

No me importa darle la razón. La tiene. Creo que todo el mundo es consciente de eso. Así que hago honor a esa nueva definición de quién soy, y no digo nada más antes de escapar entre la gente.

—¡Beth!

Samira viene corriendo detrás de mí. Me alcanza cuando he doblado la esquina del edificio y dejo de moverme. Apoyo la espalda en la pared para sostener mi peso cuando las piernas no dan más de sí y tomo una bocanada de aire que me salve de la asfixia.

—Tía, lo que ha dicho...

Mi amiga deja de hablar cuando me tapo la cara con las manos y me rompo en sollozos. Da un paso adelante y me envuelve con los brazos. Me sostiene y me deja llorar.

—Quiero irme a casa —murmuro.

Me separa de ella y me obliga a retirar las manos para sustituirlas por sus dedos recogiendo una a una las lágrimas que siguen corriendo por mis mejillas.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —me pregunta suavemente—. Entre Chris y tú eso ya existe. Ya es, Beth. Salir corriendo no lo borra. No vuelve el tiempo atrás. Estás tirando algo bueno a la basura solo porque crees que, si no sientes, tu mundo seguirá parado, como debería estar desde que perdiste a Dylan. Pero el mundo no se para. La vida no se para. Y tú no estás muerta. Vive de una vez, joder.

Cada palabra me golpea con más fuerza. Y cada sacudida al corazón me pide que despierte, que espabile, que vuelva a ser yo. Tan yo misma como he sido cada instante entre los brazos de Chris. Con las risas, con los besos, con el sexo y con los susurros con sabor a confesiones que solo te permites cuando tienes la clase de intimidad que no se alcanza con cualquiera.

Eres una cobarde, Beth.

Lo soy. Y sigo aterrada.

Levanto la mirada para sostener la de mi mejor amiga.

—No tiene sentido alargar esto, ¿no lo ves? Esta es la razón por la que no quería dejarme llevar. Esto es, precisamente, lo que yo no quería que pasara. Porque da igual lo que pase, lo que haya, o lo que desee. No es *él*, Sam.

Ella aparta la vista de mí para dirigirla hacia la calle de la que hemos venido, por encima de mi hombro. Le cambia la expresión y veo el dolor cruzar por sus ojos oscuros.

Giro la cabeza para mirar. Chris está parado a solo tres pasos de distancia. Con la cazadora puesta y abrochada, las manos en los bolsillos, y el aspecto de quien se retira a casa después de una mala noche.

Un derrumbe doloroso hace vibrar mis costillas. Pero él no deja de mirarme a los ojos, con la mandíbula apretada.

—Estás buscando una cara —dice, extremadamente suave para la dureza que esconde su mirada—. Es la única maldita cosa que estás buscando. Una cara. Eso es lo único que yo no tengo. No tengo la cara adecuada, pero soy la persona adecuada en todo lo demás, y sé que te has dado cuenta. Ese tío... —Sube el volumen con un eco de rabia, pero luego respira y vuelve al tono anterior—: Ese tío podría no existir. Podría no ser para nada lo que buscas. Podría ser un capullo, un amargado, o alguien que odia los gatos, ¿no? Podría no hacerte sentir lo que te hago sentir yo. Pero, oye, tendrá la puta cara adecuada, qué afortunado.

—No lo entiendes —replico con la voz ahogada.

—¡Claro que no lo entiendo! —exclama molesto—. *Nosotros* somos mucho más de lo que cualquiera de los dos estábamos buscando. No necesito que el puto destino me diga que tengo que sentir lo que siento. Me da igual lo que diga. ¿Por qué tú no puedes decidir que también te da igual y que quieres estar conmigo? ¿Por qué te empeñas en perseguir un montón de humo? ¿Por qué sigues buscando la cara de otro tío cuando ya has encontrado todo lo demás?

Una bola ardiente me quema desde las tripas y se abre paso por mi pecho hasta abrasarme la garganta. No tengo respuesta a todas sus preguntas. Y por eso me sorprende tanto que mi voz desgarrada le grite a la cara lo que mi subconsciente lleva años manteniendo escondido:

—¡Porque él se queda! —Me duelen los músculos, en completa tensión, y los sollozos se quedan atascados en mi tráquea desde donde no les permito avanzar más—. Se queda para siempre. No se va. No me abandona. No me deja tirada entre la gente. Ni desaparece en un segundo para dejarlo todo vacío. Se queda.

Mi padre. Ross. Dylan. Dylan..., sobre todo, Dylan. Sus recuerdos danzan por mi mente cargados de pinchos y envueltos en llamas.

Chris me sostiene la mirada solo un segundo más. El eco de un susurro triste y el reflejo de sus ojos cargados de todo lo que podría haber sido son lo único que queda atrás cuando se aleja.

—Yo también me habría quedado, Beth.

Las manos quietas

Chris

Como siempre, debería habérmelo pensado mejor. Tomarme las cosas con calma. No dejarme llevar por la necesidad. Y, sobre todo, no ir detrás de ella ni pedir explicaciones. Ya sabía lo que había. Es peor que te lo griten a la cara.

«No es él».

Llevo días con la forma en que dijo eso dando vueltas en mi cabeza y rebotando contra todos los rincones oscuros. Torturándome con la certeza de que nunca seré suficiente. De que ni siquiera puedo competir. Es imposible ganar contra una maldita ilusión.

Queda solo una semana para las vacaciones de Navidad, pero tengo la sensación de que el tiempo no avanza. Necesito alejarme de aquí. Tomarme unos días en los que no tenga que pasar por todos esos lugares donde me perdí en su risa, en sus labios y en el resto de su cuerpo. Lejos de todo lo que me recuerde lo que era tenerla a mi lado.

Y hoy es un día de mierda.

—¿De verdad que no vas a venir?

Me acomodo más en el sofá como toda respuesta para Matteo. Oscar se planta a su lado y me observa con una mezcla de lástima y hastío.

—Estás invitado, lo sabes, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y me recuesto entre los cojines.

—Le dijo a Sam que te dijera que tú me dijeras que podía ir. Eso no es invitarme —refunfuño de mala gana.

—Bueno, es un primer paso —opina Matt.

—No voy a ir —dejo claro por si mi actitud no termina de convencerlos.

Es el cumpleaños de Beth. Las chicas han organizado una cena en su casa para celebrarlo y, supuestamente, me está permitido asistir. Como si fuera un perro al que permiten entrar en casa durante una tormenta solo por lástima. Llevo demasiados días sin hablar con ella como para que me crea que esto es algo más que eso. Si quisiera hablar conmigo, ya me habría llamado.

—Muy bien —suspira Oscar con resignación—. Haz lo que quieras.

Abren la puerta y salen al rellano. Y entonces me pongo en pie de un salto, porque, por alguna

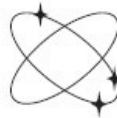
extraña razón, acabo de darme cuenta de que no puedo dejarlos marchar sin algo.

—¡Oscar! Espera, tienes que llevarle una cosa de mi parte, por favor.

Corro hasta mi habitación sin esperar una respuesta. Recupero el dibujo en el que terminé de trabajar hace unos días y lo meto en una funda de cartón para que no se estropee por el camino.

Me arrepiento cuando ya se han ido. No sé lo que pensará ella cuando lo vea. Quizá me he metido demasiado en ese terreno que aún está lleno de arenas movedizas. A lo mejor aún le duele y soy solo un idiota más que acaba de cagarla.

Ya son tres las veces que la he dibujado, pero ese en concreto ha sido el único que realmente he querido que llegue a ver. Es ella, por supuesto, ella tal y como yo la veía cuando le vibraba la risa en la punta de la lengua y, aun así, no dejaba de mirarme con los ojos tan hambrientos como en la canción que me cantó en La Gramola. Con la trenza a un lado, desordenada y algo deshecha, con algunos mechones rebeldes que escapan y se enredan. Los labios entreabiertos. Los ojos cargados de mucho más que solo un «quizá» y brillando en anticipación. Dibujé una mariposa sobre su hombro, y otras cuantas, más pequeñas, volando entre su pelo. Y es ella, pero también es mucho más. Es todo lo que podría haber sido si nos hubiera dado la oportunidad.



Hace algo más de una hora que me he quedado solo en casa cuando empieza a sonar el móvil. Me quedo contemplando la pantalla cuando veo que es ella. No descuelgo. El corazón me sigue palpitando como si quisiera escapar y correr a su lado incluso cuando ya se ha apagado.

Entonces, recibo un mensaje.

No hace falta que vengas a la cena, ni que estés mucho tiempo, pero ven aunque sea a tomar algo, por favor. Todos queremos que estés aquí.

Sé que fui yo la que incumplió las condiciones al principio, pero sí que me gustaría mantener la primera. ¿Podemos ser amigos?

Paso mucho tiempo con los dedos suspendidos sobre el teclado, escribiendo y borrando, para luego empezar de nuevo. Finalmente, le envío una sola pregunta, la misma que ya hace tiempo que le hice:

¿Podemos?

Responde mucho más rápido que yo.

Ven, por favor. Necesito hablar contigo.

Me doy el lujo de pensármelo por algo más de un minuto. Pero la decisión ya estaba tomada antes de su último mensaje, así que me levanto del sofá y me preparo para ir a casa de las chicas.

Hago una parada por el camino para cenar algo rápido, para no llegar allí con hambre cuando todo el mundo ya esté saciado y poder parecer un poco más digno de lo que me siento ahora mismo.

Es Lydia quien me abre la puerta cuando llamo al timbre. Me sonríe y se estira para abrazarme por el cuello antes de dejarme pasar. Me sorprende no verla a mi altura. Parece muy relajada con ropa cómoda y sin tacones.

—Pasa. No te hemos esperado para cenar, pero hay tarta y mojitos.

Le devuelvo la sonrisa.

—Genial, he llegado a la mejor parte.

Todos están reunidos en el salón. Faltan dos gatos y el rincón donde siempre están parece bastante más vacío ahora que *Fortuna* y *Cosmos* se han mudado a su nuevo hogar. Aquí están sus adoptantes, por cierto. La pareja está en el sofá, Sam con ellos, muy cerca de él. También ha venido Adrien, y yo saludo al novio de mi mejor amigo solo con un movimiento de cabeza y no me molesto en fingir una sonrisa. Me sorprende que haya venido, últimamente me ha dado la impresión de que solo está con Oscar cuando le viene bien y que, durante el resto del tiempo, se escuda en su apretada agenda para no estar ahí para él. Matteo me guiña un ojo, con *Ouija* entre los brazos.

—Tío, dale un beso a tu gata —dice mientras me la acerca.

La acaricio con cariño y sonrío de medio lado.

—Te cambiaremos el nombre en cuanto llegues a casa —le prometo al animal en un susurro burlón.

Sam es la primera en protestar por mis malas intenciones.

Y entonces ella da un paso adelante y llama mi atención. Está preciosa, y más con esa sonrisa tímida que esboza solo para mí.

—Hola —saluda a media voz. Señala hacia la terraza, a su espalda, con el pulgar—. ¿Puedes...? ¿Podemos hablar?

Asiento una sola vez. Le hago un gesto para indicarle que vaya primero y la seguiré. Nuestros amigos siguen hablando y riendo, pero se nota mucho que solo disimulan y en realidad están pendientes de nosotros dos.

Beth se acerca hasta la barandilla y levanta la vista hasta mis ojos cuando me sitúo a su lado. Esconde la mirada enseguida, como si el contacto con mis pupilas quemara a distancia.

—Gracias por el dibujo.

Es lo primero que dice. Tan bajito que me cuesta entenderlo al principio.

—De nada. Feliz cumpleaños.

Levanta la cara hacia mí y esta vez se esfuerza por no apartar la vista.

—Chris, yo... lo siento. Lo siento mucho, de verdad, por todo. Sé que lo hice muy mal, tendría

que haber tenido más cuidado. Y, además, tendría que haber hablado contigo en vez de salir corriendo como una cobarde.

Por la amargura con la que suelta la última palabra, sé que aún le escuece lo que le dije la última vez que nos vimos.

—Sí, eso habría estado bien —suspiro.

—No soy la chica de ese dibujo. Aunque me encantaría ser así, como tú me ves.

Niego con la cabeza despacio.

—Nunca te has mirado bien, Beth. Yo te he visto, es lo que dibujé, es lo que eres detrás de ese freno que te empeñas tanto en mantener pisado. Pero, si eso es lo que necesitas para estar bien, para mantenerte en equilibrio, está bien, ¿sabes? Yo no voy a ser quien te exija que aceleres si no estás preparada para ello.

Cierra los ojos por un segundo antes de abrirlos de nuevo y permitirme contemplar la tristeza en color azul.

—Nunca he querido hacerte daño.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio, dejando que el peso de esa verdad se asiente dentro de cada uno de nosotros. Ella no quería hacerme daño, y yo también me enredé en algo que sabía que no podía salir bien y la arrastré un poco más lejos de lo que ella quería llegar. Los dos tenemos la culpa. Y ninguno de los dos quería que el otro saliera herido en el camino.

—Quiero que seamos amigos —dice por fin—. Y no sé si puedes o quieres, así que es tu decisión y lo que hagas me parecerá bien.

Las implicaciones de ser «amigo» hacen eco en muchos más sitios que solo en mi mente y me recuerdan que ser amigos supone no tener nunca nada de lo que quiero tener con ella en realidad. Mirarla de lejos. Sonreír en sus triunfos. Quizá enjugar sus lágrimas. Verla con otro, si lo encuentra, y saber que nunca seré yo. La observo detenidamente por unos segundos. Respira despacio, pero puedo notar que tiembla a pesar de la distancia que nos separa. Parece más insegura que nunca. Vulnerable, esperando una respuesta. Un mechón de pelo se le escapa de detrás de la oreja y se desliza hasta alcanzar el borde de su boca. Tengo que detener mi mano a medio camino para apartarlo. Porque si somos solo amigos eso es algo que no está permitido.

Hay que mantener las manos quietas.

Me cosquillean tanto las puntas de los dedos que creo que sería más fácil cortármelas que mantenerlas alejadas de su piel.

Pero tomo aire y asiento.

—Sí. Vale. Podemos ser amigos.

Esboza una sonrisa no del todo natural.

—Vale. ¿Quieres una porción de tarta?

Me siento con Matteo cuando volvemos con el resto al salón. Creo que es mi mejor baza para mantenerme con los pies anclados al suelo esta noche. Por supuesto, mi amigo no para de

lanzarle miradas insinuantes a Lydia y de hacer comentarios con doble sentido cada vez que ella se dirige a él. Se siguen entendiendo a su manera, así que no pienso meterme en medio.

Oscar y su novio están especialmente empalagosos esta noche, y yo le prometo a Matt que le prestaré tapones para los oídos también a él.

No tengo muy claro si Samira está tonteando con el chico que adoptó a los gatos o con su novia, o tal vez con los dos.

Y Beth termina por acercarse y sentarse a mi lado cuando, al llegar la madrugada, Matt se va detrás de Lydia a la cocina con la excusa de ayudarla a preparar más cócteles.

—Apuesto una cuarta parte de mi fortuna a que esos dos se besan en la cocina —dice.

—Apuesto la mitad de la mía a que hacen algo más que solo besarse —le sigo el juego.

—Oh, qué malpensado, Christian. Con toda esta gente en la casa, podría entrar cualquiera.

Me muerdo la lengua para no recordarle las cosas que hemos hecho nosotros cuando nuestros amigos estaban alrededor y podía entrar cualquiera. Mejor que obviemos todo eso.

—¿Te vas a casa en Navidad? —pregunto para alejar esos pensamientos.

Me da la impresión de que hace una mueca triste, pero lo disimula enseguida.

—No. Me quedo aquí.

—¿Sola?

—Con los gatos —corrige, con media sonrisa.

—Beth, ¿por qué? ¿Por qué te quedas?

Se encoge de hombros.

—Me enteré de que el recién estrenado novio de mi madre la ha invitado a hacer un viaje con él. Supuse que no iba a querer irse para que yo no estuviera sola, así que me inventé que tenía planes. Ya le toca tener unas Navidades un poco más felices.

Me muevo para mirarla de frente.

—¿Y a ti? —Dibuja una sonrisa resignada, como si no tuviera importancia—. ¿Qué le dijiste, que te quedabas con las chicas?

—Eh... —Duda por un momento, y luego parece decidir que puede contarme lo que sea—. No. Mi madre es muy amiga de la madre de Lydia y sabe que los Rivera se van de crucero estos días. Y conoce a los padres de Sam y sabe que los Bauri siempre aprovechan estas fechas para hacer un viaje familiar. Le dije que... Bueno, le dije que me iba contigo.

—¿Conmigo?

Espera, ¿le ha hablado a su madre de mí? Y ¿qué le ha dicho?

—Tenía que inventarme algo —se justifica mientras me dedica una sonrisa de disculpa.

Pero entonces lo pienso. Lo pienso y no lo pienso, si se puede decir así. Porque sé que es muy mala idea, una idea pésima, pero hemos quedado en que vamos a ser amigos, ¿no?

—¿Por qué no vienes de verdad? —sugiero. Enarca una ceja al mirarme—. Vas a pasar la Navidad sola con los gatos. Vente a mi casa a pasar la noche. Y el día de Navidad. Los gatos

pueden quedarse solos un par de días. Y nosotros somos amigos, ¿no? Si yo fuera a estar solo en Navidad, ¿me invitarías a tu casa?

—Claro —dice, sin necesidad de pararse a pensarlo.

Sonrío satisfecho cuando veo en su cara que se ha dado cuenta de lo fácil que me ha sido ponerle difícil buscar una excusa.

—Entonces, ven. A mi madre le encanta tener gente en casa. Y, si estás allí, se centrarán en agasajarte y ser unos perfectos anfitriones y no tendremos que pasar toda la cena esquivando de puntillas el tema de mi padre y su operación.

Veo en sus ojos que eso la convence un poco más. No lo he dicho solo para eso, es toda la verdad. Con mi hermana Lily en casa es difícil que no se hable de cómo nos vamos organizar cuando por fin tengamos fecha de operación y nos informen de cómo de larga será la convalecencia. Creo que podemos retrasar esa conversación que nadie quiere tener hasta unos días después de Navidad.

—No sé.

—Somos amigos, ¿no? —le recuerdo.

Suspira, como si le estuviera complicando demasiado la vida. Finalmente, asiente.

—Solo si no molesto.

—Claro que no molestas. Te juro que a mi madre le encanta tener invitados. Lleva desde que me vine a la universidad pidiéndome que invite a mis amigos a visitarlos. Claro, Oscar no le vale porque ya no le queda nada nuevo con qué impresionarlo —bromeo.

Sonríe. Y se me contagia la sonrisa con demasiada facilidad.

Lydia y Matteo aparecen con una jarra llena de alcohol y la segunda tarta de la noche, con la vela ya encendida. Beth protesta porque dice que su cumpleaños ya ha pasado y que soplar velas dos veces es como si se hiciera el doble de vieja.

—Feliz cumpleaños, Beth —le digo en tono íntimo cuando le plantan la tarta delante.

Me mira a los ojos por un segundo eterno. Luego los cierra, coge aire y sopla la vela haciendo volar muy alto su deseo.

Ojalá pudiera saber cuál ha sido.

Estar contigo

Beth

Chris me ha preguntado si me parecía bien que me recogiera con el coche en la estación de tren o si prefería que viniera andando. No llevo apenas equipaje, solo una mochila para pasar un par de noches con su familia, pero he dicho que sí al coche, a pesar de la ansiedad y los malos recuerdos, solo para no quedar como una niña asustada, otra vez.

Me levanto para acercarme a las puertas cuando anuncian por la megafonía del tren la llegada a la estación. Han sido poco más de tres horas de viaje, pero ya siento los músculos levemente entumecidos. Los voy estirando al bajar al andén.

Creo que no era del todo consciente de lo mucho que he echado de menos a Chris estos días hasta que lo veo apoyado en la pared junto a la puerta de salida, con el abrigo abierto y las manos en los bolsillos, mientras busca entre las caras de los viajeros que llegan. Un cosquilleo cálido vuela desde mi estómago hasta el pecho y el latido se convierte en un salto cuando nuestros ojos se encuentran y me dedica esa sonrisa absurdamente bonita. Lleva ya un par de días en casa de sus padres, pero, antes de eso, tampoco había vuelto a verlo desde la noche de mi cumpleaños.

Me acerco despacio para darme tiempo a arrastrar en un par de tragos el corazón atascado en la garganta, y hasta consigo devolverle la sonrisa cuando estamos frente a frente.

—Hola —dice él primero—. ¿Qué tal el viaje? ¿Se te ha hecho largo?

Sacudo la cabeza. Doy un paso más y lo abrazo. No sé muy bien si es correcto ya, pero acordamos ser amigos y tampoco es que sea fácil contenerme para no hacerlo. Parece un poco sorprendido al principio y luego me envuelve en sus brazos y me aprieta más fuerte contra su pecho.

Carraspea bajito cuando me echo hacia atrás y podemos vernos la cara de nuevo.

—¿Te ayudo con eso? —Señala la mochila que llevo a la espalda.

Me la acomodo mejor y recoloco el bolso colgado de mi hombro.

—No, no hace falta. No pesa nada.

Me hace un gesto para que lo siga fuera de la estación. Nos acercamos hasta un coche pequeño, de color azul. Abre el maletero para que pueda dejar mis cosas. Me monto en el asiento

del copiloto, y la sensación agradable del reencuentro se transforma en un nudo de ansiedad en la boca del estómago.

Chris se sitúa tras el volante, a mi lado, y me mira sin que parezca que tenga intención de arrancar enseguida.

—Había pensado que, si te sientes cómoda con ir en coche un poco más, podríamos coger el camino largo a casa, quiero enseñarte algo que creo que te gustará.

Respiro despacio para controlar esa parte irracional que quiere ponerme las cosas difíciles.

—Vale —digo con apenas un hilo de voz.

—No es obligatorio, Beth. —Me observa como si pudiera leerme sin problemas—. Podemos ir a casa y dar un paseo más tarde.

—No —lo corto. Quiero enfrentarme a esto ahora mismo—. Quiero ir.

—Ni siquiera sabes lo que es —me recuerda con media sonrisa tierna.

Me encojo de hombros.

—Da igual. Confío en ti.

El siguiente par de segundos solo está lleno de nuestras respiraciones y todo lo que nuestros ojos se dicen, atrapados juntos en un lugar en el que no cabe nada más que él y yo.

—¿Estás segura? —Asiento—. Quiero que estés cómoda.

—Vamos.

No lo dice en voz alta, pero puedo verlo en su cara. Lo que piensa. Lo que siente. Lo que no se atreve a decirme. Y no lo vocaliza, pero es tan transparente que me queda claro. Me mira como si fuera valiente, fuerte, valiosa. Y hacía muchísimo tiempo que nadie me miraba así.

Me agarro al asiento con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Me voy relajando según avanzamos. Chris conduce suave, despacio y sin movimientos bruscos. Es obvio que se está esforzando para hacerlo de esa manera. Y yo me permito mirar su perfil mientras va atento a las calles de la ciudad. Sé que puede darse cuenta, pero no parece molesto por ello. Me deja mirarlo y no se queja. Responde a mis preguntas sobre su familia y cómo está su padre. Casi me olvido de que estamos circulando. Y hasta me sorprendo cuando para el vehículo a un lado y me anuncia que ya hemos llegado.

Miro el edificio que hay a nuestra derecha. Un teatro. Mi acompañante ya se ha bajado del coche y está en la acera junto a mi puerta cuando yo me bajo y levanto la vista hacia el punto más alto de las columnas de la entrada.

—Bienvenida al teatro de nuestra humilde ciudad —dice con voz de locutor—. Vamos, creo que llegamos a tiempo.

No me da tiempo a preguntar a tiempo de qué, porque él ya se ha adelantado y tengo que darme prisa para seguirlo al interior del amplio vestíbulo. Hay un chico de pie junto a un mostrador, y da un paso al frente y saluda a Chris chocando la mano cuando nos acercamos.

—¿Podemos pasar?

—Claro, creo que acaban de empezar.

Me dedica un saludo y una sonrisa leve también a mí. Chris posa una mano delicada en la parte baja de mi espalda para guiarme, e incluso con todas las capas de ropa que lo separan de mi piel, noto esas cosquillas impacientes en respuesta a su calor.

Nos sentamos en la última fila desocupada que encontramos frente al escenario. Me quito el abrigo sin apartar los ojos de los niños que representan una obra navideña sobre las tablas. Se me llena el pecho con algo parecido a la nostalgia, no de esa triste y llena de espinas, sino de la que reflota recuerdos que provocan sonrisas distraídas. Yo era así de pequeña cuando empecé a actuar. Dylan siempre me acompañaba a cada ensayo y aplaudía con entusiasmo al final, por muy desastroso que hubiera sido.

Desvío la vista solo un momento para mirar a Chris. Él no está atento al escenario, sino que me mira a mí. Pasa la vista de uno a otro de mis ojos y me sonríe con una ternura que se me cuele dentro y anida tras mis costillas.

—¿Qué...? —empiezo a preguntar.

Vuelvo a centrarme en la obra cuando los adultos de las primeras filas ríen suavemente como reacción a algo que sucede en el escenario.

—Mi hermana Lily me dijo que la hija de una amiga suya actuaba hoy aquí. Hay una escuela de teatro para niños en el barrio. Me temo que no son muy buenos, pero pensé que te gustaría verlos —me cuenta en susurros.

No contesto, aunque creo que la leve sonrisa que no puedo evitar lo dice todo por mí.

Me acuerdo de la ilusión, de las ganas, de lo divertido que era actuar con mis compañeros cuando era así de pequeña e inocente. También me acuerdo de que hace mucho tiempo me hice la promesa de darle eso algún día a niñas con la misma ilusión que yo.

Soy consciente de que Chris me observa todo el tiempo. Mientras yo miro la obra, él me mira a mí. Y me siento bien con ello. Quiero que no deje de mirarme. Nunca. Quiero que conozca cada rasgo, cada marca, cada imperfección y cicatriz. Quiero que me vea. Del modo en que me vio cuando hizo ese dibujo plagado de mariposas. Y quiero atreverme a ser lo que él encuentra cuando mira mucho más allá de lo que dejo ver a los demás. Quiero ser siempre la chica que soy cuando él me mira.

—Me encantaría hacer eso algún día —suspiro cuando termina la obra.

—¿El qué?

Me giro hacia él y encuentro sus ojos castaños.

—Dar clases a los niños, poder transmitirles esa ilusión. Me acuerdo de cuando tenía esa edad. Los ensayos de teatro eran lo mejor de mis semanas y, madre mía, no te haces una idea de lo guay que me parecía mi profesora.

Suelta una risita baja.

—Deberías hacerlo. Algún día.

Asiento. Me muerdo el labio. Otra de las cosas que no estoy muy segura de que formen parte de ese destino que me espera.

—Tenemos que irnos, ¿no? —Desvió el tema—. No quiero que tus padres crean que ni siquiera pienso ayudar a poner la mesa.

Sonríe con cierto aire burlón, pero se pone de pie y me guía de vuelta al coche.



Estoy nerviosa cuando empuja la puerta principal y lo sigo al interior de un pequeño recibidor. Algo huele muy bien en la casa. Imito a Chris y me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero.

—¡Mamá! ¡Lily ha dejado todas sus cosas sobre mi cama y dice que ahora esta es su habitación!

El grito suena tan alto, proveniente de la planta superior, que es posible que se haya oído en toda la manzana.

—¡Lily, no hagas rabiar a tu hermana, por favor! —responde una voz desde algún lugar a nuestra derecha.

—¡¿Por qué no se va a dormir con Chris?! —chilla la de arriba.

—¿Por qué no te vas tú a dormir con Chris? —responde una voz diferente, al mismo volumen.

—¡Esta es mi habitación!

—¡Esta casa es mía desde antes de que tú nacieras!

—¡Niñas! ¡¿Os vais a comportar o tengo que subir yo?! —De nuevo quien está en esta planta. Intercambio una mirada con Chris. Sus ojos brillan divertidos y hace una mueca.

—Siento haberte invitado —dice en un susurro burlón—. Ahora ya es demasiado tarde para escapar.

Suelto una risita. No me asustan las discusiones entre hermanas. Me gusta mucho más que el silencio en el que casi siempre está sumida mi casa desde que mamá y yo nos quedamos solas. Dylan y yo gritábamos mucho más que esto. Me hace sentir una calidez inesperada la locura maravillosa que puede ser una familia.

—¿Lista? —me pregunta Chris, y no me da tiempo a responder antes de ponerse a gritar también él, con una sonrisa divertida—. ¡Hola! ¡Ya estamos aquí!

Cualquier voz que aún sonara por la casa se apaga de golpe. Pero el silencio no dura ni un segundo antes de que el revuelo se transforme en movimiento. Pasos apresurados resuenan en la escalera, pero la madre de Chris es la primera en aparecer. Se parece a él o, más bien, él se parece a ella, supongo. El mismo tono rubio oscuro en el cabello, el mismo brillo en la mirada. Lo empuja a él a un lado, traviesa, para plantarse delante de mí.

—Hola, Beth, yo soy Victoria, aunque puedes llamarme Vicky. Supongo que has oído hablar mucho de mí, ¿verdad? —Lanza una mirada de ceja alzada a su hijo, y yo me río.

—Por supuesto. Muchas gracias por invitarme estos días, de verdad.

Le quita importancia con un gesto de la mano.

—Nos encanta que estés aquí. Chris nunca nos trae invitados, creía que no tenía amigos o que se avergonzaba de nosotros.

—Traigo a Oscar, mamá —se defiende él.

—Oscar es un cuarto hijo en esta casa, no cuenta como invitado.

—No traigo a Matt porque me avergüenzo de él, no de ti —bromea.

Ella está a punto de decir algo más, pero entonces una chica de veintitantos, con el pelo algo más oscuro, corto a la altura del mentón, y mirada curiosa se une a la reunión en el recibidor.

—Hola.

—Esa es mi hermana Lily —me presenta Chris.

Inmediatamente después, una adolescente, muy parecida a Lily, se asoma por detrás de su hombro.

—Y esa es Nina.

No me da tiempo a saludar con nada más que un «Encantada», antes de que interrumpan la reunión familiar.

—Y este de aquí es su padre y os pide por favor que dejéis de acosarla en la entrada y la llevéis arriba a dejar sus cosas.

Miro al hombre cuando se planta frente a mí con una sonrisa amable. Camina despacio y con prudencia, pero no parece que le cueste moverse. Chris me ha dicho antes que se encuentra mucho mejor estos días y que apenas tiene dolor gracias a la medicación, pero que sigue teniendo que ir con cuidado en según qué movimientos.

—Vamos, yo te llevo —se ofrece Nina.

—Gracias —le digo al padre de Chris con una sonrisa divertida al pasar por su lado.

Me pone una mano en el hombro y me da un apretón cariñoso.

—Gracias a ti por venir, así tendrán que comportarse un poco —bromea, y me guiña un ojo—. Puedes llamarme Leo o papá, como tú prefieras.

—Papá —protesta Chris.

—¿Ves? A él no le gusta llamarme Leo.

Subo las escaleras con mi mochila a la espalda y una sonrisa en los labios mientras oigo a Chris discutir con sus padres en voz baja. Es Lily la que me muestra el camino hasta la habitación en la que voy a quedarme las siguientes dos noches, pero Nina me escolta durante todo el trayecto.

—Es tu cuarto, ¿no? —le digo a la hermana mayor tras dejar la mochila sobre la cama—. Siento dejarte sin él estos días, debería... Puedo dormir en cualquier otra parte.

Ella me dedica una mirada cargada de picardía.

—Mis padres ni siquiera dejan dormir a Aaron conmigo y eso que llevamos saliendo cuatro años. A nadie le parecería bien que Chris pudiera meter a una chica en su cuarto en la primera

visita.

Me ruborizo a toda velocidad y niego enérgicamente con la cabeza.

—No, no. No me refería a... No quería decir eso. Chris y yo no... Solo somos amigos —aclaró.

Nina está de brazos cruzados, apoyada en el marco de la puerta, e inclina la cabeza hacia a un lado para estudiarme atentamente antes de hablar:

—Eso dice él, pero no nos lo habíamos creído. ¿Es verdad?

—Solo amigos —insisto.

—Bueno, lo que sea —interviene Lily de nuevo—. No te preocupes por el cuarto, tú ponte cómoda, Nina y yo estamos acostumbradas a compartir, ¿verdad que sí, enana?

—Enana lo serás tú —gruñe la otra antes de alejarse por el pasillo.

Lily me mira y pone los ojos en blanco. Consigue arrancarme una sonrisa.

—Le está pegando fuerte la pubertad. No le hagas caso con ninguna de sus tonterías. Y, oye...

La llegada de Chris, que se apoya en el marco de la puerta, donde antes estaba su hermana pequeña, interrumpe cualquier cosa que fuera a decir.

—¿Todo bien?

Yo asiento y le dedico una sonrisa leve. Lily se vuelve a mirarlo también.

—¿Qué tal ha estado el teatro?

Me siento más a gusto cuando me permiten tener algo de tiempo para mí y puedo instalarme, pasar por el baño a asearme y ponerme cómoda. Las discusiones, las bromas y las risas, me llegan claras desde la planta baja. Aquí arriba hay tres habitaciones, las de los tres hermanos, y un baño. Los padres de Chris tienen su cuarto abajo, lo que es una ventaja ahora que a Leo no le viene bien andar subiendo y bajando escaleras.

Cuando bajo, están poniendo la mesa en el comedor. Sonrío a Chris a distancia y me acerco a su madre y la sigo a la cocina para pedirle que me deje ayudar. Insiste en que soy la invitada y no debería hacer nada, pero finalmente cede y me señala el cajón de los cubiertos. El único que se libra de mover un dedo es Leo, claro, y no por voluntad propia. Sus hijos lo regañan cada vez que intenta hacer algo, así que se queda en el sofá lamentándose muy alto de que lo tratan como a un trasto viejo cuando ni siquiera está convaleciente.

—Lily —llama a su hija mayor—, ¿me recuerdas por qué no ha venido Aaron este año? ¿No se le permite salir de Canadá?

—No es un delincuente, papá.

—¿No?

—Eres muy gracioso. Tenía que trabajar, solo le han dado dos días de vacaciones.

—¿Ya te ha regalado un anillo?

—Eres pesadísimo.

—Dile que se dé prisa o terminará llorando.

—Papá.

—No lo digo yo, ¡lo dice Beyoncé!

El resto de la familia se está partiendo de risa con la discusión mientras Lily se desespera con las bromas. Algo se me retuerce dentro cuando me doy cuenta de que yo ya nunca tendré esto. Me he mantenido congelada en el tiempo, pensando que si no avanzaba sería como retener conmigo todo lo que un día fue. Y, viéndolos a ellos, la verdad se me clava como un puñal. Yo no tuve una familia así, pero Dylan, de alguna manera, siempre logró compensarlo para mí. Ahora ya nunca volveré a tenerlo.

Chris me pone una mano delicada en la cintura y se inclina con disimulo para hablarme al oído al pasar por mi lado.

—¿Estás bien?

—Claro —respondo de manera automática.

Me dedica una mirada que pregunta si estoy segura de eso, y me obligo a regalarle una sonrisa.

—Venga, vamos a cenar —me anima.

Nina me vigila todo el tiempo mientras estamos sentados a la mesa. Como un halcón, se mantiene atenta a cada palabra y cada gesto, sobre todo, a esos que intercambio con su hermano, sentado a mi lado. Lily me lanza miradas de reojo sin parar. Por suerte, los padres de Chris no dejan que me sienta para nada fuera de lugar. No me interrogan, ni me estudian, sino que me incluyen en la conversación de una manera cómoda y natural. Hablamos de tradiciones navideñas, de la empresa familiar, de teatro y de la universidad. Me cuentan muchas anécdotas familiares que me hacen reír. Y termino por sentirme a gusto con todos ellos.

Victoria hace una mueca cuando le pide a Nina que traiga el postre y ella empieza a protestar muy alto, acusando a su madre de no ser justa y de tener como favorito a Chris. Al final, tiene que ponerse seria para enviar a cualquiera de sus hijos a por el postre. Dice: «Que vaya quien sea, pero que vaya alguien», así que me ofrezco a hacerlo yo. Como soy la invitada, no les parece bien que lo haga sola, y Lily me sigue en el camino a la cocina.

Me preocupo un poco cuando cierra la puerta y se apoya en ella, para impedir que alguien más entre, y me observa con detenimiento.

—Oye, Beth, no sé lo que hay entre mi hermano y tú —empieza, y no me deja expresar mi queja cuando abro la boca—. Creo que te habrás podido dar cuenta ya de que lo que la mayoría de la gente se guarda dentro y no deja ver Chris lo lleva por fuera. Es muy fácil verlo: lo que es y lo que no, lo que piensa y lo que siente. Así que, sea lo que sea lo que sientes tú, ten cuidado con él, por favor. No quiero que suene a amenaza ni nada parecido, es solo... Es mi hermano pequeño.

Asiento.

—Lo entiendo.

Me clava la mirada, como si intentara ver más allá de lo que soy por fuera.

—¿Tienes hermanos?

El pecho se me contrae hasta doler. Las palabras se me atascan en la garganta, rasgando cada milímetro a su paso.

—No —consigo decir en un murmullo ahogado con el escaso aire que me resta en los pulmones.

Me dedica una mueca que me da a entender que, entonces, es imposible que lo entienda. Luego coge el postre y sale de la cocina mientras yo me hago con los cubiertos necesarios para tomarlo.

Intento volver a sentirme igual de a gusto tras ese encuentro, pero una sensación desagradable no termina de abandonar la boca de mi estómago. Entiendo a Lily, aunque ella piense que no puedo hacerlo del todo. Yo habría hecho lo mismo si pensara que alguien está demasiado cerca de romperle el corazón a mi hermano.

Es Nina quien, un rato después de terminar la cena, me trae de vuelta a un lugar mucho más reconfortante. Se sienta junto a mí en el sofá y pregunta:

—¿No te pintas las uñas?

Miro mis uñas, cuidadas pero sin color. Hace mucho tiempo que no lo hago, en realidad, aunque antes me encantaba. Le dedico una sonrisa de disculpa cuando veo que ella lleva cada una de un color diferente.

—Últimamente no lo hago mucho. Pero siempre las llevaba como tú cuando tenía tu edad.

Sus ojos brillan emocionados cuando me oye decir eso.

—¡Deja que te las pinte, por favor! Lo hago superbién, de verdad, y tengo un montón de colores.

—Nina, deja a Beth... —empieza Leo, en mi defensa.

Pero me adelanto a la petición de tranquilidad y sonrío a la hermana pequeña de Chris.

—Claro, me encantaría. ¿Qué color crees que me pega?

En un momento ya ha ido a su habitación y ha vuelto con un estuche lleno de pintaúñas chillones. Elegimos juntas un color azul brillante y le presto mis manos para que lleve a cabo la tarea con dedicación. A nuestro alrededor todo sigue siendo conversaciones animadas, bromas y muchas risas, y yo me dejo contagiar por ello y me uno a la dinámica familiar.

A medianoche la locura se desata cuando los padres anuncian que es hora de intercambiar los regalos. Yo le pedí consejo a Chris para traer algún detalle para su familia, así que tengo un bono para una comida en un restaurante elegante para sus padres, un diario supersecreto para Nina y un neceser de viaje con algunos productos de cuidado de la piel para Lily. Por supuesto, he traído algo para Chris: una caja de lapiceros especiales para dibujo. Me sorprende que ellos también tengan algo para mí: Nina me ha comprado un estuche de esmaltes para uñas, así que entiendo su interés antes por mi manicura, Lily me regala una sudadera que estoy segura de que Chris ayudó a elegir y sus padres me dan una caja pequeña que contiene un colgante con las máscaras símbolo del teatro.

—No hay que perder de vista los sueños —me dice Victoria, con una sonrisa dulce.

—No. Tienes razón —respondo, emocionada—. Muchas gracias, no hacía falta que me comprarais nada, de verdad, bastante hacéis con haberme invitado.

Me callan todos a la vez con protestas burlonas.

—Aún falta el mío —anuncia Chris.

Me vuelvo hacia él. Me ha estado ayudando a abrir todos los paquetes para no estropear mis uñas pintadas, así que tengo que pedirle que lo haga también con este. Busco sus ojos cuando me pone el vinilo en el regazo. Los mejores éxitos de Bonnie Tyler. Tengo que esforzarme mucho para que las lágrimas no pasen de nublarne la mirada.

—¿De verdad?

Lucha contra una sonrisa y hace una mueca despreocupada.

—En toda casa tiene que haber uno, para que recuerde los malos momentos, pero también todos los buenos.

Me muerdo el labio para evitar que siga temblando.

—Ni siquiera tengo un tocadiscos.

Me responde con una sonrisa algo burlona.

—Todavía no.

Estoy a punto de preguntarle qué significa eso exactamente cuando Nina suelta un gritito emocionado, pegada al cristal de la ventana.

—¡Está nevando!

Lily se pone de pie en un salto y se apresura en llegar a su lado para poder asomarse también. Se vuelve para mirar a Chris, con una expresión traviesa.

—¡Corred! ¡Vamos fuera!

Chris se levanta y hace amago de echar a correr. Nina grita y se da mucha prisa en salir antes que él.

—Toda la vida igual —se lamenta Leo.

—El suelo ni siquiera ha empezado a quedarse blanco. Solo vais a conseguir acabar empapados, panda de tontos —suspira Victoria.

Lily empuja a Chris al pasar por su lado como una exhalación, con toda la intención de hacerlo caer al sofá. Él consigue mantener el equilibrio y se limita a reírse mientras ella ya sale corriendo de la casa.

—¿Vienes? —me pregunta, con media sonrisa de quien planea una travesura.

—Ignóralos, Beth —me aconseja Leo en tono de broma—. Se vuelven locos en cuanto ven un copo.

—Vamos —insiste su hijo.

Me río cuando, al aceptar su mano tendida, sus padres emiten al unísono una exclamación decepcionada. Nos ponemos los abrigos a toda velocidad en la entrada antes de lanzarnos a la calle.

Nina y Lily ya están persiguiéndose, dando vueltas sobre sí mismas bajo la nevada y sacando

la lengua para atrapar algunos copos con la boca.

—¡Cuidado! —grita Chris al lanzarse entre ellas solo para molestarlas.

Le quita a Nina el gorro y sale corriendo con él mientras su hermana lo persigue.

—¡Idiota! ¡Dámelo! ¡Se me va a rizar el pelo y he estado una hora con la plancha!

Lily se ríe a carcajadas y yo hago lo mismo a su lado. Cruzamos la mirada y ella alza una sola ceja a modo de advertencia, divertida.

—Prepárate, Beth.

—¿Para qué? Ni siquiera hay nieve. —Señalo el césped del pequeño jardín delantero en el que estamos.

—Oh, la nieve es lo de menos. Esto es la guerra.

Chris vuelve corriendo hasta nosotras y le lanza el gorro de la disputa a Lily.

—¡Tú la llevas!

Nina se abalanza sobre él en ese momento y acaba por agarrarse a su pierna y tirarlo al suelo, mientras Chris se parte de risa.

Es una verdadera batalla entre hermanos, en la que no hay aliados ni enemigos. Los roles pueden cambiar de un segundo al siguiente. Me incluyen en el juego como si fuera una más. Y me río como hace tiempo que no me reía. Chris me chiva de vez en cuando dónde están los puntos débiles de sus hermanas y ellas hacen lo mismo con los suyos cuando él no se entera. Se advierten unas cuantas veces de que está prohibido usar las técnicas de juego sucio de Aaron de otros años, pero me temo que todos ellos se saltan la prohibición en algún momento. El suelo ya ha empezado a tornarse blanquecino cuando Lily pide una tregua y Nina se lanza al césped para estirarse como una estrella de mar y anunciar que piensa quedarse ahí hasta que la nieve la cubra y se marque su silueta.

Lily me guiña un ojo cuando Chris me invita a sentarme a su lado, frente a la casa, y se aleja para unirse a su hermana pequeña y dejarnos algo de intimidad.

Me acomodo junto a él y nuestros brazos se rozan. Ni siquiera estamos demasiado cerca, y ya siento cómo tenerlo al lado mitiga el frío de la noche. Levanto la vista para poder apreciar la decoración navideña de la fachada.

—Tenías razón —murmuro, y noto su mirada posarse sobre mí—, es posiblemente la mejor decoración que he visto.

—A mi madre le encantará conocer tu opinión. ¿Lo estás pasando bien? O ¿te arrepientes de haber venido?

Giro la cara para poder mirarlo. Está muy atento a mí. Tiene algunos copos de nieve enredados en el pelo, las pestañas húmedas, los labios pálidos como efecto del frío. Si yo supiera dibujar tan bien como él, dibujaría esto. A él así, mirándome, helado por fuera, pero con brasas encendidas en las pupilas.

—Claro que no me arrepiento. Tu familia es maravillosa y es muy bonito verlos juntos. Gracias por dejarme ser parte de esto un par de días.

—Puedes ser parte de esto todo el tiempo que quieras.

Escondo la mirada ante las implicaciones de esa repentina declaración. ¿Puedo? ¿Podría? ¿Qué pasa si el destino se equivocaba conmigo? ¿Qué pasa si lo que deseaba a los dieciséis no es lo mismo que quiero ahora? Pensé que todo aquello que me había mostrado el destino era perfecto, que mi vida sería en gran parte como la había soñado, pero ahora... Quiero la emoción de arriesgarme. Quiero elegir y luchar por lo que quiero. Quiero construirme un futuro a medida, que pueda adaptarse y evolucionar cuando yo lo haga. Y si hay algo que quiero, que quiero de verdad y con fervor ahora mismo, es besar al chico que tengo enfrente. Veo muy claro que él tenía razón: los dos hemos encontrado mucho más de lo que estábamos buscando. Y es *su* cara la que quiero mirar cada día, con sus ojos enormes, su nariz pequeña y levemente torcida, sus labios absurdamente irresistibles. Es *él* y no quiero que el miedo lo haga desaparecer.

—¿Tú te arrepientes de haberme invitado? —le devuelvo la pregunta al tiempo que levanto la mirada, tímida.

—Claro que no —responde al instante—. Me gusta que estés aquí. Me gusta estar contigo.

Respiro despacio y profundo, sin apartar los ojos de los suyos.

—A mí también me gusta estar contigo.

Sonríe. Levanta la mano y aparta con delicadeza un mechón mojado de mi mejilla.

—Estás helada. Deberíamos entrar ya, si no queremos morir de una pulmonía o por la furia de mi madre.

Se pone en pie de un salto y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo. En cuanto quedo frente a él, me pongo de puntillas y le doy un beso breve en la mejilla.

—Feliz Navidad, Chris —digo en un murmullo cuando me aparto y nuestros ojos se encuentran.

—Feliz Navidad, Beth.

Me guardo la sonrisa que compartimos para poder volver a verla en mi mente una y otra vez.

Victoria nos regaña cuando los cuatro entramos en casa empapados, como ella ya había vaticinado. Y, rato después, cuando por fin estoy seca y calentita, y me meto en la cama que me han prestado para este par de días, me doy cuenta de que algo, inevitablemente, ha cambiado en mí.

Quiero algo como esto. Quiero poder sentirme así.

Se acabó mirar atrás a lo que perdí y correr hacia delante a lo que debería venir. Es el momento de empezar a construir mi propio camino.

Diga lo que diga el destino.

El fin de las mentiras

Beth

La guerra de ayer no fue nada comparada con la batalla de bolas de nieve de esta mañana. El suelo estaba del todo blanco cuando nos hemos levantado y Victoria ha tenido que ponerse seria para que desayunáramos con calma antes de lanzarnos a la calle a jugar.

Hemos tenido que hacer turnos para ducharnos y poder entrar en calor antes de sentarnos a comer. Lily y Nina han estado mucho más relajadas conmigo que ayer en la cena, especialmente la última, quien se ha pasado todo el tiempo preguntando fascinada sobre mi experiencia como actriz de teatro. Creo que Chris les ha transmitido la idea errónea de que soy una especie de superestrella en mi pueblo natal, y que voy camino de serlo también en la ciudad universitaria. Al final, siendo sincera, nunca he pasado de actuar delante de un puñado de personas que vienen porque son familia o amigos, y no he hecho nada a gran escala.

Chris y yo salimos de casa a media tarde para ir a tomar algo con sus amigos y algunos conocidos del instituto. Al parecer, es una tradición anual navideña. Vamos dando un paseo, aunque no está cerca. Creo que no ha querido proponer que cogiéramos el coche, especialmente si existe la posibilidad de que vaya a haber alcohol de por medio, y se lo agradezco. Ayer no pasé miedo viajando a su lado, porque hizo el esfuerzo de ser muy cuidadoso, pero me siento más cómoda si caminamos.

Los jardines de las casas y los parques tienen una buena capa de nieve, pero las calles y aceras están limpias. Hace mucho frío y Lily me ha prestado una bufanda gordísima. Es agradable.

—Intenta evitar a Oscar hoy, solo tendrá quejas sobre sus hermanastras —me advierte en tono divertido mientras caminamos el uno junto al otro.

—¿Por qué se queja?

—Era hijo único y mimado y su madre se casó con un hombre con dos niñas gemelas. Ahora tienen nueve años y, créeme, tiene razones para quejarse.

Me río ante su modo de decirlo.

—¿Y Matteo?

—Matteo no sé si será mejor compañía hoy. Tiene una situación familiar complicada.

He oído algo sobre eso. Lydia comentó un día que el padre de Matt estaba en la cárcel, y he

oído a Chris en más de una ocasión decir que Matteo a veces no está bien del todo por algo relacionado con su familia, aunque nunca parece querer hablar del tema.

—¿Con quién puedo hablar entonces? —medio bromeo.

Me dedica una mirada indignada de medio lado.

—Conmigo.

Hago una mueca.

—Vaya, habría sido interesante tener opciones.

Aprieta el paso y me deja atrás, con una sonrisa divertida colgando de sus labios.

Ya hay un grupo de gente en el bar donde han quedado cuando llegamos. Chris me presenta como «una amiga» a las primeras personas que se acercan a saludar. Luego, en cuanto puedo, desoigo sus sabios consejos de antes y lo dejo socializando mientras me acerco al rincón donde Oscar y Matt están hablando, cada uno con una cerveza en la mano.

—Hola y feliz Navidad, Beth —saluda Oscar primero, al tiempo que me envuelve en un abrazo cariñoso.

Me siento bien con el recibimiento. Después de todo lo que ha pasado últimamente entre Chris y yo no estaba muy segura de si a sus amigos seguiría cayéndoles bien o me odiarían por romperle el corazón.

Matteo me pasa un brazo por los hombros en cuanto el otro me suelta y me da un beso en la sien.

—*Ciao, bella.* ¿Quieres una cerveza?

Se aleja hacia la barra para conseguirme una en cuanto digo que sí y les felicito la Navidad.

—¿Qué tal con los Harnett? —pregunta Oscar cuando nos quedamos solos—. Están un poco locos, ¿verdad?

Me río suavemente.

—Un poco. Me han tratado todos muy bien.

—¿Mejor que quedarte sola en casa con los gatos?

—Los gatos también me habrían tratado muy bien, creo —bromeo.

Nos reímos juntos con algunas tonterías hasta que vuelve Matteo y se une a la conversación. Pregunto qué tal pasaron ellos la noche de ayer, a pesar de las advertencias de Chris. No se quejan demasiado. Me hacen reír bastante con algunas anécdotas de sus familias.

Luego Chris llega hasta nosotros y hace una mueca de exasperación.

—¿Me recordáis por qué seguimos haciendo esto si ni siquiera nos llevábamos bien con ellos en el instituto? —pide en voz baja.

—Hay que socializar, Christian —lo reprende Matteo—. Tampoco te llevabas bien conmigo en el instituto y ahora no puedes vivir sin mí. Venga, te traeré una cerveza.

Se ha ido antes de que a Chris le dé tiempo a responder. Aunque estoy segura de que iba a enumerarle toda esa serie de razones que siempre esgrime para negar que quiere a Matteo Vitale. Tampoco hace falta, no nos creemos ni una sola de ellas.

Pasamos un buen rato aquí, charlando los cuatro juntos. Los chicos me preguntan por la fiesta de Fin de Año que los Rivera dan todos los años. Esta vez la han organizado en la ciudad universitaria y Lydia se ha encargado de invitarnos a todos y conseguirnos unas habitaciones en el hotel lujoso en el que se va a celebrar. Creo que está deseando volver del crucero y pasar ese trago de una vez para poder volver a la vida normal, por lo que cuenta en el grupo de chat que compartimos con Sam. Eso es lo que les estoy diciendo cuando Oscar me da un golpecito en el brazo y se inclina hacia mi oído para hablar en voz baja.

—Mierda —dice, en una especie de gruñido—. No sé si esto te va a gustar mucho, Beth.

Estoy a punto de dedicarle una mirada de ceño fruncido y preguntarle de qué habla, cuando veo a una chica llegar hasta nosotros y poner una mano en el hombro de Chris, que luego deja resbalar despacio por todo el largo del brazo en una caricia bastante íntima.

—Hola, Chris.

Se vuelve hacia ella de golpe y parece muy sorprendido.

—Carol. Ah..., hola —dice, inseguro—. ¿Qué...? No sabía que estabas aquí.

Ella sonríe. Tiene una sonrisa deslumbrante. Y es guapa. *Muy* guapa. Cabello castaño, ojos claros, labios carnosos y piel pálida, que hace destacar las pecas que le salpican las mejillas. Lleva un vestido ceñido y bonito que le sienta de maravilla.

Me siento todo lo contrario a atractiva a su lado, con mis vaqueros holgados y un jersey de punto. Y, además, es Carol. *Esa* Carol. Por la que Chris se tatuó el amor entero en la piel.

—He venido a pasar la Navidad con mi padre —explica, sin borrar la sonrisa.

—Ya. Claro. Sí.

Está nervioso con ella aquí. Puedo notarlo aunque no cruce la mirada conmigo. Ella sí lo hace. Se vuelve hacia nosotros y me estudia por un par de segundos antes de dar un paso al frente y acercarse a Oscar, que la mira con cara de pocos amigos sin molestarse en disimular.

—Oscar Torres —saluda, pasando por alto su desagrado—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Me echabas de menos?

—Tanto como a las cenas familiares con mi tío Eugene —ironiza él.

Ella mantiene la sonrisa e ignora el comentario. Matteo la saluda, bastante más agradable que su amigo. Y luego Chris parece recuperarse de la sorpresa y avanza hasta ponerse a nuestra altura.

—Carol, te presento a Beth. Beth es... una amiga.

Ha dudado antes de definirme y me parece que ella ha podido percibirlo también. Eso justifica la curiosidad brillando en sus ojos cuando vuelve a observarme con detenimiento.

—Beth, ella es Carol —añade él.

Sin nada más que decir. Sin definiciones. Supongo que eso ya le deja claro a ella que me ha contado parte de su historia.

Me ofrece la mano y una sonrisa amable.

—Encantada, Beth.

—Lo mismo digo —correspondo, al tiempo que se la estrecho.

Enseguida se vuelve para mirar a Chris.

—¿Te tomas algo conmigo y nos ponemos al día? —No le da tiempo a decir nada antes de mirarnos a nosotros—. No os importa si os lo robo un ratito, ¿no?

Creo que Oscar está a punto de enseñar los dientes, pero Matt se apresura a decir que ya lo tenemos muy visto y no lo echaremos de menos. Chris me mira solo a mí. Intento preguntar sin palabras si está bien con esto. Me dedica una sonrisa leve y un breve asentimiento de cabeza, así que creo que la telepatía ha funcionado.

—Vuelvo enseguida —me promete.

Se alejan juntos hacia la barra. Oscar suelta un suspiro muy largo y un par de palabrotas entre dientes.

—Relájate, ángel de la guarda —se burla Matteo, que le da una palmada suave en el hombro—. La chica no tiene la culpa de que él se empeñara en romperse el corazón. Y ya no es tan tonto como hace un par de años.

Oscar me mira de reojo.

—Ya, ojalá.

Y no sé por qué, me da toda la impresión de que eso va por mí. Que su mejor amigo piensa que Chris es tonto por haberse dejado enredar conmigo sabiendo que no me portaría bien con él. No pienso hablar de eso y, desde luego, tampoco quiero hablar de toda esa historia que tiene con Carol, así que me doy prisa en cambiar de tema y actuar como si aquí no pasara nada.

No puedo evitar mirarlos de vez en cuando durante la larguísima hora que pasan hablando. Ella gesticula y se muestra entusiasmada todo el tiempo. Y lo toca. Lo toca muchísimo. Todo el rato. El brazo, el hombro, el pecho. Él parece más comedido y más incómodo. Pero ahí siguen, sin parar de hablar, sin agotar el tema de conversación.

—¿Crees que sigue sintiendo algo por ella? —pregunto a Oscar sin poder evitarlo.

Sé que no. No me planteo que pueda haber otra respuesta a esa pregunta. Porque yo estaba ayer sentada bajo la nevada con él cuando nos miramos a los ojos. Porque he estado en cada uno de esos momentos en que la palabra «amigos» se nos ha quedado corta y hemos huido de concedernos otra.

—¿Chris? Creo que sabes muy bien quién es la «ella» por la que siente algo Chris ahora, Beth. ¿O no lo sabes?

Le sostengo la mirada, tensa, por unos segundos. No digo nada.

—Claro que lo sabes —se responde a sí mismo—. El problema es si esa «ella» siente lo mismo por él o no. No, espera, perdona, el problema es si ella está dispuesta a admitir de una vez que *sí* siente lo mismo por él.

—Oscar. —Me sorprende que tenga que ser Matteo el que intervenga para suavizar la situación.

—Voy al aseo —me disculpo, antes de alejarme de los dos chicos.

No necesito la presión de sus amigos, desde luego.

Me encuentro a Carol frente al espejo cuando salgo del baño y me acerco al lavabo a lavarme las manos. Me sonrío a través del reflejo.

—Hola, Beth, ¿cómo estás?

Le devuelvo la sonrisa mientras me pregunto cuál será su versión de la historia de todo lo que pasó con Chris. Si es cierto que se dedicó a jugar con él cuando le venía bien, como parece pensar Oscar, o si de verdad sintió mucho más y ella también lo pasó mal por el camino. No vive aquí. Las relaciones a distancia son complicadas. Y en toda historia de desamor hay dos lados para contarla, ¿no?

—Bien. ¿Y tú?

Deja de mirarme en el espejo para volverse hacia mí. Cojo un poco de papel para secarme las manos antes de enfrentarla. Tiene un brillo entusiasmado en la mirada y da un paso para acercarse y hablarme en un tono íntimo.

—¿Tienes idea de cómo habla Chris de ti? Madre mía, está coladísimo. —Suelta una risita.

—¿Habla de mí? —repito, sorprendida.

Frunce un poco el ceño y se muerde el labio, como si acabara de darse cuenta de que ha metido la pata.

—¿No lo sabías? Sí, sí que lo sabías, ¿verdad? Él me ha dicho que habíais tenido algo. Dime que no la estoy cagando, Beth, por favor.

Esta vez soy yo la que se ríe bajito.

—No. No, qué va, no es eso. Sé que... Bueno, lo que pasa entre nosotros es complicado, supongo.

Hace una mueca.

—Siempre lo es, ¿verdad?

Suspiro.

—Ni te lo imaginas.

Me pone una mano en el brazo, con confianza. Creo que es algo que ella hace con la gente y no necesariamente que se haya pasado la noche sobando a Chris con intención.

—Supongo que sabes que tuvimos una historia. —Asiento—. Y puede que se nos complicara, que hiciéramos cosas mal y que yo la cagara muchas veces..., *demasiadas*, según Oscar Torres, porque nadie sabe del todo bien qué narices es eso de la responsabilidad afectiva a los diecisiete, ¿verdad? Pero debo decirte que Chris es un tío estupendo. Y lo conozco, así que me parece que no me equivoco mucho si digo que eres bastante más que una amiga para él.

—Él también es bastante más que un amigo para mí, aunque supongo que a veces es difícil admitir eso.

—Acabas de hacerlo. —Me guiña un ojo—. Cuídalo, ¿eh?

Voy a buscarlo cuando salgo del baño. Está de nuevo con sus dos amigos y parecen estar discutiendo los tres. Se callan en cuanto llego a su altura. Pongo una mano en el costado de Chris

y él enseguida baja la mirada hasta mis ojos.

—¿Todo bien? —trato de asegurarme.

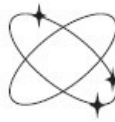
Me sonrío.

—Todo bien.

Extiendo la mano ante él para invitarlo a cogerla.

—Le he pedido una canción al camarero —digo, con media sonrisa traviesa—. ¿Bailas conmigo?

Lo arrastro hacia un lado del local, donde tenemos algo más de espacio, cuando la canción *Be My Baby* de The Ronettes, banda sonora de *Dirty dancing*, empieza a sonar. Creo que es una buena manera de decir lo que quiero. Es un clásico.



—¿Puedo enseñarte algo antes de volver a casa?

Echo un vistazo al camino que señala Chris, el que se aparta de los unifamiliares y se adentra en un polígono, silencioso y poco iluminado.

El par de horas que hemos pasado en el bar, después de que haya pedido e interpretado esa canción para él, ha estado lleno de miradas de esas que hablan y de sonrisas furtivas mientras los dos seguíamos mezclándonos con el resto de la gente. La tensión ha ido creciendo y, con ella, también las ganas. Pero desde que nos hemos despedido de Oscar y Matt y hemos empezado el camino de vuelta a casa, el frío se nos ha instalado dentro y parece habernos vuelto mucho más tímidos de repente.

—¿En un lugar desierto y sin luz? —lo dudo, en tono de broma—. ¿Cómo podría fiarme de ti después de haber descubierto esta noche lo mentiroso que eres?

Me mira con las cejas alzadas en gesto de sorpresa. Deja transcurrir un par de segundos en silencio para darme la oportunidad de justificar mi comentario, pero lucho contra mi sonrisa y me mantengo callada.

—¿Qué he hecho? —pregunta al final.

No puedo evitar que se me escape una risita breve.

—Alguien me ha explicado, detalladamente, por qué Matteo es un típico leo: engreído, vanidoso, egocéntrico. Le pega mucho más que ser libra, según todos esos libros del carácter de los signos del zodiaco que le encantan a Sam. Así que he empezado a preguntarme qué sentido tiene celebrar en otoño un cumpleaños que es a finales de julio.

Cierra los ojos y sacude la cabeza suavemente.

—Te juro que no tuve nada que ver con eso.

Me río y echo a andar hacia el lugar que él había señalado, adentrándome en el polígono. Me

sigue solo un paso por detrás.

—Sí, ya lo sé. Oscar me ha contado la historia. Tenían mucho interés en que nos volviéramos a ver, parece.

—Demasiado —refunfuña a mi espalda—. Pero, ya que estamos confesando, diré que no me pareció mal del todo porque yo también tenía interés.

—Ah, ya, sí. También he oído eso de que les ponías ojitos a mis emails. —Me giro brevemente para dedicarle una mirada y una sonrisa burlona.

Suelta una especie de bufido que pretende parecer molesto.

—Me provocabas con esas posdatas.

—Empezaste tú.

—Y no me arrepiento.

Me doy la vuelta para poder enfrentarlo. Hay menos luz aquí, de modo que me cuesta leer con claridad lo que dicen sus ojos. Se queda parado, sin despegar la vista de mi cara, y se encoge de hombros con despreocupación.

—Ya que estamos destapando todos los secretillos, seamos sinceros, ¿no? —propone—. Podemos hacer de esta noche el fin de las mentiras.

Se me aceleran las pulsaciones más allá de lo que podría considerarse normal. Eso es lo que quiero de esta noche: acabar con las mentiras, con las verdades a medias y con las cosas que nos callamos. Creo que es hora de que dé un paso adelante por fin.

Estoy a punto de decir algo cuando Chris se mueve a un lado y me señala la calle que cruza.

—Vamos. Es aquí mismo.

Lo sigo en silencio al interior del edificio cuando abre con sus llaves y teclea el código en el panel de la alarma. Las luces se van encendiendo a nuestro paso cuando avanzamos por un pasillo hasta llegar a la puerta de un almacén. Una vez dentro, me quedo con la boca abierta y doy un par de vueltas sobre mí misma para poder captarlo todo. El espacio está lleno de decoraciones de distintos escenarios. Piezas de arte, figuras, banderas, bloques enormes con distintos acabados para recubrir paredes. Es como estar entre las bambalinas de un gran teatro, donde todos los elementos esperan listos para crear mundos imaginarios. Sé que estas decoraciones no son para teatro, pero el concepto es exactamente el mismo.

—Vaya —digo, incapaz de dejar de observar todo a mi alrededor—. Es impresionante.

—Bienvenida a mi empresa. —Chris se adelanta y me guiña un ojo. Lo sigo hasta el fondo del enorme almacén—. Mira esto. Es lo último que se ha fabricado, es para un restaurante.

Es como entrar en un castillo medieval. Tapices con escudos de armas, armaduras que dan la impresión de contener a alguien dentro, bolas con pinchos colgando de cadenas.

—Esto es una pasada.

Me acerco hasta unos grilletes ennegrecidos que cuelgan de una pared de falsa piedra. Levanto las manos y finjo estar encadenada en ellos. Pero Chris no se ríe, su mirada se torna más oscura, salvaje y con un brillo depredador cuando me ve.

—No hagas eso, por favor.

Trago saliva mientras me aparto y noto cómo mi cuerpo reacciona y se excita cuando pienso en las imágenes que sé que se le acaban de pasar por la mente.

Carraspeo y camino a su lado para dar la vuelta al resto del almacén.

—Algún día será tuyo.

Le quita importancia con un gesto de la mano.

—Espero que para entonces todo esto ya haya salido de la nave —bromea—. Las oficinas están en la planta de arriba, aunque esa zona es más aburrida. Ahora, ¿qué tal un duelo?

Me tiende una espada de cartón piedra y yo logro hacerme con un escudo antes de empezar el juego. Nos movemos por todo el espacio, en una torpe lucha de espadas en la que aprovechamos los elementos a nuestro alcance para usarlos a nuestro favor. Si esto fuera un duelo de verdad los dos nos habríamos llevado un montón de cortes y magulladuras, porque me temo que no tenemos ni idea de cómo manejar un arma. Le advierto de que, en nuestro próximo duelo, cuando ya haya entrado en el programa de Teatro y cursado la asignatura de Esgrima, lo machacaré, pero él se limita a soltar un par de carcajadas. Gano ventaja cuando tropieza con la pata de un perchero antiguo y cae sobre unas cuantas cajas de cartón. Le apoyo mi espada en el cuello y le sonrío desde mi altura.

—Y estás muerto —canturreo.

Se incorpora de golpe para atrapar mi cintura con los brazos y yo grito cuando me hace perder el equilibrio y caigo sobre su cuerpo. Los dos nos reímos hasta que nos clavamos los ojos, con mi pelo enmarcando su cara a pocos centímetros bajo la mía. Su corazón late desbocado contra mi pecho. Me cosquillean tanto los labios que se prenderán fuego si no los calmo con el roce de los suyos. Me inclino hacia su boca y, entonces, las cajas sobre las que estamos ceden y caemos unos cuantos centímetros hasta el suelo. Su risa tapa mi exclamación ahogada, y me aparta un poco para poder incorporarse.

Me levanto y él hace lo mismo a mi lado.

—Espero que no fuera nada importante —murmura para sí mismo mientras abre las cajas para ver lo que contenían. Las cierra de nuevo, muy rápido, antes de que yo pueda verlo—. Más vale que me invente una buena excusa para mi madre.

No parece demasiado preocupado por ello, y tira de mi mano para guiarme fuera del almacén y hacia unas escaleras que suben al fondo del edificio.

Me enseña la zona de oficinas. La última puerta que abre es la de un despacho amplio, con un montón de bocetos enmarcados por las paredes.

—Esta es la guarida de mi madre —me cuenta, aunque ya lo había supuesto antes de la confirmación.

Me acerco hasta uno de los cuadros. Hay cuatro dibujos dentro del perímetro del marco. Reconozco los trazos de Chris sin ninguna duda, conformando cuatro escenarios diferentes con todo lujo de detalles.

—Son los primeros bocetos que hice para proyectos de verdad, el primer verano que estuve trabajando aquí. —Oigo su voz justo detrás de mí.

Me doy la vuelta para mirarlo. Está muy cerca y tengo que levantar la barbilla para encontrar sus ojos. Puedo notar el ritmo de su respiración en mi pecho.

—Reconocí la calle del teatro en tu boceto y te pedí que añadieras el carril bici solo para que no fuera tan... *nosotros*. Porque me daba miedo todo lo que había sido ese día para mí —digo casi de carrerilla.

—¿Qué?

—Es el fin de las mentiras, ¿no?

—Ese día me moría de ganas de besarte y me empalmé con tu imagen sentada en mi cama.

Suelto una risita ante ese arranque de absoluta sinceridad.

—Ese día, si *Runa* no se hubiera puesto de parto, seguramente habría acabado besándote yo —admito a media voz y con los latidos descontrolados.

—Mentí cuando acepté tus malditas condiciones.

—Mentí cuando dejé que las aceptases e hice como si te creyera.

—No quiero condiciones.

—Yo tampoco las quiero.

—Te dije que podemos ser amigos y no estoy seguro de que sea verdad. Podría aceptarlo si no puedes dar nada más, pero no es lo que quiero ser para ti. Quiero mucho más que ser solo amigos.

Doy un paso más y nuestros pechos se tocan cada vez que inspiramos. Su boca está tan cerca de la mía que casi puedo saborearla. Permanecemos quietos, sufriendo los escasos milímetros entre nuestros labios, hasta que vuelvo a hablar:

—Nunca fue solo sexo.

—Lo sé.

Su susurro en mi boca es lo último que tiene espacio entre los dos. Me estiro para besarlo y sus labios me reciben entreabiertos, húmedos y tibios. Enreda una mano en mi pelo y me acaricia despacio la mejilla con el pulgar mientras me atrae más cerca y profundiza el contacto.

Es él quien termina el beso de forma brusca, da un paso atrás y me lanza una mirada llena de dudas. Después de todo, supongo que es normal que no esté muy seguro de lo que significa esto. Y yo necesito estar muy segura también antes de lanzarme al vacío sin red... con él.

—Volvamos a casa —dice, prudente, en cuanto deja de tocarme.

Asiento.

Aún tenemos un paseo hasta llegar a casa de sus padres y la mayor parte del camino la recorremos en silencio, cómodos el uno al lado del otro, pero cada uno perdido en sus pensamientos.

La casa está a oscuras y en calma cuando entramos. Subimos las escaleras procurando no hacer ruido y Chris me cede el primer turno para el baño.

Ya estoy en la habitación de su hermana, que es mía por una última noche, en pijama y con las gafas puestas después de haberme quitado las lentillas. No paro de darle vueltas a ese beso. A todo lo que hemos dicho. A ese beso otra vez.

El destino, las casualidades, su sonrisa, la forma en que me llamó cobarde. Estoy harta de esconderme, de protegerme y de esperar a que las cosas pasen.

Lo oigo salir del baño y volver a su cuarto. Y entonces me levanto, salgo con sigilo y cruzo el pasillo para llamar suavemente a su puerta con los nudillos.

Me mira de arriba abajo cuando abre.

—¿Aún te duele lo de Carol? —Es lo que pregunto, a bocajarro.

Enarca una ceja y dibuja una pequeña sonrisa irónica. Niega con la cabeza.

—Podría ser su amigo sin tener que mentir.

—Y sin nada romántico complicando las cosas.

Veo en sus ojos que, como yo, él también sabe que esta conversación no ha ido de Carol en ningún momento. Pero no soy yo la que abandona los rodeos y habla claro.

—Yo todo lo romántico que siento lo siento por ti, chica de la casualidad —susurra—. Y eso sí que complica mucho las cosas.

Se me escapa un pequeño jadeo.

—Chris...

—Es el fin de las mentiras.

De acuerdo. Fin de las malditas mentiras, entonces.

—Vale.

Doy un paso adelante y él hace amago de retroceder, pero no llega a hacerlo y deja que mi cuerpo se pegue al suyo. Levanto la mirada hasta clavarnos los ojos. Hablo muy cerca de su aliento.

—Hace mucho tiempo que mis mariposas echaron a volar, chico de la esperanza.

Ha llegado el momento de patear al destino en el culo con todas mis fuerzas.

De elegir.

De ser.

Pongo las manos en su nuca y lo atraigo hacia mí para poder besarlo, suave y profundo, intenso y sentido. Lo empujo con el cuerpo hasta colarme en su habitación, y es él quien cierra con cuidado la puerta a mi espalda.

Esta noche solo somos nosotros. Y ni siquiera pienso en que existe un mañana.

El precio de la verdad

Chris

Se escabulló de mi cama en plena madrugada, dejando entre mis sábanas retazos de su olor como única prueba de que fue real.

Debería haberlo imaginado. El paso atrás con el que coges impulso para huir hacia delante. Y eso es lo que ha hecho Beth: ha salido huyendo una vez más.

Ya hace un par de días desde que me desperté solo en la cama, con su olor aún en la almohada. Ella estaba desayunando con mi familia cuando bajé. Nadie me prestó demasiada atención. La vi dudar cuando Lily anunció que tenía que ir con el coche a la oficina de correos y que le pillaba de paso dejarla en la estación. Aunque supongo que fue por el viaje en coche y no porque no fuera yo quien la acompañara. Le advertí a Lily sobre los miedos de Beth mientras ella recogía sus cosas para marcharse. Me abrazó para despedirse, igual que abrazó a mis padres y a Nina. Me prometió que hablaríamos cuando yo volviese a casa y luego desapareció.

No he intentado llamarla porque no quiero que se agobie, ni que se vea obligada a volver a decirme que esto nunca irá más allá de nuestro cúmulo de casualidades. Le he escrito para ver cómo está. Ha vuelto a decir que mejor hablamos cuando vuelva.

Supongo que esto me pasa por lanzarme de cabeza por segunda vez cuando sé que no hay agua que amortigüe el golpe. Y ella también dijo muchas cosas esa noche, sí, pero que las sienta no significa que vaya a cambiar de idea y arriesgarse por mí. Creo que es peor que me haya dicho la verdad. El precio a pagar por ello ha sido demasiado alto: se ha llevado a cambio toda la esperanza que quedaba.

Termino de cambiarme de ropa, tras llegar de la calle, para sentarme a cenar con mi familia más cómodo. Unos toques en la puerta de mi cuarto me hacen darme prisa en terminar de ponerme la camiseta y girarme.

—Pasa.

Lily asoma la cabeza.

—¿Podemos hablar un minuto, Chris?

Le hago un gesto con la mano que la invita a pasar y me siento a los pies de la cama para esperar la charla de hermana mayor que vaya a soltarme ahora.

—Tú dirás.

Cierra para asegurarnos algo de intimidad, se acerca y se sienta a mi lado.

—Te vas dentro de tres días —me recuerda.

—Sí. Pero puedo volver en cualquier momento si hace falta. Sé que mamá no va a llamarme para pedírmelo, y por eso confío en que tú sí que lo hagas. Te quedas hasta mitad de enero, después, si las cosas no están del todo bien o papá necesita más ayuda, tienes que decírmelo para que yo vuelva a casa, ¿vale?

Sacude la cabeza y me pone una mano en el brazo para hacerme callar.

—No he venido por eso. Papá va a estar bien y nos vamos a apañar. Cuando yo tenga que irme ya veremos cómo está todo y tomaremos decisiones, pero no era de eso de lo que quiero hablar.

La observo con atención por unos segundos. Está seria, parece preocupada y está empezando a inquietarme.

—¿Qué pasa, Lily?

—Soy tu hermana mayor. Soy mayor, tengo más experiencia, soy más sabia e, indudablemente, bastante más lista que tú y...

—Lily.

—Quiero saber qué pasa con Beth —va al grano por fin—. La trajiste aquí como una amiga cuando es obvio que eso no es todo. De alguna manera, le cayó bien a toda la familia y ahora mamá no para de hablar de ella como si algún día fuera a ser su nuera, y Nina quiere que la traigas de visita los fines de semana. Y, sin embargo, tú vas por ahí como si el mundo se estuviera cayendo a pedazos desde que se fue. Necesito saber si, como hermana mayor, tengo que pedirte que no vuelvas a acercarte a ella o si debo aconsejarte que dejes de hacer el idiota y vayas a por esa chica de una vez.

Se me forma un incómodo nudo en la garganta cuando la oigo decir eso. Es algo que no tengo para nada claro: ¿me acerco de nuevo? ¿O debería salir corriendo yo esta vez?

—Solo somos amigos —me obligo a decir.

—¿Sí? ¿Estás seguro? ¿Cuelas a todas tus amigas en tu habitación por la noche y te acuestas con ellas? Os oí, por muy discretos que creyerais ser.

Seguro que me pongo rojo, como un crío, pero me mantengo firme y no aparto la mirada.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Ya te has olvidado de cómo funciona esta familia? Tú eres asunto mío y de todos los demás, igual que lo soy yo para ti. ¿Te acuerdas de la charlita que le soltaste a Aaron cuando tenías diecisiete, siendo mucho más sobreprotector que papá? No me obligues a ir a buscar a Beth y preguntarle a ella, anda, ponme las cosas fáciles y explícamelo tú: ¿por qué sigues diciendo que solo es una amiga?

Me froto la cara con las manos, como muestra de mi desesperación.

—Creo que ella no está preparada para ser nada más —suspiro al final.

—¿No siente lo mismo por ti?

—¿Qué es lo mismo?

—No es nada difícil verte, lo sabes. Estás enamorado de ella, lo ha dicho hasta papá, es superobvio, Chris. ¿Se lo has dicho?

Hago una mueca.

—No con esas palabras, pero sí.

—¿Y ella?

Lanzo un gruñido y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. Mi hermana se tumba enseguida a mi lado, imitando mi postura y pone nuestras cabezas juntas, con la vista clavada en el techo.

—Ella siente algo, pero eso no significa nada. Tiene miedo. De dejarse llevar, de estar conmigo, de no saber lo que pasará mañana.

—¿Crees que merece la pena?

No me cuesta más de unas décimas de segundo tener clara la respuesta.

—Sí, creo que sí.

—Entonces, hermanito, ve a por ella y díselo todo —dice, solo porque, claro, ella no sabe *todo* lo que *sí* he hecho ya—. No con insinuaciones, sino con las palabras que lo definen de verdad y sin medias tintas. No es tan obvia como tú, eso es evidente, pero te aseguro que ella te mira como si sintiera exactamente lo mismo.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si me destroza el corazón? —planteo a media voz.

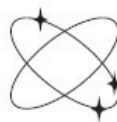
Lily se mueve para rodar sobre el colchón y ponerse de medio lado, vuelta hacia mí, se incorpora y se apoya en un codo para poder mirarme a los ojos.

—Es mejor haberlo intentado y salir perdiendo que quedarse para siempre con las ganas, Christian.

Creo que alguien debería decirle eso a Beth. Pero no creo que me escuche a mí si lo intento.

Mi madre nos llama en un grito para que bajemos a cenar antes de que pueda decir nada más.

Y pienso en las palabras de mi hermana, una y otra vez. El problema es que yo lo he intentado... y ya he salido perdiendo.



Me monto en el asiento trasero del coche de Matteo cuando él y Oscar pasan a recogerme para marcharnos de vuelta a la ciudad universitaria. He tenido que despedirme de mi familia con un montón de besos y abrazos. Y mis dos amigos también. A lo mejor es verdad eso que dice Oscar de que mi familia es *peculiar*.

—Arranca de una vez, antes de que mi padre se monte en el coche y se venga con nosotros —

bromeo.

—Sí, vámonos, por favor —me apoya Oscar—. Estaba deseando poder volver a casa de una vez, un solo día más aquí y me habría vuelto loco.

Matteo se está metiendo con nosotros, aunque me parece que el que más ganas tenía de largarse por unos días es él. Como siempre, no nos da detalles de sus dramas familiares, pero es evidente que algo le pasa.

Creo que esta noche se olvidará de todo eso. Estoy bastante seguro porque acabo de recibir un mensaje de Lydia:

Te pido que intentéis llegar puntuales a la fiesta y, por favor, asegúrate de que Matteo se cubre bien todos los tatuajes.

Me pongo nervioso cuando pienso que Matt no es el único que está deseando ver a una chica esta noche. Beth y yo hemos pasado los últimos días intercambiando mensajes, pero no hemos hablado de nada relacionado con «nosotros» porque ella insiste en que lo haremos cara a cara. Me da miedo lo que pueda significar eso.

Oscar se pasa todo el viaje contándonos que Adrien está raro y desaparecido y que, aunque prometió venir con él a la fiesta de esta noche, no está del todo seguro de si aparecerá. Lo siento por mi amigo, pero ya sabía yo que por algo ese chico no me terminaba de gustar. Por otro lado, que Oscar necesite desahogarse y contarnos todo, e incluso leernos de forma literal los mensajes que han intercambiado en los últimos días, me libra de que mis amigos empiecen a interrogarme sobre Beth y tener que admitir que no tengo ni idea de lo que pasa o va a pasar entre nosotros.

Para cuando llegamos a casa, dejamos el equipaje y cogemos lo necesario para pasar la noche en el hotel, Adrien aún no ha dado señales de vida y Oscar jura que hoy se lo va a pasar mejor que nunca y va a olvidarse de que ese idiota existe.

Lydia ha reservado una habitación para cada uno. Pensaba que habría una para Oscar —quien, supuestamente, traía acompañante—, y otra para Matt y para mí, pero tenemos habitaciones separadas y no sé muy bien si eso significa que quería intimidad por si... Bueno, por si ella por fin se decide a dejar de dar vueltas en círculo con mi amigo. No voy a meterme en su historia, por supuesto, bastante tengo con mis propias incertidumbres.

Acabo de ponerme el traje y termino de peinarme frente al espejo de la amplia habitación de la última planta del hotel cuando llaman a la puerta. Me encuentro con Oscar, elegante y con pajarita, parado en el pasillo.

—Tío, ¿tienes idea de lo grande que es mi habitación?

Me río y lo dejo pasar, para que pueda comparar con la mía. Me da la impresión de que, aunque todos sabíamos que los Rivera eran muy ricos, no nos hacíamos a la idea de que lo fueran *tanto*.

—Sam dice que sus habitaciones también están en esta planta, pero que ellas ya están abajo. ¿Estás listo? —Oscar se asoma a la puerta del baño en el momento en que termino de ajustarme

la corbata y me echo colonia.

Estoy nervioso. Demasiado.

—Sí, listo —digo, y le dedico una sonrisa a través del espejo para disimular.

Claro que no cuela en absoluto. Hace una mueca y sale para abrir la puerta ante una nueva llamada.

Hoy Matteo incluso parece un tipo decente, con ese traje oscuro que se le ajusta y resalta los músculos del torso de los que tan orgulloso se siente. No se ve ni uno solo de los tatuajes de sus brazos o su pecho, y se ha peinado hacia atrás. Lleva la barba corta y cuidada y parece un hombre de negocios, serio y formal. Apuesto a que a Lydia le va a encantar lanzarle pullas.

—Deberíamos ir bajando —avisa el italiano, al tiempo que echa un vistazo al reloj.

Oscar se apoya en la pared junto a la puerta y suelta un suspiro triste.

—No va a venir. De verdad no va a venir. Y ni siquiera me ha mandado un mensaje.

Le pongo una mano en el hombro y le doy un apretón cariñoso.

—Él se lo pierde. Vamos a pasarlo bien.

Asiente, aunque no parece del todo convencido.

—Sí, claro, vamos.

Caminamos hasta los ascensores. Tengo un nudo en el estómago que se aprieta más y más a medida que la pantalla va mostrando el número de plantas que descendemos. Cuando llegamos a las enormes puertas dobles que dan paso al salón de eventos, nos preguntan nuestros nombres y comprueban que estemos en la lista. Intercambio una mirada con mis amigos. Somos tres patanes, ¿cómo vamos a encajar en una fiesta tan sofisticada?

Lo primero que nos encontramos al adentrarnos entre la gente es una bandeja que vuela ante nosotros sobre la mano de un camarero. Oscar pesca una copa de vino en un movimiento rápido y se la bebe de un trago para luego abandonar el recipiente vacío en la siguiente bandeja que vemos. Matt silba impresionado.

—Será mejor que no vayas tan fuerte, Oscar —aconsejo.

Un paso más y alguien aparece frente a nosotros como un huracán.

—Bien, ya estáis aquí —nos saluda Lydia.

Busco tras ella, pero viene sola. Ni rastro de Sam ni de Beth. Lleva un vestido largo, ceñido, negro y con multitud de brillantes cosidos por toda la tela que lanzan destellos en la oscuridad.

Es posible que a Matteo se le esté cayendo la baba.

—Ven conmigo —se dirige nuestra amiga directamente a él. Lo coge de la mano y lo arrastra con ella—. Necesito que te hagas pasar por mi novio delante de mis padres.

Oscar y yo nos miramos, incrédulos. Pero Matt cuadra los hombros y muestra su mejor porte antes de decir:

—Creía que nunca me lo pedirías, *amore*.

Luego, en un segundo, desaparecen juntos entre la gente.

Me giro para centrar toda mi atención en Oscar. No venía aquí con la intención de pasar la

noche con él, ni mucho menos, pero si mi amigo me necesita puedo estar todo el tiempo a su lado criticando al idiota de su novio. Eso se me da bastante bien. Y a lo mejor es mi turno para cambiar los papeles y ser el que sostiene al otro cuando le rompen el corazón.

—Anda, vamos a comer algo para que todo ese alcohol que piensas beberte no se te suba demasiado rápido a la cabeza.

Le pongo una mano en el hombro y lo guío hacia la mesa que hay a un lado del enorme espacio. Allí hay platos con canapés, aunque las cosas ricas de verdad las van sacando los camareros y ofreciéndolas por toda la sala entre la gente. Localizo de dónde salen con las bandejas llenas y nos sitúo lo más cerca posible de allí.

—Se acabó, Chris, mi vida amorosa ha llegado a su fin.

Me esfuerzo para no reírme ante su tono dramático.

—Apenas llevas un mes con él. Tampoco es que sea el amor de tu vida.

La mirada que me dedica me deja claro que será mejor que me calle la próxima vez.

—¿Cómo no lo va a ser si pienso renunciar al amor y no volver a estar con un chico nunca más?

—¿Por qué es más especial que el resto? Lleva camisetas de Nirvana todo el tiempo, tampoco es que el tío sea muy original —bromeo.

—Ya, pero huele a mandarina.

Suelto una carcajada ante la intensidad en su tono de voz.

—Sabes que soy un chico de olores —añade, muy serio.

—¿A qué huelo yo?

—Tú hueles más a limón.

—¿Ácido?

—Y muy amargo, Christian.

—Tendré que cambiar de desodorante.

—No te estás tomando en serio lo dramático de la situación.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Dicen que todo acaba por pegarse y Oscar y yo pasamos demasiado tiempo juntos. Puede ser por eso por lo que ahora parece que el romántico es él. Al menos, así no se burlará tanto la próxima vez que arrastre por el suelo mi corazón roto. Probablemente sea esta noche. En cuanto consiga hablar con Beth.

—Sabes que haberte colado tan rápido por él es una locura, ¿verdad?

—Sé que tú siempre apuestas por las locuras, Chris, así que no es el momento de intercambiarnos los papeles.

—Ahora te entiendo tan bien —exagero.

—Me alegro de que por fin pruebes un poco de tu propia medicina.

—Tengo al enemigo en casa.

Me sonrío, con cierto aire irónico.

—¿Y qué pasa contigo y...?

Se calla cuando levanta la vista y ve a alguien acercarse a nosotros. Se me acelera el corazón y me traicionan las rodillas, que se vuelven flojas de golpe como si se negaran a sostenerme más. Pero, cuando miro, no es Beth. Una mujer de más o menos la edad de mi madre avanza directa hacia nosotros con un hombre de pelo entrecano cogido del brazo. Me mira de arriba abajo y sonrío de forma breve cuando se planta frente a mí.

—Tú debes de ser Chris.

Imagino que la sorpresa y la confusión se reflejan en mi cara. ¿Debería saber quién es? Por suerte, parece notarlo, porque enseguida me saca de dudas:

—Soy Annie, la madre de Beth. Me alegro de conocerte por fin, he oído hablar muy bien de ti.

Oscar me da una palmada en el hombro a modo de despedida.

—Mira, ahí está Sam, te veo luego.

Sale huyendo, el muy traidor, seguramente para seguir lloriqueando con Samira por su amor perdido, y me deja solo frente a esta mujer con la que no sé muy bien cómo debería comportarme. ¿Qué es lo que le ha dicho Beth acerca de mí? ¿En qué punto supone ella que estamos?

—Encantado de conocerla —le digo, con la que intento que sea mi sonrisa más encantadora—. Yo también he oído hablar de usted.

—Ay, por favor, no me trates de usted, ni de señora, ni nada de eso, solo Annie. Beth me dijo que pasó unos días maravillosos en tu casa por Navidad. Muchas gracias por invitarla.

—No, claro, quería que nos acompañara —digo, totalmente sincero—. Creo que le gustó venir.

Ella sonrío con picardía.

—Oh, desde luego. No me cuenta muchas cosas, ¿eh? Las hijas a veces son así a vuestra edad, pero la conozco. Sonaba distinta cuando volvió después de esa visita.

Algo me aprieta el pecho y el corazón late con más fuerza para combatir la presión. ¿Distinta? Eso puede ser bueno o malo, ¿verdad? Podía sonar feliz al volver, o tal vez solo exageraba el tono entusiasmado para que su madre no sospechara lo que sentía de verdad. De nuevo el miedo, la angustia, esa necesidad de aferrarse a lo escrito y esconderse en un caparazón hasta que llegue.

No sé muy bien qué decir, pero tampoco hace falta que piense mucho, porque ella sigue hablando sin esperar una respuesta por mi parte.

—Rafael —llama al hombre que está a su lado—, es Chris. ¿Verdad que teníamos ganas de conocerlo?

Él intercambia conmigo una mirada de mutua comprensión y hace una mueca que me arranca una sonrisa. Recuerdo lo que Beth me dijo acerca de ellos, su madre y su nuevo novio planeando un viaje por Navidad, así que les pregunto cómo les fueron esos días para alejar el foco de encima de mi cabeza.

Dejo de escuchar lo que me está contando la madre de Beth cuando la veo aparecer a ella. Se

me corta la respiración, se me desboca el pulso y me zumban los oídos. Está... decir que está preciosa ni siquiera le hace justicia.

El vestido es largo, de un color azul cielo que hace perfecto juego con sus ojos, con unos tirantes gruesos que forman espirales y el escote llegando a insinuar la curva de sus pechos. Tiene el pelo recogido, pero unos cuantos mechones escapan para lamerle el cuello y un poco más abajo. Se ha puesto el colgante de plata que le regalaron mis padres. Los labios, pintados de un rosa suave, se le curvan cuando nuestros ojos se encuentran. Y yo no puedo... Creo que ni siquiera soy capaz de sonreír. Estoy completamente fuera de juego.

—Mamá —dice en cuanto llega a nuestra altura, y le pone una mano en el brazo—, Lauren te está buscando. Dice que tenemos que ir para las fotos.

Su madre se vuelve para mirarla, sorprendida por la interrupción.

—Ay, sí, claro. —Centra la atención en mí de nuevo para poder despedirse—. Ha sido un placer conocerte por fin, Chris, nos vemos más tarde.

—Claro, lo mismo digo —consigo decir para no quedar como un maleducado.

Rafael me da una palmadita en el brazo, con complicidad, y luego le pone una mano en la espalda a su pareja para alejarla de aquí y darnos un momento.

—Chris —empieza Beth, con una sonrisa tímida—, hola.

—Hola —respondo a media voz—. Beth, estás...

—Hablamos luego, ¿vale? —Se apresura a cortarme—. Tengo que... Vuelvo en cuanto pueda.

Se aleja dando pasos hacia atrás. Señala a su madre, un par de metros más lejos, y vocaliza un «Perdón», con una sonrisa divertida de medio lado. Le devuelvo una entera seguida de una mueca para quitarle importancia a la encerrona que me ha hecho Annie.

Sam y Oscar se unen a mí cuando me quedo solo. Vienen a contarme que Matteo está ganándose a la madre de Lydia con su encanto y sus dotes de seducción y que la relación falsa podría transformarse en una de verdad de un momento a otro a juzgar por el modo en que la hija de los anfitriones se lo come con la mirada. Al menos, Oscar parece haber salido de ese estado autocompasivo en el que lleva sumido todo el día. No sé si es por Sam o por el alcohol, pero espero que sea lo primero porque, si no, el efecto rebote hará que termine llorando por ahí cuando le suba de golpe la borrachera. Lo sé porque ya son muchos años de amistad.

—¿Has visto a Beth? —Es lo primero que me pregunta Sam cuando le digo que está muy guapa esta noche.

No parece que quiera devolverme el cumplido, pero no importa. Me mantengo digno en mi traje caro y respondo a su curiosidad con evasivas.

Vuelvo a quedarme solo cuando se acaba la comida y Sam arrastra a Oscar lejos para ir a cotillear sobre algo «superimportante». Tengo que perseguir a un camarero cuando pasa demasiado rápido a mi lado sin darme la oportunidad de conseguir una copa de vino y, cuando por fin tengo una en la mano, me encuentro junto a Rafael, que parece haberse quedado solo también. Annie no está muy lejos, hablando animadamente con una mujer que parece ser la

dueña de todo y todos en el lugar, y que, por su parecido, no tengo ninguna duda de que es Lauren Rivera, la madre de Lydia. Mi amiga está solo unos metros más lejos, con Matteo a su lado. Hablan con un hombre muy distinguido, y Matt tiene una mano en la cintura de ella y parece tan orgulloso de tenerla a su lado que tengo que replantearme todas esas veces que he pensado que nunca sentaría la cabeza por nadie. Beth no está. No hay ni rastro de ella, mire donde mire.

Me quedo un rato charlando con Rafael. Es agradable y tiene tema de conversación. Me cuenta que hace muchos años ya que trabaja como jardinero para los Rivera y que conoce a Annie desde entonces, pero que tardó demasiado en atreverse a pedirle una cita, y ella tardó aún más en aceptar salir con él. Me parece que hacen buena pareja. Y me alivia que él no parezca decidido a interrogarme acerca de mi relación con Beth.

De hecho, desaparece discretamente en cuanto ella se acerca despacio hasta nosotros. Le acaricia el brazo con cariño al pasar a su lado y Beth le dedica una sonrisa sincera. Esa que borra cuando vuelve a mirarme y se planta frente a mí.

—Chris, tenemos que hablar.

Oh, oh.

—Estás preciosa —digo antes de perder la oportunidad—. No, no es verdad. Es mucho más que eso y ni siquiera puedo encontrar la palabra adecuada.

Una sonrisa tímida por su parte hace que me aletee el corazón.

—Tú estás... todo —me devuelve el piropo elevado a la enésima potencia.

«Todo». Debería haberlo pensado yo, porque eso define a la perfección lo que he sentido al verla esta noche.

—Tú tenías razón, Chris —sigue, sin darme tiempo a recuperarme.

Exagero una sonrisilla cargada de arrogancia.

—Por supuesto. —Un segundo de silencio y luego frunzo el ceño, y busco sus ojos—. ¿La tenía? ¿Sobre qué?

Suelta una risita.

—Sobre todo, supongo.

—Define «todo» —pido, con la voz estrangulada y el organismo en una tensa espera.

No puede decir nada porque, como siempre en todos los malditos momentos más trascendentes, alguien tiene que aparecer e interrumpirnos. Esta vez es Sam, que se coloca junto a su amiga con los brazos en jarras y me mira a mí en exclusiva. Abro la boca para preguntar, pero no me da tiempo.

—Oscar acaba de encerrarse en el baño de tíos a llorar. ¿Puedes ir, por favor?

Beth encoge un hombro y me hace un gesto para que vaya.

Voy a matarlo. Y, si Adrien ya me caía mal, ahora espero no tener que volver a ver a ese idiota en toda mi vida. Pero Oscar es mi mejor amigo, y no puedo ignorar su momento de drama

como si nada. Él ha tenido que hacer esto muchas más veces por mí y nunca me ha fallado. No hay nada en el mundo que pudiera impedirme estar para él cuando me necesita.

Y, si hemos esperado tanto, supongo que esta conversación con Beth aún puede esperar un poco más. Aunque la impaciencia me esté matando.

Mariposas

Beth

Tal vez esta noche no sea la noche, al fin y al cabo. Hay demasiadas distracciones, demasiado público y, definitivamente, demasiado ruido para hacer lo que quiero hacer del modo en que quiero hacerlo. Esperaré. Tendré paciencia. Sam conseguirá controlar a Oscar de un momento a otro y liberar a Chris de ser el canguro de su amigo borracho. Lydia no tiene ojos para nadie más que Matteo y creo que toda esta farsa que ha montado para sus padres buscando esconder la otra relación que tiene y no admitiría nunca ante ellos empieza a tener más de verdad que de mentira. No nos ha dado todos los detalles, pero sus padres descubrieron algo durante el crucero, no sé si porque vieron algún mensaje sospechoso en su móvil, y ella se inventó el primer novio falso que le vino a la cabeza. No he querido hacerle notar que Matt le suele venir demasiado rápido a la cabeza a todas horas últimamente. En cualquier caso, no tengo que preocuparme por ellos porque no van a interrumpir. Y confío en que mi madre y Rafael se retirarán en cuanto pase la medianoche y me libraré de que sean testigos de mi patética declaración de amor.

Tengo que hacer esto. Con todo lo que ha pasado entre nosotros, las cosas ya deberían estar más que claras. Pero sé que Chris necesita oírlo. Y que yo necesito decirlo, también.

Lo busco con la mirada. Sigue con Oscar, cuidando de él. No sé muy bien qué ha pasado con Adrien, pero creo que acaba de convertirse en el mayor enemigo de nuestro grupo de amigos al completo.

Sam aparece a mi lado y lanza un suspiro.

—Está inconsolable —me avisa, y mira en la misma dirección en que lo hago yo—. No creo que puedas tener a Chris para ti sola esta noche mientras Oscar siga lloriqueando.

Sonrío con resignación.

—Entonces esperaré. Oscar es muy importante para él.

—Obviamente. Yo también lo dejaría todo por secar tus lágrimas, ¿sabes?

—¿No lo has hecho ya un montón de veces? —le recuerdo, y le lanzo una mirada llena de cariño. Me acerco hasta pegar nuestros costados—. Si la que lloriquease esta noche fueras tú, yo también haría esperar a Chris.

—Lo sé. ¿Estás segura de esto? ¿De lo que vas a hacer? ¿De la decisión que por fin has

tomado?

Hago amago de poner los ojos en blanco.

—Tal y como lo dices no me hace falta preguntarte tu opinión. Y eso que creía que tú estabas por completo en el equipo del destino.

Sam hace una mueca.

—Yo estoy en el equipo de lo que te haga realmente feliz —puntualiza—. Me gusta mucho verte así.

Enarco una ceja, pero no especifica y me obliga a preguntar:

—¿Cómo?

—Despierta, Beth. Viva. Y permitiéndote sentir.

—Creo que puedes echarle la culpa a ese tío de allí —medio bromeo, y señalo con la barbilla hacia donde Chris y Oscar siguen discutiendo entre ellos.

Sacude la cabeza y suelta una risita.

—No, qué va. Te echo la culpa a ti. Chris ha estado contigo, pero eres tú la que le ha permitido entrar, fueras consciente o no. Me gusta mucho cómo eres cuando él está, ¿sabes?

Sonríó un poco más.

—Sí. A mí también.

Me coge de la mano y tira de mí para llevarme hacia la pista de baile. La sigo sin oponer resistencia.

—Vamos a bailar cerca de Lydia y de Matteo, a ver si los oímos cuando se digan de la forma más guarra posible las ganas que se tienen —bromea.

Pero no estoy del todo segura de que no vaya a ser precisamente eso lo que consigamos, cuando veo cómo están bailando juntos, ajenos a cualquiera que se mueva a su alrededor.

Para nuestra sorpresa, no ha pasado mucho rato cuando Lydia aparece a nuestro lado y nos pasa los brazos por los hombros para achucharnos a las dos. Bailamos juntas una canción tras otra hasta que solo faltan cinco minutos para la medianoche. Cruzo la mirada con Lauren cuando las tres avanzamos como una piña para unirnos a quienes ya esperan delante de la pantalla que seguirá la cuenta atrás, y la madre de Lydia me sonríe con especial cariño. Sé que esta era su intención cuando me pidió que fuera a vivir con su hija: volver a vernos así, reunidas. Y probablemente ella no tiene ni idea de cuánto se lo agradezco y de lo mucho que me ha cambiado la vida que lo hiciera. Miro a mis dos amigas, riendo juntas, y siento que una parte de mí está completa por fin.

Matteo y Chris arrastran a Oscar hasta nosotras cuando la cuenta atrás hacia el nuevo año está a punto de empezar. El pobre chico despechado no está teniendo la mejor noche de su vida, sin duda, y está ya tan borracho que le cuesta mantenerse en pie. Hay mucha más gente elegante en la fiesta en el mismo estado, así que supongo que no llama demasiado la atención. Sam se acerca para hacerse cargo de él y le dice algo a Chris al oído. Sea lo que sea, él la deja con Oscar y se

acerca hasta colocarse junto a mí. Matteo y Lydia ya están lejos de todo el mundo, aunque sigamos estando al lado.

—¿Preparada? —me pregunta Chris.

—¿Tienes una lista de propósitos para el nuevo año?

—Ya lo creo. ¿Y tú?

—Solo un par.

—Espero que los compartas conmigo algún día.

Sonrío, sin apartar la vista de la pantalla ante nosotros.

—O podría compartirlos contigo todos los días.

Dice algo más, pero los gritos de la gente entonando la cuenta atrás no me permiten oírlo. Todos —incluso nuestro amigo el borracho— nos unimos a las voces que corean el tiempo de descuento para cambiar de año. Y, en cuanto llega, y gritamos «¡Feliz Año Nuevo!», empiezan a sumarse los besos a nuestro alrededor. Sam besa a Oscar, para no ser los desaparecidos de la fiesta. Matteo le da un beso tan espectacular a Lydia que podría ser digno de una película romántica... o el comienzo de una no apta para todos los públicos. Veo a muchas más parejas alrededor, entre ellas los Rivera, y mi madre y Rafael.

Me enfrento a Chris y me encuentro su mirada fija en mis ojos. Ese chisporroteo de vida que siempre prende en ellos ilumina la sala mucho más que las luces de colores que han empezado a parpadear desde el techo. Doy un paso más hacia él, mucho más cerca. Baja la cabeza y puedo notar su aliento sobre mis labios cuando habla:

—¿Cómo quieres empezar el año, Beth?

Sonrío y puedo notar cómo se le eriza la piel ante el movimiento de mis labios.

—¿Qué tal besándote?

No se molesta en responder. Pone las manos en mi cintura y tira de mí como si aún pudiéramos pegarnos más antes de besarme la sonrisa. Enredo los dedos en su pelo y me estiro para llegar más allá, para entreabrir su boca y colar en ella un millón de promesas con los labios. No me importa quién esté mirando. Solo quiero que el resto del mundo desaparezca y poder quedarme a vivir en este instante para siempre.

Tenemos que separarnos cuando oímos el estruendo a nuestra espalda. Oscar mantiene el equilibrio a duras penas después de haber derribado a un camarero con una bandeja, que, por suerte, ya apenas tenía encima copas de champán. Sam está sosteniéndolo y pidiendo disculpas en su nombre.

Chris lanza un suspiro paciente a mi lado.

—Será mejor que vaya a llevarlo arriba para que se eche a dormir la mona de una vez —murmura entre dientes.

Le pongo una mano en la espalda y lo acaricio con suavidad.

—Sí, ve.

Lo veo alejarse. Le dice algo a Samira y coge el brazo de Oscar para pasárselo sobre los

hombros y poder cargar con él, que camina trastabillando. Matteo se acerca a ellos, pero Chris lo tranquiliza y termina caminado solo con su amigo. Me muerdo el labio mientras lo veo marchar. Puede esperar, ¿no? Incluso después de este beso, podemos esperar un poco más. Puedo buscar el mejor momento, en el mejor escenario, con la banda sonora ideal.

Pero no quiero esperar ni un minuto.

Sam se acerca hasta mí, y yo no le digo nada antes de salir corriendo de la fiesta y cruzar la recepción hacia los ascensores, con el corazón retumbando con fuerza contra las costillas y las palabras cosquilleando en la punta de la lengua.

—¡Chris! —lo llamo justo cuando las puertas del ascensor se abren ante ellos.

Se vuelve a mirarme. Doy un paso más hasta quedar a tan solo un par de metros de distancia. Extiendo los brazos a los lados y clavo los ojos en los suyos, dejando que toda esa vulnerabilidad, el miedo y las ganas se enreden y se acumulen hasta dar forma a las palabras.

—Estoy enamorada de ti.

Tarda un segundo entero en reaccionar. Y solo lo hace porque las puertas del ascensor empiezan a cerrarse. Pone el pie entre ellas para que se abran de nuevo, sin dejar de mirarme.

—Vuelvo en veinte minutos —promete, con un rango de tiempo muy específico que no sé en base a qué ha calculado—. Ni se te ocurra irte a ninguna parte.

Me muerdo el labio para contener la sonrisa, ante todo lo que dicen sus ojos. Me quedo aquí de pie mientras él retrocede, arrastrando a Oscar, que va murmurando algo sobre amor y romanticismo. No aparta los ojos de los míos hasta que las puertas se cierran y los dos desaparecen rumbo a la última planta.

Me esfuerzo en calmar el ritmo de mis constantes vitales y vuelvo a la fiesta antes de que alguien me eche demasiado de menos.

Me equivocaba en algo, y es que mi madre no parece tener ninguna intención de retirarse a dormir una vez pasada la medianoche. Me abraza y me besa cuando vuelvo a su lado. Pregunta por Chris, pero no doy detalles. Ha podido ver nuestro beso de Año Nuevo, así que, si tenía dudas sobre si somos más que amigos, ya ha podido confirmar lo que hay entre nosotros. Lydia y Matteo siguen jugando a la pareja feliz delante de los padres de ella y de mi madre y Rafael. Me quedo con ellos, ignorando las preguntas de Sam, que enseguida se cansa de mi silencio y empieza a picar a Lydia y su novio falso para ponerlos nerviosos delante de la gente a la que tienen que mentir.

Me voy quedando poco a poco al fondo, con ellos formando un corro a mi alrededor. Si les extraña que no diga nada y me dedique a vigilar ansiosamente la entrada, no lo mencionan.

Creo que han pasado ya más de veinte minutos y empiezo a impacientarme. ¿Y si Oscar no se ha ido a dormir? ¿Y si estaba peor de lo que parecía y Chris tiene que quedarse a cuidarlo la noche entera mientras vomita todo ese alcohol? Y, aún peor, ¿y si después de mi confesión es él quien no está seguro de poder dar un paso adelante con esto?

Estoy imaginando escenarios cada vez más desastrosos cuando por fin lo veo aparecer en las

puertas dobles del salón. Recorre todo el espacio con la mirada y yo siento que el tiempo se detiene y se estira mientras solo se oye el golpeteo arrítmico de mis latidos. Ha dejado la americana del traje y se ha quitado la corbata, ahora va con las mangas de la camisa blanca recogidas a la altura de los codos y el primer botón desabrochado. El suelo gira bajo mis pies cuando sus ojos por fin me encuentran. No existe nada excepto su avance decidido, rápido y seguro, directo hacia mí.

Los padres de Lydia, mi madre, Rafael, Matteo y Lydia, Sam... todos quedan entre nosotros cuando él por fin llega al lugar en el que estamos. Pero eso no lo detiene. Se cuela entre Lauren y mi madre, sin dudar.

—Perdón, necesito pasar —se excusa con ellas en su mejor tono educado y de niño bueno—. Lo siento, tengo algo muy importante que hacer.

Es mucho menos amable con Matteo cuando lo empuja a un lado con el hombro. Se abre paso llamando la atención de todos los que nos rodean hasta plantarse frente a mí.

No sé ni cómo soy capaz de seguir respirando cuando lo tengo delante. Coge mi cara con delicadeza entre las manos, y sus pulgares me acarician las mejillas despacio. Clava sus ojos en los míos. Y luego habla sin molestarse en ser discreto, aunque todos puedan oírlo:

—Estoy absurdamente enamorado de ti, Beth.

Sonríó y, al mismo tiempo, siento las lágrimas agolparse tras mis párpados.

Me besa sin preocuparse en ser delicado o dulce esta vez. Me besa con ansia de terneros y ganas acumuladas. Y yo le devuelvo el beso con la profundidad y la fuerza de todo lo que me bulle por dentro, girando en espirales y revoloteando en cada uno de mis rincones.

Todo lo demás pasa a un segundo plano, lejano y carente de toda importancia, mientras nos besamos sin cuidado y con los ojos cerrados, intentando transmitirnos todas esas cosas que llevamos meses callando. Creo que Matteo silba, y Sam y Lydia deben de estar diciendo tonterías también. Los ignoro porque ni siquiera soy capaz de notar que existe algo más aparte de él y este beso.

Tiro del cuello de su camisa y lo arrastro conmigo sin separarnos hasta que ponemos algo de distancia y ganamos intimidad.

Tomo aire inspirando profundo y me pierdo en sus ojos cuando nos separamos apenas unos centímetros. Su sonrisa me hace cosquillas en los labios. Y me muero por besársela otra vez. Toda la noche. Todos los días.

—Perdona por las mariposas —murmuro, y me muerdo la sonrisa—. Es que no las puedo contener.

Una mano me acaricia despacio la espalda mientras la otra juguetea con los mechones de pelo que escapan del recogido y me rozan el cuello.

—¿Las sientes, Beth?

Y, como si respondieran a eso, las siento mucho más. En el estómago, en el pecho, escapándose e inundándolo todo.

Le rozo la boca al dar la respuesta:

—Por todas partes.

Y vuelan de mis labios a los suyos cuando se inclina y me vuelve a besar.

Un poco más

Chris

No sé lo que habrá pensado su madre cuando nos hemos escabullido de la fiesta como un par de fugitivos. Sinceramente, su madre es lo último en lo que quiero pensar ahora. Sobre todo, cuando va soltando con una lentitud dolorosa cada uno de los botones de mi camisa al tiempo que me arrastra tirando de los bordes hacia la cama.

Paramos a los pies del colchón. Me deshago de la prenda lo más rápido que puedo y la tiro al suelo cuando suelta el último. No le doy tiempo a irse muy lejos, la atrapo entre los brazos y la estrecho contra mi cuerpo mientras resbalo la lengua por su garganta.

Me pone las manos sobre el pecho y me empuja para ganar un poco de espacio. Retrocedo un paso y ella se da la vuelta para poner a mi alcance la cremallera del vestido.

—¿Me ayudas? —pregunta con el tono inocente menos inocente que he oído en toda mi vida.

La bajo despacio, deleitándome con cada milímetro de piel que va quedando a la vista. La última vez que estuvo desnuda entre mis brazos, en casa de mis padres, la luz estaba apagada, pero hoy no pienso perderme ni un solo vistazo del espectáculo. Me voy agachando poco a poco, siguiendo el rastro de la cremallera para ir depositando besos húmedos sobre su columna, cada vez más abajo, hasta que está abierta del todo y el vestido lo bastante suelto para resbalar por sus caderas. Se gira para enfrentarme antes de bajar los tirantes por los hombros y dejar caer la tela que se transforma en un montoncito azul a sus pies. Tengo una rodilla clavada en el suelo y aprovecho la posición para mirar su figura en ropa interior desde abajo. No despega la mirada de mí mientras se suelta el pelo y sacude la cabeza para que caiga salvaje sobre los hombros. Va a matarme, o algo dentro de mis pantalones va a reventar de un momento a otro. Le ayudo a quitarse los zapatos, luego las medias. Le regalo una sonrisa engreída, cargada de malas intenciones, cuando me imagino cuánto le debe de estar gustando verme así, arrodillado ante ella. Le acaricio las piernas, desde los tobillos hasta las rodillas, y luego me inclino hacia delante para besarle cada milímetro de esa cicatriz que aún le duele en el alma. No dice nada. Pone las manos en mi pelo y me acaricia con mimo, hasta que dejo un beso en cada una de las tres mariposas que conforman su tatuaje.

Espera hasta que me incorpore de nuevo. Nos miramos a los ojos y me besa en los labios.

Sonríó cuando se aparta como si le costara tener que hacerlo.

—Mira lo que has hecho —la regaña con ternura—. Tus mariposas han echado a volar y has provocado un maldito tsunami.

Noto su sonrisa pegada a la piel de mi cuello.

—Te dije que era mejor dejarlas quietas —susurra, burlona.

Suspiro cuando me da un mordisco suave en la unión del cuello y el hombro. Luego resbala la lengua despacio por mi pecho y yo enredo los dedos entre los mechones de su pelo. Es mi turno de excitarme hasta el límite de lo insostenible cuando ella se arrodilla ante mí y me desabrocha los pantalones. Me deshago de los zapatos a toda velocidad para dejar que me los quite. No se molesta en tomárselo con calma y arrastra la ropa interior también para desnudarme por completo. Mejor así.

¿Tendrá idea de lo absurdamente sexi que es, con ese conjunto de ropa interior, el pelo revuelto, la sonrisa lasciva en los labios y los ojos cargados de lujuria? No sé si podré acabar este encuentro sin sucumbir a la locura. Pero la cordura está muy sobrevalorada y yo solo quiero poder mirarla toda la noche, refugiarme en su boca y perderme en su cuerpo. Empieza a concederme esos deseos enseguida: me acoge en su boca y me mira, traviesa, para asegurarse de que no me pierdo ni un solo detalle del espectáculo.

Vocalizo mi placer en un gruñido ronco y ni siquiera me planteo quién ocupará las habitaciones a los lados de la suya. Prefiero no saberlo porque no pienso contenerme. Y me voy a asegurar de hacer gemir a esta chica muy alto.

Tengo que pedirle que pare cuando estoy a punto de perderme. Me mira mientras se relame y eso me pone más difícil no acabar antes de tiempo. Deberían darme un maldito premio al autocontrol. Se pone de pie, despacio, con los ojos clavados en los míos, y me sonríe con intención cuando se detiene cerca de mi boca.

—Eres... Dios, te juro que no había deseado nada tanto en toda mi vida —murmuro con voz ronca antes de besarla.

Suelta una risita en mi boca cuando le suelto el sujetador y se aparta solo lo suficiente para poder deshacerse de él. Me abalanzo sobre ella, la sujeto por la cintura y la levanto en el aire. Suelta un gritito y una carcajada cuando le muerdo un pecho y luego la lanzo sobre la cama.

Se acomoda, con los codos sobre el colchón, para poder mirarme con anhelo mientras me voy colocando muy poco a poco encima. Nos besamos en la boca, de la forma más caliente posible, y luego me voy deslizando por su cuerpo para lamer con devoción cada rincón. Me detengo en sus pezones, que me esperan erectos e impacientes, y juego con ellos con dedos, labios, lengua y dientes, hasta que ella abandona la contención y deja de controlar el volumen de sus gemidos. Luego sigo resbalando hasta su ombligo, su vientre, más abajo. Hasta meterme entre sus piernas y darme un banquete con ella.

Pone las manos en mi pelo, se estremece pegada a mi boca y grita mi nombre en un gemido dolorosamente erótico cuando la sacude el orgasmo. El primero de la noche. Porque no pienso

contentarme con esto, voy a darle mucho más.

Se abraza a mi cuerpo y me toca despacio, recuperándose poco a poco, mientras lleno de besos su cara y paseo los dedos por su espalda en caricias perezosas.

Siseo cuando toma mi erección con la mano y aprieta con la presión perfecta al recorrer toda mi longitud.

—No digas palabrotas, Christian —me reprende con la boca contra mi oreja antes de mordirme el lóbulo.

—Vas a matarme —protesto, y ella se ríe quedamente en mi oído.

Se aparta de mí y recorre mi cuerpo con la mirada, se muerde el labio y ronronea:

—Hermoso. —Se levanta despacio—. Dame un segundo, tengo un preservativo en alguna parte.

—Menos mal.

Se ríe de una manera alegre, bonita y musical, mientras se pasea desnuda por la habitación hasta el rincón donde ha dejado sus cosas. No pierdo detalle de la forma en que se mueve, de cada punto de su cuerpo, hasta que vuelve a tenderse a mi lado y me pone el preservativo con destreza.

Se acomoda bajo el peso de mi cuerpo y me mira atenta, con esos ojos enormes y preciosos. Solo los cierra cuando la beso al tiempo que me hundo en ella. Empezamos despacio, amoldándonos y encajando de un modo perfecto y natural.

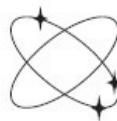
Luego perdemos el control.

Todo es demasiado. Su calidez, la humedad, la presión a mi alrededor y todas las caricias que despiertan y ponen la piel de gallina. Es como si tocarnos se nos quedara corto. Así que nos buscamos con los labios, con los dientes y cada rincón de nuestros cuerpos. Me hundo en ella más profundo. Levanta las caderas para pedirme más. Y cuando llego hasta el fondo de nuevo, me clava las uñas en la espalda y se libera en una explosión de malditos fuegos artificiales, con mi nombre en los labios.

Coge mi cara entre las manos, y me guía hasta que mis ojos se enredan con los suyos. Esta vez no deja que sean las miradas las únicas que hablan.

—Te quiero —dice, en un susurro íntimo.

Y con ese «te quiero» me pierdo en su cuerpo y me abandono a ella con todo lo que soy. Le entrego cada sueño, cada tropiezo, todos los deseos del ayer, del hoy y del mañana, y todas y cada una de mis grietas por cubrir.



Cierro los ojos y disfruto de las caricias en el pelo mientras estoy recostado sobre su pecho y la

lana de su jersey se amolda a mi mejilla. Tenemos las piernas entrelazadas, y mis brazos se anclan a su cintura con la firme convicción de no dejar que se vaya jamás.

Esta mañana hemos presentado nuestro proyecto conjunto y, por los comentarios de los profesores, yo diría que acabarán por ponernos buena nota. Así que hemos quedado en cenar juntos por ahí esta noche para celebrarlo, pero hace un rato que Beth ha venido a mi casa y, en vez de salir, hemos acabado acurrucados sobre la cama mientras oímos de fondo la serie que Oscar está viendo en el salón.

—Deberíamos salir si queremos llegar a cenar algo.

Lanzo un gruñido disconforme.

—O podemos pedir algo a domicilio, que Oscar lo recoja y nos lo traiga, y así no tenemos que movernos de la cama —propongo.

Se ríe y la risa le hace eco dentro del pecho. Me incorporo solo para poder mirarla. Hoy va con gafas porque dice que tenía los ojos cansados de llevar todo el día las lentillas. Me encanta cómo le quedan. Está muy sexi, aunque ella ponga mala cara cada vez que se lo digo. Le doy un beso breve en los labios y luego descanso a escasos milímetros de su boca mientras su sonrisa me eriza la piel.

—Ya hemos acabado con el proyecto, ahora vas a tener que inventarte una nueva excusa para seguir viéndonos —bromea, con las yemas de los dedos recorriendo despacio la forma de mi oreja—. ¿El cumpleaños de Oscar se celebrará unos meses antes, por casualidad?

Hago una mueca. No va a dejar de molestarme con lo del falso cumpleaños de Matteo jamás, aunque le hayamos explicado que no fue, en absoluto, culpa mía.

—¿Quererte vale como excusa?

Finge tener que pensárselo.

—Puedes probar, aunque no prometo nada.

—Te quiero —digo sobre sus labios.

Sonríe en medio del beso y mi propia sonrisa se suma para hacer el roce más torpe.

—Yo también te quiero, Chris —susurra en cuanto me aparto un par de centímetros.

Me dejo caer sobre la espalda, cerca del borde de la cama, con un brazo colgando hacia el suelo, mientras dejo que ella se acurruque contra mi costado y apoye la cabeza en mi pecho para contarme los latidos. Y entonces algo me muerde la mano.

—¡Ay! —protesto.

Beth se incorpora para dejar que me mueva con mayor libertad y sonríe cuando cojo a la pequeña gata gris con una sola mano y la levanto para ponerla sobre mi pecho. Hace una semana que la trajimos a casa y ya es la jefa y Oscar y yo nos hemos convertido en sus nuevos esclavos humanos.

—No puedes morder, eso no está bien —regaña al animal.

Pero Beth ya está haciéndole mimos y malcriándola, así que creo que mi regañina no va a surtir efecto.

—Eres la gatita más bonita del mundo, *Ouija*.

Frunzo el ceño cuando la oigo llamarla así.

—Ahora se llama *Katrina* —le recuerdo.

—No tiene cara de *Katrina*. Y vuestro nivel de obsesión con Tim Burton empieza a darme mal rollo.

—¿Qué dices? Es perfecto. *Kat-rina*.

—Sigue sin tener gracia por muchas veces que repitas el chiste. *Ouija* le pega mucho más, ¿verdad, pequeña?

Se sienta en la cama para ponerse a jugar con ella. Ya entiendo por qué ha insistido tanto en pasar por mi casa antes de irnos a cenar. No porque quisiera acurrucarse conmigo, sino solo porque quería ver a *Ouija*..., digo, a *Katrina*.

Tengo que incorporarme y mirar la puerta cuando oigo unos toques sobre el marco. Beth ya está sonriendo a Oscar, que se asoma desde el umbral.

—Me voy —anuncia—. Os dejo solos para que... En fin, lo que queráis hacer. No me esperéis despiertos.

—Oscar. —Le pido que espere para poder hablar un momento.

Se despidе con la mano antes de que me dé tiempo a levantarme.

—Hablamos mañana. Hasta luego, Beth.

Y en solo unos segundos ya se ha ido de casa. Beth me mira con tiento, creo que pensando en si debe decirme algo o no, cuando yo me pongo a refunfuñar. Pero es que no me puedo creer que siga con ese tío imbécil como si nada después de lo que pasó en Fin de Año. A pesar de todo el drama, cayó como un tonto en cuanto Adrien llamó para pedirle perdón al día siguiente.

—No puedes hacer nada —me recuerda ella, sin dejar de acariciar la barriga de la gata que está tumbada sobre su espalda encantada con las atenciones.

—Ya lo sé. Me revienta.

Suelta una risita y se inclina a un lado para besarme en la mejilla.

—Se dará cuenta él solo, en algún momento, y tú únicamente tienes que estar preparado para recoger los pedazos.

—Eso no suena muy esperanzador.

—Se va haciendo más fácil a medida que se suman amores de su vida —bromea—. Yo con Sam soy toda una experta.

No sé muy bien qué pasa con Samira ahora, solo que pasa un montón de tiempo visitando a los gatos anteriormente conocidos como *Cosmos* y *Fortuna*, del mismo modo que Beth lleva toda la semana visitando a diario a la gata anteriormente conocida como *Ouija*.

—Qué drama crees que tendremos que gestionar antes: ¿Oscar, Sam, o Lydia y Matt?

—Lydia y Matt —elige sin pensarlo demasiado.

Se me escapa una sonrisa de medio lado. Es raro que Matt no haya aparecido por aquí todavía, aunque apuesto a que ocupará ese sofá que ya lleva su nombre mañana. La noche de la fiesta,

después de fingir una relación falsa, y tras toda la tensión acumulada a lo largo de meses, esos dos terminaron juntos en la cama de Matteo. Y, aunque es sorprendente porque en cualquier otra circunstancia habría alardeado de su conquista, no me lo contó él sino Lydia. Una Lydia hecha un lío que juraba querer arrepentirse, pero no poder hacerlo porque fue el mejor sexo de su vida. Le pedí que no me diera detalles. Supongo que a las chicas sí se los contó. Cuando le pregunté a Matt solo dijo que es la mujer de sus sueños y que piensa esperar todo lo que haga falta hasta que ella se dé cuenta de que está loca por él. Espero que no le salgan canas en la espera. Sea como sea, el fin de semana pasado salimos todos juntos por ahí y la tensión entre ellos parecía a punto de estallar a cada segundo. No sé qué pasaría cuando nos alejamos y los dejamos solos para que no nos salpicase. Solo sé que ayer Lydia me dijo que lo ha dejado con ese hombre misterioso con el que tenía una relación y que podría o no ser nuestro profesor de Economía, pero yo nunca querré saberlo. Y, si Beth lo sabe, espero que tampoco se le ocurra contármelo.

—¿Pedimos algo para cenar aquí?

Su propuesta me saca de mis pensamientos. Me parece la mejor opción ya que no parecemos tener ganas de movernos de casa, especialmente ahora que Oscar nos ha dejado solos.

Cenamos en el sofá, con la gata intentando meter la cabeza en los cartones de nuestra comida todo el tiempo. No sé cómo lo hacían las chicas cuando tenían a *Runa* y a los cuatro gatitos en casa, a mí solo una ya me vuelve loco a veces.

—No puedo creerme que ya hayamos terminado del todo con el proyecto —dice Beth cuando se sienta de nuevo a mi lado tras haber ido a tirar los envoltorios vacíos a la basura con la gata saltando tras sus pies.

—Y creo que nos ha ido muy bien, ¿no? —Sonríe—. Formamos un buen equipo.

Le guiño un ojo y le ofrezco la mano, que ella choca enseguida.

—Sí que formamos un buen equipo —admite, mientras va subiendo despacio sobre mi cuerpo para sentarse en mi regazo.

Le acaricio la espalda y luego los costados hasta apoyar las manos en la curva de sus caderas.

—Oye, ahora que te has enamorado locamente de mí y todo eso, ¿qué hacemos con el destino? —bromeo, y ella se muerde el labio para sofocar una sonrisa.

—Supongo que lo tendremos que ir escribiendo día a día, ¿no?

No puedo evitar lanzarme a morderle la boca cuando me provoca con ese tono travieso. Eso es todo lo que quiero: escribir cada línea a su lado. Día a día. Todo el resto de días de mi vida.

Me levanto del sofá cargando con ella y la llevo de vuelta a mi habitación sin dejar de besarla. Va riéndose en mi boca y eso me vuelve loco.

Miro hacia atrás cuando entro en el cuarto y veo que la gatita nos sigue por el pasillo.

—Lo siento, *Katrina*, tienes que quedarte fuera —me disculpo, y cierro la puerta con el pie antes de que llegue.

Beth, con las piernas enredadas en torno a mi cintura, hace una mueca cuando vuelvo a mirarla a los ojos.

—Sus amigos la llaman *Ouija* —susurra, en tono confidencial.

La beso para callarla y responde con ganas. Así que avanzo hasta la cama y caemos sobre el colchón sin dejar de lamernos los labios.

Noto que duda por un momento cuando me quito la camiseta. Acaba de dejar las gafas en la mesa y acomodarse sobre el colchón. La estudio despacio, con el ceño levemente fruncido.

—¿Qué pasa?

Al otro lado de la puerta, *Ouija*, o sea, *Katrina* maúlla como si la hubiéramos abandonado.

Beth se muerde el labio y pone cara de culpabilidad.

—Debería estar ensayando —verbaliza por fin.

Tiene la prueba del programa de Teatro la semana que viene. No queda nada. La semana que viene es casi ya y sé que eso la tiene especialmente nerviosa.

—También es importante descansar. ¿Cuántas horas has ensayado hoy?

—Todas las que no he estado contigo.

—Soy una mala influencia.

—Malísima.

—Vale, te ayudaré a ensayar. —Levanto el borde inferior de su camiseta y la beso encima del ombligo. Luego empiezo a cantar contra su piel—: *I got chills, they're multiplying*.

Se ríe y yo le rozo los costados para hacerle cosquillas con las yemas de los dedos y luego pongo las dos manos bajo su culo.

—*And I'm losing control* —sigo, mientras la miro situado entre sus piernas—. *'Cause the power you're supplying...* —Deslizo las manos por sus muslos y resbalo por sus piernas—. *It's electrifying!*

Me tiro al suelo, con el toque justo de drama cuando canto la última frase, con tanta afectación como he visto a John Travolta hacerlo en la película.

Beth se ríe, pero enseguida se asoma para mirarme y ese gesto de superioridad moral que luce me pone cachondo en décimas de segundo.

—*You better shape up* —canta, de rodillas sobre la cama, y hace un gesto para que me acerque—. *'Cause I need a man*. —Me pone las manos en el cuello cuando me arrodillo frente a ella en el colchón, y luego salta a la segunda estrofa para dejarme muy claras sus intenciones—: *Who can keep me satisfied*.

«Más vale que espabiles, porque necesito un hombre que me pueda satisfacer». Y, cuando la beso y me devuelve el beso con ganas renovadas, eso es exactamente lo que pienso hacer: no voy a parar hasta satisfacerla.

—Vas a dejarlos flipados —vaticino entre beso y beso cuando la ropa empieza a volar a todos los rincones del cuarto.

—No tanto como a ti —se burla.

—Nunca tanto como a mí —confirmo antes de lamerle un pezón.

Gime y me tira del pelo.

—Cantas fatal, ¿lo sabías? —sigue metiéndose conmigo en tono de broma.

—Menos mal que soy bueno en otras cosas.

Le arranco otro gemido y sonrío satisfecho.

—Será mejor que me demuestres una vez más lo bueno que eres —me provoca.

Y eso es lo que hago durante todo el tiempo que necesitamos para atenuar un poco esta infinita sed del otro.

Se nos hace tarde hablando en susurros en la penumbra de la habitación, mientras seguimos con tanta piel en contacto como nos es posible y dibujamos figuras abstractas sobre el cuerpo del otro con las yemas de los dedos. Hemos tenido que dejar entrar a la pobre gata, que ahora duerme a nuestros pies hecha un ovillo.

—Mañana tengo que madrugar, y no he traído nada de lo que necesito para la clase de primera hora. Tal vez debería irme.

No parece en absoluto que le apetezca, aunque lo diga. De todas formas, me incorporo sobre un codo y la miro.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Me encanta cómo acaricia despacio el pelo corto de mi nuca. Mueve los labios a un lado y otro, pensativa.

—O podría quedarme un poco más.

Sonrío.

—Quédate un poco más, Beth.

—Mala influencia.

—Solo un poco más.

—Solo un poco más.

Y, tal y como ella lo dice, a los dos nos queda claro que «un poco más» significa toda la noche de todas las noches posibles.

Destino o casualidad

Beth

—¡No sé qué ponerme!

Lydia y Sam se asoman a la puerta abierta de mi cuarto, prudentes, cuando oyen mi grito. *Tarot* se cuela trotando entre las piernas de las dos y trata de trepar a la cama, donde *Runa* se está aseando tan tranquila, sin que le preocupe mi repentino ataque de histeria.

—¿No te dan el vestuario allí si te hace falta? —pregunta Lydia.

—¡No lo sé!

—Beth, respira —me aconseja Sam, y respira despacio para hacerme una demostración del modo correcto de hacerlo—. Solo es una prueba para la que estás preparadísima. Lo vas a hacer genial, y ni siquiera importa lo que lleves puesto.

—¿Te recuerdo lo que pasó la última vez que fui a esa prueba de teatro? —ironizo.

—Que te largaste corriendo y acabaste follando con Chris, yo creo que al final no ha ido tan mal —bromea ella—. Y, hoy, lo hagas bien, mal o regular, estoy segura de que Chris querrá seguir follando contigo, así que no pierdas de vista lo importante.

Suelto un suspiro exasperado.

—Lo importante es pasar esta prueba, entrar en el programa de Teatro y ya, si tuviera muchísima suerte, conseguir la beca para poder seguir cursándolo el año que viene.

Lydia avanza hasta plantarse a mi lado frente al armario y empieza a mover las perchas pasando prendas de ropa como si fuera mi estilista personal.

—Vas a conseguir todo eso —me asegura, con lo que demuestra, una vez más, que mis amigas creen en mí mucho más de lo que lo hago yo—. Y ya que vas a por el papel protagonista, ponte esta falda. Y, dame solo un momento, tengo una blusa que te va a ir perfecta.

Luego camina apresurada hacia su cuarto.

Sam se acerca a la cama y sube a *Tarot* a su regazo antes de acariciar a *Runa* también.

—Todo va a ir bien. Y esta noche nos iremos a cenar y lo celebraremos por todo lo alto. Ya he hecho la reserva en ese japonés nuevo para los seis.

La miro solo de reojo y con una ceja alzada mientras me pongo sobre los *leggings* la falda que ha propuesto Lydia.

—¿Adrien no viene?

Sam hace una mueca.

—No. Tenía planes.

—Chris se alegrará.

—Yo también me alegro.

Me pregunto en qué plan estarán hoy Lydia y Matt, pero me abstengo de comentar nada en voz alta con mi mejor amiga porque si Lydia me oye se pondrá a hiperventilar, como cada vez que sale el tema del italiano. Sam y yo tenemos claro que le gusta mucho más de lo que quiere admitir, y ella no para de repetir que fue solo sexo y que, aunque le encantaría repetir, no piensa complicar las cosas.

Ah, me recuerda a una historia que conozco bien.

Supongo que lo único que podemos hacer es dejarlos a su ritmo y no opinar demasiado.

Lydia aparece con la blusa prometida y me la lanza desde la puerta para luego seguir caminando rumbo al salón.

Acabo de abrochármela y me miro en el espejo para decidir sobre el resultado final. Con unas zapatillas de tela estaré lo más Sandy Olsson que probablemente nadie pueda estar. Solo necesitaría un detalle más.

—Sam, ¿me puedes prestar una diadema de esas tan horteras que tienes?

—¡Oye!

Va corriendo a su cuarto para conseguirme una, a pesar de su indignación. Y, en cuanto sale, una canción empieza a sonar a todo volumen desde el salón.

Suelto una carcajada. Oigo un eco de mi risa desde la habitación de Sam y, un segundo más tarde, Lydia llega al umbral de mi puerta cantando a dúo con Freddie Mercury *Don't Stop Me Now*, de Queen.

Cuando volvió de ese crucero de las vacaciones de Navidad trajo a casa su regalo para nosotras: un tocadiscos, que había planeado comprar conspirando con Chris. Esa misma tarde, la del día antes de Fin de Año, nos fuimos las tres a una tienda de vinilos y conseguimos música que nos gustara a todas.

—¿Qué haces? —pregunto, con una sonrisa divertida.

—Es tu canción de motivación.

Suelto una risita. Y luego cantamos las dos a la vez repitiendo el título de la canción. Sam entra cuando el ritmo se acelera y reímos sin dejar de cantar, ahora las tres juntas. Montamos todo un espectáculo, y Sam incluso salta sobre la cama y los gatos huyen.

Aún estamos dándolo todo cuando suena el timbre. Lydia va a abrir y en este plan es como nos encuentra Chris, que se asoma prudente a mi cuarto cuando nuestra amiga ya ha vuelto corriendo para unirse de nuevo y nos mira con las cejas alzadas y una sonrisita divertida.

—¿Estás lista? —se atreve a preguntar cuando terminamos la canción.

Le sonrío y me acerco para darle un beso breve en los labios.

—Está lista —anuncia Lydia—. Y motivada.

—Listísima —aporta Sam—. Ya puedes escoltarla hasta allí para que no se pierda.

Me pongo la diadema que ha traído para mí y luego vuelvo a mirar a mi chico, en mi mejor interpretación del personaje.

—¿Parezco dulce e inocente?

Suelta un suspiro que suena a perversión y a malas intenciones.

—Demasiado.

Lydia emite una risita. Sam le pega suave en el costado al pasar junto a él y le guiña un ojo.

—¿Ya ha llegado Matteo? —pregunta a continuación, como quien no quiere la cosa.

Puedo notar perfectamente cómo Lydia se tensa a mi espalda.

Chris asiente.

—Acababa de tomar posesión del sofá cuando me he ido.

—Genial —se muestra conforme Sam—. Entonces nos vemos luego para cenar. Ya puedes llevártela y recuerda, pase lo que pase, no le dejes tomar café por el camino.

—Nada de café —confirma él—. Como mucho una tila.

Me dedica una sonrisa ladeada y yo le saco la lengua. Luego me aseguro de que he cogido todo lo que necesito y me acerco hasta él y dejo que entrelace nuestros dedos antes de tirar suavemente de mí hacia la salida de la casa.

—¡Rómpete una pierna! —me grita Sam cuando estamos en el rellano.

—Eso, rómpete una pierna o lo que sea, por tres o cuatro sitios —aporta Lydia.

Me despido de ellas con una mueca antes de cerrar la puerta. Desde el rellano podemos oír cómo se quedan discutiendo en tono de broma a cuenta de cuántas fracturas son necesarias para lograr una buena interpretación en el teatro.

Me voy poniendo más y más nerviosa a medida que nos acercamos al lugar donde es la prueba. Chris deja que le apriete la mano sin quejarse y va hablando todo el tiempo para intentar distraerme, aunque no lo consigue del todo.

Paramos y me giro para mirarlo cuando estamos frente a la puerta del edificio. Recuerdo la última vez que estuve aquí, con Sam. No hay ni mucho menos tanta gente como entonces, aunque veo unas cuantas personas que entran y parecen tan nerviosas como yo.

—Bueno, otra vez aquí —suspiro.

—¿Estás bien?

Respiro hondo.

—Sí. Creo que puedo hacerlo.

—Claro que sí. Aunque... ¿quieres que vaya al estudio de DiMarco y te espere allí, por si acaso?

Le golpeo el brazo con la palma abierta, y él se ríe. Aprieto aún un poco más la otra mano en torno a la suya.

—¿Cuál es la ventana por la que te escapaste? —sigue, y trata de asomarse hacia un lado.

—Chris —lo regaño, con voz lastimera.

Me mira a los ojos y sonrío de medio lado. Se inclina despacio para besarme cuando hago un puchero.

—Va a ir todo genial. Y, ya que no quieres que me quede para no ponerte más nerviosa, me llamarás en cuanto salgas, me dirás que has estado brillante y no han podido dejarte escapar, y luego iremos a cenar con los demás y lo celebraremos.

Intento visualizar ese resultado. Quiero de verdad que se cumpla esa visión de futuro.

—¿Y si no sale bien?

Mantiene nuestras manos unidas, pero utiliza la que tiene libre para acunar mi mejilla.

—En el improbable caso de que no salga bien, pasaremos de todos los demás, nos iremos a casa y comeremos comida basura y un montón de helado acurrucados en la cama con la gata que tú llamas *Ouija* mientras vemos alguna de esas películas de los ochenta que nos encantan.

Sonrío un poco.

—Parece todo un plan.

—Claro que sí. Pero vas a entrar ahí y vas a hacerlo tan bien como tú sabes hacerlo, así que dejaremos ese plan para otro día, ¿vale?

Asiento.

Se acerca más y vuelve a besarme muy suave.

—No digas «suerte» —adviento en cuanto se aparta.

Hace una mueca.

—No quiero que te rompas una pierna.

Suelto una risita breve contra su boca.

—No digas nada.

—No necesitas suerte, Beth. Lo vas a hacer genial. Solo entra ahí y haz lo que mejor sabes hacer, ¿eh?

—Vale. Me voy ya.

Asiente, dándome ánimos con la mirada. Le doy un último beso rápido y me vuelvo para ir hacia la puerta. Siento frío en la mano cuando la separo de la suya, y solo he dado dos pasos cuando lo pienso mejor y retorno a su lado.

—Chris, quiero que sepas que no me arrepiento para nada de haberme largado corriendo de aquí aquel día, porque gracias a eso te conocí a ti.

Me sonrío de un modo tan cálido que logra encajar unas cuantas piezas que aún tengo desordenadas por dentro.

—Me alegro de que le dieras esa patada en el culo al destino.

—Me parece que desde entonces le he dado algunas más.

Hace una mueca de fingida decepción.

—Y, si lo nuestro no es el destino, ¿qué es?

Esta vez sonrío yo.

—Creo que es suerte —murmuro.

—Es mucha suerte, Beth.

—Mucha suerte.

Le doy un beso, más largo que el último, y luego me alejo caminando hacia atrás mientras me muerdo la sonrisa.

—Te llamo en cuanto acabe —prometo.

—Te estaré esperando.

Me doy la vuelta y corro hacia la entrada antes de que los nervios me bloqueen y me obliguen a volver atrás.

La lista con el orden de llamada está colgada en la pared junto a la puerta de la sala más grande. Es única, no como la última vez que vine. Compruebo que mi nombre está ahí y en qué posición me toca y luego me paseo de un lado a otro, sin mirar a nadie para no empezar a compararme con la competencia, mientras espero a que me llamen.

Me tiemblan las manos cuando una chica joven con la lista de candidatos en la mano me llama y me guía por un pasillo hasta el lateral del escenario. Me sonrío cuando me señala el camino para situarme delante de los profesores que tienen la tarea de decidir hoy.

El temblor pasa a recorrerme todo el cuerpo, pero mantengo la voz firme cuando me piden que me presente. Hay dos hombres y dos mujeres dispuestos a juzgarme, y me pone nerviosa que apunten cosas en sus libretas desde que pronuncio la primera palabra.

—Vale, Beth, empecemos por la improvisación, si te parece bien.

Mierda.

—Lorna, que interpreta a Rizzo en nuestra obra, será quien haga el ejercicio contigo, ¿está bien?

Me apresuro a asentir, y me siento un poco mejor cuando veo a Lorna acercarse sobre las tablas. No es que nos conozcamos mucho, pero Ruth nos presentó un día a través de su mejor amiga, que es amiga de esta chica, y solo por eso ya me da confianza. Me sonrío y me guiña un ojo cuando se planta frente a mí.

Nos dan los roles y una premisa, y empezamos la actuación. Me voy relajando a medida que avanzamos, que nos entendemos y que logramos dar algún giro interesante a la escena. Creo que incluso podría decir que, para cuando acabamos, yo ya estaba empezando a pasármelo bien.

Me siento mucho mejor cuando soy consciente de que acabo de superar lo más difícil. Solo queda la parte musical y estoy más que preparada. Quienes tienen que juzgarme hablan bajito entre ellos y uno de los hombres le indica a Lorna que no se vaya todavía. Nos piden que interpretemos un diálogo, ella en su papel y yo en el de la protagonista. No sé muy bien si eso es bueno o malo, porque esto no está en las bases de lo que piden para la prueba. Por suerte, me sé la obra de memoria, así que lo resolvemos bastante bien.

—Estupendo, y ahora, ¿qué canción vas a interpretarnos, Beth?

—Había pensado en *Summer Nights*, si es posible.

Vuelven a cuchichear entre ellos. Y empiezo a ponerme nerviosa otra vez.

—Nuestro Danny Zuko no se ha dignado a aparecer todavía para echar una mano con las pruebas —me explica una de las mujeres—. ¿Puedes cantar otra cosa o necesitas que le busquemos un sustituto?

Se me cierra un nudo en la boca del estómago, pero la voz de Dylan me habla desde el fondo de mi mente: «Sigue cantando, Beth», y sé que puedo hacerlo.

—No, claro, no hay problema. Puedo interpretar *Hopelessly Devoted To You*. —Selecciono la que no necesita del protagonista masculino.

—Vamos allá, entonces —me da pie uno de los hombres.

Me preparo y me dejo llevar en cuanto empieza a sonar la música. Ya no soy yo y no estoy aquí. Soy Sandy y me acaban de romper el corazón, pero estoy dispuesta a sentarme y esperar por él.

Se hace un silencio demasiado espeso en la sala cuando termino. Luego, tras unos segundos, me dan las gracias y me piden que espere a que el resto de los aspirantes haya tenido su turno.

Es ya bastante tarde cuando la chica que me ha acompañado antes a escena aparece por el pasillo y cuelga una lista corta de nombres escritos a mano en la pared. La lista de los nuevos admitidos en el programa. Ya me estaba quedando sin uñas de mordérmelas durante la espera. He estado mandándome varios mensajes con Chris para informarle de cómo ha ido y no volverme loca hasta que dijeran algo, pero ahora dejo caer el móvil al fondo del bolso y me apresuro a acercarme con el corazón a la carrera. La chica me sonríe. Cierro los ojos y siento que una parte de mí se desploma con alivio cuando veo mi nombre en primer lugar.

—¿Me acompañas, Beth?

A mi alrededor hay una cacofonía de gritos entusiasmados, maldiciones decepcionadas y conversaciones cruzadas, pero la oigo perfectamente. Me tiemblan las piernas cuando vuelvo a recorrer el camino hasta las tablas y me planto delante de los profesores.

—Beth Walls.

—¿Sí? —pregunto ansiosa, con el corazón en la boca.

—No sé si has oído los rumores —dice una de las mujeres—, pero nuestra protagonista femenina acaba de abandonarnos. De modo que, si estás dispuesta a trabajar duro y a no quejarte en absoluto, bueno, el papel de Sandy es tuyo. Empiezas el lunes, no llegues tarde al ensayo, que bastante tenemos con tu coprotagonista.

Oigo una risita masculina al fondo de la sala, pero no puedo localizar a nadie debido a la luz del foco sobre mí.

—Gracias por dignarte a aparecer, Ben —ironiza uno de los hombres sentados frente a mí en respuesta a la risa.

—Yo... —empiezo, abrumada, sin ser capaz de asumir que esto es real, que está pasando, que lo he conseguido—. ¿Va en serio? ¿Es de verdad?

La mujer que me ha dado la noticia se ríe.

—Claro que sí. El papel es tuyo, si lo quieres.

—¡Joder, claro que lo quiero! —exclamo, y se ríen con mi entusiasmo, mientras yo me pongo roja por haber soltado un taco en esta situación cuando nunca suelo hacerlo.

Uno de los hombres se pone de pie y hace un gesto hacia mí como si se quitara el sombrero.

—Nos vemos el lunes, Beth. Bienvenida al equipo.

La otra mujer, que ha permanecido callada casi todo el tiempo, se pone en pie también.

—Rebeca te va a tomar algunas medidas para el vestuario y te dará el libreto y todo lo que necesites.

La chica joven que me ha guiado hasta el escenario aparece a mi lado como si acabaran de invocarla.

—Enhorabuena, Beth —me dice, con una sonrisa encantadora—. Ven conmigo, será solo un momento.

La acompaño y, en cosa de diez minutos, ya hemos terminado con todo lo que necesitaban de mí. Volvemos hasta el escenario y me tiende el libreto y un manuscrito encuadrado con normas, horarios, lugares, anotaciones sobre la obra y un montón de información que no estoy segura de tener tiempo de revisar antes del lunes.

—Gracias —le digo.

Tengo que dejar el bolso en el suelo y agacharme para poder acomodar todo en el interior antes de marcharme.

Unos pasos resuenan sobre las tablas, acercándose a nosotras, mientras sigo luchando con el cuaderno de anillas para no tener que llevarlo en la mano. Huelo esa colonia, amaderada, antes de sentir su presencia frente a mí.

—Mira quién ha venido cuando ya no hace falta —dice Rebeca, irónica, aunque con un deje divertido.

—¿Tengo que pedir perdón?

—Al menos, preséntate como es debido a tu nueva coprotagonista —regaña ella—. Beth Walls, este es Ben Vines, nuestro Danny Zuko.

Levanto la vista, aún agachada en el suelo, cuando se me planta delante y su mano tendida aparece frente a mí. Subo la mirada por el torso hasta que mis ojos encuentran su cara.

Me quedo helada. Muda y sin respiración.

Pelo negro, corto, y de punta en la parte frontal. Facciones angulosas y mandíbula cuadrada. Los labios, algo fruncidos, pero llenos. La nariz recta y un poco respingona al final. La forma de sus ojos, que delata algún ascendiente asiático.

Creo que no voy a ser capaz de volver a levantarme de aquí jamás.

Él...

Ben me sonríe con los ojos, aunque sus labios no llegan a dibujar la sonrisa.

—Siento haber llegado tan tarde.

Esas son las primeras palabras, con marcado acento británico, del chico con el que se supone

que voy a pasar el resto de mi vida.

Capítulo extra

La chica nueva

Ben

La candidata a la que le toca el turno está interpretando *Hopelessly Devoted To You* cuando llego y me siento en la última fila de butacas, refugiado entre las sombras.

Estoy molesto con todo este tema de la prueba. No entiendo por qué hay que abrir las puertas y dar la oportunidad a quien no se molestó lo suficiente para pasarla en junio. El resto de nosotros, los que entramos juntos en el programa, llevamos cuatro meses de trabajo. Por eso no he venido antes a los pases de los candidatos. No quiero que entre nadie más. He intentado dejar clara mi postura. No presentarme a ayudar en la nueva prueba es mi acto de rebeldía. Me he dejado la piel en cada clase y en cada puto ensayo. No es justo que quien llegue ahora tenga las mismas oportunidades. A lo mejor es eso lo que me cabrea tanto: que la beca vaya a estar abierta hasta final de curso y no piensen tener en cuenta en qué convocatoria fuimos seleccionados. Quiero esa beca. No, no es solo que la quiera, es que es mía por derecho y aquí todo el mundo ya se ha enterado de eso. A lo mejor quien entre ahora, de rebote, va a tener que enterarse también. No pienso acogerlos con una sonrisa y darles la bienvenida.

La chica que está sobre el escenario es buena. Me cuesta tener que admitirlo, pero la verdad es que le da unas cuantas vueltas a May. Esa es otra de las cosas que me tiene de los nervios últimamente: la falta de compromiso de May. Meses ensayando juntos, haciendo el esfuerzo para adaptarme a sus manías sobre el escenario y a sus salidas de guion. Y todo para que decida de buenas a primeras que esto no es lo que quiere y se largue sin dar más explicaciones, dejando colgado el rol protagonista. Aunque, pensándolo bien, mejor. Esa chica era un lastre para todos con su irresponsabilidad.

Esto es mi sueño. Es mi vida. Y no voy a dejar que nadie se interponga en la carrera hacia mis objetivos. Este programa es solo el primer paso. Después, Londres. Después, todo.

La voz perfectamente afinada y estúpidamente bonita de la candidata me irrita más y más con cada nota que clava sin aparente esfuerzo. Sé que necesitamos una Sandy. Y no tengo dudas de que ella es una Sandy. Aspecto inocente, pequeña y bonita, timbre dulce. Me revuelve el estómago.

Me alivia que termine y se largue de una vez cuando le piden que espere fuera. No guardo muchas esperanzas sobre no tener que volver a oírla cantar. Sé que van a elegirla a ella, aunque

no haya visto a los demás.

Quedan media docena de aspirantes. Me recuesto en el asiento y pongo los pies sobre la butaca de delante, resignado a aburrirme durante el siguiente par de horas.

Hay alguno decente, no puedo negar la realidad, pero la corrección y la búsqueda de la perfección no funcionan en el teatro. Hay que transmitir, hay que emocionar. No recitar los versos del mismo modo que lo han hecho los tres anteriores. Estoy seguro de que Joss y Sofía se están aburriendo tanto como yo. Ninguno de los chicos que veo se acerca siquiera a disputarme el papel. Ninguna de las chicas hace el personaje suyo como lo ha hecho la rubia de la voz dulce.

Por eso no me sorprende cuando todos ya han tenido su turno y ellos vuelven a llamarla al escenario.

Parece emocionada, entusiasmada, feliz. Y ya empiezo a temerme la tortura que va a suponer tener que trabajar con ella. Odio el positivismo extremo, las sonrisas perennes y las frases motivacionales. Tiene pinta de llevar todo eso por bandera.

Sé lo que va a pasar. Me va a tocar a mí ensayar y ensayar con ella para que se ponga al día del trabajo de cuatro meses en la mitad de ese tiempo. Antes de salir a actuar en las vacaciones de primavera. Y si hay algo que me moleste más que la gente que no se toma en serio sus responsabilidades es tener que cargar con una principiante con la cabeza llena de pájaros.

La veo desaparecer con Rebeca para tomarse las medidas. Me levanto y avanzo con pasos pesados y las manos en los bolsillos hacia el escenario.

Sofía y Joss ya han recogido sus cosas. La profesora me mira con cara de pocos amigos.

—No eres más importante que nadie, Vines —me advierte—. Os pedimos a todos que vinierais a echar una mano con las pruebas, y eso te incluía a ti.

Hago una mueca.

—Ya tenéis a vuestra chica nueva, ¿no? No os he hecho mucha falta.

Sacude la cabeza y pasa por mi lado sin volver a mirarme.

—En el teatro no se llega a ninguna parte con el individualismo. Deberías tenerlo en cuenta.

Joss me da una palmada en el hombro al pasar tras ella, dispuesto a seguirla como un perrito, como siempre.

—Anda, pórtate bien y hazte a la idea de que te toca trabajar duro con la chica nueva, Ben.

Me trago un gruñido cabreado cuando ya ha desaparecido de la sala.

Bueno, si no tengo más remedio, supongo que tendré que presentarme. Subo al escenario y paseo sobre las tablas. Siento este lugar como mío y admito que suelo ponerme a la defensiva cuando un extraño se cuela en mi territorio. Sobre todo, si es lo suficientemente bueno como para poder competir conmigo.

Trabajaré con esa chica, pero pienso dejarle muy claro dónde está su lugar.

Me cuelo entre bambalinas para revisar los decorados con los que empezaremos a trabajar la semana que viene. Para colmo, será una escena con ella, por supuesto. Suelto el aire en un suspiro que hace eco en los techos altos.

Regreso al escenario en cuanto oigo sus voces de vuelta.

Ahí está, agachada junto a Rebeca y luchando por meter un cuaderno demasiado grande en un bolso demasiado pequeño.

—Mira quién ha venido cuando ya no hace falta —dice Rebeca, que es una de las pocas personas a las que aprecio en todo este grupo.

—¿Tengo que pedir perdón? —replico con la chulería justa y mi mejor sonrisa seductora para ella.

Pone los ojos en blanco, y sofoca una risita.

—Al menos, preséntate como es debido a tu nueva coprotagonista —me regaña—. Beth Walls, este es Ben Vines, nuestro Danny Zuko.

Supongo que eso es lo que he venido a hacer. Doy un paso más hacia ella, que sigue agachada en el suelo, y le tiendo la mano para invitarla a estrecharla a modo de saludo.

Levanta la vista lentamente, pasando por todo mi cuerpo hasta alcanzar mi cara. Me impactan sus ojos azules. Enormes, profundos, y llenos de sombras y enredos. Así, de cerca, soy capaz de apreciar mejor el conjunto. Sin duda, su aspecto acompaña a esa bonita voz.

Como es habitual, no me permito sonreír, pero me temo que la curiosidad me brilla en los ojos.

Es mejor que empecemos con buen pie, creo, así que me esfuerzo por disculpar mi gran acto de rebeldía del día de hoy. Solo una tregua antes de que empiece la batalla por esa beca que ya debería llevar mi nombre.

—Siento haber llegado tan tarde.

No dice nada. Y mientras sus ojos permanecen clavados en el centro de los míos, ya sé que tengo un problema: una coprotagonista demasiado guapa a la que tengo que aplastar.

Agradecimientos

A mi abuelo, que leyó cada página de mis libros como si fueran sus favoritos en el mundo, que siempre me pidió que se los dedicara, que estaba orgulloso de cada nuevo logro, por pequeño que fuera. Espero que sigas orgulloso, que nunca te llegara a avergonzar más allá de aquel programa (sin contar el incidente de los caparrones). Este es para ti (y le puse nombres más fáciles), aunque ya no puedas leerlo.

A mi familia, por mantener siempre la esperanza.

A Javi, por hacer volar las mariposas.

A Crossbooks, por compartir la ilusión por lo que escribo una vez más.

Y a ti, por darle la oportunidad a esta historia de hacerte sentir. Espero que lo haya conseguido.

Tú, por pura casualidad
Alina Not

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: María Pascual Alonso, 2024

© Imagen de cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

crossbooks@planeta.es

www.planetadelibros.com

Holding Out for a Hero © Reservoir Media Music, Sony/atv Melody. Escrita por Jim Steinman / Dean Pitchford e interpretada por Bonnie Tyler.

Hungry Eyes © Sony/atv Tunes Llc, Knockout Music, R.u.cyrius Publishing, Knockout Music Company, R.u. Cyrius Publishing. Escrita Franke Previte / John Denicola.

You're The One That I Want © Unichappell Music Inc., Sony/atv Melody, John Farrar Music, Ensign Music Corporation, Stigwood Music (usa). Escrita por John Farrar e interpretada por John Travolta y Olivia Newton John.

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2024

ISBN: 978-84-08-28669-1

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Segunda parte de El verano en que me enamoré

NO HAY VERANO SIN TI

JENNY HAN



CROSS
BOOKS

No hay verano sin ti

Han, Jenny

9788408019909

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La **trilogía** en la que se basa la serie de Prime Video.

El verano no es igual sin *Cousins Beach*

Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este **verano** no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano significaba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría **volver a ser como antes**. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Furyborn 2. El laberinto del fuego eterno

Legrand, Claire

9788408213062

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

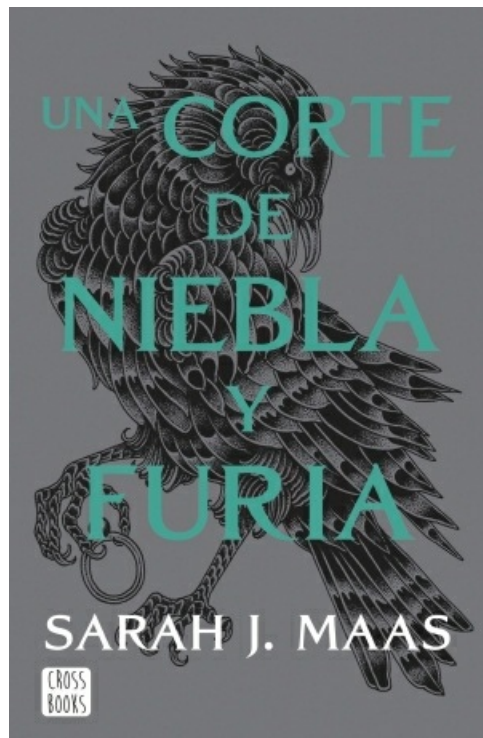
Tras el impactante final de *Furyborn 1: El origen de las dos reinas*, llega la segunda parte de esta imponente saga para saciar el apetito de los lectores ávidos de más. *Furyborn 2: El laberinto del fuego eterno* desvela algunos de los secretos planteados en el libro anterior, y abre nuevas incógnitas sorprendentes.

Inmersa en un gran escándalo palaciego, Rielle debe enfrentarse a pruebas de enorme peligro para demostrar si es ella la Reina Solar que la profecía anunciaba. Mientras su corazón se desgarrar por Audric, su obligación es mostrar tanto a gobernantes como a súbditos que sus poderes proceden del Bien. Sin embargo, una oscura presencia la acecha, y le hace ver que su Destino quizá es mucho más terrible de lo que ella creía...

Por su parte, Eliana descubre la espantosa verdad que oculta el Imperio, y se encuentra ante el dilema de asumir un Destino más poderoso de lo que jamás hubiera imaginado... ¿Estará quizá en su mano un poder tan grande como para destruir el mundo?

¿Cuál de ellas es la Reina del Sol, y cuál la Reina de la Sangre? El enigma continúa.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una corte de niebla y furia. Nueva presentación (Edición española)

Maas, Sarah J.

9788408174349

592 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

**Un cuento de hadas nunca había sido tan sexy. ¡Déjate seducir por la saga del momento!
(Libro 2)**

Tras haber superado más pruebas de las que un corazón humano puede soportar, Feyre regresa a la Corte Primavera con los poderes de una alta fae. Sin embargo, no consigue olvidar los crímenes que se vio obligada a cometer para salvar a Tamlin y a su pueblo, ni el perverso pacto que forjó con Rhysand, el alto lord de la temible Corte Noche.

Mientras Feyre es arrastrada hacia el interior de la oscura red política y pasional de Rhysand, una guerra inminente acecha y un mal mucho más peligroso que cualquier reina amenaza con destruir todo lo que Feyre alguna vez intentó proteger. Ella podría ser la clave para detenerlo, pero solo si consigue dominar sus nuevos dones, sanar su alma rota y decidir su futuro y, junto a él, el de todo un mundo en crisis.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Valientes

McNeil, Gretchen

9788408238508

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bree, Olivia, Kitty y Margot ya no están enfadadas, ahora están asustadas. Con Bree y Margot fuera de juego, es tarea de Olivia y Kitty dar con el causante de todos sus problemas. Ir tras él va a ser una pesadilla, y más cuando sus vidas se están desmoronando a su alrededor. Las chicas están deseando contraatacar, pero el asesino (o asesina) podría ser cualquiera y parece que no solo busca venganza.

Las amenazas son cada vez más personales, la policía las ignora, y las chicas no tendrán más remedio que enfrentarse a su «amigo invisible» o morir en el intento.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MI PRIMER BESO 2

AMOR A DISTANCIA

BETH REEKLES

Incluye también el relato
La casa de la playa



CROSS
BOOKS



Mi primer beso 2. Amor a distancia

Reekles, Beth

9788408232285

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elle Evans y Flynn se enfrentan a un nuevo reto: Noah se marcha a Harvard, lo que les convierte en una pareja a distancia. Y eso es duro, porque hablar por teléfono y chatear no puede satisfacer algunas necesidades... Así que cuando Elle ve un post que muestra a Noah en actitud bastante cariñosa con otra chica, se siente fatal. Para colmo, es difícil ignorar al chico nuevo de la clase: es tan amable, dulce, mono... y evidentemente interesado en ella.

Además, esta edición contiene una historia extra, La casa de la playa, que tiende un puente entre la primera entrega de la serie y segunda parte, en la que encontraremos a Elle, Noah y Lee pasando las vacaciones de verano.

[Cómpralo y empieza a leer](#)